

EL HOMBRE CELESTIAL

La notable historia verídica de un cristiano chino, el hermano Yun.

CON PAUL HATTAWAY

PRÓLOGO 1

Durante más de mil años el evangelio de nuestro Señor Jesucristo ha extendido su influencia por toda China, a través de muchos altibajos, victorias y pruebas.

En 1949 comenzó la persecución del pueblo de Dios y desde entonces las iglesias han sufrido toda clase de ataques. Para 1958 el gobierno había clausurado todos los templos visibles. La esposa de Mao, Jiang Qing, dijo a unos visitantes extranjeros: “El cristianismo en China ha quedado confinado a la sección de los museos. Está muerto y enterrado”. En la década de 1970 una delegación cristiana de los Estados Unidos que visitaba China informó: “En China no queda un solo cristiano”.

Al comienzo del libro de Génesis leemos que la tierra *‘estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas’* (Génesis 1:2). Ese era también el estado de la iglesia china durante ese tiempo. La iglesia en China, al menos en la superficie visible, estaba muerta. En esos días nadie se atrevía a proclamar: “Jesús es el Señor”. La iglesia estaba devastada de arriba abajo y, a todos los efectos, había muerto.

‘Y dijo Dios: ‘¡Que exista la luz!’ Y la luz llegó a existir. Dios consideró que la luz era buena y la separó de las tinieblas’ (Génesis 1:3-4). ¡Por fortuna servimos a un Dios que sabe cómo resucitar a los muertos! Creo que Dios permitió a un gobierno ateo destruir la vieja estructura de la iglesia china a fin de reedificarla conforme a su propósito. ¡Empezó con muy poco y lo ha transformado en mucho!

El simple hecho de que la iglesia china se convirtiera hoy en una fuerza de decenas de millones no solo es una señal de la existencia de Dios, sino también de su poder sin igual.

En los años de 1970 la iglesia china, como un botón de rosa que ha estado cerrado por mucho tiempo, empezó a abrirse y a revelar de nuevo su belleza y vida al mundo. En ese tiempo, un joven al sur de la provincia de Henan conoció al Señor Jesucristo y dedicó su vida a seguirlo como su Señor y Maestro. Dios tomó en sus manos su vida de una manera sobresaliente.

A lo largo de casi treinta años de pruebas, el hermano Yun ha visto cómo se ha derramado la gracia del Señor sobre su vida, rebosando como una bendición para muchos. Es uno de los líderes escogidos de Dios para esta generación, un gran luchador y obrero fiel. Muchas señales, prodigios y milagros le han seguido a su ministerio, dando testimonio de que es un apóstol de la fe (2ª Corintios 12:12). Es un hombre de impecable integridad y carácter, un hombre noble, un buen esposo y padre. El gozo del Señor es siempre la fortaleza del hermano Yun. Su contagiosa sonrisa es capaz de iluminar toda una habitación.

Después de leer el libro del hermano Yun quedé conmovido hasta lo más profundo. Lamento muchísimo no haber conocido a este hermano amado durante más tiempo que solo los veinticinco años que hemos estado trabajando hombro con hombro en China.

Doy testimonio de que cada historia en este libro es cierta. He sido testigo presencial de muchos de los sucesos descritos en estas páginas. Me siento muy honrado de ser uno de los amigos íntimos y colaboradores del hermano Yun. Aunque siempre me ha honrado como un anciano espiritual y me ha respetado como su pastor, el respeto es mutuo. Cuando me casé le pedí al hermano Yun que dirigiera la ceremonia de boda y pidiera la bendición.

He leído este libro con un corazón de gratitud a Dios y lo recomiendo con sinceridad como un verdadero testimonio de las grandes cosas que Dios ha hecho en la iglesia de la China.

Xu Yongze

Presidente de los líderes de las Iglesias en Casas en China

PRÓLOGO 2

Leí con gozo y de un tirón todo el libro del hermano Yun, sintiendo gran emoción en mi alma y en mi corazón. Fue capaz de llevarme de vuelta a esos tiempos fervientes y me hizo recordar momentos preciosos.

El hermano Yun y yo nacimos en la misma región, fuimos a la misma iglesia, trabajamos juntos en la cosecha, y lloramos, nos regocijamos y predicamos juntos; y nos rechazaron juntos. Comimos y dormimos al aire libre, permaneciendo unidos contra viento y marea. Nos amamos como hermanos de sangre.

Yun y yo trabajamos juntos durante muchos años hasta que nos arrestaron en Nanyang. En la cárcel nos metieron en celdas separadas, pero gritábamos a lo largo de los pasillos de la cárcel, con la esperanza de que nuestras voces se escucharán como una fuente de aliento del uno al otro. Tratamos de pasarnos notas a fin de fortalecernos el uno al otro en la fe.

El testimonio de Yun está escrito con sangre y lágrimas; su travesía ha sido una que ha encontrado muchas luchas amargas. En lugar de quejarse y gruñir, aprendió a enfrentar los obstáculos arrodillado y en oración ante Dios.

Los creyentes chinos recuerdan a Yun como un hombre valiente que oraba a menudo de rodillas, con las manos levantadas en gratitud al Señor mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Después de muchas situaciones insoportables, Dios no solo abrió las puertas de hierro de la cárcel para Yun, sino que también le está usando como una bendición tanto para iglesias chinas como las del occidente en este nuevo siglo.

El hermano Yun tiene el don de saber relacionarse con creyentes de diferentes trasfondos cristianos y con tacto llevarlos a experiencias de unidad. Como un hilo de tejer, Dios lo ha usado para combinar diferentes parches de colores en una bella tela. En los últimos años el hermano Yun y yo nos distanciamos cuando nuestros caminos nos llevaron en direcciones diferentes y a veces hasta le reprendí desde lejos. No obstante, cuando me llegaban las noticias de cómo Dios lo usaba y me enteré del camino que seguía con fidelidad, solo podía admirarlo y sonrojarme de vergüenza y de condena propia.

En la iglesia china he visto muchos siervos de Dios que vienen con gran poder y autoridad, pero en el hermano Yun he visto a un siervo de Cristo que siempre viene con humildad y modestia, reflejando el corazón del Hijo del Hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.

Oro pidiendo que disfrute este libro y lo rete tanto como a mí.

Zhang Rongliang
Iglesias en casas en Fancheng, China

INTRODUCCIÓN

En una cálida tarde de Septiembre un pequeño grupo de cristianos se reunió en el aeropuerto internacional de Bangkok para darle la bienvenida al hermano Yun. Habían pasado más de ocho meses desde la última vez que viéramos su rostro sonriente. Lo arrestaron en enero de 2001. Durante los primeros días de su encarcelamiento, las autoridades de la prisión lo golpearon hasta casi matarlo. Más tarde lo sentenciaron a siete años de prisión. Los preocupados amigos de Yun en todo el mundo recibían mensajes esporádicos desde la prisión. En uno decía: “Dios me ha enviado a ser un testigo en este lugar. Hay muchas personas aquí que necesitan a Jesús. Estaré en esta prisión por el tiempo exacto que determinó Dios. No saldré ni una hora antes, ni una hora después. Cuando Dios decida que mi ministerio en la prisión ha terminado, saldré libre.”

De manera milagrosa, en el tiempo perfecto de Dios, a Yun lo liberaron después de pasar siete meses y siete días de sus siete años de sentencia.

Ahora estábamos juntos en el aeropuerto, con la esperanza de verle llegar. ¿Estaría enfermo, cansado o callado después de su terrible prueba?

Yun al fin apareció por el pasillo de llegada. No mostraba nada de lo que pensábamos. Su rostro estaba lleno de luz y una amplia sonrisa se extendía de oreja a oreja. “¡Alabado sea Dios! ¡Aleluya!” fueron sus primeras palabras. “¡Gloria a Dios!”. Nuestras manos se enlazaron mientras elevábamos una oración de acción de gracias, mientras los desconcertados pasajeros pasaban por nuestro lado.

Al hermano Yun se le conoce en toda la China como “el hombre celestial”. Este apodo provenía de un incidente cuando se negó a decir su verdadero nombre a las autoridades. La divulgación de su verdadera identidad hubiera puesto en peligro a los cristianos locales. En respuesta a las amenazas y golpes de las Fuerzas de Seguridad para que diera su nombre y dirección, Yun gritó: “¡Soy un hombre celestial! ¡Mi hogar está en el cielo!”. Los creyentes de la localidad, que se encontraban reunidos en una casa cercana, oyeron sus gritos y se dieron cuenta que les estaba advirtiendo del peligro. Todos huyeron y evitaron el arresto.

Desde ese día, y como una señal de respeto por su valor y amor por el cuerpo de Cristo, los creyentes de las Iglesias en Casas en China llaman a Yun “el hombre celestial”.

Yun es el primero en reconocer que hay partes en él que no son celestiales. Como todos, lucha con la tentación y las debilidades, y es muy consciente de que aparte de la gracia de Cristo Jesús en su vida, no vale nada. Una vez le dijo a su esposa Deling: “Sin duda, no somos nada. No tenemos nada de lo que podamos enorgullecernos. No tenemos habilidades ni nada que ofrecerle. El hecho de que decida usarnos es solo debido a su gracia. No tiene nada que ver con nosotros. Si Dñs decidiera levantar a otros para cumplir sus propósitos, no tendríamos de qué quejarnos”.

Oswald Chambers escribió una vez: “Si le concede a Dios derechos sobre usted, Él hará un experimento santo. Los experimentos de Dios tienen éxito siempre. Esto es muy cierto en cuanto al hermano Yun. Desde el primer momento en que se encontró con Jesucristo se ha esforzado al máximo en servirle de todo corazón.

Hay lecciones y experiencias de la vida de Yun que pueden animar mucho a los cristianos alrededor del mundo, mientras procuran seguir al Señor Jesús.

El testimonio del hermano Yun refleja la fidelidad y la bondad de Dios en su vida. Su historia trata de cómo Dios tomó a un joven medio muerto de hambre de una aldea pobre en la provincia de Henan, y lo usó para estremecer al mundo. En vez de enfocarse en los muchos milagros y experiencias de sufrimientos por los que ha pasado, prefiere centrarse en el carácter y la belleza de Jesucristo. Desea que todo el mundo sepa lo que hace Jesús, no como una figura histórica y distante, sino como el Dios todopoderoso, amoroso y omnipresente.

Durante la investigación de este libro, entrevisté a docenas de cristianos en China que fueron testigos presenciales contenidos en las páginas de este libro y que se verificaron por completo. Intercalados a lo largo del libro aparecen breves contribuciones de Deling (la esposa de Yun) y de algunos líderes de las Iglesias en Casas en China. Estas aportaciones le ayudarán al lector a tener una perspectiva diferente, y un cuadro más completo de algunos de los incidentes claves de la vida de Yun. Muchas de las reflexiones de Deling se hicieron mientras su esposo se encontraba en la prisión por amor del evangelio.

Se ha dicho: “No son los grandes hombres lo que cambian el mundo, sino los hombres débiles en las manos de un gran Dios”. Los que conocen al hermano Yun pueden dar fe de que es un siervo humilde de Dios que no quiere que ninguna parte de su vida le glorifique a él ni a ningún otro hombre.

El hermano Yun desea que este relato de su vida leve a los lectores a enfocar su atención y dar gloria al único y verdadero Hombre Celestial: El Señor Jesucristo.

Paul Hattaway

CAPÍTULO 1

COMIENZOS HUMILDES

Mi nombre es Liu Zhenyin. Mis hermanos en Cristo me llaman “hermano Yun”.

Una mañana en el otoño de 1999 me desperté en la ciudad de Bergen, en el oeste de Noruega. Mi corazón estaba conmovido y lleno de emoción. Había estado hablando en iglesias por toda Escandinavia testificando sobre las Iglesias en Casas en China e invitando a los cristianos a que se nos unieran en la evangelización de China y todas las demás naciones. Mis anfitriones me preguntaron si me gustaría visitar la tumba de Marie Monsen, una gran misionera luterana que Dios usó con poder a fin de avivar las iglesias en diferentes partes de mi país desde 1901 a 1932. Su ministerio fue en especial eficaz en la parte sur de la provincia de Henán, de donde procedo.

La señorita Monsen era pequeña de estatura, pero gigante en el reino de Dios. La iglesia en China no solo quedó impactada por sus palabras, sino también retada desde lo más profundo por su estilo de vida cristiano. Fue una mujer dedicada y comprometida por entero con Jesucristo, que nos mostró mediante su ejemplo cómo sufrir y perseverar por el Señor.

Dios usó a Marie Monsen de una manera poderosa, así que muchos milagros, señales y prodigios le siguieron a su ministerio. En 1932 regresó a Noruega para cuidar de sus ancianos padres, y para entonces había completado su ministerio en China. Nunca volvió a China, pero su legado de fe inquebrantable, su celo inagotable, y la necesidad de cambiar corazones dedicados por completo a la causa de Cristo vive en la iglesia china hasta el día de hoy.

Ahora tenía el privilegio de visitar su tumba en su tierra natal. Me preguntaba si algún otro cristiano chino había jamás disfrutado del privilegio que estaba a punto de gozar. Cuando llegó a nuestra parte de China, había pocos cristianos y la iglesia era débil. Hoy hay millones de creyentes. En nombre de ellos me propuse dar gracias a Dios por su vida.

Nuestro auto se paró cerca de un cementerio situado a la ladera de una colina en un valle angosto por el que corría un río. Caminamos por el cementerio durante unos minutos con la esperanza de ver su nombre grabado en una de las lápidas. Al no lograr localizar la tumba de la hermana Monsen con rapidez, nos dirigimos a las oficinas para que nos ayudaran. El administrador no conocía su nombre, de manera que revisó el libro donde se registran los nombres de todos los enterrados allí. Después de revisar varias hojas, nos dio una noticia que me resultó difícil de creer. “Sin duda, a Maria Monsen la enterraron aquí en 1962. Sin embargo, su tumba quedó sin atención por muchos años y hoy es solo un lugar vacío, sin lápida”.

En la cultura china el recuerdo de personas que hicieron grandes cosas, lo celebran muchas generaciones venideras, de modo que nunca me imaginé que pudiera suceder una cosa así. Los creyentes del lugar me explicaron que a Marie Monsen la tenían en alta estima y que habían honrado su recuerdo de varias maneras, tales como publicar su biografía varias décadas después de su muerte. A pesar de eso, para mí su tumba vacía y sin lápida era un insulto que había que corregir.

Estaba muy entristecido. Con un corazón adolorido les dije con dureza a mis hermanos noruegos que estaban conmigo: “¡Ustedes deben honrar a esta mujer de Dios! Les daré dos años para construir una nueva tumba con lápida en memoria de Marie

Monsen. Si no lo hacen, yo mismo me ocuparé de hacer los arreglos para que algunos hermanos cristianos vengan desde China hasta Noruega para que le hagan una. Muchos hermanos en China trabajan muy bien la piedra por los años que pasaron en trabajos forzados por amor del evangelio. Si no se ocupan de esto, ellos estarán más que dispuestos a hacerlo.”

Nací en 1958, durante el año bisiesto chino, y fui el cuarto de cinco hijos de nuestra familia. Llegué a este mundo en el seno de una antigua y tradicional aldea agrícola llamada Liu Lao Zhuan en el condado de Nanyang, al sur de la provincia de Henán.

En Henán viven casi cien millones de almas; es la provincia china más poblada. A pesar de esta realidad, cuando crecía allí me parecía que había mucho espacio abierto, con muchas colinas para escalar y árboles que trepar. Aunque la vida no era fácil, también recuerdo muchos momentos divertidos de mi niñez.

Los seiscientos habitantes de nuestra aldea era agricultores, y todavía lo son hasta hoy. No ha habido mucho cambio. Los cultivos principales eran la patata, el maíz y el trigo. También se cultivaban col y otros tipos de tubérculos.

Nuestro hogar era una estructura simple de adobo. El techo era de paja. La lluvia siempre encontraba los agujeros en nuestro techo mientras que en invierno los vientos helados nunca fallaban en meterse por las rendijas de nuestras paredes. Cuando la temperatura descendía a bajo cero, quemábamos mazorcas de maíz sobrantes para calentarnos. No podíamos comprar carbón.

El verano era a menudo tan caliente y húmedo que no soportábamos dormir dentro de esa casa con una ventilación tan pobre. Sacábamos las camas al exterior y toda nuestra familia se unía al resto de los vecinos del pueblo para dormir al aire libre.

“Henán significa al sur del río”. El caudaloso río amarillo divide la parte norte de la provincia. Sus frecuentes inundaciones habían causado dolor durante siglos a los que vivían en sus márgenes. Sabíamos esto mientras crecíamos, pero para nosotros el norte de Henán parecía estar a un millón de kilómetros de distancia.

Nuestro pueblo se abrigaba con las colinas del sur de la provincia, a salvo de las inundaciones devastadoras y de las influencias exteriores. Nuestra única preocupación era la siguiente cosecha. Nuestra vida giraba por completo al ciclo de arar, plantar, regar y cosechar. Mi papá siempre decía que era una lucha conseguir suficiente alimento para comer. Se necesitaban todas las manos en los campos, de modo que desde una tierna edad me llamaban para que ayudara a mis hermanos y hermanas. Por consiguiente, no tuve la oportunidad de asistir a la escuela. En otra parte de China, los de Henán tienen la reputación de ser tan tercos como los asnos. Quizás fue esa obstinación la que evitó que los de Henán recibieran el cristianismo cuando los primeros misioneros protestantes llevaron el evangelio a nuestra provincia en 1884. Muchos misioneros ministraron en Henán sin grandes resultados visibles. En 1922 después de casi cuarenta años de esfuerzo misionero, solo había 12,400 creyentes protestantes en toda la provincia. A esos que aceptaban la religión de los “diablos extranjeros”, sus comunidades los ridiculizaban y marginaban. A menudo la oposición se manifestaba mediante expresiones violentas. A los cristianos los golpeaban. Algunos hasta murieron por su fe. Los misioneros también se enfrentaron a gran persecución. Muchos los tenían como instrumentos del imperialismo y colonialismo enviados por las naciones para apoderarse de las mentes y corazones del pueblo chino mientras sus gobiernos despojaban a la tierra de sus recursos naturales.

Los atropellos en contra de los extranjeros llegaron al colmo en 1900 cuando una sociedad secreta llamada “Los Boers” instigó un ataque en todo el país en contra de los extranjeros. La mayoría pudo escapar de la matanza, pero muchos misioneros vivían en zonas rurales remotas del interior de la China, lejos de la seguridad de las grandes ciudades de la costa. Los Boers mataron de manera brutal a más de ciento cincuenta misioneros y a miles sus convertidos chinos.

Esas almas valientes que vinieron a servir a nuestra nación con sacrificio a fin de darnos a conocer el amor de del Señor Jesucristo murieron como mártires. Vinieron a proclamar a Cristo y edificar hospitales, orfanatos y escuelas. Nosotros les pagamos con la muerte.

Después, algunos pensaron que los sucesos de 1900 serían suficientes para atemorizar a los misioneros y que nunca más volverían a China.

Estaban equivocados.

El 1 de septiembre de 1901, un gran barco atracó en el puerto de Shanghai. Una joven soltera de Noruega salió de la pasarela de desembarco y entró en tierra china por primera vez. Marie Monsen fue una de la nueva oleada de misioneros que, inspirados por los que sufrieron el martirio el año anterior, sintieron el llamado de servir como misioneros a tiempo completo en China.

Monsen permaneció en China más de treinta años. Por un tiempo vivió en mi pueblo de Nanyang, donde animó y preparó a un pequeño grupo de creyentes cristianos que había surgido.

Marie Monsen era diferente a la mayoría de los demás misioneros. No le preocupaba mucho causar una buena impresión en los líderes de la iglesia cristiana. A menudo les dijo: “¡Son unos hipócritas! ¡Confiesan a Jesucristo con sus labios mientras que sus corazones no están dedicados por completo a él! ¡Arrepiéntanse antes de que sea demasiado tarde para escapar del juicio de Dios!”. Hizo que descendiera fuego del altar de Dios.

Monsen les dijo a los cristianos que no bastaba con estudiar las vidas de creyentes que nacieron de nuevo, sino que ellos mismos tenían que nacer radicalmente de nuevo a fin de entrar en el reino de los cielos. Con esa enseñanza, quitó el énfasis del conocimiento mental y le mostró a cada individuo que tenía la responsabilidad personal ante Dios por su vida espiritual. Los corazones se convencieron de pecado y el fuego del avivamiento se extendió por los pueblos del centro de China en todo lugar al que fue.

En 1940 otro misionero occidental predicó el evangelio a mi madre, que tenía veinte años de edad en ese tiempo. Aunque no lo entendió todo bien, quedó muy impresionada por lo que escuchó. Sobre todo, le gustaba cantar los himnos y escuchar las historias de la Biblia contadas por el pequeño grupo de evangelistas que viajaban por los pueblos del campo. Pronto empezó a asistir a un templo cristiano y entregó su vida a Jesucristo.

En 1949, China se convirtió en una nación comunista. A los pocos años, expulsaron a todos los misioneros y cerraron los templos, y encarcelaron a miles de pastores chinos. Muchos perdieron la vida. Mi madre vio partir a los misioneros de Nanyang a principios de la década de 1950. Nunca olvidó las lágrimas de sus ojos mientras se dirigían a la costa bajo una guardia armada, pues su ministerio por el Señor llegaba a su fin de repente.

En solo una ciudad de China, Wenzhou, en la provincia de Zhejiang, llevaron a cuarenta y nueve pastores a campos de concentración y de trabajo cerca de la frontera con Rusia en 1950. Muchos recibieron sentencias hasta de veinte años por sus “crímenes” de predicar el evangelio. De esos cuarenta y nueve pastores, solo uno regresó a casa, los otros cuarenta y ocho murieron.

En la zona de mi natal Nanyang, crucificaron a los creyentes en las paredes de sus templos por no negar a Cristo. A otros los encadenaron a vehículos y caballos y los arrastraron hasta su muerte.

A un pastor lo ataron y sujetaron a una cuerda larga. Las autoridades, enfurecidas porque el hombre de Dios no negaba su fe, usaron una grúa para elevarlo bien alto en el aire. Delante de cientos de testigos, que acudieron con acusaciones falsas de que era un “contrarrevolucionario”, sus perseguidores le preguntaron al pastor por última vez si se retractaría. A lo que volvió a gritar: “¡No! ¡Nunca negaré al Señor Jesús que me salvó!”. Soltaron la cuerda y el pastor cayó estrellándose contra el suelo.

Después de examinarle, se dieron cuenta que el pastor todavía estaba vivo, por lo que lo subieron de nuevo y le soltaron por segunda vez en la que sí murió. El pastor estaba muerto en esta vida, pero vive en el cielo con la recompensa de uno que fue fiel hasta la muerte.

la vida no era solo difícil para los cristianos. Mao puso en marcha un experimento llamado el “Gran salto adelante”, lo que llevó a una hambruna masiva en toda China. Fue en realidad un gran salto hacia atrás para nuestra nación. Se estima que en mi provincia de Henan murieron de hambre ocho millones de personas.

Durante esos tiempos difíciles, se dispersó la pequeña joven iglesia de mi ciudad natal de Nanyang. Eran como ovejas sin pastor. Mi madre también dejó la iglesia. A través de las siguientes décadas, al haber quedado privada de todo compañerismo cristiano y sin la Palabra de Dios, por poco olvida todo lo que aprendió en su juventud. Se enfrió su relación con el Señor.

* * *

El 1 de Septiembre de 2001, justo a los cien años de la llegada de Marie Monsen a China para iniciar su carrera misionera, más de trescientos noruegos se reunieron en el cementerio de Bergen para una ceremonia especial de oración y dedicación. Se develó una bella lápida en recuerdo de Monsen, costeadada mediante las contribuciones de varias iglesias y cristianos individuales.

Un retrato de Monsen y su nombre chino apareció en la lápida que también declaraba:

MARIE MONSEN 1878 – 1962

MISIONERA EN CHINA 1901 – 1932

Cuando les dije a los creyentes en China que se había restaurado la tumba de Marie Monsen, se sintieron agradecidos y aliviados.

Debemos ser siempre muy cuidadosos en recordar el sacrificio de esos que Dios usó para establecer su reino. Son dignos de nuestro honor y respeto.

CAPÍTULO 2

HAMBRE SATISFECHA

“Escúchenme, costas lejanas oigan esto, naciones distantes: EL SEÑOR me llamó antes de que yo naciera, en el vientre de mi madre pronunció mi nombre”. (Isaías 49:1)

El Señor me llamó para que le siguiera cuando tenía dieciséis años de edad. Eso sucedió en 1974, y la Revolución Cultural seguía candente por toda la China.

En ese tiempo mi padre se encontraba enfermo. Padecía una forma severa de asma, lo que hizo que contrajera cáncer de pulmón. Luego el cáncer se extendió al estómago. El médico dijo que no se curaría y que moriría pronto. A mi madre le dijeron: “No hay esperanza para su esposo. regresen a casa y prepárense para su muerte”.

Mi padre yacía en cama cada noche y apenas podía respirar. Como era un hombre muy supersticioso, les pedía a los vecinos que buscaran un sacerdote local *daoísta* (o taoísta) para que fuera a echar los demonios que le dominaban, pues creía que su enfermedad era el resultado de molestar a los demonios.

La enfermedad de mi padre consumía todo nuestro dinero, posesiones y energía. Debido a nuestra pobreza no pude asistir a la escuela hasta los nueve años de edad, pero luego tuve que dejarla a los dieciséis años por causa del cáncer de mi padre. Mis hermanos, hermanas y yo nos vimos obligados a mendigar comida a nuestros vecinos y amigos, solo para sobrevivir.

Mi padre fue capitán en el ejército nacionalista. Debido a que luchó en contra de los comunistas, algunos aldeanos lo odiaban y lo persiguieron durante la revolución cultural. mató a muchos hombres en la guerra, y él mismo estuvo a punto de morir. Tenía doce cicatrices de balas en una de sus piernas.

Cuando nací, mi padre me puso el nombre de “Zhenying”, que significa “héroe de la guarnición”.

Papá tenía una reputación terrible. Los vecinos le evitaban debido a su temperamento violento. Cuando los guardias rojos le acusaron durante la Revolución Cultural, soportó muchos interrogatorios y palizas severas. Echando mano de su valor, rehusó confesar ningún “crimen”. Y no les respondía cuando le preguntaban cuántos hombre había matado. Con testarudez, prefirió que le golpearan o hasta que le mataran antes que decirles lo que querían oír.

En mi padre había dos lados. La mayoría de las personas solo sabía que era demasiado duro y que tenía mal carácter. Esto era cierto. A sus hijos les enseñó dos cosas principales: Primera, debemos ser crueles y duros con los demás, y segunda, debemos trabajar siempre con diligencia.

Sin embargo, también recuerdo su lado amable. Siempre procuró proteger a su esposa e hijos de los daños exteriores. En general, tuve una buena relación con mi padre.

Teníamos la esperanza de que mi padre mejoraría, pero su condición empeoró. Mi madre estaba bajo una gran presión, enfrentando la desalentadora perspectiva de criar sola a

cinco hijos. No sabía qué nos ocurriría si moría mi padre. Las cosas eran tan irremediables que hasta contempló el suicidio.

Una noche mi madre yacía en su cama, tratando de dormir. De repente escuchó una voz clara, tierna y compasiva que decía: “Jesús te ama.” Se arrodilló en el piso y con llanto se arrepintió de sus pecados y volvió a dedicar su vida al Señor Jesucristo.

Como el hijo pródigo, mi madre regresó al hogar con Dios. De inmediato llamó a nuestra familia a que viniera y orara a Jesús. Nos dijo: “Jesús es la única esperanza para su padre.” Todos dedicamos nuestras vidas a Dios cuando oímos lo ocurrido. Después impulsamos nuestras manos sobre mi padre y durante el resto de la noche clamamos con una sencilla oración: “¡Jesús, sana a nuestro padre! ¡Jesús, sana a nuestro padre!”.

¡A la mañana siguiente mi padre se encontraba mucho mejor! Por primera vez en meses tenía ganas de comer. ¡En una semana se recuperó por completo y no tenía rastro del cáncer! Fue un gran milagro de Dios.

Experimentamos un gran avivamiento en nuestra familia y nuestras vidas tuvieron un cambio radical. Fue un momento tan especial que hoy, casi treinta años después que Jesús sanara a mi padre, sus cinco hijos aún siguen a Dios.

Mis padres estaban tan agradecidos por lo que hizo Dios que sin demora quisieron dar a conocer las buenas noticias a todos los demás en nuestra aldea. En esa época era ilegal celebrar reuniones públicas, pero a mis padres se les ocurrió un plan.

Nos enviaron a nosotros, sus hijos, a invitar a los familiares y amigos a nuestro hogar.

Las personas venían a nuestra casa sin saber la razón de la llamada. ¡Muchos se imaginaron que papá había muerto y por eso venían vestidos para el funeral! Estaban asombrados al ver a mi papá saludándolos en la puerta, ¡al parecer con buena salud! Cuando llegaron todos nuestros parientes y amigos, mis padres les pidieron que entraran en la casa. Cerraron la puerta y cubrieron las ventanas, y les explicaron como papá se sanó por completo al orar a Jesús. Todos nuestros parientes y amigos se arrodillaron en el piso y con alegría aceptaron a Jesús como Señor y Maestro.

Esos fueron tiempos emocionantes. No solo recibí a Jesús como Salvador personal, sino que también me convertí en una persona que de verdad quería servir al Señor con todo mi corazón.

Mi madre nunca había aprendido a leer ni a escribir, pero llegó a ser la primera predicadora de nuestro pueblo. Dirigió una pequeña iglesia en nuestra casa. Aunque mamá no podía recordar mucho la palabra de Dios, siempre nos exhortaba a que nos enfocáramos en Jesús. Cuando clamábamos a él, siempre nos ayudaba con su gran misericordia. Al volver la vista atrás a esos primeros días, me quedo asombrado por la manera en que Dios usó a mi madre a pesar de su analfabetismo e ignorancia. Su corazón estaba entregado por completo a Cristo. Algunos de los grandes líderes actuales de las iglesias en casas en China conocieron al Señor a través del ministerio de mi madre.

Al principio, no sabía en realidad quién era Jesús, pero le vi sanar a mi padre y liberar a nuestra familia. Con confianza me dediqué al Dios que sanó a mi padre y nos salvó a nosotros. Durante ese tiempo, a menudo le preguntaba a mi madre quién era Jesús en verdad.

Me decía: “Jesús es el Hijo de Dios que murió por nosotros en la cruz, llevando todos nuestros pecados y enfermedades. La Biblia recoge cada una de sus enseñanzas.”

Le pregunté si habían quedado palabras de Jesús que pudiera leer. Me contestó: “No. Todas sus palabras desaparecieron. No queda nada de sus enseñanzas”. Esto fue durante la revolución Cultural cuando no se podían encontrar Biblias.

Desde ese día deseé de forma encarecida tener un ejemplar de la Biblia.

Les pregunté a mi madre y a otros hermanos en Cristo cómo era una Biblia, pero nadie lo sabía. Una persona había visto algunas porciones de las Escrituras copiadas a mano y hojas con canciones, pero nunca había visto una Biblia completa. Solo algunos de los creyentes ancianos recordaban haber visto una Biblia hacía muchos años. La palabra de Dios escaseaba en la tierra.

Estaba hambriento por una Biblia. Viendo mi desesperación, mi madre recordó a un anciano que vivía en otra aldea. Este hombre fue pastor antes de la Revolución Cultural.

Juntos emprendimos el largo camino hasta su casa. Cuando lo encontramos, le dijimos nuestro deseo: “Anhelamos ver una Biblia. ¿Tiene usted una?”

De inmediato vimos el temor. Este hombre ya había pasado veinte años en la cárcel por su fe. Me miró y vio que era muy joven y pobre, con ropas hechas jirones y descalzo. Sintió compasión, pero aún así no quería mostrarme su Biblia.

No se lo reprocho porque en esa época había muy pocas Biblias en toda la China. A nadie se le permitía leer otro libro que no fuera el pequeño libro rojo de Mao. Si sorprendían a alguien con una Biblia, la quemarían y a toda la familia del propietario la golpearían en medio de la aldea.

El anciano pastor solo me dijo: “La Biblia es un libro celestial. Si tú quieres una, tendrás que orar al Dios del cielo. Solo él te puede proveer un libro celestial. Dios es fiel. Siempre responde a los que le buscan con todo el corazón.”

Confíe por completo en las palabras del pastor.

Cuando regresé a casa, traje una piedra a mi cuarto y me arrodillaba allí cada noche para orar. Solo tenía una sencilla oración: “Señor, por favor, dame una Biblia. Amén”. En ese tiempo no sabía cómo orar, pero continúe así durante más de un mes.

Nada sucedió. No apareció una Biblia.

Volví otra vez a la casa del pastor. Esta vez fui solo. Le dije: “He orado a Dios conforme a sus instrucciones, pero todavía no he recibido la Biblia que tanto deseo. Por favor, muéstreme su Biblia. ¡Solo un vistazo y quedaré satisfecho! No necesito tocarla. Usted la sostiene y estaré contento con solo verla. Si pudiera copiar algunas de las palabras regresaré feliz a casa.”

El pastor vio la ansiedad de mi corazón. Me dijo de nuevo: “Si eres serio en esto, no solo deberías arrodillarte y orar al Señor, también deberías ayunar y llorar. Mientras más llores, más rápido recibirás una Biblia.”

Regresé a casa, y no comía ni bebía nada por la mañana y por la tarde. Solo por la noche comía un pequeño tazón de arroz hervido. Clamé como un hijo hambriento al Padre celestial deseando llenarme con su palabra. Durante los siguientes cien días oré por una

Biblia, hasta que no pude soportarlo más. Mis padres estaban seguros de que estaba perdiendo la razón.

Al volver la vista atrás, años más tarde, diría que toda esta experiencia fue la cosa más difícil que soportara jamás.

Entonces, de repente, una mañana a las cuatro, después de meses de suplicarle a Dios que respondiera mis oraciones, recibí una visión del Señor mientras estaba arrodillado junto a mi cama.

En la visión iba caminando por una espinada colina, tratando de empujar una pesada carreta delante de mí. Me dirigía a una aldea donde pensaba pedir alimentos para mi familia. Tenía muchas dificultades porque en la visión estaba hambriento y débil por el ayuno constante. La vieja carreta estaba a punto de rodar para atrás y caer encima de mí.

Vi entonces a tres hombres que venían en dirección contraria por la colina. Un amable anciano, con una larga barba, empujaba una carreta llena de pan recién hecho. Los otros dos caminaban a cada lado de la carreta. Cuando el anciano me vio, sintió gran piedad y me mostró compasión. Preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Sí—le respondí—. No tengo qué comer. voy a buscar alimento para mi familia.

Lloraba porque mi familia era muy pobre. Debido a la enfermedad de mi padre habíamos vendido cada cosa valiosa para comprar medicinas. Teníamos poco para comer, y por años nos vimos obligados a mendigar alimentos de amigos y vecinos. Cuando el anciano me preguntó si tenía hambre, no pude evitar echarme a llorar. Nunca antes había sentido un amor y una compasión tan genuinos de alguien.

En la visión, el anciano tomó de su carreta una bolsa roja con pan y pidió a los dos siervos que me la entregaran.

—Debes comerlo enseguida—me dijo.

Abrí la bolsa y encontré dentro un panecillo fresco. Cuando me lleve el panecillo a mi boca, ¡al instante se convirtió en una Biblia! De inmediato, en mi visión, me arrodillé con mi Biblia y di gracias a Dios. “¡Señor, tu nombre es digno de alabanza! No olvidaste mis oraciones. Permitiste que recibiera esta Biblia. Quiero servirte por el resto de mi vida.”

Me desperté y empecé a buscar la Biblia por toda la casa. El resto de mi familia estaba durmiendo. La visión me pareció tan real que cuando me di cuenta que solo fue un sueño me sentí muy angustiado y lloré a voz en grito. Mis padres corrieron a mi cuarto para ver qué pasaba. Pensaban que estaba enloqueciendo debido a todo mi ayuno y oración. Les conté mi visión, pero mientras más hablaba ¡más loco pensaban que estaba! Mi madre me dijo: “Todavía no ha amanecido y nadie ha venido a la casa. La puerta está bien cerrada.”

Mi padre me abrazó con fuerza. Con lágrimas en sus ojos clamó a Dios: “Amado Señor, ten misericordia de mi hijo. Por favor, no permitas que pierda la razón. Estoy dispuesto a enfermarme de nuevo si esto impide que mi hijo pierda la razón. ¡Por favor, dale a mi hijo una Biblia!”.

Mis padres y yo nos arrodillábamos en mi cuarto y llorábamos juntos abrazados.

De repente, escuche un toque suave en la puerta. Una voz muy amable me llamó por mi nombre. Corrí y pregunté a través de la puerta cerrada: “¿Me traes el pan?”. La amable voz contestó: “Sí, tenemos un festín de pan para darte.” De inmediato reconocí que era la misma voz que escuché en la visión. Al instante abrí la puerta y allí estaban parados delante de mí dos de los mismos siervos que vi en la visión. Uno de los hombres sostenía una bolsa roja en su mano. ¡Mi corazón latía acelerado mientras abría la bolsa y sostenía en mis manos mi propia Biblia!

Los dos hombres se marcharon enseguida y desaparecieron en la oscuridad.

Abracé mi nueva Biblia contra mi corazón y me arrodillé fuera de la puerta. Di gracias Dios una y otra vez. Le prometí a Jesús que a partir de ese momento devoraría su palabra como un niño hambriento.

Más tarde me enteré de los nombres de esos dos hombres. Uno era el hermano Wang y el otro era el hermano Sung. Venían de una aldea lejana. Me hablaron sobre un evangelista que nunca había conocido. Había sufrido muchísimo por el Señor durante la Revolución Cultural, y estuvo a punto de morir mientras lo torturaban.

Unos tres meses antes de que recibiera mi Biblia, este evangelista recibió una visión del Señor. Dios le mostró un joven al que tenía que entregarle su Biblia escondida. En a visión vio nuestra casa y el lugar de nuestra aldea.

Como muchos cristianos en esa época, el anciano colocó su Biblia dentro de una lata y la enterró bien profundo, con la esperanza de que llegaría el día en que la pudiera desenterrar y leerla de nuevo. A pesar de esta visión, al evangelista le llevó unos meses antes de decidirse a obedecer lo que le dijo el Señor que hiciera. Les pidió a dos cristianos que fueran a entregarme la Biblia. Entonces caminaron durante la noche hasta llegar a mi casa.

A partir de ese momento oré a Jesús lleno de fe. Creí por completo que las palabras de la Biblia eran palabras de Dios para mí. Siempre tenía mi Biblia. Aun cuando dormía la colocaba sobre mi pecho. Devoré sus enseñanzas como un niño hambriento.

Este era el primer regalo que recibiera jamás de Dios en oración.

DELING (su esposa): Por ese mismo tiempo Dios estaba preparando a mi esposo para una vida de servicio en el evangelio, El también me había llamado a mí para ser su esposa y compañera en el ministerio. Nací en 1962 en el condado de Nanyang, provincia de Henán, en una aldea llamada Yenzhang. La aldea de Yun se encontraba a unos kilómetros de distancia.

Mi familia era pobre en extremo. Con siete hijos apenas teníamos ropas que vestir ni alimento que comer.

Cuando pienso en mi niñez, recuerdo tiempos de felicidad con tiempos de luchas por la supervivencia. Nuestro campo se encontraba a más de un kilómetro y medio de nuestra casa, de modo que teníamos que ir y venir caminando hasta allí todos los días, llevando las herramientas y aperos agrícolas. También teníamos que llevar y traer a nuestros animales todos los días.

A los hijos nos daban la tarea de llevar a la casa la cosecha del algodón en dos pesadas canastas que colgaban de un palo. Nos resbalábamos y caíamos en

el barro. A veces nos llevaba más de una hora llegar a casa con nuestras cargas. Era un trabajo duro y agobiante.

Mi vida la dominaba la lucha contra la hemofilia. Si me cortaba, la sangre no dejaría de fluir por mucho tiempo. Parecía que tenía que vivir para siempre con vendas viejas en mis pies y manos a fin de cortar la hemorragia.

Debido a la increíble presión que sufría, mi madre se trastornó de la mente. Durante el día parecía estar bastante normal, pero en la noche no paraba de hablar sola, reír y llorar. A veces le hablaba a la pared como si fuera otra persona.

Después que mi madre creyó en el evangelio, poco a poco la paz de Dios la inundó, y le restauró su cordura. Ese fue un poderoso testimonio para nuestra familia y vecinos.

Al principio acudí a Cristo debido a mi terrible aflicción física. Mi vecina, una cristiana, me dio una sencilla promesa: "Si crees en Jesús, él te sanará".

A los dieciocho años de edad le entregué mi vida a Jesucristo.

La misma noche que como creyente asistí a mi primera reunión en una iglesia en casa, se apareció el Buró de Seguridad Pública y todos tuvimos que salir huyendo al amparo de la oscuridad. ¡Esa fue la iniciación de lo que sería seguir al Señor!

Unos días después de mi bautismo recibí una clara visión del Señor mientras dormía. Una persona me llevó a un lago que contenía un agua clara y perfecta como el cristal. Me dijeron que me lavara las manos y los pies porque me había herido por completo con mi enfermedad. En la visión metía mis manos y pies llenos de cicatrices en el agua y veía cómo mi piel quedaba sana y renovada en su totalidad. Cuando me desperté a la mañana siguiente ¡descubrí que mi piel era como la de un bebé recién nacido! ¡Lo que me ocurrió en la visión me pasó en realidad mientras dormía!

A partir de ese día, nunca más he sufrido de hemofilia.

Debido a este gran milagro, el Señor fue muy real para mí. Aunque nuestras vidas eran difíciles y nos enfrentábamos a la persecución cada día, me comprometí a seguir a Jesús sin importar el costo.

Otras dos jóvenes se entregaron a Cristo al mismo tiempo que yo. Asistíamos a las reuniones juntas. Estas se celebraban en diferentes partes del distrito, así que a menudo teníamos que caminar más de una hora para llegar allí. Después de las reuniones con frecuencia tenía que volver sola a mi casa. Esto era bastante peligroso porque había mucha oscuridad y ahí había hombres malos y perros salvajes tarde en la noche.

Dios obró un gran milagro protegiéndome y ayudándome en esos primeros días. Muchas noches, mientras caminaba a casa, pude ver una luz a unos diez metros por delante de mí en el camino, como si alguien llevara una lámpara, mostrándome el camino que necesitaba recorrer. En la oscuridad como boca de lobo muchas veces perdía el camino, pero entonces veía la luz, como una pequeña

estrella mostrándome la senda ara regresar al buen camino. La luz no era constante; solo aparecía cada vez que iba en la dirección equivocada.

A causa de muchas experiencias como esa, mi fe crecía con rapidez.

CAPÍTULO 3

VE AL OESTE Y AL SUR

Cada día, desde la mañana hasta la noche, leía la palabra de Dios. Cuando tenía que trabajar en los campos, envolvía la Biblia dentro de mis ropas y aprovechaba toda oportunidad para sentarme y leer. A la hora de dormir, llevaba mi Biblia conmigo a la cama y la ponía sobre mi pecho.

Al principio, leer la Biblia no era fácil debido a que solo recibí tres años de educación. Además, mi Biblia estaba impresa con los caracteres tradicionales chinos, mientras que yo había aprendido a leer con los simplificados. Encontré un diccionario y con cuidado buscaba un caracter a la vez que avanzaba a través de la Biblia.

Al final, terminé de leer toda la Biblia, de modo que empecé a memorizar un capítulo cada día. Después de veintiocho días logré memorizar todo el evangelio de Mateo. Volví a leer en seguida los otros tres evangelios antes de pasar al libro de Hechos y empezar a memorizarlo.

Una mañana a eso de las nueve estaba leyendo el primer capítulo de Hechos. Empecé a meditar en Hechos 1:8 “Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén, como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”.

No estaba seguro de quién era el Espíritu Santo. Corrí y le pregunté a mi madre. Tampoco lo podía explicar. Solo me dijo: “Ya te he dicho todo lo que puedo recordar. ¿Por qué no oras y le pides a Dios el Espíritu Santo tal y como oraste por tu Biblia?”. Mi madre era analfabeta y por eso tenía un conocimiento superficial de la Biblia. Solo había aprendido a recitar unos versículos que les escuchó a otros creyentes.

Ese fue un momento definitorio en mi vida. Tenía un deseo por la presencia y el poder de Dios, y ahora me daba cuenta de cuán importante es conocer la palabra escrita de Dios.

Oré al Señor: “Necesito el poder del Espíritu Santo. Estoy dispuesto a ser tu testigo”. Después de la oración el espíritu del gozo de Dios cayó sobre mí. Una profunda revelación del amor y la presencia de Dios inundó mi ser. Nunca antes había disfrutado de cantar, ero muchos nuevos cantos de adoración fluyeron de mis labios. Eran letras nunca antes aprendidas. Después las escribí. Hasta el día de hoy, esas canciones todavía se cantan en las iglesias en casas chinas.

Empecé a esperar en el Señor por su dirección, y algo maravilloso sucedió. Una noche a eso de las diez, antes que mis padres se fueran a dormir, acababa de terminar un tiempo de oración y de memorización del capítulo 12 de Hechos. Mientras yacía en mi cama, de repente sentí que alguien me tocaba en mi hombro y escuché una voz que me decía: “Yun, te voy a enviar al Oeste y al Sur para que seas mi testigo”.

Pensando que era mi madre la que hablaba, salté de la cama y fui al cuarto de mis padres. Le pregunté: “¿Me llamaste? ¿Quién me tocó el hombro?”.

Mi madre dijo: “Ninguno de nosotros te ha llamado. Regresa a dormir”. Oré de nuevo y me metí en la cama.

Treinta minutos después volví a escuchar una clara voz que me instaba: “Yun, tienes que ir al Oeste y al Sur para proclamar el evangelio. Tú serás mi testigo y testificarás en mi nombre”.

En seguida me levanté y le conté a mi madre lo ocurrido. Me dijo que regresara a dormir y me pidió que no me entusiasmara tanto. ¡Le preocupaba que perdiera la razón de nuevo!

Me arrodillé y oré al Señor: “Jesús, si tú me estás hablando, yo estoy escuchando. Si me llamas a predicar las buenas nuevas, estoy dispuesto a obedecer tu llamado para mi vida”.

A eso de las cuatro de la mañana recibí un sueño del Señor. Vi al mismo amoroso anciano que me dio el pan en mi visión anterior. Mientras caminaba hacia mí, me miró a los ojos y dijo: “Debes dirigirte al Oeste y al Sur para proclamar el evangelio y ser el testigo del Señor.”

En mi sueño vi también una gran reunión con una multitud de personas. El anciano irradiaba gran autoridad delante de la multitud. Me dijo: “Tú serás mi testigo ante ellos”. Me sentí fuera de lugar. En la reunión, una mujer poseída por un demonio vino hacia mí. El anciano dijo: “Debes imponerle tus manos y expulsar el demonio en el nombre de Jesús”. En el sueño hice eso. La mujer luchaba como si estuviera en trance de muerte. Entonces se quedó libre por completo de las fuerzas demoníacas que la controlaban. Toda la gente estaba asombrada porque nunca antes había visto algo semejante.

De repente en mi sueño, un joven salió de la multitud y preguntó: “¿Eres tú el hermano Yun? Nuestros hermanos y hermanas han estado ayunando y orando por ti durante tres días. Esperamos que vengas a estar con nosotros y nos prediques el evangelio. Necesitamos con urgencia que vengas a nuestra aldea.”

El joven me dijo su nombre, edad y aldea natal. Me emocioné y le dije: “Mañana iré a tu aldea”.

Al amanecer llamé a mis padres y les dije que me iba a predicar el evangelio porque Jesucristo me ordenó que lo hiciera. Mi madre me preguntó a dónde planeaba ir. Le dije: “Anoche el Señor me habló tres veces. Me dijo: ‘Ve al Oeste y al Sur a predicar el evangelio’. Seré obediente al llamado celestial”.

Sabía que el sueño recibido era de Dios, así que estaba que las cosas sucederían con exactitud como me las habían mostrado. Le dije a mi madre: “Después que me vaya hoy vendrá un joven del Sur. Tiene veinticuatro años de edad. Tendrá puesta una camisa blanca y un pantalón gris con parches sobre las rodillas. Hace tres días que los cristianos en su aldea están orando y ayunando. Necesitan que vaya y les testifique del Señor. Esta mañana conocí a este hombre en mi sueño. Prometí que iría con él al Oeste y al Sur”.

Mi madre no entendía nada de lo que le decía. Así que con sencillez le dije: “Un joven llamado Yu Jing Chai vendrá a nuestra casa hoy. Por favor, quédate en casa y recíbele. No dejes que se vaya hasta que regrese”.

Esa mañana salí de mi aldea y empecé a caminar hacia el Oeste. Al cruzar un puente me encontré con un anciano cristiano cuyo nombre era Yang. Me preguntó a dónde iba. Le contesté: “Esta mañana el Señor me habló tres veces. Quiere que predique el evangelio en el Oeste y en el Sur”.

El corazón del hermano Yang se conmovió mucho. Me dijo: “Ahora mismo estaba en camino para ir a verte. Me dieron la tarea de ir a buscarte y llevarte al Oeste, a la aldea Gao, para que nos hables del evangelio. Los hermanos y hermanas de allí se enteraron que tú oraste y recibiste un libro celestial. Queremos que vengas y nos hables de sus palabras. Hace tres días que ayunamos y oramos por ti. Me enviaron para que viniera y te llevara a nuestros medios”.

Cuando llegamos, la aldea entera estaba trabajando con afán en los campos, pues era tiempo de cosecha. Sin embargo, cuando el hermano Yang les dijo: “Este es el hombre por el cual han estado orando”, todos soltaron sus herramientas y corrieron hacia nosotros.

Entramos a una casa. Me senté en el suelo y todos se apiñaron a mi alrededor. Estaba bastante nervioso porque nunca antes le había hablado a un grupo de personas. Treinta o cuarenta personas me miraban con fijeza, examinándome con sus ojos y anhelando escuchar la Palabra de Dios. Estaban muy hambrientos de la verdad. Ya había algunos cristianos en la aldea de Gao, pero la mayoría de sus habitantes no eran creyentes aún.

Sentado allí, con mis ojos cerrados y sosteniendo la Biblia por encima de mi cabeza, les declaré: “Esta es la Biblia. El ángel del Señor me la envió en respuesta a mis oraciones. Si quieren conseguir una Biblia, tendrán que orar y buscar a Dios como lo hice yo”.

Todos me miraban maravillados, con sus bocas bien abiertas. La manera en que Dios proveyó mi Biblia causó gran asombro entre ellos. Querían que les enseñara. En esa época no sabía lo que significaba predicar. Solo podía recitar los capítulos de la Biblia que había memorizado, así que recité en voz alta todo el evangelio de Mateo, desde el capítulo 1 hasta el 28.

No sé si la gente entendía lo que le decía. A fin de no perder el hilo ni olvidar algo, recité lo que había memorizado con rapidez, como la corriente de un río.

Cuando terminé, estaba lleno del Espíritu Santo y canté algunas canciones de la Escritura que nunca antes había aprendido.

Al abrir mis ojos vi cómo la palabra de Dios había cautiva a todo el mundo. El Espíritu Santo los convencía de sus pecados. Todos se arrodillaron y se arrepintieron con lágrimas que les corrían por las mejillas. Esa noche, aunque solo tenía dieciséis años de edad, aprendí que la Palabra de Dios es poderosa. Cuando la expresamos con un corazón ardiente, se conmueve mucha gente. En esa primera reunión, gracias a poder de Dios, docenas de personas entregaron sus corazones a Jesús.

Me rogaron que me quedara y siguiera leyendo la Biblia. Les conté: “Dios me dijo que tenía que ir también al Sur para ser su testigo”. ¡Esto no les agradó y no me dejaban ir! Por lo tanto, me quedé y les recité los primeros doce capítulos del libro de Hechos. Les prometí que después que memorizara más de la Biblia regresaría a su aldea y les recitaría lo que hubiera aprendido.

Cuando me encontraba listo para dejar la aldea de Gao, una joven vino y me preguntó:

—Tú dijiste que te dirigirías al Sur. ¿Adónde vas con exactitud?

—Hay un hombre en el Sur llamado Yu Jing Chai—le dije—. Esta mañana le prometí que iría con él a su aldea.

Esta mujer estaba sorprendida y me preguntó si le conocía.

—Sí, lo conozco—respondí.

—¿Dónde le conociste? —me preguntó.

—Le conocí en un sueño que el Señor me dio esta mañana—le expliqué.

Ella empezó a llorar delante de mí y dijo:

—Yu Jing Chai es mi hermano.

Esta hermana fue la primera creyente en su familia. Después llevó a su madre y hermano al Señor. Aunque ahora vivían en lugares separados, los tres oraron y ayunaron por mí durante tres días. El Señor los unió como solo Él puede hacerlo. El Espíritu Santo estaba obrando de esa forma tan maravillosa.

Las personas de la aldea de Gao me despidieron con amor y muchas lágrimas en sus ojos.

Cuando dejaba la aldea hacia casa, sucedió algo asombroso. La aldea Gao está a unos seis kilómetros de mi aldea. La mayor parte del camino es por senderos estrechos, así que pueden necesitarse dos horas para hacer el recorrido. Debido a que sabía que quizá Yu Jing Chai me esperaba en casa, decidí correr a fin de que no tuviera que esperar mucho por mí. Mientras corría, recitaba versículos de la Biblia en voz alta y no le prestaba mucha atención por dónde corría. De repente, aún cuando no sentí nada ni me di cuenta de que ocurría algo, ¡vi que entraba a mi aldea sin que pasara tiempo alguno! Lo que me hubiera tomado unas horas, solo me llevó unos instantes.

Esta experiencia es difícil de explicar, pero fue inolvidable. Creo que Dios llevó a cabo un milagro semejante a cuando se llevó a Felipe en Hechos 8:39-40 “El Espíritu del Señor se llevó de repente a Felipe [...] En cuanto a Felipe, apareció en Azoto, y se fue predicando el evangelio en todos los pueblos”.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba llena de gozo. Ni siquiera me llamó por mi nombre, sino que me llamó Samuel. Gritó:

—Samuel, Samuel, el joven del que me hablaste esta mañana, Yu Jing Chai, vino a visitarnos. Estaba vestido como tu me dijiste.

Le pregunté dónde estaba, pero me dijo que ya se había marchado.

—¡Ah! mamá—exclamé—, ¡te pedí que te aseguraras que no se marchara! Le prometí en mi sueño que iría a su aldea y les predicaría el evangelio.

—¡No te preocupes! —respondió mi madre—. Sé paciente y déjame terminar de hablar. Cuando este amado muchacho nos visitó esta tarde, me di cuenta que era justo el joven del que me hablaste esta mañana. Su nombre era en realidad Yu Jing Chai. Cuando le

pregunté era el hermano Yu, estaba muy sorprendido y quiso saber cómo sabía su apellido. Entonces le pregunté: “¿Eres Yu Jing Chai?”. Se asustó y me rogó que le dijera cómo sabía su nombre completo. Le pregunté: “¿Viniste para pedirle a mi hijo que fuera contigo al sur para predicar el evangelio?”.

El hermano Yu estaba pasmado y preguntó: “¿Cómo sabe todo esto?”.

Mi madre le explicó: “Hermanos y hermanas han estado ayunando y orando durante tres días con el fin de que mi hijo vaya a su pueblo a predicarles el evangelio. Mi hijo ya prometió que iría contigo. Sin embargo, el fue esta mañana al oeste y estará en casa al atardecer. Por favor, ¿quieres sentarte y beber un poco de agua?”.

Cuando Yu escuchó las palabras de mi madre, estaba tan contento que se volvió y corrió a casa. ¡Se fue tan deprisa que hasta olvidó recoger su sombrero de paja! Prometió que regresaría al atardecer para acompañarme.

En ese momento, el sol se ponía y el hermano Yu Jing Chai entraba en nuestro patio. Estaba cubierto de sudor por la larga carrera. Se le veía justo como lo vi en mi sueño la noche anterior. Tomé su mano y le dije: “Tú eres el hermano Yu, y tú y otros han orado por mí durante tres días para que fuera a tu aldea. Te conocí esta mañana en mi sueño. Jesús te ama. Iré contigo”.

Nos abrazamos y lloramos juntos. Mi madre ya no dudaba de mi cordura. Después que ella nos impuso las manos y nos bendijo, nos adentramos en la oscuridad hacia la aldea en el sur. Cuando llegamos, de nuevo le recité a la gente todos los versículos de la Biblia que había memorizado.

Ese día el fuego del evangelio empezó a arder en nuestra zona. No solo empezó a alumbrar en el oeste, sino también en el sur. Más tarde nos encontramos con mucha persecución y sufrimiento por la fe, pero en esos primeros días todo era dulce y maravilloso.

Dios derramó su Espíritu sobre muchas almas desesperadas. Como hombres sedientos en el desierto, con alegría bebieron en el agua de la palabra de Dios. Aun cuando solo era un adolescente, el Señor me capacitó para guiar a más de dos mil personas a Jesús en mi primer año como cristiano. En esos primeros días mi entendimiento del “oeste y el sur” estaba limitado a esas zonas cerca de mi aldea. Poco a poco, por la gracia del Señor, ese territorio se ha expandido con el paso de los años hasta incluir a toda la China y hasta las naciones fuera de la China.

* * *

La primera vez que hablé del Señor en la aldea Gao, el Señor me dio canciones de la Escritura para cantar ante las personas. Escribieron sus letras con el fin de recordarlas.

Una de las canciones las extraje del evangelio de Mateo donde Jesús nos dice que si alguien nos da una bofetada en la mejilla derecha, debemos volverle también la otra mejilla. Otra canción enseñaba cómo nos regocijamos en gran manera cuando nos persiguen por amor del evangelio. Sin embargo, otra canción explicaba que nunca debíamos ser como Judas y negar a nuestro Maestro.

Después que tantas personas se entregaran en seguida a Jesús, eso llamó la atención de las autoridades. A todos los cristianos en la aldea de Gao los arrestaron y los llevaron a

la comisaría de policía. Los policías exigieron saber: “¿Quién les habló de Jesús? ¿Cómo es que todos creen en esa superstición?”.

Los creyentes estaban llenos de un gozo abrumador. La única cosa que decían era: “¡No seremos como Judas! ¡No traicionaremos a nuestro Señor Jesús!”.

Los policías empezaron a golpearlos y se regocijaban todavía más. Decían: “¡Por favor, señor, golpéenos la otra mejilla también!”. Los cristianos se alegraban y se regocijaban.

Los policías se cansaron de golpearlos y al final dijeron: “¡Todos ustedes los cristianos están locos!”. Después de una última advertencia, los enviaron a casa.

CAPÍTULO 4: DIOS BENDICE A TODA MI FAMILIA

Le agradezco a Dios que salvara a toda mi familia. Mi padre partió para el hogar celestial unos años después de sanar de forma milagrosa de cáncer.

Me sentí triste y feliz a la vez. Triste porque había perdido a mi padre a una edad tan temprana, pero feliz de que el Señor lo salvara. Dios usó la enfermedad de mi padre para llevar a toda la familia al pie de la cruz.

Mi madre fue igual que la profetisa Ana, pues "día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones" Lucas 2:37

Lo doy gracias a Dios porque no solo me dio unos padres maravillosos, sino también una esposa virtuosa. La Biblia pregunta: "Mujer ejemplar, ¿dónde se hallará? ¡Es más valiosa que las piedras preciosas! Su esposo confía plenamente en ella y no necesita de ganancias mal habidas. Ella es fuente de bien, no de mal, todos los días de su vida." Proverbios 31:10-12

¡Por la gracia de Dios encontré tal esposa para mí!

Deling decidió casarse conmigo por amor y obediencia al Señor. Nuestras madres arreglaron nuestro matrimonio. La madre de Deling es una mujer muy sincera y honrada que ama a Dios.

La primera vez que Deling yo nos vimos, le dije: "Dios me escogió para que sea su testigo y le siga a través de muchas dificultades y del camino de la cruz. No tengo dinero y la autoridades me persiguen siempre. ¿De verdad te quieres casar conmigo?".

Me respondió: "No te preocupes, nunca te abandonaré. Me uniré a ti y juntos serviremos al Señor".

Fuimos a la oficina del Registro Civil. Después de responder a unas preguntas, escribimos nuestros nombres en las hojas de registro. El empleado le pidió a Deling que saliera y que me esperara afuera. A mí me dijo que entrara en otro cuarto. El empleado se había dado cuenta de que mi nombre figuraba en la lista de los "buscados" del Buró de Seguridad Pública (BSP). Varios agentes entraron y me arrestaron.

Así comenzó nuestra vida como matrimonio, pero Deling nunca me dejó, ni se arrepintió a la vida a la que la llamaba el Señor. Decidí andar por el camino de la cruz.

A lo largo de nuestro matrimonio, Deling ha estado bajo tremendas presiones de su familia, la comunidad, las autoridades y de todas partes, pero ha permanecido a mi lado, y hasta ha sufrido prisión por el Señor.

¡No podía haber recibido una mejor esposa y compañera!

A los pocos días de nuestra boda, mi esposa y yo fuimos a tomar un autobús para asistir a una importante reunión de líderes. Fuera de la estación del ómnibus, el jefe de la Administración Estatal de Asuntos Religiosos de nuestro distrito me reconoció. Me agarró por el cuello de la camisa y me dijo: "No te muevas. No te puedes escapar. Vendrás conmigo a nuestras oficinas". También agarró la bolsa de mano de Deling.

De repente el Espíritu del Señor me instó a echar a correr. Le grité a Deling: "¡Corre!", y me solté de la mano del agente antes de que se diera cuenta de lo que sucedía. Él soltó la bolsa de Deling y me persiguió. Mientras corría, me gritaba: "¡Es un espía! ¡Detengan al espía!". Estalló un pandemonio en la estación de ómnibus. Salté por encima de una pared y me escapé de la multitud. Eso fue un milagro. La gente dijo más tarde que la pared era demasiado alta para que una persona pudiera saltarla.

En la conmoción, Deling también escapó.

Los agentes del Buró de Seguridad Pública (BSP) recuperaron el bolso de Deling y encontraron la dirección del lugar de la reunión. Se presentaron allí y arrestaron a varios líderes que ya habían llegado para la reunión.

* * *

DELING: Déjeme contarle cómo nos conocimos Yun y yo. Después de convertirme en cristiana, visitamos una aldea cercana donde una vez al año se celebraba un gran culto de bautismos. Fui para que me bautizaran como una nueva creyente.

Eso fue en noviembre, así que ya hacía bastante frío. El bautismo comenzó a eso de la medianoche, por razones de seguridad. Nos imaginábamos que los del BSP no saldrían jamás de sus cómodas camas en medio de una noche fría para arrestarnos, pero nos equivocamos. Alrededor de la una de la madrugada se apareció el BSP y detuvo a más de cien cristianos.

El hermano Yun era el que estaba bautizando a los nuevos creyentes, incluyéndome a mí. Los del BSP nos ordenaron que formáramos dos líneas de forma que pudieran anotar nuestros nombres e identificarnos a cada uno. Yun se encontraba también en la fila, pero cuando los vio distraídos, se marchó. Era como si Dios cegara los ojos de los agentes y no pudieran verlo.

Había visto a Yun unas pocas veces antes porque las reuniones se celebraban en su casa los domingos por la noche, pero la experiencia del culto del bautismo dejó en mí una impresión indeleble. ¡Pensaba que estaba un poquito loco!

Según nuestras costumbres, nuestro matrimonio lo arreglaron nuestras respectivas madres. Después que mi madre se sanó y se salvó, sintió que tenía que encontrar un predicador para que se casara conmigo. Yun era el único predicador soltero en toda la zona. Mi madre visitó a la madre de Yun y juntas arreglaron nuestro matrimonio.

Esta decisión le costó caro a mi madre. Cuando anunció a mi familia que me casaría con un predicador, mi padre y hermanos enfurecieron. Para ellos, casarse con un predicador era peor que casarse con un mendigo. Sabían que Yun no tenía dinero, así que no podía dar regalos ni dinero a mi familia como dote. Procuraron anular el acuerdo por todos los medios, pero mi madre se mantuvo firme. En esa época, se arreglaban así los matrimonios en nuestra parte de China. Hoy, muchos jóvenes toman sus propias decisiones acerca de con quién se quieren casar, aunque todavía se arreglan muchos matrimonios.

Aun después del compromiso, mi familia se aseguró que no tuviera nada que ver con Yun, de modo que, aunque su aldea solo estaba a un kilómetro y medio de la mía, no tuvimos otra oportunidad de vernos ni de hablar antes de la boda. El padre de Yun falleció antes de que nos casáramos, de modo que no tuve oportunidad de llegar a conocerle.

Era una adolescente de dieciocho años cuando llegó el día de la boda. Mi madre me dijo que Yun era un predicador muy pobre, pero que debía casarme con él, así que no la cuestioné. No tenía idea de lo que significaba el matrimonio. No tenía forma de saber lo que me traería en el futuro. Era solo una joven con ojos asombrados, muy sencilla e inocente.

Antes de la boda, Yun y yo nos fuimos al Registro Civil para solicitar nuestro certificado de matrimonio. Después que terminaron todas las formalidades, me quedé esperando fuera por un largo rato, pero Yun no salía. Decidí que ya no podía esperar más tiempo por él y regresé a casa.

Solo más tarde me enteré que cuando Yun escribió su nombre en el Registro Civil, los empleados se dieron cuenta de que el BSP lo buscaba por

ser un predicador ilegal, ¡así que lo arrestaron allí mismo! Ya sabían que Yun había estado predicando el evangelio por toda la provincia.

¡Este fue el comienzo de nuestra vida juntos! Debido a la demora cuando lo arrestaron, pasó poco más de un año desde que nos comprometimos hasta que Yun y yo nos casamos.

Nuestra boda se celebró el 28 de Noviembre de 1981, en un hermoso día soleado. El anciano Fu ofició la ceremonia que se celebró en la casa de Yun. Se prepararon más de veinte mesas, y en cada una se sentaron entre ocho y diez invitados, así que asistieron unas doscientas personas. Según nuestra cultura, la boda se celebró en la casa del novio y ninguno de mis padres pudo asistir. Estaban presentes mis hermanos y hermanas y todos los familiares de Yun.

Recuerdo que hubo predicación y el luego el anciano Fu nos bendijo, ¡y sin más ni más estábamos casados!

En nuestra luna de miel, viajamos a otro pueblo para asistir a una reunión. Una hermana viajaba también con nosotros. Cuando estábamos a las afueras de la ciudad de Nangyan, el jefe de la Administración Estatal de Asuntos Religiosos de nuestro distrito reconoció a Yun, y le agarró por el cuello de la camisa.

La hermana y yo corrimos al baño de señoras y empezamos a hacer pedazos la Biblia de Yun y otros libros cristianos porque sabíamos que se vería en serios problemas si los agentes descubrían que sus libros vinieron del extranjero.

Ese hombre empezó a gritar todos los delitos que presuntamente había cometido Yun, y en la gran confusión del momento, Yun se desprendió de sus manos y echó a correr. Más tarde en el día logré reunirme con él.

Tres o cuatro meses después de casados, estábamos juntos en una reunión que se celebraba a unos treinta kilómetros de nuestro hogar. A Yun lo habían arrestado, pero se las arregló para escaparse, de forma que, a partir de ese momento, era un hombre buscado y no podíamos regresar a casa. Por lo tanto, andaba siempre yendo de un sitio a otro, predicando el evangelio en toda China.

El hermano Xu nos presentó a Zhang Rongliang y Yun se asoció con Zhang. Xu y Zhang dirigían diferentes redes de iglesias en casas, pero el hermano Xu le dijo a mi esposo: "Tú vas como un representante de una nuestras iglesias, haces amigos y eres una bendición para las iglesias en casas de El Zhang".

El estrés de tener a mi esposo huyendo de la policía, y de las presiones diarias de la vida, fueron demasiado para mí en ese tiempo. En aquel entonces estaba embarazada, pero a los pocos meses sufrí un aborto. Perdimos un bebé.

Me causaba angustia y estrés ir a las estaciones de trenes y autobuses y ver carteles con fotografías e información sobre mi esposo, denunciándole como un fugitivo de la ley.

Sin duda, ¡eso de estar casada con Yun había sido bastante interesante! Mi instinto femenino me ha llevado a veces a desear una vida más estable y estructurada como familia, pero la persecución casi siempre lo ha hecho imposible.

CAPÍTULO 5

LA SENDA DE LA PERSECUCIÓN

La iglesia en nuestra zona empezó a crecer en gracia y en número a medida que Dios salvaba de forma radical muchas personas y las enviaba como ganadoras de almas. Pronto, sin embargo, se levantó la oposición en contra de nosotros. Debido a que tantas personas creían en Cristo, las autoridades comenzaron a movilizarse. Antes de nosotros, nunca hubo cristianos en nuestra aldea.

Mi madre se identificaba como líder de nuestra iglesia y la perseguían las autoridades. Le pusieron un gran sombrero con orejas de burro sobre su cabeza y la pasearon por las calles. La obligaron a asistir a clases de "re-educación", a fin de "ayudarla a corregir sus falsos puntos de vista".

Después que asumí el liderazgo de nuestra iglesia, la presión se desvió de mi madre a mí. Las autoridades venían a menudo a preguntarle mi paradero, ¡pero casi siempre los pasaba por alto y fingía no entender una palabra de lo que le decían! Pasando un tiempo, la dejaron en paz, pensando que había perdido la razón.

A los diecisiete años de edad me arrestaron por primera vez por predicar el evangelio. En los años que siguieron nos arrestaban con frecuencia y nos interrogaban en el Buró de Seguridad Pública (BSP).

En vez de debilitarnos, la persecución solo nos hizo más fuertes. Mientras más presión sufríamos, más fuego y amor teníamos por la extensión del evangelio. Éramos como los hijos de Israel mientras estaban esclavizados en Egipto: "Pero cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y extendían, de modo que los egipcios llegaron a tenerles miedo". Éxodo 1:12

Mi padre falleció en 1977. Estuvo débil y desnutrido por algún tiempo y, al final, a los setenta y seis años de edad, se fue a la presencia de Dios. El cáncer del que lo sanó el Señor en 1974, sin embargo, ¡nunca regresó!

Su funeral fue muy emotivo para mí. Aun cuando sabía que era salvo y estaba en el cielo, lo extrañé muchísimo. Me apoyó por completo en mi ministerio, estaba orgulloso de mí y siempre me animó a servir al Señor con todo mi corazón.

En el invierno de 1978 empezamos a bautizar creyentes por primera vez. La única forma segura de hacerlo era abriendo un agujero en el hielo sobre el río y bautizar a los nuevos creyentes en las aguas heladas durante la noche mientras dormían los policías. En muchas ocasiones bautizamos a cientos de creyentes en los ríos y arroyos del sur de Henán. A veces el Señor hizo el milagro de que nadie se diera cuenta de lo fría que estaba el agua. ¡Algunos incluso comentaron que se sentía cálida!

A fines de la década de 1970, multitudes de personas acudían al Señor a diario. Tenían gran necesidad de prepararse y establecerse en la fe. Aunque apenas pasaba los veinte años, ¡los demás me veían como un líder maduro y uno de los cristianos antiguos porque había acudido al Señor en 1974!

El año de 1980 fue uno fenomenal para la iglesia en Henán. Lo recordamos como el año en que el Señor hizo milagros extraordinarios y sanidades divinas, y las palabras de Jesús llegaron de forma sobrenatural a muchas personas. Ese maravilloso año vimos un tremendo crecimiento en la iglesia. Más tarde, muchos de los convertidos en 1980 llegaron a ser líderes de la iglesia de Dios en toda China. La provincia de Henán se convirtió en la Galilea de China, de donde vinieron muchos de los discípulos de Jesús.

En una de las reuniones en la zona de Nanyang, cientos de personas, cristianos e incrédulos también, vieron una visión de un barco flotando en un mar de nubes por

encima del lugar de reunión. Muchos pecadores se arrepintieron y entregaron sus vidas a Cristo como resultado de esta señal y prodigio.

En el pueblo de Fen Shuiling ("Colina Divisoria"), también en Nanyang, un incrédulo se encontraba moribundo a causa de una prolongada enfermedad. Su familia nunca había escuchado el evangelio. Un día por la tarde, el Señor Jesús se le apareció a este hombre y le dijo: "Me llamo Jesús. He venido a salvarte".

El pueblo de Fen Shuiling está situado en una remota zona montañosa, que nunca había sido visitada por un predicador. No tenía iglesia, ni pastor, así que, cuando llegué allí por primera vez, me sorprendió encontrar que el evangelio se había extendido a muchos otros pueblos y que docenas de familias habían puesto su fe en Cristo. ¡Jesús mismo les había predicado el evangelio! Estos nuevos creyentes estaban hambrientos de recibir la enseñanza de la palabra de Dios.

En Diciembre de 1980, unas semanas antes de Navidad, el diablo usó una manera nueva de tentarnos y engañarnos, pues empezó a usar sugerencias sutiles y artimañas astutas. El gobierno convocó a una reunión de ciento veinte representantes religiosos de todo el país. Se invitaron a líderes musulmanes, budistas, daoístas y cristianos.

En ese tiempo no sabíamos nada sobre la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías que estaba formando el gobierno. Lo de "Tres Autonomías" se refería (según ellos) a los tres principios directivos: Se propaga, se sostiene y se gobierna a sí misma. La mayoría de los cristianos pensaba que era algo bueno, y se alegraba de que parecía ser un nuevo día cuando los creyentes podrían adorar a Dios con libertad, sin interferencias ni persecuciones. Asistí a la reunión dispuesto por completo a la idea de unirme a la nueva iglesia y dispuesto incluso a la posibilidad de ser un líder para nuestra zona, si eso era lo que quería Dios.

La reunión se organizó mediante la cooperación conjunta de la Administración Estatal de Asuntos Religiosos (AEAR) y el BSP. En esa reunión pretendían seleccionar los miembros del comité y el presidente de cada religión. El jefe de la Administración me invitó porque tenía la reputación de proclamar el evangelio y también porque poseía una Biblia.

Más del noventa por ciento de los delegados querían que fuera el presidente de la Asociación Cristiana, pero algunos difamaron de mí en público, diciendo que era un falso pastor porque nunca había asistido a un Seminario o Instituto Bíblico.

Un hombre llamado Ho fue el principal acusador, pues quería para sí la posición de presidente. ¡Afirmaba ser creyente de Jesús desde que estaba en el vientre de su madre! Era bien conocido que había negado al Señor Jesús durante la Revolución Cultural y que creía en una teología liberal extrema y centrada en el hombre.

Durante la reunión anunció con orgullo que era un pastor más calificado que yo, porque había estudiado en un Instituto (seminario) Bíblico y había estudiado en una escuela misionera antes de 1949. Les aseguró a los delegados que era la persona apropiada para ocuparse de los asuntos de la iglesia en nuestra zona.

Ho dijo que el gobierno debería oponerse a individuos como mis colaboradores y yo, porque íbamos por todas partes predicando el evangelio de forma ilegal, sanando a los enfermos y expulsando demonios de las personas. Dijo también que deberían frenarnos porque trastornábamos el orden social y amenazábamos la paz y la estabilidad.

En la reunión, ese hombre empezó a gritarme con enojo. Me mantuve tranquilo todo el tiempo que pude, pero entonces sentí que el fuego de Dios se encendía en mí, como le sucedió a Jesús cuando se enfrentó a los cambistas en el templo (Mateo 21:12).

Cuando Ho terminó su discurso, el jefe del BSP se levantó y le animó a que siguiera hablando en contra de los "falsos cristianos como Yun". Frotándose las manos

con alegría, el jefe dijo: "Por favor, díganos todo lo que sepa acerca de cómo Yun y sus colaboradores perturban el orden social. Denuncie la suciedad de su cristianismo. Háblenos de cómo estos falsos pastores tratan de destruir nuestra nación".

Ho se sintió muy honrado y se paró de nuevo. Declaró con orgullo: "Nosotros los cristianos verdaderos tenemos muchas quejas en contra de los falsos cristianos como Yun".

Me sentí tan enojado por las calumnias que lanzaba este hombre, y por la deshonra que traía parla iglesia de Dios ante los incrédulos, que ya no me pude aguantar más. ¡Me paré encima de mi asiento y en el nombre de Jesucristo le ordené a este hombre que se callara!

La reunión era un alboroto. Me sentí lleno del Espíritu Santo y con palabras poderosas del Señor, proclamé: "¡Esta reunión no es del agrado de Dios!". Señalé con el dedo a los que afirmaban creer en el Señor, y les dije: "Ustedes son una vergüenza que juzgará el Señor Jesús. La Biblia dice que los creyentes no deberían de unirse en yugo desigual con los incrédulos. ¿Cómo pueden morar juntas la luz y las tinieblas? La iglesia de Dios no tiene comunión con los ídolos. ¡El Señor y su iglesia los juzgará!".

Antes de que terminara de hablar, algunos hermanos y hermanas cristianos vinieron con lágrimas en sus ojos y me hicieron bajarme y sentarme, rogándome que me detuviera antes de que me metiera en graves dificultades.

Los agentes del BSP y los líderes religiosos estaban furiosos. Se pararon y golpearon las mesas con los puños. Me amenazaron: "¿Quién es usted para pensar que puede perturbar el desarrollo de esta reunión? ¡Nunca más le permitiremos que asista a una reunión como esta!".

En cuanto escuché esas palabras, me paré de nuevo y declaré: "Me voy ahora mismo. ¡Nunca más me inviten a algo como esto!".

Esta es la manera en que el Señor me guió para dar mi vida por el evangelio en China, y a trabajar por el crecimiento de las iglesias en casas. A partir de ese día entendí con claridad que el reino de Dios nunca se debe mezclar con la política. La meta suprema de la enseñanza marxista es la total erradicación de cada religión. ¡A la esposa pura de Cristo no la puede controlar un gobierno ateo dirigido por hombres que odian a Dios!

La verdadera iglesia no es una organización controlada por el gobierno humano, sino una colección santa de piedras vivas, con Jesucristo como la piedra angular.

A medida que salía del centro de reuniones, me sentía tan libre como un pájaro. Una nueva canción vino a mi corazón:

*Desde el día que salí de casa he llevado mi cruz
Corriendo hasta el fin de la tierra por Jesús
He participado en los sufrimientos de mi Señor
Proclamando el evangelio con lágrimas
Muchas veces a través del viento y la lluvia
Las lágrimas han rodado por mis mejillas
Muchas cosas abrumaban mi corazón
Pero el amor de Jesús continuó dirigiéndome
Su amor y su gracia me confortan
Y me guardan perfectamente día en día*

Oré diciendo: "Señor, ¿a dónde puedo ir? Señor ¿qué me traerá el futuro?"

El Señor enseguida me respondió a través de Jeremías 1:5-8: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las

naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová.”

CAPÍTULO 6

EL DIOS DE PEDRO ES TU DIOS

En 1983 se desató una ola de violencia en China, con desenfrenados homicidios, secuestros, robos y prostitución. El gobierno vio que perdía el control de la situación y lanzó una campaña en contra de la delincuencia. A cientos de delincuentes los ejecutaron en público.

Fue lamentable, pero el gobierno consideró también ilegales las iglesias en casas debido a nuestra decisión de no inscribirnos con el movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías, de modo que nos convertimos en uno de los blancos de esa campaña. Las autoridades y los líderes de la Iglesia Patriótica catalogaron a los cristianos no inscritos como “agentes contaminantes espirituales”. Cientos de líderes de iglesias en casas se buscaron, arrestaron y enviaron a campos de trabajos forzados. En Henan ejecutaron a muchos creyentes por su fe en Jesús.

Durante esa terrible ola de persecución, el hermano Xu me comentó algunos pensamientos importantes. Me dijo: “El futuro de las iglesias en casas en China necesita cuidadosa consideración. Debíamos ser fieles en las cosas pequeñas al tiempo que creemos y esperamos grandes cosas de Dios. Tenemos que aprender todo lo que el Señor quiera enseñarnos de su Palabra, de la vida, de nuestras experiencias y de nuestros sufrimientos. Por lo tanto debíamos empezar un esfuerzo de oración y esperar la revelación y misericordia divinas. Establezcamos centros de capacitación y llevemos el evangelio a todas partes de nuestra nación. Tenemos que estar mejor preparados para capacitar a los soldados cristianos a fin de establecer la iglesia de Dios”.

El Hermano Xu escribió un folleto titulado *La edificación de la iglesia en casa china*. En este folleto bosquejó siete principios bíblicos principales, en los que debíamos enfocar nuestras actividades. Di gracias a Dios de que ahora contáramos con un plan más definido para la edificación y adelanto de las iglesias en casas. Hasta ese momento no disponíamos de un plan nacional para ganar a toda China para Cristo. Desde 1983 hasta la fecha el evangelio se ha extendido y se han enviado miles de obreros a zonas estratégicas que no se habían alcanzado.

Fuimos obedientes a la dirección del Espíritu Santo, nos enfocamos en la provincia de Shaanxi, la cual había recibido muy escaso testimonio del evangelio. Las pocas iglesias rurales que había allí estaban en gran necesidad de recibir instrucción sólida y ánimo. En Shaanxi se encuentra Xi'an, la antigua capital de China. La provincia tiene la reputación de ser la más resistente al evangelio que la mayoría de las otras provincias chinas.

Cuando me uní a la reunión de oración en Henan, los líderes me dijeron que habían recibido una carta de la iglesia en Shaanxi rogándonos que enviáramos obreros allá a fin de prepararlos en cómo plantar nuevas iglesias. Me dijeron: “Hemos estado ayunando y orando durante los últimos días por su petición. Hermano Yun, creemos que Dios quiere que tú vayas al oeste, a Shaanxi. Queremos que vayas cuanto antes para allá con dos de nuestras colaboradoras. Aunque estas dos hermanas no tienen experiencia en predicar, tú puedes enseñarlas por el camino. Son siervas fieles del evangelio, dedicadas de todo corazón a la salvación de las almas”.

Antes de salir esa noche para Shaanxi, le pedimos a Dios que preparara los corazones de las personas para recibir su Palabra. Mientras orábamos tuve de repente una terrible visión que estremeció mi alma. Los otros me dijeron que los asusté cuando grité: “¡Aleluya! ¡La sangre de Jesús te ha vencido!”.

Todos dejaron de orar y me preguntaron que había pasado. Con mi frente llena de sudor, les dije: “He tenido una visión terrible y mala. Una criatura negra y horrenda venía detrás de mí. Tenía una cara retorcida y horrible. Me derribó y se sentó sobre mi estómago de forma que no me podía levantar. Con una de sus manos me tenía agarrado por la garganta y me ahogaba. En su otra mano tenía un alicate de acero con el que trataba de cerrar mi boca. Apenas podía respirar. Entonces vi a un ángel fuerte que volaba hacia mí. Con todas mis fuerzas metí mis dedos en los ojos de esa criatura mala. Esta cayó al suelo y el ángel me llevó a un lugar seguro. Fue entonces cuando grité: ¡Aleluya! ¡La Sangre de Jesús te ha vencido!”.

Después de contarles lo que había visto, oramos y participamos juntos de la Cena del Señor. Nos encomendamos al cuidado del Señor. Nosotros tres, las dos jóvenes hermanas y yo, llegamos al condado de Shangnan en Shaanxi. Shangnan es un distrito montañoso aislado en el extremo sudeste de la provincia. Casi ninguno de sus empobrecidos habitantes nunca antes había visto forasteros.

Los creyentes locales recibieron noticias de nuestra llegada y arreglaron a toda prisa tres días de reuniones. Se congregaron allí los líderes de distintos lugares cercanos. En el primer día les hablé de la historia de la cruz a lo largo de la historia y misión de la iglesia. Al día siguiente, a eso de la una de la tarde, me quedé sin voz. Los creyentes sugirieron que descansara un poco y dejara que mis colaboradoras ocuparan mi lugar. Le pedí a la hermana Juan que predicara sobre la salvación de la cruz.

Ninguna de estas hermanas había hablado antes en público. Ni siquiera se habían parado delante de un grupo. La hermana Juan estaba tan nerviosa que cayó de rodillas y se echó a llorar. Su Biblia cayó al suelo. Todos sintieron compasión y oraron por ella.

Me llevaron a un cuarto con el fin de que pudiera descansar. Cuando yacía allí sobre la cama, me puse a meditar en el mensaje que les había predicado esa mañana.

De repente, ¡se oyó un gran ruido! Varios agentes del BSP abrieron a patadas las puertas de mi cuarto. Me echaron mano y me inmovilizaron sobre la cama. Uno de los agentes se sentó sobre mi y con una mano me sujetaba por el cuello y con la otra sacó un carné de identificación del bolsillo. Luego me gritó: “Yo soy un agente del BSP. ¿Quién es usted? ¿De dónde viene?”.

Enseguida recordé la visión que tuve del monstruo negro.

Otros dos agentes del BSP me ataron las manos a la espalda con una cuerda y también la amarraron alrededor de mi cuello y cintura. Uno de los agentes se dio cuenta de una cruz roja de madera que colgaba de la pared, con las palabras “De tal manera amó Dios al mundo” grabadas sobre el madero horizontal. A la izquierda ya la derecha estaban escritos: “Soportó la cruz” y “Llevó nuestros pecados”.

Los agentes leyeron esas palabras y se echaron a reír. Quitaron la cruz de la pared y la sujetaron sobre mi espalda con la cuerda. Luego empezaron a darme patadas con furia. Las patadas llovieron sobre mis piernas, brazos, pecho y costillas.

El dueño de la casa entró en el cuarto y de rodillas suplicaba a los agentes que me dejaran en libertad. Les dijo: "Este hombre es una buena persona. Él no ha hecho nada malo. Por favor, llévenme a mi en su lugar".

Los agentes le golpearon y le sacaron del cuarto, gritándole: "Usted nunca podrá pagar la deuda de este hombre".

¡Por primera vez tuve el honor de llevar la cruz de Cristo sobre mi cuerpo! Me sacaron de allí y me llevaron magullado, sangrando y maltratado al ayuntamiento de Shangnan. Eso me recordó el versículo: "Por lo que veo, a nosotros los apóstoles Dios nos ha hecho desfilar en el último lugar como a los sentenciados a muerte. Hemos llegado a ser un espectáculo para todo el universo, tanto para los ángeles como para los hombres". 1 Corintios 4:9.

Cuando la gente de la ciudad me vio atado con cuerdas y cargando una gran cruz roja, empezó a circular por el pueblo la noticia de que había llegado "Jesús de Henan". Muchas personas se reunieron para ver este notable espectáculo.

Mientras me paseaban por las calles, un auto de policía circulaba con lentitud por delante. Mediante un altavoz anunciaban: "Este hombre vino de Henan a predicar sobre Jesús. Ha perturbado mucho la paz de este lugar. Ha confundido a las personas. El Buró de Seguridad Pública lo atrapó hoy. Lo vamos a castigar con gran severidad".

Me obligaron a arrodillarme en la suciedad de la calle mientras los agentes me golpeaban en el pecho y en la cara, y por detrás me daban patadas con sus duras botas. Tenía la cara cubierta de sangre. El dolor era insoportable y casi pierdo el conocimiento mientras yacía en el suelo.

Me levantaron y me hicieron andar dando traspiés por otra calle. Estaban decididos a hacer de mi un ejemplo para toda la gente del pueblo.

Levanté la cabeza y pude ver a las personas que llenaban las calles. Algunos tenían pena de mi y lloraban. Cuando ví esto, en realidad me fortaleció. Aproveché una oportunidad para decir a una mujer: "Por favor, no llore por mi. Llore por las almas perdidas de nuestra nación"

Cuando los que miraban oyeron mi voz, siguieron llorando aún con más fuerza. Me pasearon por las calles durante varias horas. Cuando empezó a anochecer, me metieron en un gran patio dentro de la comisaría de policía.

No me desataron, pero sí me quitaron la cruz de la espalda. Me encerraron dentro de un gran cuarto para interrogatorios. Me dí cuenta que la puerta era metálica y las ventanas tenían barras de hierro.

Entraron unos agentes con mala cara me interrogaron con voces y tonos duros. El Señor me habló en mi corazón: "Tu Padre Celestial te cuidará y protegerá".

Me gritaron: "¿De dónde exactamente viene usted?". "De Henan", les contesté.

Entonces recordé que la policía también me buscaba en Henan. No quería que supieran el nombre de mi provincia y pueblo natal porque eso podría meter a muchos creyentes en problemas, así que cerré la boca y decidí que no respondería a ninguna más de sus preguntas.

Sentí que Dios quería que fingiera que estaba loco, como David lo hizo alguna vez en la Biblia. Me tiré al suelo y actué como si estuviera de verdad trastornado de la cabeza. Movía los ojos y escupía como un demente. No dije ni una sola palabra. Los agentes de Seguridad Pública estaban sorprendidos y asustados y se convencieron de que era un enfermo mental en realidad.

Muchos espectadores se amontonaron en las ventanas y miraban lo que sucedía dentro de aquel cuarto.

Uno de los agentes fue a otra habitación e hizo una llamada telefónica a Henan, tratando de averiguar con las autoridades de allá quién era yo. Los otros agentes fueron con él para enterarse de los resultados. Me dejaron solo en el cuarto y cerraron la puerta. Todavía estaba atado con la cuerda por lo que se imaginaron que no había posibilidad de que me escapara. Los espectadores también fueron a la otra ventana para ver y escuchar lo que decían por teléfono.

En ese momento, cuando nadie me prestaba atención, el Espíritu Santo me habló en mi corazón: “El Dios de Pedro es tu Dios”. Me acordé de cómo los ángeles abrieron la puerta de la prisión para que Pedro se escapara. “¿No son todos los ángeles espíritus dedicados al servicio divino, enviados para ayudar a los que han de heredar la salvación?”. Hebreos 1:14

De repente, ¡la cuerda que ataba mis manos a mi espalda se rompió sola no las arranqué!, pero las mantuve flojas en su sitio. Decidí tratar de huir, y si me pillaban, siempre podía decir que sólo intentaba ir al baño. Con las manos todavía a mis espaldas, ¡Usé la boca para abrir la puerta y salí del cuarto!.

En ese momento Dios me dio fé y valor. Recordé que la sangre de Jesucristo me protegía. Pasé por medio de los espectadores en el patio. Nadie me paró ni me dijo nada. Era como si Dios les hubiera cegado los ojos y no me reconocieran.

Crucé todo el patio hacia el edificio de los baños en la parte norte del complejo de edificios, a unos nueve metros de distancia del cuarto de interrogatorios. Con toda la rapidez posible, me quité la cuerda de alrededor de mi cuerpo. Mis manos, brazos y hombros estaban todavía adormecidos por haber permanecido atado tantas horas.

Debido a que la puerta principal estaba cerrada, la única salida posible era saltando un muro de cemento de casi tres metros de alto. El muro tenía pedazos de vidrio incrustados en la parte superior. Me paré allí por un momento, mirando el muro y orando al Señor, pidiéndole que sanara mis manos y cuerpo.

Decidí intentar subirme al muro, pues no veía otra opción. Estaba atrapado y en cualquier momento los agentes volverían y me atraparían. Lo que sucedió a continuación no es posible de entender desde una perspectiva humana, pero Dios me es testigo de que digo la verdad.

Lo primero que hice fue subirme al muro todo lo alto que pude. Al mirar por encima del muro lo que tenía ante mí era un depósito séptico abierto de tres metros de ancho mientras me aferraba con todas mis fuerzas a un lado del muro, de repente sentí como si alguien me levantara y me arrojara al otro lado. Di un salto tan grande que fui capaz de salvar el depósito séptico. Un versículo de las Escrituras vino a mi mente: “*Con tu apoyo me lanzaré contra un ejército; contigo, Dios mío, podré asaltar murallas*”. 2 Samuel 22:30.

El Dios de Pedro me ayudó en una forma asombrosa para saltar el muro y escapar. Creo que el mismo ángel que vi en mi visión es el que me ayudó a saltar.

La oscuridad era total a mi alrededor en las montañas. Corrí a ciegas a través de colinas y bosques. No tenía idea de hacia dónde me dirigía, pero lo que quería era alejarme todo lo que pudiera de la comisaría de policía.

Mientras corría repetía versículos de los Salmos con un corazón agradecido al Señor: *“Para los justos la luz brilla en las tinieblas ¡Dios es clemente, compasivo y justo! (...) El justo será siempre recordado; ciertamente nunca fracasará. No temerá recibir malas noticias; su corazón estará firme, confiado en el SEÑOR. Su corazón estará seguro, no tendrá temor, y al final verá derrotados a sus adversarios”*. Salmo 112:4, 6-8.

Mientras corría a través de la oscuridad, me resbalé muchas veces, pero Dios me guió con su abundante misericordia. Después de varias horas había subido dos montañas y cruzado un río. De repente en la oscuridad escuché una voz que me gritaba:

Hermano Yun, ¿adónde va?

Un hombre se me acercó y preguntó:

Hermano Yun, ¿ Por qué está así? – dijo y, al ver la sangre y los arañazos en mis manos se echó a llorar- . ¿ Qué le ha pasado?

Era mas o menos la media noche y no podía ver quién era. Le pregunté con suavidad: ¿Es usted un creyente en Jesucristo?¿Me conoce? Yo asistí ayer y esta mañana a las reuniones, pero esta tarde, cuando perdió la voz, me fui a mi huerta para trabajar un poco me respondió el hombre. El no se había enterado de los arrestos del día anterior. Dios, en su providencia, había permitido que este hombre se fuera de la reunión poco antes de que llegaran los agentes del BSP. Este hermano era un campesino muy ocupado y diligente que tenía muchas cosas que hacer cada día. Trabajaba en el campo a media noche, esparciendo abono en sus cosechas, tratando de recuperar el tiempo que dedicó a las reuniones. Los agentes del BSP me arrestaron esta tarde- le dije -, pero el Señor me rescató de sus manos. Me ayudó a escapar de la comisaría de policía saltando por encima del muro. ¿Dónde estoy? ¿Me puede ayudar?

Venga a mi casa para que se cambie de ropa -me dijo este querido hermano-.

¡No! –protesté-. No hay tiempo. Lo más importante es que me lleve con mis colaboradores y con los líderes de su iglesia. La granja del hermano estaba lejos del lugar de nuestra reunión. Enseguida dejó su carga en el suelo y me llevó por una senda angosta hasta que al fin llegamos a la casa donde ocurrieron los arrestos la tarde anterior.

Cuando llegamos oímos el murmullo de las oraciones. Clamaban al Señor por mi, intercediendo por mi liberación. Cuando me vieron, no le daban crédito a sus ojos. Estaban maravillados de que el Señor me hubiera rescatado de las manos de esos hombres malos. Me dieron ropas secas, curaron mis heridas y con amor limpiaron la sangre de mi rostro y manos.

Animé a los creyentes de Shaanxi. Oré por ellos y los encomendé a las manos misericordiosas de Dios. Les enseñé: *“Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios”*. Hechos 14:22. Ellos me dijeron con confianza: *“Seguiremos obedeciendo las palabras de la Biblia”*.

Todos lloraban.

Antes del amanecer, después de la oración final, salimos los tres del lugar y nos dirigimos en auto a otro sitio. Las avergonzadas autoridades me buscaron por todas partes, pero no me pudieron encontrar. Unos días después regresamos sanos y salvos a Henan.

Nuestro viaje al oeste fue una experiencia de lágrimas y de protección divina de manos de hombres malos. Dependimos por completo de la misericordia de Dios, derramada sobre nosotros en respuesta a las muchas oraciones fervientes de los hermanos y hermanas en Cristo.

Cuando llegué de regreso a Henan, me reuní con mis hermanos Xy y Fu, y mi amada esposa. Cuando los vi, les cité la Escritura: *“Hermanos, no queremos que desconozcan las aflicciones que sufrimos en la provincia de Asia. Estábamos tan agobiados bajo tanta presión, que hasta perdimos la esperanza de salir con vida; nos sentíamos como sentenciados a muerte. Pero eso sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos”* 2ª Corintios 1:8-9.

El hermano Fu se entusiasmó mucho al verme. Dijo: “Hace unos días durante nuestra reunión de oración, tu esposa tuvo una visión. Una voz dijo: ‘A Yun lo arrestaron en Shannxi. Necesita un gran milagro para salir de esta situación.’ Se lo dijimos a la iglesia y todos enseguida ayunamos y oramos por ti”.

Después de oír estas palabras, lloré de gratitud por el amor y la misericordia de Dios.

* * *

Déjenme decirles lo que lo que le sucedió a las dos hermanas jóvenes que me acompañaron en el viaje a Shaanxi. La hermana Juan se puso tan nerviosa cuando le pedí por primera vez que enseñara en público que se llenó de pánico y se echó a llorar. }

Dios ha hecho una obra maravillosa en los corazones de estas dos mujeres. Las dos decidieron permanecer solteras a fin de poder dedicarse de forma más completa a la obra del Señor. Hoy, la hermana Juan es una de las líderes más destacadas de la red de iglesias en casas “Nacidos de Nuevo”. ¡Es una mujer de Dios llena de fe y valor! }

* * *

Deling: En este tiempo nuestras vidas eran cada vez menos estables. Una parte mi deseaba tener una vida familiar estable, disfrutar de una rutina normal diaria con mi esposo a mi lado en el hogar.

Cuando hicimos el firme compromiso de seguir a Jesús sin importar el costo. ¡No entendimos de verdad todo lo que esto involucraría! El año de 1983 fue un tiempo de terrible persecución en China. A cientos de líderes de las iglesias en casas los persiguieron como criminales y los enviaron a la cárcel. Nos vimos forzados a huir de las autoridades. Fue una época de gran tensión y estrés para todos nosotros.

En este tiempo mi esposo fue a la provincia de Shaanxi, predicando el evangelio en una zona donde nunca antes habíamos enviado obreros cristianos. Yun llevaba ya unos días en esa misión cuando el Señor me habló mediante una visión y me dijo que lo habían arrestado, pero que el Señor le ayudaría a escapar.

La visión me animó mucho. Me di cuenta de que Dios tiene en verdad el control. No teníamos teléfonos ni manera de comunicarnos, pero el Señor tenía su manera propia de hacerlo.

¡Estaba muy feliz y aliviada cuando vi de nuevo el rostro de mi esposo! Tenía mal aspecto. Le habían golpeado en la cabeza y le arrancaron parte del pelo. Tenía el cuerpo abierto de cardenales y cicatrices, pero estaba vivo. Cuando nos enteramos de lo que pasó y cómo el Señor le ayudó a escapar en esa forma tan milagrosa, estábamos muy agradecidos y llenos de alabanza hacía Jesús.

Esta experiencia me ayudó a tener confianza de que en toda obra del evangelio a la que fuera Yun, estaría en las manos de Dios conforme a su voluntad.

CAPÍTULO 7

DIOS QUIERE TODO MI CORAZÓN

Durante meses vivimos como animales acosados, sin saber nunca dónde podríamos dormir en la noche ni cuándo andarían las autoridades pisándonos los talones.

El gobierno y el movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías tenían engañados a muchos cristianos en todo el mundo al insistir en que había libertad religiosa en China, libertad para que las personas eligieran. Con gran osadía proclamaban que los cristianos ya no eran perseguidos por su fe.

Mi experiencia personal, así como la de miles de creyentes de las iglesias en casas, era todo lo contrario. En una ocasión, cuando las autoridades me arrestaron me dieron a elegir entre recibir descargas eléctricas o azotes. Se burlaron de mi diciendo: “Esta es tu libre elección”.

Hay “libertad” religiosa en China solo si está dispuesto a vivir y adorar con exactitud de la manera que dice el gobierno que lo haga. Todo el que desea vivir una vida piadosa y obedecer las enseñanzas de Jesús sabrá muy pronto cuánta libertad hay de verdad.

Por varias semanas después de la paliza que me dieron en Shaanxi seguí sangrando por la boca. Mientras me recuperaba, nuestra iglesia decidió enviarme al sur, a la provincia de Hubei.

En este viaje experimentamos muchos milagros. Mediante el poder del Espíritu Santo hubo muchas sanidades divinas.

A causa de los esfuerzos que hicieron las autoridades por detenernos en ese lugar, mis colaboradores estaban muy preocupados por mi seguridad. Me trasladaron al norte de Hubei.

Dormíamos en cuevas y huíamos de un lugar otro. Nuestras ropas estaban rotas y nuestro cabello despeinado. A las personas les desagradaba vernos y nos tenían como “*la escoria de la tierra, la basura del mundo*” 1 Corintios 4:13.

Pasé bastante tiempo en la parte norte de Hubei. Dios hizo muchos milagros y el evangelio se extendió a miles de personas. Esto llamó la atención del BSP y las fuerzas del gobierno estaban en alerta en toda la zona limítrofe de las provincias de Hubei y Henan.

Pronto cayó sobre nosotros la tormenta de la persecución. Pegaron carteles por las calles de cada pueblo, declarando que se aplastarían a todas las iglesias en casas ilegales y se arrestarían a los líderes. Iban por las zonas rurales con autos y altavoces, declarando que los pastores de Henan eran ilegales y los arrestarían.

También pusieron anuncios en la radio. Se advertía a los ciudadanos que no nos hicieran caso y que avisaran a la policía si sabían dónde estábamos.

En una ocasión nos encontrábamos dirigiendo una reunión en la casa de un creyente a las afueras del pueblo de Heping, al norte de la provincia de Hubei. Un frío viento de Liberia sopló en el norte, haciendo que la temperatura descendiera por debajo del punto de congelación.

Entonces nos llegó la noticia de que al hermano Enshen lo acababan de sentenciar a prisión esa misma mañana. La situación estaba tan tensa y los riesgos eran tan grandes que incluso nuestros anfitriones cristianos decidieron que no podría aceptar que nos quedáramos con ellos esa noche. Sabían que irían a la prisión por muchos años si los pillaban hospedándonos a nosotros. La madre de la familia se arrodilló y nos suplicó que nos marcháramos. Hablé con la mujer y le pedí: “Somos forasteros perseguidos por la policía. ¿Puede por favor prestarnos una frazada a fin de que podamos pasar la noche en la humedad y el frío?” Ella me contestó “Si los atrapan, los del BSP verán que la frazada es de nuestra casa y nos meteremos en un gran problema”.

Por último, sin esperanza y sin contar siquiera con una manta, mis colaboradores y yo nos fuimos de la casa. Caminamos en la oscuridad, tiritando, hambrientos, húmedos y helados. Aparecieron varios perros que nos ladraron en un tono que nos parecía de burla. Había tanta oscuridad que no podía ver mis dedos cuando extendía la mano frente a mis ojos.

Hasta nuestros propios hermanos nos rechazaban.

Así fue cómo Dios decidió prepararnos, de modo que solo pudiéramos esperar y confiar en Él para protección y provisión. Clamamos al Señor con muchas lágrimas.

El viento helado nos azotó. Zhang Rongliang, otros dos colaboradores y yo seguimos caminando, tratando de mantenernos calientes. Cantamos himnos través de dientes que rechinaban. Después de caminar por un buen rato llegamos a un pajar en un campo. Abrimos un agujero entre la paja para protegernos del viento tan frío, pero solo había espacio para una persona. Una hermana se metió en ese agujero. El hermano Zhang y yo seguimos caminando en la oscuridad. Tratamos de mantener el calor de nuestros cuerpos envolviéndonos en un viejo saco que habíamos encontrado.

Seguimos corriendo por un par de kilómetros más hasta que llegamos a un estanque para peces. Los agentes del BSP estuvieron buscándonos en ese pueblo, pero nosotros estábamos acurrucados entre los arbustos cerca del estanque. Pasada la medianoche la temperatura bajó todavía más. El viento era aun más fuerte y frío y comenzó a llover. Las heladas gotas de lluvia pinchaban como clavos que calaban los huesos. Nuestros dientes rechinaban y nuestros estómagos vacíos nos hacían sentir el hambre. El hermano Zhang y yo nos arriamos el uno al otro todo lo que pudimos para conservar el calor.

Nos arrodillamos en el embarcadero del estanque y oramos: “Señor, por amor de la sangre preciosa que derramaste en la cruz, ten misericordia de nuestra nación. Por favor, dispersa las nubes oscuras que envuelven a China”

A eso de las cuatro de la madrugada me sentí tan desalentado que busqué un lugar privado y clamé al Señor. De repente, allí en el frío, recibí una visión clara del Espíritu Santo.

El cielo estaba en el desierto y me envolvía. Escuchaba el ruido de los truenos, pero no había lluvia. De repente vi una gran inundación que venía del norte. Un muro de agua se abalanzaba sobre mí. Clamé: “¡Oh Dios, sálvame!”.

Luego en la visión vi una enorme jarra, como de un metro de altura. Flotaba delante de mí. Agarré la jarra y me metí dentro lo más rápido posible. De inmediato, cayó un paraguas del cielo encima de la boca de la jarra. Sostuve el paraguas del cielo encima de la boca de la jarra. Sostuve el paraguas encima de mi cabeza mientras caía la lluvia torrencial, pero yo

estaba seco. El torrente de aguas me arrastró. Las piedras y la suciedad golpeaban y tumbaban la jarra, pero yo estaba seguro.

Estando en la jarra levanté mis ojos y vi cómo la policía arrestaba, golpeaba y encarcelaba a los hermanos y hermanas de muchas partes de China. Contemplé esta terrible ola de persecución, pero era impotente por completo para salvarnos. Me puse a llorar.

Después que terminé mi visión me quejé con amargura al Señor: “¿Por qué no tienes suficiente poder para protegerme a mí o a los otros creyentes? Sé que me arrestarán también. Caeré en manos del BSP. Tengo una madre y esposa que cuidar. ¿Por qué nos tratas de esta manera?”

A pesar de mi enojo, el Señor no me respondió.

No podía regresar a casa porque me detendrían. No podía ayudar a mis hermanos y hermanas en la fe cuando los torturaban en toda China. Me sentí muy frustrado. No podía seguir adelante ni tampoco podía volver atrás.

El Señor usó estas circunstancias para mostrarme que Él quería que todo mi corazón estuviera dedicado a Él. En mi desesperada condición empezó a cobrar forma un nuevo himno en mi corazón:

*Mientras viva, amaré solo a mi Señor,
Con todo mi corazón, fuerzas y mente, amaré solo a mi Señor
Pase lo que pase, amaré solo a mi Señor
En todas mis acciones y palabras, amaré solo a mi Señor.*

*En tiempos de humildad y aprendizaje, amaré solo a mi Señor
En tiempos de gozo y alegría, amaré solo a mi Señor
Ya sea que pase hambre o esté satisfecho, amaré solo a mi Señor
Soy suyo en la vida y en la muerte, amaré solo a mi Señor.*

*El Señor ha sacrificado su vida por mí
Mis profundos pecados han sido perdonados
Le he dedicado toda mi vida a Él,
Amaré solo a mi Señor.*

Le conté al hermano Zhang la visión que tuve. Le dije: “debemos marcharnos de este lugar ahora. El Señor nos protegerá. Él será nuestro refugio”. Seguimos nuestro camino sin esperar siquiera a que amaneciera.

Tenía ahora una comprensión más profunda de que sin importar la situación que viniera a mi camino, estaría en las manos del Señor y Él me rescataría. Comencé a seguir adelante de nuevo, conforme a su llamamiento.

Me sentí avergonzado y culpable por la manera en que me había quejado al Señor, pero Él fue paciente y amoroso conmigo, y no me trató como merecía, sino con bondad, como un águila atiende a sus aguiluchos.

DELING: A principios de los años 1980 disfrutamos de un compañerismo más dulce y de una unidad más íntima que nunca antes. Las presiones nos enseñaron que teníamos que confiar en el Señor y el uno en el otro para nuestra supervivencia. El amor de los hermanos trajo mucho consuelo a mi corazón. En este tiempo fuimos también testigos de un gran número de milagros en nuestro ministerio para el Señor. Las visitaciones sobrenaturales, sanidades divinas y personas liberadas de demonios eran sucesos comunes.

A pesar de las dificultades, o quizá debido a ellas, la iglesia experimentó un rápido crecimiento. El fuego del avivamiento del Señor se encendió por todas de China.

Tuvieron lugar algunos incidentes notables que llevaron a multitudes de personas a la salvación de la cruz.

En mi pueblo de Yenzhang un secretario del Partido Comunista llamado Zhang había perseguido y torturado a los cristianos por años. A semejanza del apóstol Pablo antes de su encuentro con Jesús, Zhang parecía deleitarse en la destrucción de la iglesia.

Una tarde fría de invierno mi madre, el hermano Fu, algunos colaboradores y yo fuimos al pueblo Yenzhang. Visitamos a una familia cristiana y oramos por ellos. Unos treinta cristianos acudieron y entonces decidimos tener una reunión.

Un vecino oyó nuestra adoración y nos denunció al señor Zhang, el secretario del Partido. Este envió a varios agentes del BSP a la casa. Llegaron con bastones y cuerdas para arrestarnos y llevarnos a la comisaría de la policía local.

El secretario del Partido tenía un hermano que vivía en un pueblo cercano. Este hombre sufría de una enfermedad mental. Justo a la misma hora que enviaron a los agentes para interrumpir la reunión, el diablo puso un espíritu malo en la mente y corazón del hermano del secretario. Ese pobre loco agarró a su anciana madre de 80 años y la degolló cortando su cabeza con un cuchillo oxidado, después arrojó el cuerpo a una letrina fuera de la casa.

El hermano Fu estaba dirigiendo el canto cuando los agentes entraron en el patio de la casa donde nos reuníamos. Abrieron la puerta de una patada y con los bastones empezaron a golpear con severidad al hermano Fu. Durante lo que a nosotros nos pareció una eternidad siguieron torturando a ese anciano hasta que lo dejaron medio muerto. Luego ataron su cuerpo inconsciente con cuerdas. No había nada que pudiéramos hacer sino solo orar por nuestro amado pastor.

Arrojaron al suelo a la madre de Yun y le dieron patadas sin ningún miramiento. Cuando iban a atarla con cuerdas se dieron cuenta que había algunos jóvenes en la reunión. Cambiaron de idea y usaron las cuerdas para atarlos a ellos y después nos llevaron a todos a la comisaría de policía.

Esa noche nos dejaron encerrado en la celda con la intención de continuar con nosotros a la mañana siguiente. Durante la noche le informaron al secretario de la horrible tragedia sucedida en su familia: “¡Tu hermano menor mató a tu madre! El cuerpo de tu madre se encontró en la letrina con la cabeza cortada!”

El secretario corrió a su casa y olvido la persecución de nosotros. En la mañana escuchamos las noticias y clamamos al Señor para que tuviera misericordia del secretario y su familia, que pudieran arrepentirse y recibir perdón.

Cuando el secretario llegó a su casa encontró a su hermano tumbado en una cama

-¿Dónde está nuestra madre? – le preguntó.

- La maté y arrojé su cuerpo a la letrina- respondió

-¿Porqué hiciste algo tan horrible? – le gritó el secretario con gran enojo.

- ¿Por qué has estado tú persiguiendo a los cristianos?- preguntó el demente-. Debido a que tú los has perseguido he matado a nuestra madre.

Entonces sacó el largo y oxidado cuchillo y trató de atacar a su propio hermano, pero los agentes que acompañaban a Zhang lograron evitarlo. Le ataron y le llevaron a la comisaría.

Los agentes del BSP y todas las personas de la zona creyeron que este incidente fue el juicio de Dios sobre la familia de Zhang por haber perseguido a los cristianos. A partir de ese momento las autoridades dejaron a los cristianos en paz. Este incidente maravilló a todo el mundo en el pueblo. Todos confesaron: “Jesucristo es en verdad el Dios viviente”. El pueblo entero se hizo cristiano y recibieron el bautismo.

Todos los cristianos mostraron genuino amor por el secretario y su familia por la pérdida de la madre. La familia quedó muy conmovida y todos con humildad recibieron a Cristo. Me acordé de la escritura que dice: “Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito”. Romanos 8:28.

Muchos de los nuevos cristianos del pueblo de Yenzhang se comprometieron a servir al Señor de todo corazón. Decidieron llevar el evangelio a otras zonas que nunca antes habían oído el nombre de Jesús.

De varias maneras y mediante mucho derramamiento de sangre, el evangelio se extendió con rapidez durante las luchas de 1983.

CAPÍTULO 8

“QUÉDENSE QUIETOS RECONOZCAN QUE YO SOY DIOS”

“Gracias a mis cadenas, ahora más que nunca la mayoría de los hermanos, confiados en el Señor, se han atrevido a anunciar sin temor la palabra de Dios”. Filipenses 1:14

Le agradezco a Dios por su gracia y llamamiento. ¡Qué gran poder tiene para los que creen en Él!

A pesar de la terrible época de persecuciones que corría por toda China. Deling y yo nos preparamos para viajar al norte. Cantamos juntos un himno basado en la valerosa declaración del apóstol Pablo en Hechos 20:22-24:

Y ahora tengan en cuenta que voy a Jerusalén obligado por el Espíritu,

Sin saber lo que allí me espera.

Lo único que sé es que en todas las ciudades el Espíritu Santo me asegura

Que me esperan prisiones y sufrimientos.

Sin embargo, considero que mi vida carece de valor

Para mí mismo,

Con tal de que termine mi carrera

Y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el Señor Jesús,

Que es el de dar testimonio del evangelio de la gracias de Dios.

Continuamos reuniéndonos con los creyentes, animándolos y buscando la dirección del Señor. De repente, durante un tiempo de oración, un siervo del Señor dijo una profecía para nosotros: “En este tiempo, cuando tú esposa se encaminen al norte, enfrentarán peligros. Aun así, sin importar lo que ocurra, el Señor estará con ustedes”.

A la mañana siguiente, antes que saliera el sol, Deling y yo tomamos el autobús hacia el condado de Wuyang en el norte. Pasamos por muchas estaciones de autobuses que mostraban carteles con mi nombre y fotografía, anunciando que era un sujeto peligroso y con contrarrevolucionario. En los carteles me acusaban de ser el líder de una organización en contra del gobierno que promovía la oposición a la política religiosa del Estado.

En un pueblo teníamos que cambiar de autobús. Llevaba puestos lentes oscuros para el sol a fin de ocultar mis ojos. Muchos en la estación habían visto mi foto y alcanzamos a oírlos discutir el asunto. Un hombre decía: “La persona que ayude a capturar este fugitivo va a recibir una buena recompensa de las autoridades”.

Mi esposa y yo teníamos un gozo inexplicable dentro de nosotros porque sabíamos que el Señor era nuestro refugio. Nos sentimos honrados por ser criminales buscados mientras caminábamos tomados de la mano por Jesús. Es un gran honor que nos humillen por el nombre del Señor.

Descubrimos que los cristianos en Henan eran muy diferentes a los de Hubein. Todos estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por nosotros y recibirnos con gozo en sus casas como “criminales”. Mientras más tensa era la situación, con más sinceridad deseaban mostrar su amor y respeto por los siervos de Dios.

Nosotros seguimos adelante. Tenían organizada una reunión en un determinado pueblo. Nos sentimos dirigidos por el Espíritu Santo para cantar un himno muy inspirador titulado *Mártires por el Señor*.

*Desde el nacimiento de la iglesia en el día de Pentecostés
Los seguidores del Señor se han sacrificado voluntariamente
Decenas de miles han muerto para que el evangelio pudiera prosperar
De esa forma han alcanzado la corona de la vida.*

Coro:

*Ser un mártir del Señor, ser una mártir del Señor,
Estoy dispuesto a morir gloriosamente por el Señor.*

*Los apóstoles que amaron al Señor hasta el fin
Estuvieron dispuestos a seguir al Señor por el camino del sufrimiento
Juan fue desterrado a las isla solitaria de Patmos
Esteban fue apedreado hasta la muerte por una multitud enojada.*

*Mateo murió apuñalado en Persia por el populacho
Marcos murió cuando caballos le separaron tirando de sus piernas
El médico Lucas fue cruelmente colgado
Pedro, Felipe y Simón murieron crucificados en una cruz.*

*Bartolomé fue desollado vivo por los paganos
Tomás murió en la India cuando cinco caballos separaron sus miembros
El apóstol Jacobo fue decapitado por Herodes
Jacobo el Menor fue cortado en dos por una sierra*

*Santiago el hermano del Señor murió apedreado
Judas fue atado a un pilar y lo atravesaron con flechas*

A Matías lo decapitaron en Jerusalén

Pablo murió martirizado por orden de Nerón.

Estoy dispuesto a tomar la cruz y seguir adelante

Siguiendo a los apóstoles por la senda del sacrificio

Para que docenas de almas preciosas puedan ser salvas

Estoy dispuesto a dejarlo todo para ser un mártir por el Señor.

Cuando terminamos de cantar, tembló todo el lugar de reunión.

Se oía a los hermanos llorar. Me paré y hablé acerca de sufrir por el Señor. El Espíritu Santo descendió sobre nosotros y nos dedicamos a interceder con fervor por nuestra nación. Nos dedicamos de nuevo a nosotros mismos a luchar por el Señor.

Después de la reunión del hermano Zhen, un humilde fiel hermano, se arrodilló en el patio después de que todos se fueron a dormir, y siguió orando por nuestra nación. El Espíritu santo les dijo con claridad: “Dentro de tres días a algunos hermanos de entre vosotros los atarán y golpearán por mi causa. Algunos incluso perderán sus vidas por mí”

Después que me contara esto sentí que el señor me hablaba en lo personal. Oré en silencio: “Oh Padre, estoy dispuesto a sufrir por tu nombre”

Mi esposa y yo seguimos orando juntos y sentimos que necesitaba regresar a casa para consolar a las familias de nuestros muchos obreros que estaban encarcelados. Me despedí de ella al tiempo que los creyentes locales la acompañaban a la estación de ómnibus.

Durante los tres días de nuestra reunión siguió cayendo la nieve. Algunas de las casas mas viejas en el pueblo se hundieron por el peso de la nieve de sus tejados. El pueblo entero quedó blanco por la nieve y el hielo, pero los presentes en la reunión estaban llenos del fuego del Señor.

Las reuniones terminaron en la media noche del 17 de diciembre de 1983. Los anfitriones prepararon agua templada para lavar los pies de todos. Yo lavé los pies de los colaboradores con lágrimas. Después me instaron a que me sentara. Me quitaron los calcetines y lavaron mis pies con sus lágrimas, antes de volver a ponerme con ternura los calcetines de nuevo. Celebramos nuestras reuniones en un lugar llamado “la villa del amor”. ¡Cuán cierto resulto ser eso!

Nos separamos para ir a los hogares de diferentes hermanos a descansar. Antes de marchar, el hermano Zhan se quitó su larga y gruesa bufanda y me la dio.

Poco después de abandonar el lugar de reunión unos doce hombres que llevaban linternas nos pararon en las afueras del pueblo. Nos gritaron: “¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?”. Nuestros colaboradores se dieron cuenta de que algo malo podía pasar, así que se dieron media vuelta y echaron a correr. Yo también intenté hacerlo, pero ya era tarde.

Un hombre, que llevaba una porra eléctrica, corrió detrás de mí y me golpeó descargando sobre mí cientos de voltios de electricidad. Eso me tiró de inmediato contra la nieve. Un agudo dolor me corrió por todo el cuerpo.

Me golpearon con sus botas protegidas con punteras metálicas y con las culatas de sus pistolas. También lograron arrestar a otros cuatro hermanos. En ese momento escuché una voz suave de arriba que solo me decía dos palabras: “¡Yo conozco!”

Me di cuenta que era la conocida voz de mi Señor Jesús, que varios siglos atrás se las dijo a sus seguidores perseguidos de Esmirna: *“Conozco tus sufrimientos y tu pobreza. ¡Sin embargo, eres rico! Sé cómo te calumnian los que dicen ser judíos pero que, en realidad, no son más que una sinagoga de Satanás. No tengas miedo de los que estás por sufrir. Te advierto que a algunos de ustedes el diablo los meterá en la cárcel para ponerlos a prueba, y sufrirán persecución durante diez días. Sé fiel hasta la muerte, yo te daré la corona de la vida”*. Apocalipsis 2:9-10.

Mi Señor sabía por lo que estaba pasando y conocía todo lo que tendría que soportar. ¡Eso me alentó mucho!

La profecía del hermano Zhen me vino a la mente, y desapareció todo el dolor. Uno de los agentes exigió: “¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde vienes? ¿Cuántos obreros te acompañan? ¿Dónde están? ¡Habla ahora! ¡Dime la verdad!”. Se inclinó hacia mí y en un tono aún más amenazador me dijo: “¡Dinos la verdad! ¡Si nos engañas, te vamos a desollar vivo!”.

De repente sentí una gran tensión dentro de mí pues muchos hermanos y hermanas quedaban todavía en el lugar de reunipon y estaban en peligro de que los encontrarán. El único pensamiento que tenía en mente era cómo hacer sonar la alarma a fin de que supieran que el peligro estaba a las puertas y escaparan. El Espíritu Santo enseguida me recordó la historia cuando el rey David fingió estar loco delante de Aquis, rey de Gat (1 Samuel 21:14).

Grité en voz alta: “¡Soy un hombre celestial! ¡Vivo en la villa del evangelio! ¡La gente me dice Estrella de la mañana! ¡El nombre de mi padre es Bendición abundante! ¡El nombre de mi madre es Fe, Esperanza y Amor!”.

Los agentes me patearon con violencia y luego me arrastraron por los pies. Me gritaron: “¿Qué tonterías dices? ¡Te preguntamos de dónde vienes y quiénes son tus colaboradores!”.

En ese momento miraba hacia el este. Les dije: “Están allá en el pueblo”. Gritpe de nuevo con todas mis fuerzas: “¡Me atraparon los agentes de la Seguridad!”.

Los agentes me empujaron y me ordenaron que los llevara a donde se encontraban mis colaboradores. “¡Llévanos allí! ¡Sí nos engañas, te vamos a desollar vivo!” me amenazaron con severidad. Caminé por delante de ellos y grité a voz en cuello: “¡La Policía de Seguridad me arrestó! ¡No sé dónde se celebró la reunión porque soy un hombre celestial! ¡No soy de esta tierra!”.

Gritaba cada vez con más fuerza, con la esperanza de que mis colaboradores oyeran mi voz y huyeran antes de que los detuvieran también.

A partir de ese momento, y sin que entonces lo supiera para nada, los creyentes en China me pusieron el apodo de “el hombre celestial”. Como pueden ver, no pedí que lo hicieran pues solo soy un vaso humano bien frágil, pero así fue que me llegaron a conocer por este apodo.

En vez de huir al escuchar mis gritos, muchos de los hermanos salieron para ver lo que pasaba. Se preocupaban más por mí que por su propia seguridad.

Dirigí a los agentes a través de la nieve hacia el pueblo en el este. Me agarraron por la ropa y exigieron: “¡Pronto, dinos en qué casa! ¡Llévanos allí!”.

Fingí estar confundido y grité: “¡Ah, este no es el pueblo! ¡Me equivoqué! ¡Mis colaboradores están en otro pueblo!”.

Me lanzaron al suelo, golpeándome y pateándome. Una vez más usaron la porra para castigarme con descargas eléctricas. Sin duda, habría muerto si el Señor no me hubiera protegido.

Algunos hermanos y hermanas nos seguían en silencio a cierta distancia. Cuando vieron el castigo que me estaban dando se sintieron muy tristes y empezaron a orar. Los agentes se dieron cuenta de su presencia.

No quería que los creyentes se arriesgaran, de modo que empecé a gritar de nuevo: “Yo soy un hombre celestial. No sé dónde se celebró la reunión. No conozco a ninguno de los que nos siguen. ¡El hombre celestial nunca será un Judas! ¡Solo conozco al Señor del cielo!”.

Los hermanos y hermanas cayeron en cuenta de que les estaba advirtiéndome. Se dieron media vuelta y huyeron.

Los agentes estaban furiosos porque los había confundido. A los cuatro colaboradores y a mi nos metieron a la fuerza en la parte de atrás de un tractor que trajeron para llevarnos a la ciudad de Wuyang. Nos ataron juntos con una soga como ovejas que van al matadero. Sentado en el tractor empecé a cantar en voz alta:

Primero viene la sangre, después el aceite de la unción

Primero debemos ser limpiados, después recibimos

La bendición del Señor

Primero experimentamos el Calvario, después viene Pentecostés

La cruz, la cruz es para siempre mi gloria

Su sangre me ha limpiado de mis pecados

Solo por medio de la sangre de Jesús.

Nos metieron a los cinco en una celda dentro de la comisaría.

La temperatura estaba a bajo cero. No había calefacción par nada y los agentes me habían despojado de mi abrigo y lo habían arrojado a la nieve. Tiritábamos de frío y las extremidades se tornaron azules. Estuvimos a punto de quedar inconscientes. Las esposas heladas que nos sujetaban cortaban nuestra piel en las muñecas inflamadas.

Usé las esposas para golpear la puerta de hierro y las rejas de la ventana. Al mirar alrededor de la celda vi una caja rota de madera en un rincón y dentro encontré un viejo tambor. Golpeé el tambor con mis esposas e hizo mucho ruido. Con toda la fuerza de mi voz canté el Salmo 150:

¡Aleluya! ¡Alabado sea el SEÑOR!

Alaben a Dios en su santuario.

Alábenlo en su poderoso firmamento.
Alábenlo por sus proezas,
Alábenlo por su inmensa grandeza.
Alábenlo con sonido de trompeta,
Alábenlo con el arpa y la lira.
Alábenlo con panderos y danzas,
Alábenlo con cuerdas y flautas.
Alábenlo con címbalos sonoros,
Alábenlo con címbalos resonantes.
¡Que todo lo que respira alabe al SEÑOR!
¡Aleluya! ¡Alabado sea el SEÑOR!

Mientras más cantaba, más me llenaba de gozo. Me paré y alabé al Señor. Poco a poco empecé a sentir de nuevo mis manos y pies helados y ya no sentía el frío en absoluto. Los cuatro hermanos se arrodillaron y oraron con fervor por China. En el exterior sonaba fuerte el viento cortante, pero dentro de nuestra celda estábamos ya calientes y se oía el gemido de nuestras oraciones intercesoras.

Los agentes estaban furiosos contra mí porque tocaba el tambor y cantaba, pero no querían salir de su cama caliente para hacerme callar. Los cinco nos animamos y fortalecimos unos a otros durante toda la noche. Al igual que Sadac, Mesac y Abednego, aprendimos que donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad, ya sea en la celda de una prisión helada o en un horno de fuego ardiendo. ¡Aleluya!

A la mañana siguiente los guardias abrieron la puerta de la celda y nos sacaron al patio. Había una gruesa capa de hielo sobre el suelo. A mis cuatro hermanos les quitaron las esposas. Les dijeron: “Tienen que quitar toda la nieve del patio. Aunque este bco “hombre celestial” seguirá con las esposas puestas. Anoche hizo mucho ruido y nos mantuvo despiertos con su tambor y su canto”.

El jefe de los guardias movió su porra eléctrica frente a mi cara y dijo:

-¡Ahora ha llegado el momento para que te despiertes!

Me ordenó que me arrodillara delante de él. En voz alta me quejé diciendo:

-No me arrodillaré delante de usted. ¡Yo solo me arrodillo delante de mi Dios!

-¡Yo soy tu Señor!- declaró con gran arrogancia-. ¡Yo soy tu Dios! Si te arrodillas delante de mí, te quito las esposas en seguida.

-En el nombre de Jesús, ¡usted no es mi Dios!- le respondí enojado.- Usted es solo un agente terrenal. Mi Señor está en el cielo. Yo soy un hombre celestial.

-Si eres un hombre celestial no le tendrás miedo a una porra eléctrica- gruñó y encendió su porra eléctrica- ¡Vamos! ¡Usa tus manos para agarrarla!

Varios guardias me agarraron por los brazos y me obligaban a extender las manos. En un instante me golpeo una descarga de varios cientos de voltios, como si el aguijón de un escorpión, o como si un millar de dardos, me hubiera atravesado el corazón. Sintiendo que estaba a punto de desmayarme, exclamé: “¡señor, ten misericordia de mí!”.

De inmediato, la porra eléctrica dejo de funcionar. No pudieron lograr que volviera a trabajar.

Abrí mis ojos y mire al guardia que se había atrevido a decir que era “Dios”. Los vi aterrorizados. A pesar de la temperatura, ¡estaba sudando! ¡se volvió y echo a correr lo mas rápido que pudo!

Los cuatro hermanos que fueron testigos de este suceso, cuando vieron a los guardias que forzaban mis manos para que agarrara la porra, oraron pidiendo que Dios tuviera misericordia de mí.

A la mañana siguiente nos metieron a los cinco en una furgoneta. Nos llevaron a la prisión en Wuyang.

Cuando entre en el patio de la prisión rumbo a la celda, sabía que allí estarían encerrados muchos hermanos cristianos a causa de la ola de persecución en contra de la iglesia, con la intención de animarlos grite: “han traído a un hombre celestial a esta prisión, yo no soy como judas, no traicionaré al señor!”. Poco después el guardia de prisión me encerró en la misma celda que el hermano Shen y otros diez hombres.

A los pocos minutos de estar en mi celda oí que se abría la puerta de la prisión. Traían a algunos cristianos más. El guardia que estaba en la puerta le pregunto a un cristiano:

-¿Eres un hombre celestial o un hombre terrenal?

-No sé de que me está hablando- respondió el hermano.

Los guardias querían saber que cristianos eran como el hombre celestial que tenían allí encerrado y cuáles no.

Yo soy un hombre de la tierra, no un hombre celestial, -respondio al fin el hermano.

-Debido a que eres solo un hombre terrenal, esta noche te voy a meter en la celda de un hombre celestial –le contestó el guardia.

Cuando entraron en la celda, yo estaba arrodillado en oración. Le miré con gran intensidad. Mi espíritu estaba muy enojado por que él había negado ser un creyente con el fin de suavizar las cosas.

Con ardor le dije: “Debieras decirle al diablo: ¡No! ¡No! ¡No!”, le dije con ardor.

Me paré y le seguí gritando: “tienes que decirle al diablo: ¡No! ¡No! ¡No!”:

Mientras él miraba, usé mi dedo índice derecho para escribir la palabra “¡No!” sobre el cemento de la pared. Presione mi dedo con tanta fuerza contra la áspera pared que me herí la piel y empecé a sangrar. Con la sangre de mi propio dedo escribí sobre la pared: “¡No! ¡No! ¡No! ¡No tengas temor! No confíes en el hombre, solo en Jesús”.

Cuando este hombre vio esas palabras escritas con mi propia sangre, se sintió avergonzado por no haber sido firme en su testimonio. Inclínó la cabeza y derramo lagri-

mas de arrepentimiento. Después que lo dejaron salir de la cárcel, se convirtió en un K-der de la iglesia en su localidad.

Varias ancianas cristianas que vivían cerca del lugar se enteraron de nuestro arresto. Caminaron con dificultad por la nieve durante la noche para traernos los mejores abrigos y frazadas. Incluso una de las ancianas caminó con dificultad por la nieve con sus muletas; ¡Así era el amor de la familia de Dios!

Cuando llegaron a la prisión, le dijeron al guardia que llevaban esos regalos para las personas celestiales”.

Les preguntó: ¿Para quién?”

Ellas respondieron: “Para las personas celestiales”.

Yo permanecía en la celda cercana a la oficina de la prisión, de forma que pude escuchar la conversación. Mi corazón se llenó de gratitud cuando me enteré de su gran amor. Grité en alta voz: “¡yo soy un hombre celestial!”, con el fin de que las hermanas pudieran oír mi voz.

A la mañana siguiente los guardias sustituyeron los regalos de las hermanas. Arrojaron una frazada hecha jirones en mi celda y se quedaron con las frazadas buenas y los abrigos para ellos. Las hermanas también habían llevado un par de botas nuevas, pero los guardias se las robaron. La frazada que recibí estaba sucia y vieja, pero el amor de esas ancianas hermanas me dio gran fe y valor.

Había docenas de cristianos en esa prisión, y todos sufrimos terribles palizas y torturas por el Señor. Dios nos concedió especial paciencia y sabiduría para lidiar con nuestros perseguidores.

Las autoridades de la prisión a usar a algunos prisioneros endurecidos para golpear a otros prisioneros. Les ofrecían acortar sus sentencias y los sobornaban con la promesa de tener mejor comida si aceptaban hacer en su lugar esta clase de trabajo sucio.

A la hora de la comida nos servían un pequeño tazón de puré de batata mohoso mezclado con rábano. Una vez a la semana nos daban un mantou, un panecillo. Casi todos los prisioneros presentaban señales de desnutrición, padecían de hambre y eso era una autentica amenaza.

Una tarde después de recibir mi precioso mantou me arrodillé, cerré mis ojos y dí gracias al Señor con el mantou en mis manos elevadas al cielo. Mientras todavía tenía los ojos cerrados, uno de los prisioneros se acercó y me arrebató el pan de las manos.

Uno de los guardias vió al hombre quitarme mi mantou y esconderlo en su bolsillo. Los guardias lo golpearon sin misericordia y ordenaron a otros prisioneros que hicieran lo mismo. Luego le forzaron a que se arrodillara y metiera la cabeza en el urinario y se la embadurnaron con excrementos humanos.

Con un salvajismo brutal le mantuvieron la cabeza dentro del urinario hasta que casi lo ahogan.

¡Me sentí culpable! Lloré con desconsuelo por lo que le había sucedido a mi compañero de celda.

Clamé al Señor: "¡Oh Dios ten misericordia de mi! ¡ten misericordia de mi! ¡por favor perdóname!".

A la mañana siguiente los guardias me sacaron de mi celda y practicaron las artes marciales con mi cuerpo. Me dieron puñetazos y patadas tirándome al suelo y les ordenaron a otros prisioneros que me pisaran en el pecho y las partes privadas. La sangre brotaba por mi boca. Me encontraba mareado y con gran dolor. Estaba seguro que iba a morir.

Hasta ese momento el hermano Shen y yo aunque compartíamos la misma celda, fingíamos que no nos conocíamos. Si las autoridades de la prisión se enteraban que dos cristianos se animaban el uno al otro, se enfurecían.

Sin embargo cuando el hermano Shen vio lo que me había ocurrido en el patio, corrió a mi lado, me recogió en sus brazos y lloró: "¡Hombre celestial, mi amado hermano!". Uso las mangas de su camisa para limpiar la sangre de mi nariz y boca.

El hermano Shen me ministró como un ángel. Siempre me consoló y me animó con palabras de esperanza de las escrituras. Los demás prisioneros y guardias sintieron que tenía un espíritu amable y de misericordia, de modo que les caía bien a todos.

Unos días después el BSP envió un auto y se lo llevaron a su lugar de origen para juzgarlo y sentenciarlo. Le gritaron: "Zhen, prepárate. Llego tu hora de partir".

El hermano Zhen no quería dejarme solo. Lloramos y nos arrodillamos juntos en oración en el piso.

"Vaya en paz"- le dije.

A este hombre de Dios se lo llevaron de nuestra prisión y de nuestras vidas.

Aunque el hermano Zhen partió, sus enseñanzas quedaron con nosotros. Algunos de los prisioneros empezaron a decirse el uno al otro: "necesitamos creer en Jesús". Como resultado, esos criminales dejaron de tratarme con crueldad.

Teníamos allí un joven prisionero que no era creyente, aunque su madre era cristiana. Permaneció en mi celda unos días y descubrió que no estaba loco como los guardias le dijeron que estaba. Les decía a los otros prisioneros: "Yun no esta loco. Es un hombre que ha pagado un gran precio por su FE EN DIOS".

Se quito su abrigo y me lo entrego por amor y compasión. Al día siguiente lo sacaron de la celda y lo pusieron a trabajar en la cocina. Al poco tiempo le permitieron regresar a casa y se convirtió en un discípulo consagrado a JESUCRISTO.

Durante esos días en la prisión me interrogaron muchas veces. Sentían que habían atrapado a un "pez gordo", pero no lograban descubrir mi auténtica identidad. Usaron todas las técnicas que conocían para averiguar quien era y de donde venía, con el fin de buscar a mis colaboradores. Frustré sus planes al negarme a responder sus preguntas. No estaba dispuesto a implicar a los hermanos de la iglesia de mi pueblo natal.

Debido a que no les revelaba mi identidad, las autoridades en Wuyang enviaron una carta circular a otros lugares de Henan, pidiéndoles que acudieran a la prisión para ver si yo era de su zona. Varios agentes del BSP de otros condados vinieron y se fueron

desilusionados de que no era el que pensaban que era. Los de la prisión telefonearon a muchos lugares de la provincia tratando de identificarme.

Al fin, más de cinco semanas después de mi arresto, lograron identificarme. Alrededor de las ocho y treinta de la mañana del 25 de enero de 1984, llegaron los agentes del BSP de Nanyang y me reconocieron enseguida. Estaban muy contentos. Me dijeron: “Has logrado engañar a la policía aquí fingiendo demencia, pero a nosotros no nos engañas. Aunque cambies de piel, te vamos a reconocer. Te nos has escapado muchas veces y nos has hecho quedar como tontos, pero esta vez no vas a escaparte”

Me abofetearon y me esposaron con las manos a mi espalda. Me dijeron: “¡Nos vamos! Te llevamos a Nanyang y allí veremos que hacemos contigo”.

Los agentes de Nanyang les dieron las gracias a los agentes locales por haberme retenido allí y me metieron en la parte trasera de su furgoneta. Me esposaron a una barra de acero por encima de mi cabeza que iba de parte a parte de la furgoneta. Después de cerrar las puertas me golpearon con sus puños y porras, haciéndome mucho daño.

Al viajar todo el día por carreteras llenas de baches, las esposas que me sujetaban por las muñecas me cortaron y empecé a sangrar manchando de sangre la furgoneta. Las esposas me cortaron tan hondo que se veía el hueso de mis muñecas. Me dolía y molestaba tanto que apenas podía respirar. Estuve a punto de perder el conocimiento a causa del dolor y de la pérdida de sangre

Clame al señor y le dije: “Jesús no lo puedo soportar más. ¿Por qué permites que me torturen de esa manera? Por favor, recibe mi espíritu ahora”.

Los guardias que viajaban en la parte trasera de la furgoneta encendieron una porra eléctrica cuando oyeron que oraba y me golpearon pasando la corriente eléctrica por mi cuerpo. El dolor fue tan severo que llegué a pensar que mi corazón y cerebro iban a explotar en mi cuerpo.

Clame de nuevo al señor: “Dios mío, ten misericordia de mí. Por favor recibe mi espíritu ahora”.

La palabra del señor me llegó con claridad: “El motivo de tu sufrimiento es para que tengas participación en la comunión de mi sufrimiento. “Quédense quietos, Reconozcan que yo soy Dios. Yo seré exaltado entre las naciones! ¡Yo seré enaltecido en la tierra”!

En mi orgulloso corazón había estado pensando que era importante para la iglesia, que me necesitaban para que los dirigiera. Ahora entendía con caridad que El es Dios Y que yo solo soy un hombre débil. Me di cuenta de que Dios no Me necesita para nada, y que si algún día decidía volver a usarme, no sería otra cosa que un gran privilegio.

De repente desaparecieron el temor y el dolor.

La furgoneta de la policía entro al fin en las calles de Nanyang, mi pueblo natal. Aflojaron la marcha. Podía ver por las ventanas los carteles pegados en cada pared a ambos lados de la pared anunciando: “Celebren y feliciten al buró de seguridad publica! El cristiano contrarrevolucionario Yun, que ha encubierto sus actividades criminales bajo la mascara de la religión, esta detenido”.

-¡El arresto del contrarrevolucionario Yun son buenas noticias para el pueblo de Nanyang’.

Abajo con el reaccionario Yun y sus colaboradores! Eliminemos con decisión todas las reuniones cristianas ilegales dirigidas por Yun!.

Los agentes hicieron sonar las sirenas para que todos supieran y aplaudieran el gran logro de mi captura. Las noticias de mi arresto se esparcieron en seguida y las personas corrían detrás de la furgoneta para verme.

Sin embargo ya no tenía temor. El señor me había dicho: NO TENGAS MIEDO DE LO QUE ESTAS POR SUFRIR. TE ADVIERTO QUE A ALGUNOS DE USTEDES EL DIABLO LOS METERA A LA CARCEL PARA PONERLOS A PRUEBA (...) sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”. Apocalipsis 2:10.

CAPÍTULO 9

POR EL VALLE DE SOMBRA DE MUERTE

“Queridos hermanos, no se extrañen del fuego de la prueba que están soportando, como si fuera algo insólito. Al contrario, alégrese de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo. Dichosos ustedes si los insultan por causa del nombre de Cristo, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre ustedes” 1ª Pedro 4:12-14.

Durante mi largo y doloroso viaje en la furgoneta de regreso a Nanyang, el Señor me consolaba sin cesar con las palabras: *“Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios”*. Salmo 46:10.

Cuando la furgoneta de la policía llegó a la puerta de la prisión de Nanyang, quitaron mis esposas de la barra de acero y me sacaron a empujones al suelo helado. Un viento muy frío del norte soplaba en ese momento. Mi rostro y cabellera estaban empañados de sangre. Tenía los ojos amoratados y la cara hinchada. No tenía zapatos para protegerme los pies y las esposas me habían hecho profundas heridas en las muñecas.

Me llevaron a un amplio cuarto dedicado a interrogatorios donde me esperaba una docena de agentes del BSP para ver qué clase individuo era yo.

Cuando me vieron pequeño, delgado, con la cara hinchada y manchada de sangre y despeinado, se echaron a reír de mí y se burlaron: “¿Qué? ¿Es este el hombre celestial?”

El agente jefe me miró con gran desagrado en sus ojos. Me preguntó “¿Eres Yun?” ¿Eres el Yun que ha estado causando problemas en tantos lugares del país? Hoy nos perteneces a nosotros. No te atrevas jamás a escaparte. ¡La ley por fin te tiene en sus manos!”.

El subjefe se jactó con arrogancia: “Tenemos una red que cubre los cielos y que no tiene ningún agujero. Nunca podrías escaparte del largo brazo de la ley. Yun, perdiste la batalla. Tus colaboradores están ya en nuestras manos. Incluso tu compañero de crímenes el señor Xu Yongze está bajo nuestro control. Acabamos con tu iglesia. Ustedes fracasaron por completo. Eres un enemigo de nuestro país y del Partido.

Cuando oí estas palabras, sentí gran enojo dentro de mí. Un espíritu de fe habló desde dentro de mí ser: “El evangelio crece a verdad penetrará en cada corazón. La verdad siempre prevalece. Nadie puede cambiar esa realidad. Siempre vencerá.

Los agentes me miraron con total desprecio. Uno de ellos con una sonrisa siniestra en sus labios, se inclinó a mí y me dijo: “Yun, ¿no has experimentado ya suficiente sufrimiento? ¿Quieres que te apliquemos un poco más?”-

Incliné la cabeza y no dije nada. Él continuó: “Debes ser consciente de cuán serios son los delitos que has cometido. La política de nuestro gobierno te va a tratar bien si confiesas tus delitos de forma concreta y sincera. Aunque si nos mientes y no cooperas, ¡te trataremos con rigor!”.

Me sentí fuere en mi corazón. Estaba decidido a obedecer a Dios en vez de los hombres. Medité en la Escritura: *“EL SEÑOR es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? El SEÑOR es el baluarte de mi vida; ¿Quién podrá amedrentarme?”*. Salmo 27:1.

El comisario habló de nuevo: “Aunque has cometido delitos muy graves en contra de nuestra nación, tendremos misericordia de ti y te dejaremos en libertad. Si nos informas con sinceridad, en detalles, acerca de todo tu trabajo, de tus colaboradores y de las actividades de tu movimiento a lo largo de los años, te garantizo que te soltaremos enseguida, y podrás marchar a casa para estar con tu esposa y con tu madre en las fiestas del Año Nuevo Lunar”.

Cuando el comisario hablaba, sentía en mi interior que quería decir las siguientes palabras. “¿Dice que garantiza mi libertad si confieso todos mis “delitos”? Yo le garantizo que morirá e irá al infierno si no se arrepiente de sus pecados y cree en el Señor Jesucristo.

No obstante, me contuve de decir esas palabras y en su lugar dije lo siguiente: “En los últimos días me han torturado, golpeado y casi me han matado de hambre. A veces apenas podía respirar a causa del dolor que me causaban. No he comido como corresponde por mucho tiempo. Ahora usted quiere que le diga lo que he estado haciendo por años. ¿Cómo puedo hacer eso en mi condición presente? Por favor, denme tiempo para pensar, descansar y recuperarme. Se lo diré cuando termine de reflexionar en mi pasado”.

Los agentes quedaron impresionados con mi lógica. Pensaron que mi respuesta era razonable, de modo que me permitieron ir a mi celda para pensar en mis actividades. Me preguntaron: “¿Cuándo piensa que estará listo?”-

A lo que les contesté: “Se los diré en el preciso momento en que esté listo”.

Me llevaron a la celda número dos, pasando por cuatro puertas de hierro. La prisión estaba rodeada de un muro alto de ladrillo rojo rematado por cables eléctricos. Guardias armados vigilaban de cerca de los prisioneros desde las garitas en las cuatro esquinas del muro de la prisión.

Al instalarme en mi nuevo hogar, el Espíritu Santo me recordó estos versículos: “*No temas a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno*” Mateo 10:28.

“*Así mismo serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús*” 2 Timoteo 3:12.

“*Hermanos mío, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia*” Santiago 1:2-3.

El Señor de nuevo me habló diciendo: “Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios”.

Empecé a entender que la presencia de Dios era mi refugio. Sabía que pronto me iba a enfrentar a grandes pruebas. De ninguna manera sería como Judas y traicionaría a mis hermanos y hermanas. Prefería antes que me desollaran vivo que revelar los nombres de mis preciosos colaboradores.

Decidía apoyarme en la Palabra de Dios y ayunar y orar a fin de enfrentar la tormenta que se preparaba en el horizonte. Necesitaba seguir el ejemplo de Jesús cuando ayunó en el desierto para vencer las tentaciones del diablo.

“*¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia*”. Romanos 8:35.

En mi primer Apia en la prisión en Nanyang llegué a la conclusión de que Dios quería que ayunara y orara para el progreso del evangelio, a fin de que miles de almas lograran experimentar la salvación, y que las Iglesias en casa por toda China pudieran alcanzar la victoria.

Comencé a ayunar en mi celda en la tarde del 25 de enero de 1984. Muy pronto me atacó el sentido del hambre. Cada vez me venían más tentaciones. Estaba tan hambriento que apenas me podía parar.

Enseguida sentí que me probaban de forma muy fuerte en mi compromiso. Esa noche el director de la prisión quiso mostrar su cara compasiva en la celebración del Año Nuevo que se acercaba, de modo que decidió dar a los prisioneros mejor alimento en vez de las comidas rancias que recibían. Cada hombre recibió un *mantou*, además de un poco de sopa de cerdo y un pedazo de apio.

Para los hambrientos prisioneros esto era de verdad un banquete de lujo. El olor del alimento invadió todos los pasillos y celdas antes de que lo viéramos. Cuando lo recibieron los prisioneros, se lo tragaron como lobos hambrientos y literalmente limpiaron los tazones lamiéndolos.

El diablo razonó conmigo: “Hay un solo feriado de año nuevo cada año. Debieras comer un poquito de buen alimento ahora que tienes oportunidad”. Estuve apunto de rendirme ante la tentación.

Desde la fecha en que me detuvieron en el nordeste de Henan había comido muy poco y había bajado de peso. Estaba hambriento, herido y maltratado. Decidí que debería comer, pero me llegó enseguida una palabra del señor: “*Sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes*”. *Santiago 4:17*

Oré: “Espíritu de hambre, déjame ahora en el nombre de Jesucristo”.

Devolví la sopa, el *mantou* y el apio al jefe de la prisión y le dije: “Por favor, reparta mi porción con todos los hombres en esta celda”.

Los dolores del hambre desaparecieron enseguida.

La comida era el dios de los encerrados en esa prisión. Debido a que les entregue mi porción, empezaron a pensar bien de mí y comenzaron a tratarme con amabilidad. Después de terminar su comida, mis compañeros de celda quisieron saber por qué me habían arrestado. Me preguntaron: “¿Por qué esta una buena persona como tú en un lugar como este?”. Les respondí que se debía a que era un vaso escogido del Señor .

Me preguntaron si podía cantarles una canción. Empecé a cantar:

El viento del norte sopla, pero la brisa del sur pronto empezará

En todo se hace la voluntad de Dios

El viento del norte es muy frío, pero no durará mucho

Pronto aparecerá la cálida brisa del sur.

Coro

*Sé paciente y espera, sé paciente y espere
El Señor hará todas las cosas hermosas a su tiempo
Cuando llegue el momento, cuando llegue el momento
La gracia abundante te inundará.*

*Tú que estas abrumado de tristeza, no suspires más
El Señor será tu fiador
Si el Padre celestial no lo permite
¿Quién te podrá tocar?*

A todos mis compañeros de celda les gustaba escuchar esta canción. Algunos entendían la letra y otros no. Todos creían en el destino, lo que significa que no podemos cambiar lo que nos sucede en la vida. Les dije que Dios controlaba todas las cosas, no el destino, y que nuestras vidas estaban determinadas por Él y por las decisiones que tomábamos de obedecer o desobedecer su palabra. Usé esta oportunidad para decirles que la Biblia dice: “*Así como está establecido que los seres humanos mueran una sola vez venga el juicio, también Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno sino para traer salvación a quienes lo esperan*”. Hebreos 9:27-28

Insté a estos hombres a que se arrepintieran y aceptaran a Cristo como su Salvador.

Después de hablar por una media hora sentí gran dolor en mi cabeza y pecho a causa de los golpes recibidos. Incluso mientras hablaba, me latía la cabeza y sentía mi pecho al borde del colapso.

Sabía que el Señor quería que descansara, así que les dije a mis compañeros de celda: “Estoy dispuesto a seguir hablándoles de Jesús, pero ahora no puedo hablar más porque me duele mucho la cabeza y el pecho. Dios me ha dicho que es necesario descansar y estar quieto. A partir de hoy, por tanto, no voy a comer ni beber nada. En su lugar les daré mi porción a todos ustedes. Por favor, no les digan nada esto a los guardias porque entonces no me dejarán darles mis comidas”.

Todos quedaron muy contentos con mi oferta, debido a que esos hombres recibían un trato cruel en la prisión y las comidas eran horribles. El estómago era su dios y el alimento su amo.

El 29 de enero de 1984 me sometieron de nuevo a un interrogatorio. El juez que presidía me dijo:

-Ya te hemos dado algunos días para pensar. Queremos que ahora hables. Si eres sincero, te dejaremos que vayas a tu casa para que puedas reunirte con tu familia.

-He participado en tantas actividades que no me ha sido posible pensar en todas en estos días -le dije-. No quiero arruinar sus celebraciones de las fiestas causándoles disgusto, así que por favor concédanme un poco más de tiempo para pensar.

Los dos principales se miraron el uno al otro, y me dijeron:

-Yun, eres una persona comprensiva. Te vamos a permitir que vuelvas a tu celda, pero después de las fiestas de Año Nuevo tendrás que hacernos una confesión bien clara.

Después de regresar a mi celda, el Señor me dijo con amor: “tienes que descansar. No tengas temor. Ríndete a mí. No mires las circunstancias, no dependas de ti mismo, ni pongas tus ojos en otros. Ora con fervor y verás mi gloria”.

Medité de día y de noche la Palabra de Dios, en todo lo que es santo y edificante. Pensé en los grandes hombres y mujeres de la Biblia que sufrieron por su fe.

Reflexioné en cómo Jesús estuvo dispuesto a someterse a sí mismo a la voluntad del Padre y sufrió la ira de hombres pecadores. Pensé en José y en sus experiencias en Egipto, en Daniel en el foso de los leones y en Esteban cuando lo apedrearon hasta la muerte. Medité en lo que Pablo escribió durante las veces que estuvo encarcelado, y en el arresto de Pedro y su huída milagrosa en el capítulo 12 de Hechos. Eran como nubes de testigos que rodeaban mis pensamientos. Su ejemplo aliviaba los temores y cargas de mi corazón.

En esos días era como un bebé que duerme en los brazos de su madre, que lacta en paz en el pecho de su madre.

Dios purificó mi corazón. No guardé rencor ni malicia en contra de los que me habían tratado con tanta crueldad. Viví en íntimo compañerismo con el Señor. Me di cuenta de que todo lo que me había ocurrido era solo el resultado de la voluntad de Dios. Esto me capacitó para amar de forma genuina las almas de esos hombres malos que me habían atacado y trataban de destruirme. Me sentí muy manso y amable. Mi espíritu estaba lleno de gozo y de gratitud al magnificar al Señor.

Le dije al Señor que no hablaría ni una sola palabra con nadie hasta el día que viera a mi familia de nuevo. No quería hablar porque el Señor me había dicho que lo mejor era descansar y confiar solo en Él.

Día tras día, y semana tras semana, no comí ni bebí nada. El Señor mismo era mi sostén. Sé que desde el punto de vista médico es imposible vivir más de unos días sin agua, pero “lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”. Lucas 18:27.

Nunca dejé de pensar que el ayuno era un milagro, y nunca supe que duraría tanto tiempo. Todo lo que sabía era que Dios me había dicho que descansara y meditara en Jesús. Eso era en lo que se enfocaban por completo mi mente y corazón durante el ayuno. Después de unos días dejé de pensar en la comida o la bebida. De día en día mi espíritu entraba en una comunión más íntima con Jesús. Mi propia pecaminosidad disminuyó al crecer en mi espíritu la presencia y la luz del Señor.

Aprendía la verdad literal de la enseñanza de Jesús: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la Boca de Dios”. Mateo 4:4.

Para su gloria, Dios me había instruido que ayunara. No era solo mi idea o algo que pudiera planear el hombre. Fui capaz de ayunar de esa forma, sin nada de alimento o líquido solo porque Dios quiso que fuera así. Me comprometí a hacerlo en obediencia a su mandamiento, no como un sacrificio con la intención de agradecerle. “El obedecer vale más que el sacrificio”. 1 Samuel 15:22.

El tiempo pasó con rapidez. El 11 de febrero me interrogaron de nuevo. Me encontraba tan débil que mis compañeros de celda tuvieron que llevarme a la sala de interrogatorios. Tenía los ojos bien cerrados y yacía en el suelo sin movimiento.

Los funcionarios me hicieron varias preguntas, pero no abrí mi boca. Pensaban que fingía, así que empezaron a azotarme con látigo de piel.

Los prisioneros que me llevaron a la sala protestaron: “Desde el día que entró en la prisión Yun ha estado sufriendo de dolores de cabeza y del pecho. Hace más de diez días que no come nada”. No había otra cosa que mis acusadores pudieran hacer excepto ordenar que me llevarán de nuevo a la celda.

Todos los prisioneros en mi celda fueron testigos de estos sucesos. Vieron que no comí ni bebí nada. La mayor parte del tiempo. Los prisioneros empezaban a preguntarse cómo podría seguir viviendo sin comer ni beber algo. A medida que pasaban los días y las semanas, mis compañeros de prisión empezaron a conversar entre sí: “¿Qué sentido tiene la vida de este hombre?”.

Mi cuerpo era cada vez menor y débil, pero mi espíritu crecía y se fortalecía.

Desde el 25 de enero hasta el 2 de marzo de 1984, no comí ni bebí nada.

En la tarde del trigésimo octavo día de mi ayuno, el diablo me tentó: “Yun, Jesús ayunó cuarenta días. ¿Cómo tú que eres un siervo vas a hacer más que el Maestro? ¿Vas a ayunar pro más tiempo que Jesús? ¿Vas a intentar superar tu Maestro?”. De repente mi corazón se llenó de nubes negras. Nunca había sentido una desesperación semejante. Estaba en una intensa batalla espiritual.

Era como si miles de demonios me rodearan y me atacaran con todo su poder. Me sentí tan débil en mi cuerpo y mente que incluso llegué a pensar en el suicidio. Hacía tanto tiempo que no hablaba que, cuando traté de orar en voz alta, mi voz parecía un débil susurro. Pregunté: “Señor, ¿qué debo hacer?”. En ese momento el Señor no me dijo nada, pero sabía que Él estaba pendiente de mí. Pedí: “Señor Jesús, ¿por qué permites que me zarandeen así? Por favor, recibe mi espíritu.

Después de una larga noche de lucha, el Señor me visitó de nuevo. Me dijo: “*Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar. Ya sé que tus fuerzas son pocas, pero has obedecido mi palabra y no has renegado de mi nombre*”. Apocalipsis 3:8.

Cuando escuché esas palabras, mi corazón se llenó de gozo. Me sentí como un niño pequeño cuyo padre se le ha parado a su lado para defenderlo de los abusadores. “Sí, Señor, tú conoces mis obras” exclamé.

La voz del Señor me impactó como un trueno del cielo. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. En ese momento tuve una visión poderosa. Vi cómo se abrían una serie de puertas de hierro, una tras otra.

Una multitud de hombres y mujeres de varias nacionalidades, vestidos con túnicas de bellos colores, adoraban juntos ante el Señor. Mi corazón se llenó de luz y fortaleza. Dios me dio un espíritu gozoso. En la visión cantaba al Señor en voz alta. “*Alabaré al SEÑOR toda mi vida: mientras haya aliento en mí cantaré salmos a mi Dios*”. Salmo 146:2.

La visión continuó y vi mi vida desde niño como una especie de película que pasaba delante de mí. Era como una cortina que se corría y veía con claridad que Dios me había llamado para ser suyo desde el nacimiento. En la visión exclamé: “Señor, no tengo ninguna posibilidad de ir y predicar el evangelio. Incluso si tú abrieras las puertas de la prisión en este momento, estoy tan débil que no podría siquiera arrastrarme hasta al puerta”.

Entonces el Señor me reveló su voluntad mediante dos pasajes de las Escrituras a los que no había prestado gran atención hasta ese momento. “Porque las dádivas de Dios son irrevocables, como lo es también su llamamiento, Romanos 11:29, y “les aseguro que el que cree en mí las obras que yo hago él hará, y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre”. Juan 14:12.

El Señor alivió el dolor en mi corazón y despejó las tinieblas de mi alma. Como agua viva que fluía dentro de mí, un espíritu de gozo llenó mi corazón.

Sentí que había pasado por el valle de sombra de muerte. El Señor me había sostenido.

Continúe ayunando.

El diablo siguió poniendo muchos pensamientos malos en mi mente. Me preguntó: “¿Quién cuidará de tu familia cuando mueras? ¿Dónde está tu Dios? ¿Es que se ha olvidado de ti y te va a dejar morir?”. Medité en la Palabra de Dios para rechazar estos ataques, tales como Miqueas 7:8-9:

Enemiga mía, no te alegres de mi mal.

Caí, pero he de levantarme:

Vivo en tinieblas, pero el SEÑOR es mi luz.

He pecado contra el SEÑOR,

Así que soportaré su furia

Hasta que él juzgue mi causa y me haga justicia.

Entonces me sacará a la luz

Y gozaré de su salvación.

* * *

DELING. Después que arrestaron a mi esposo, muchos hermanos y hermanas me ayudaron cada día. Por supuesto, tenía la carga y el dolor de tener encarcelado a mi esposo mientras que estaba embarazada, pero los creyentes aliviaron el peso de mi carga y no resultó en una experiencia terrible y negra para mí. Los inconversos en nuestro pueblo trataban a cada momento de hacer que me sintiera mal, pero no les prestaba atención.

A Yun lo trajeron de regreso a Nanyang desde Wuyang en una furgoneta. Lo torturaron durante ocho meses en la comisaría local. Todos los informes que recibíamos indicaban que su sentencia iba a ser una de estas dos: Pena capital o cadena perpetua. Aun el hermano de Yun decía que sus delitos eran tan graves que lo ejecutarían.

Los creyentes fuera de la prisión se enteraron de que Yun, sufría mucho, y que había adoptado una postura firme y de completa confianza en el Señor. Algunas personas que estaban autorizadas a visitar a sus familiares en la prisión nos pasaron rumores acerca de un

hombre milagroso que vivía dentro de la prisión sin comer. Muchas personas en el pueblo hablaban de este extraño suceso.

Miles de cristianos de las Iglesias en casa continuaron orando y ayunando por mi esposo día y noche. Mientras tanto las iglesias seguían creciendo. Muchos milagros, señales y prodigios tenían lugar con regularidad, haciendo que miles más se unieran al cuerpo de Cristo.

El diablo trato de tentarme por medio de mis parientes. La esposa de mi hermano mayor vino a visitarme a mi casa y me aconsejó que me divorciara de Yun y buscara otro hombre mientras todavía era joven. Otros también me presionaron para que me divorciara, sobre todo cuando se creía que lo sentenciarían a muerte.

Me negué a escucharlos.

A muchos predicadores chinos los abandonaron sus esposas mientras se encontraban en la cárcel por causa del evangelio. A otro hermano, Li, lo sentenciaron a muchos años de prisión. En el mismo momento que leían su sentencia en la sala del tribunal, ella se levantó y gritó “¡Me voy a divorciar de este hombre”!

Yo no quería hacer una cosa así.

CAPÍTULO 10

LA PRUEBA ARDIENTE

“Nos vemos atribulados en todo, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados: perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús para que también su vida se manifiesta en nuestro cuerpo”. 2 Corintios 4:8-10.

Durante el ayuno quedé muy debilitado en el cuerpo, pero mi espíritu estaba alerta y continué confiando en el Señor. Sabía que su gracia sería suficiente para mí.

Debido a lo que Dios me había dicho, seguí ayunando por más de cuarenta días. Continué orando con persistencia y buscando el perdón y la misericordia de Dios por mi familia, nuestra iglesia, nuestro país y por mí mismo. Recitaba con frecuencia el Salmo 123:1-2: *“Hacia ti dirijo la mirada, hacia ti, cuyo trono está en el cielo. Como dirigen los esclavos la mirada hacia la mano de su amo, como dirige la esclava la mirada hacia la mano de su ama, así dirigimos la mirada al SEÑOR nuestro Dios, hasta que nos muestre compasión”*

De esta manera Dios aceptó el deseo de mi corazón de seguir ayunando y orando. Entré en una guerra espiritual intensa, de una clase como nunca antes la había experimentado.

Tomaré un momento para explicar lo que es para mí recibir un sueño o visión del Señor. Esto no sucede con frecuencia, sino casi siempre cuando hay algo importante o urgente que Dios quiere grabar en mí. Todas las visiones que he recibido son muy breves, a menudo duran solo un segundo o dos. Con frecuencia la imagen destella en mi mente y espíritu, pero es tan vivida y real que sé que es del Señor.

Como cristianos no tenemos que vivir mediante visiones o sueños, ni tampoco debiéramos estar dispuestos y dejar que el Señor nos hable en esas otras formas si eso es lo que quiere Él. Tenemos que examinar con cuidado a la luz de las Escrituras cualquier visión o sueño que recibamos, pues nada de Dios va a contradecir su Palabra.

Dios habló a los creyentes mediante sueños y visiones a lo largo de todo el Antiguo y Nuevo Testamentos. La Biblia declara que en estos últimos tiempos. *“Derramaré mi Espíritu sobre todo el género humano. Los hijos y las hijas de ustedes profetizarán, tendrán sueños los ancianos y visiones los jóvenes”*. Joel 2:28.

De todos los varios sueños y visiones que el Señor me ha dado en estos años, solo una o dos veces he recibido una visión que vi con mis ojos abiertos, una escena real que era visible a mis ojos y no solo una impresión interior. Una de esas visiones tuvo lugar en la cuadragésima noche de mi ayuno.

Vi una gran tormenta de arena amarilla procedente del desierto. Llevaba un enjambre de avispas, víboras, escorpiones y ciempiés venenosos. El viento levantó el techo de mi casa. Los cimientos de mi casa permanecieron firmes, aunque el techo desapareció y las paredes se agrietaron. Esas criaturas venenosas empezaron a atacarme.

En ese momento, en mi visión, me volví y vi a una prostituta desnuda. Me abrió su blusa para que al viera, y me llamó para que acudiera a refugiarme en ella. Quedé confundido. Por un lado quería huir de las criaturas que me acosaban con sus dolorosas picaduras, pero

no quería correr a los brazos de una prostituta. Me preguntaba qué significaba esto. De repente, en mi visión apareció mi madre delante de mí. Su rostro resplandecía y mostraba serenidad. Me dijo con amor: “Hijo mío, échate en seguida”. Me dio un gran pedazo de pan y me instruyó: “Hijo, cómelo de inmediato”.

Las miles de avispas, víboras, escorpiones y ciempiés siguieron atacando mi cuerpo. Ya no podía aguantar más el dolor y grité: “¡Señor, ayúdame!”. Mi propia voz me despertó de mi visión. Me di cuenta de que era ya la media noche y que todavía me encontraba en la celda de la prisión.

La experiencia fue tan real para mí que me costaba trabajo creer que había sido solo una visión.

Más tarde esa noche, después que me fui a dormir, recibí otro sueño de parte del Señor. Este fue muy breve y no comprendía su significado. Me vi transportado a un cuarto de paredes blancas. Me rodeaban sábanas blancas. Un hombre que llevaba vestiduras blancas me dijo: “Extiende tu mano a la sábana”. Cuando lo hice, una huella roja de mi mano apareció en la sábana. No entendí cómo sucedió esto porque no tenía tinta ni nada en mi mano.

Cuando me desperté, no pude descifrar el significado de este sueño, pero sabía que el Señor me lo mostraría en el momento oportuno.

Puse mi mano sobre el hermano Li, que se encontraba a mi lado en la celda. Le dije al oído: “Mañana tendré otra prueba y sufriré más por Jesús. Por favor, ora por mí”. El hermano Li dijo algo entre dientes y se volvió a dormir.

Sobre las nueve de la mañana del día siguiente escuché una voz que decía: ¡“ Saquen a Yun!””. Las bisagras de acero de la puerta de nuestra celda chirriaron al abrirse.

El hermano Li me llevó al cuarto de interrogatorios por que no podía caminar por la debilidad. Li era un nuevo cristiano. Antes de entregarse al Señor se le conocía como un hombre violento y un ladrón despiadado. Le asignaron la tarea de vigilarme y de informar a los guardias de todo lo que hacía. Sabía que las autoridades habían puesto a Li en mi celda para espíarme.

Después de estar conmigo por un tiempo se dio cuenta de que solo era un pastor cristiano. Vio que era consecuente en mi vida cristiana y fue testigo del poder de Dios sosteniéndose en mi ayuno. Vio que vivía lo que enseñaba y que no era un criminal. Un día, mientras me llevaba de vuelta a la celda, me dijo al oído: “Yo creo ahora en Jesús”. Se convirtió en mi amado hermano. Antes de que empezara el interrogatorio sentí que el Señor estaba a mi lado y que era mi gozo y mi fortaleza, como el salmista escribió: “Siempre tengo presente al SEÑOR; con él a mi derecha, nada me hará caer. Por eso mi corazón se alegra, y se regocijan mis entrañas; todo mi ser se llena de confianza”. Salmo 16:8-9.

Mientras más meditaba en la gracia de Dios, más crecía mi fe.

Al tiempo que el hermano Li me llevaba, iba orando para sí, pues le había dicho que me esperaba una gran prueba. Los agentes le ordenaron que me pusiera sobre el suelo y luego le dijeron que se sentara y esperara. Ese día eran dos nuevos funcionarios los que estaban presentes para interrogarme. Me negué a hablar. Cerré mis ojos y me quedé quieto donde estaba. Uno de ellos me golpeó con el pie y dijo: “¡Míranos, Yun! Bien sabes que tenemos métodos para lidiar con personas como tú. Si no quieres hablar, te obligaremos a hacerlo”.

Esta vez habían llevado con ellos varios instrumentos de tortura, incluyendo látigos y cadenas.

Otro agente se me acercó con una porra eléctrica. Subió el voltaje al nivel más alto y me golpeó con la porra en la cara, la cabeza y otras partes de mi cuerpo. Sentía que mi cuerpo se llenaba de inmediato de una gran agonía, como si miles de dardos me atravesaran el corazón.

El Espíritu Santo me consoló y animó con tres pasajes de la Biblia: ‘Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador; y ni siquiera abrió su boca’. Isaías 53:7.

“Para esto fueron llamados, porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos”. 1 Pedro 2:21.

“Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman”. Santiago 1:12.

Al meditar en la Palabra de Dios, el Señor me fortalecía para que resistiera. Me di cuenta de que ningún sufrimiento por el que pasara se podría comparar a lo que Jesús sufrió por mí, y que no podría jamás experimentar ningún dolor que estuviera más allá de la comprensión y compasión del Señor Jesús. “Porqué no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo la misma manera que nosotros, aunque sin pecado”. Hebreos 4:15.

El Señor no me permitió sentir tanto dolor como debiera. Los agentes pisaron mis manos y pies, aplicándome la porra eléctrica una y otra vez. Me tiraron de mis párpados, labios y orejas y otras partes de mi cuerpo para humillarme.

No obstante, me negué a hablar. Era un montón de piel y huesos, medio muerto, que yacía sin moverme sobre el frío y duro suelo de cemento.

Dándose cuenta de que su método no resultaba, uno de los agentes sugirió de pronto un cambio de actitud y adoptaron otro método más suave y político. Dijo: “¡Paren! ¡Esperen un momento! Yun, te vamos a dar otra oportunidad. En este día, si confiesas tu crimen en contra del gobierno, te dejaremos en libertad si aceptas asistir a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías. Nosotros procuraremos que seas el presidente de la rama regional del Movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías. Dejaremos de investigar tus delitos anteriores y te perdonaremos.”.

Me golpeó otra vez con el pie y me preguntó: “Yun, ¿no oíste lo que te he dicho? ¿Aceptas nuestra oferta? ¡Responde enseguida!”.

Antes de que abriera mi boca para responder, me vino a la mente la visión de la prostituta tratando de atraerme a la seguridad. De repente vi en el espíritu la visión de las víboras, escorpiones, avispas y ciempiés que me había atacado y casi matan mientras yacía sobre el suelo. Me daba cuenta ahora por qué el Señor me había mostrado esa visión la noche anterior.

Los agentes probaron la brutalidad, luego la seducción, en un intento de conquistarme, pero el Señor me permitió rechazar sus esfuerzos.

Al ver que sus métodos no daban los resultados deseados, le instruyeron al hermano Li para que me llevara a la clínica médica de la prisión.

Un hombre de baja estatura vestido con una bata blanca entró en el cuarto y les dijo a los cuatro guardias que me acompañaban: “Por favor, déjenme solo con Yun”. Después que salieron, el médico me dijo: “Yun, si usted no habla, yo puedo hacerle hablar”. Sonrió de una manera siniestra. “Esta inyección le ayudará a curarse de todos sus problemas. Le hará hablar”.

Llamó a los guardias para que entraran de nuevo. Extendieron mis manos y pies y me sujetaron a la cama. Después separaron mis dedos y me sostuvieron la mano con la palma para abajo sobre una tabla de madera. El médico tomó una aguja larga, etiquetada con el número 6, de su cartera. Comenzando con el pulgar de mi mano izquierda, metió la aguja debajo de mis uñas una a una.

No puedo describir cómo me sentí. Fue la agonía más espantosa que experimentara jamás. Un dolor intenso me corrió por todo el cuerpo. No pude hacer otra cosa que gritar. Pasaba de estar consciente a inconsciente de un momento a otro, de manera que no podría decir si estaba en mi cuerpo o separado de él.

Para cuando el médico llegó al dedo del medio, el Señor en su misericordia me permitió desmayarme y no sentí el dolor que me ocasionaban.

Al despertar, no sentía en absoluto mis manos ni dedos. Sentía un dolor terrible que corría por todo mi cuerpo. A pesar de la baja temperatura, estaba bañado en sudor de la cabeza a los pies.

CAPÍTULO 11

EL FIN DEL AYUNO

Durante la ola de intensa persecución en Henan, desde la segunda mitad de 1983 hasta junio de 1984, nuestra iglesia se enfrentó a numerosas dificultades. Arrestaron a cientos de obreros.

Doy muchas gracias a Dios porque me dio una madre que ora sin cesar. Mi madre oró cada mañana y noche por la iglesia y los líderes. Ellos y los otros creyentes clamaron por la misericordia y el avivamiento divinos, debido a que los pastores estaban detenidos y las ovejas esparcidas.

En la noche del 1 de abril de 1984, mientras estaba arrodillada en oración, mi madre tuvo una visión. Fue muy poderosa para ella, pues en ese tiempo era la partera en nuestro pueblo.

En su visión una joven tenía dificultades para dar a luz. Debido a que se encontraba desnutrida, dio a luz de forma prematura a los siete meses. Nació un bebé muy pequeño. La familia de la mujer y la partera dijeron: "Este bebé no va a sobrevivir". De modo que metieron al bebé en una bolsa de lino e intentaban deshacerse de él.

En la visión mi madre se acercó y dijo: "Déjenme ver dentro de la bolsa". Luego se volvió hacia la joven madre y le dijo: "Tu bebé no morirá". Después que habló, el bebé se transformó y se convirtió en mí. Mi madre se sobresaltó y se despertó de la visión. Estaba conmovida de emoción y clamó diciendo: "¡Padre Dios, ten misericordia de mi hijo!".

Entonces oyó una voz que le decía con claridad: "Tu hijo no morirá".

Desde el día en que me metieron en la prisión, muchos amigos y familiares no solo habían orando por mí, sino que habían tratado de obtener información sobre mi condición de parte del BSP. Nunca les permitieron visitarme.

Les dijeron que no había ninguna esperanza de que viviera. A algunos les dijeron que me habían sentenciado a muerte, a otros que recibiría una sentencia de cadena perpetua. Estas noticias llegaron a los oídos de mi esposa y de mi madre.

La cuñada de Deling le dijo: "Vete a casa con tu madre y cástate con otro lo antes posible. No hay ninguna esperanza de que Yun regrese para estar contigo".

Sin embargo, el Señor ayudó a mi amada esposa a resistir estas tentaciones. Decidió permanecer firme y se entregó a servir con fidelidad al Señor.

En este tiempo mi esposa recibió un sueño, en la misma noche en que mi madre recibió la promesa de que yo no moriría.

En su sueño, mi esposa se vio a sí misma y a mi madre visitándome en la prisión. Yo estaba muy delgado, pero fuerte en la gracia del Señor. Estaba lleno de gozo y de paz. En el sueño le di una llave. Le dije con firmeza: "¡Esta llave puede abrir todas las puertas!". Cuando Deling despertó, se dio cuenta enseguida de que el Señor Jesús quería que usara la oración como la llave para abrir toda puerta de dificultad.

A la mañana siguiente mi madre y mi esposa se contaron una a la otra los sueños recibidos. Se arrodillaron juntas y le dieron gracias al Señor. También les contaron el sueño y la visión a otros creyentes.

En este tiempo solo había un líder de la iglesia, el hermano Fong, que no estaba en prisión. Visitó mi hogar y oró toda la noche, clamando a Dios por misericordia y avivamiento. Al día siguiente le dijo a mi familia: "Es tiempo de visitar a Yun en la prisión".

En China, las personas no pueden visitar a los prisioneros cada vez que quieran. Solo pueden hacerlo si reciben una invitación oficial de las autoridades de la prisión.

Al día siguiente mi esposa Deling recibió una invitación de la prisión. ¡Esto no fue una sorpresa para nadie porque mi familia ya había recibido la invitación del Señor!

Habían pasado más de setenta días, y yo no había comido ni bebido nada en todos ese tiempo. Desde el día en que me encarcelaron no había sabido nada de mi familia ni de mi iglesia.

Mis compañeros de celda, a pesar de la enfermedad de la piel, no dejaban de atormentarme. Casi llegué a creer lo que decían sobre mi muerte. Las tinieblas y el tormento me presionaban. En ese tiempo sentía que un ángel del Señor me rodeaba con su fortaleza y evitaba que muriera.

En el septuagésimo quinde día de mi ayuno, alrededor de las tres de la mañana, una luz brillante inundó mi celda. En una visión me vi montando una bicicleta por un camino. En el manillar de la bicicleta vi a un hermanoso niño de siete años llamado Xiao Shen. Conocí a este niño antes de mi arresto. Sus padres amaban a Jesús.

En mi visión, Xiao Shen dijo: “¡Tío, déjame cantar un himno para ti!”. Él cantó: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”, Juan 14:6,RV-60. Canté con él, cada vez con más fuerza. ¡Estaba lleno de gozo! ¡Me sentía tan libre como un pájaro!

En la visión vi que mi cuerpo todavía yacía en la celda, pero era capaz de ver a través de las paredes de la prisión al mundo exterior. Vi a muchas personas diferentes con varios colores de piel. Procedían de numerosas nacionalidades y de diversas culturas. Algunos estaban arrodillados y otros parados. Todos tenían sus manos levantadas en oración.

Traté de caminar y estar con ellos, pero de repente los escorpiones, las avispas, las víboras y otras horribles criaturas aparecieron y me atacaron de nuevo. Me tiraron al suelo. Abrí poco a poco los ojos y descubrí que los brazos de mi madre me mecían. Me sostenía muy cerca de su pecho. Mi esposa, hermana y hermanos sostenían mis manos y lloraban fuerte. Les dije. “Jesús es el camino, la verdad y la vida”. Entonces me desperté de mi visión.

Durante ESE largo ayuno, mis días fueron de lucha, milagros, sueños, visiones y revelaciones del Señor. Experimenté su fortaleza cada día. Aunque no tenía una Biblia, meditaba sin cesar en su Palabra con los pasajes que había memorizado.

A pesar de que los hombres procuraron por todos los medios destruirme, no tuvieron éxito. Ahora iban intentarlo de otra forma. Las autoridades invitaron a mi familia a visitarme en la prisión para que trataran de convencerme de que comiera y hablara. Tenía la intención de escuchar con mucha atención lo que yo dijera, con la esperanza de conseguir una confesión o alguna información que pudieran usar en contra mía.

El 6 de abril de 1984, el BSP envió unos agentes a mi casa para instruir a mi madre y esposa en lo que tenían que decir para persuadirme a que comiera y hablara. No obstante, el Señor ya había advertido a mi madre y esposa: “Vienen a ustedes disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces”. Mateo 7:15.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto del 7 de abril, mi madre, mi esposa y otros siete familiares y colaboradores llegaron a la puerta principal de la prisión de Nanyang. Los guardias les hicieron esperar mientras otros agentes le ordenaban al hermano Yu que me llevara a la sala de interrogatorios. Trataron de engañarme, diciendo: “Yun, esta es tu gran oportunidad de nuevo. Si abres la boca y hablas, lo podemos arreglar todo de una vez y para siempre”.

Cuando me negué a responder una vez más, me golpearon con un látigo y me dieron descargas eléctricas con una porra eléctrica. Perdí el conocimiento.

Cuando me recuperé, sentí una sensación cálida que flotaba en todo mi cuerpo. Como si descansara en una cama blanca. No sabía si estaba vivo o muerto, despierto o dormido. Sentí algo cálido en mi cara como si alguien me acariciara con suavidad y amor.

Pensé que tenía una visión, pero cuando abrí los ojos, me ví en brazos de mi madre. Cuentas de lágrimas cálidas me despertaron y sus abrazos amorosos me sostenían y me consolaban. Vi la angustia reflejada en el rostro de mi madre, como si un cuchillo atravesara su corazón.

Deling estaba a su lado. No podía creer lo que sus ojos veían en cuanto a mi condición física. Mi esposa le dijo a mi hermana: “¡No lo reconozco! ¡Este no puede ser mi esposo!”.

Solo era un montón de piel y huesos. Había perdido buena parte del pelo a causa de los golpes recibidos. Mis orejas estaban arrugadas. Me había crecido una barba desaliñada y todo el cabello lo tenía revuelto. Los mechones de pelo que me quedaban estaban pegados entre sí por la sangre seca. Toda mi apariencia había cambiado a causa de la terapia eléctrica que me habían aplicado.

Ni mi propia esposa me reconocía.

Mi madre me reconoció después de identificar una señal de nacimiento que llevaba. Se echó a llorar de forma audible y exclamó: “¡Señor, este es mi hijo! ¡Ten misericordia de nosotros!”.

Cuando mi esposa al fin se dio cuenta de que aquel pequeño esqueleto que tenía frente a ella era su esposo, casi se desmaya.

De repente, el Señor aumentó mis fuerzas. Un gran poder vino sobre mí. Resulta difícil de explicar, pero sentí como si mi espíritu se hubiera hecho uno con el Padre celestial. El Señor me mandó: “¡Habla! ¡Este es el momento!”.

Cuando estaba a punto de abrir mi boca, la mano de mi hermana me la cerró. Sabía que los guardias escuchaban. Sabía que no había comido ni bebido por setenta días y temía que me torturaran aun más si hablaba.

Retiré la mano de mi hermana y exclamé: “*no pongan su confianza en gente poderosa, en simples mortales, que no pueden salvar*” Salmo 146:3. “*Es mejor refugiarse en el SEÑOR que fiarse de los poderosos*”. Salmo 118:9.

Entretanto estreché con fuerza las manos del hermano Fong y fijé mis ojos en él. Le dije: “Mi hermano, las riquezas y los honores no pueden corrompernos. Las amenazas y las violencias no pueden afectarnos. La pobreza y la oscuridad no pueden desviar nuestro camino. Sea fuerte en Dios y ponga sus ojos en el Señor Jesucristo. Mi Padre celestial ya me había anticipado de que vendría a visitarme”.

Los funcionarios y guardias de la prisión no sabía lo que pasaba ni de qué hablaba. Todos lloraban y gemían. Cuando traté de hablar de nuevo, mi hermana puso de nuevo su mano en mi boca. Sentí como si un gran fuego estuviera contenido en mis huesos, esperando salir fuera.

Sostuve la mano de mi madre y le dije: “¡Madre, tu hijo está hambriento! ¡Madre, tu hijo está sediento! Madre, el otoño ha terminado y el invierno frío está llegando. ¿Por qué no me enviaste ropas para vestirme?”.

Se limpió las lágrimas y me dijo: “Mi amado hijo, no es porque tu madre no te ame. Te enviamos muchas prendas de vestir, pero ninguna llegó a tus manos. Les pedimos a

otras personas que te enviaran ropas y alimentos, pero los guardias de la prisión también te los quitaron”.

Mi familia no entendía que no me refería al hambre y sed físicas. Una de los colaboradores me escucho decir que estaba hambriento y sediento y salió corriendo de la prisión para ir a la tienda más cercana y comprarme algo de comer y beber. No podía dejar de llorar.

Hablé de nuevo: “Madre, no estoy hambriento de pan y agua terrenales. Estoy hambriento por las almas de los hombres. Madre, predica el evangelio y salva a las personas, ese es el único alimento que satisface”.

Exclamé en voz alta: *“mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra – les dijo Jesús --. ¿No dicen ustedes: “Todavía faltan cuatro meses para la cosecha”? Yo les digo: ¡Abran los ojos y miren los campos sembrados! Ya la cosecha está madura”.* Juan 4:34-35.

Con lágrimas en los ojos dije: “He estado ayunando setenta y cuatro días. Esta mañana antes del amanecer el Señor me mostró en una visión que me reuniría con todos ustedes. Mi amada madre, casi me matan a golpes. Si muero, moriré, pero permaneceré fiel al Señor. Madre, ¿trajiste la carne y la sangre del Cordero?”.

La hermana regresó de la tienda con algunas galletas y una botella de jugo de uva. Cuando lo vi, rompí una galleta, la bendije y la repartí a mi madre, mi esposa, mi hermana, el hermano Fong y los otros colaboradores y familiar. Con todo mi corazón dije. “Este es el cuerpo del Señor que fue partido por nosotros. Coman esto en memoria de Él”.

Luego derramé un poco del jugo de uva: “Esta copa es la sangre del Señor que fue derramada por nosotros”. Todos inclinaron su cabeza con reverencia y recibieron la Cena del Señor.

Este fue mi primer alimento de cualquier clase por setenta y cuatro día. Desde el 25 de enero hasta el 7 de abril de 1984 no comí ni bebí nada.

Tomé las manos de mis amados, y dije: “Madre, quizá esta se la última vez que tome la Cena del Señor contigo”. Me volvía y besé a mi esposa. Les dije a todos: “Mi querida esposa, madre, hermanos y hermanas, yo estaré pronto en el cielo”.

Todos se echaron a llorar.

Mi hermana mayor me abrazó y me dijo: “¿Cómo puedes dejar a tu anciana madre y a tu joven esposa, para morir por tu propio beneficio? Además, tu esposa está embarazada. ¿Cómo puedes ser tan cruel con ella?”.

Mi madre me rogó: “Hijo, tu esposa te necesita. Tu madre te necesita. La familia de Dios te necesita”. Bajó su voz y dijo a mi oído: “Escucha a tu madre. Dios me ha dicho que no morirás. Debes ser fuerte y seguir viviendo”.

Bajo la protección divina terminamos este tiempo de compañerismo unos con otros. Las autoridades de la prisión estaban desconcertadas y confundidas. Oían nuestras palabras, pero no comprendía lo que sucedía.

Le dije a mi familia: “Por favor, ayunen y oren por mi. Nunca seré un Judas. Nunca negaré al Señor ni a su pueblo”.

Entonces los guardias volvieron a la normalidad, como si salieran de un sueño. Golpearon con sus puños sobre la mesa gritaron: “¿De qué hablas? ¡Basta ya! ¡Sáquenlo de aquí!”. Ordenaron que me llevaran de nuevo a mi celda. Mi madre, mi esposa y mi hermana se aferraron a mí y no dejaban que me llevaran, mientras los guardia me sacaban de allí.

Mi madre hubiera muerto antes que dejarme en las manos de hombres malo, pero me arrancaron de ella como una manada de lobos atacando a una oveja indefensa. Aun de-

lante de mi propia familia me golpearon y me arrastraron, empujando a mi anciana madre al suelo. Todos se fueron llorando sin saber si me volvería a ver vivo de nuevo.

Cerraron con un fuerte portazo la puerta de hierro de la prisión. Aun a través de la puerta puede oír a mi madre llorar y decir: “Hijo, recuerda las palabras de tu madre. ¡Debes permanecer vivo! ¡Hazlo por el amor de Dios!”. Le respondí gritando: “¡Madre, predica el evangelio! ¡Pide a las iglesias que ayunen y oren por mí!”.

Los guardias me abofetearon y me metieron en mi celda.

* * *

Deling: Todos decían que iban a ejecutar a mi esposo, pero en lo profundo de mi corazón sentía que no era el momento del Señor para que muriera. Esto quizá parezca raro, pero no me sentía con estrés ni estaba deprimida en lo absoluto porque nunca acepté que lo matarían.

En realidad, creo que hubiera sido mucho mejor para Yun que lo mataran que pasarse toda la vida en prisión. Si le disparaban un tiro en la cabeza, al menos todo hubiera terminado en un instante y hubiera ido a estar con el Señor para siempre.

Mi esposo estuvo en prisión y ayunó durante más de setenta días sin comer ni beber nada. Las autoridades temían que muriera, por eso nos invitaron a visitarle en la prisión, ubicada en el centro de la ciudad Nanyang.

Tenía más de seis meses de embarazo y ya se me notaba. Me entusiasmaba decirle a Yun que iba a ser padre. No habíamos tenido ninguna comunicación desde su arresto, de modo que ni siquiera sabía que había concebido.

Era el mes de abril, así que el calor del verano ya estaba en camino.

Llegamos a la prisión temprano por la mañana. Me monté en la parte trasera de la bicileta de la hermana mayor de Yun. Nos encontramos con los otros visitantes en la entrada de la prisión. También llegaron en bicicleta. Éramos ocho en total.

Nos dijeron que esperaríamos en un cuarto hasta que lo llevaran para que le vieramos.

Después de algún tiempo, vimos que llevaban a una pequeña figura humana. Estaba inconsciente porque lo habían estado torturando hasta poco antes de nuestra llegada. Parecía un niño pequeño. Sus orejas estaban arrugadas al tamaño de las pasas.

Cuando le vimos por primera vez ninguno le reconoció como Yun. Pensamos que era alguna clase de engaño de las autoridades. Exclamé: “¡Este no es mi esposo!”. Su hermana protestó: “¡Esto tiene que ser un error! ¡Este no es mi hermano!”.

Solo después que la madre de Yun viera su lunar supo que era en verdad su hijo. Estaba tan pequeño que ni siquiera parecía un ser humano. Todo su cuerpo estaba cubierto de contusiones, señales de tortura, de sangre seca y suciedad. Había perdido bastante pelo. Tenía la cara demacrada. Sus ojos parecían mayores de lo normal, y su boca colgaba abierta, mostrando unos dientes amarillentos. Vestía ropas sucias y desgarradas.

Era algo increíble. Me encontraba en estado de choque. A decir verdad, creo que todos lo estábamos. Mi cabeza me empezó a dar vueltas y casi me desmayo.

Yun empezó a hablar por primera vez en muchos meses. Apenas se le oía la voz, era solo un susurro que su madre pudo escuchar al acercarse bastante. Cuando nos convencimos que de verdad era Yun, nos echamos a llorar. Fue un momento muy conmovedor. Dijo

“¡Hermanos y hermanas, no lloren por mí! Lloren por las almas de los hombres. Ahora, comamos el cuerpo de nuestro Señor y bebamos su sangre”.

Una hermana corrió a una tienda fuera de la prisión para comprar algunas galletas y jugo de uva a fin de celebrar la Cena del Señor. Yun nos dijo que esperaba estar unido con el Señor y que por eso deberíamos celebrar la Cena del Señor por última vez antes de que muriera.

Todos gemimos y lloramos en voz alta. Eso era increíble.

Cuando salimos de la prisión todos estábamos tan dominados por las emociones que nos sentamos en círculo en una calle frente a la entrada de la prisión. Clamamos al Señor: “Padre, Dios de justicia y de misericordia, por favor, perdona nuestra nación. Ten piedad de nosotros y de los que persiguen a nuestros hijos. Te pedimos por su salvación”.

Muchas personas pasaban por esa calle y nos vieron. Cuando nos oyeron llorar y orar, nos rodeó un buen grupo y quisieron saber qué pasaba. Muchos se echaron a llorar al enterarse de lo que habíamos presenciado en ese día.

CAPÍTULO 12

DIOS ME DA UN HIJO Y MUCHOS HERMANOS

“Sin embargo. Gracias a Dios que en Cristo siempre nos lleva triunfantes y, por medio de nosotros, esparce por todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden” 2 Corintios 2:14-15.

Después que me llevaron de vuelta a la celda, los guardias me golpearon y me gritaron: “¿Cómo te atreves a hablar y a comer hoy después que te negaste a hacerlo por tanto tiempo? ¡Te voy a desollar vivo! ¡Espera y verás!”. Salí de la celda dando un gran portazo a la puerta de hierro.

El líder de la celda me insultó: “¡Eres un mentiroso! Fingías estar a punto de morir cada día. Yo me encuentro bien en la cárcel a pesar de haber matado y violado a mujeres. Viniste a la prisión por creer en Jesús y estás muriendo como un perro enfermo”.

Otro de los prisioneros era musulmán. Me dijo gruñendo: “¿Cómo te atreves a predicar a Jesús en contra de las leyes de nuestra nación? Mereces que te maten. ¡La ley celestial juzgará a cerdos como tú!”.

Todos los prisioneros sabían que yo estaba muy débil y necesitaba que me llevaran a todas partes. No me habían oído decir ni una sola palabra durante muchas semanas, pero cuando oí estos insultos, el Espíritu de Dios vino sobre mí. Me puse de pie, para el asombro de muchos, y proclamen voz alta: “Compañeros de prisión, tengo para ustedes un mensaje del Señor. ¡Por favor, escuchen con atención!”.

Todos quedaron asombrados de que me pudiera parar y hablar con aquel poder y autoridad. Yo era solo un saco de huesos. Habían estado apostando sobre cuándo moriría, pero ahora estaba allí ante ellos hablando con voz fuerte.

Les dije: “Amigos, Dios me envió aquí especialmente por el bien de ustedes. Desde el primer día que entré aquí les dije que era un pastor que cree en Jesús. La primera noche les canté un himno y les hablé de la salvación por medio de Jesucristo. Todos me han observado de cerca y saben que no he comido ni un grano de arroz, ni he bebido una gota de agua durante setenta y cuatro días. Les pregunto: ¿quién ha visto alguna vez, en más de varios miles de años de historia, a alguien hacer esto durante setenta y cuatro días y vivir? ¿No se dan cuenta que este milagro es una demostración del gran poder de Dios y su protección sobre mí?”

“Ahora mi Señor me ha permitido pararme delante de ustedes para decirles que Jesús es el Dios vivo y verdadero. ¡Cómo se atreven a seguir pecando y haciendo cosas malas! Amigos, ¿cómo van a escapar del infierno cuando llegue el día del juicio? ¡Solo Jesús puede perdonarlos!

“En este día el Señor tiene misericordia de ustedes y les brinda una oportunidad para que se arrepientan y reciban el perdón de sus pecados. Todos ustedes deben arrodillarse ante Jesucristo, confesar sus pecados y pedirle a Dios que los perdona, ¿De qué otra forma escaparán del castigo del infierno?”

¡Después que dije esto fue como si cayera una bomba sobre los hombres! No sabían qué decir. El líder de la celda fue el primero en caer de rodillas. Clamó diciendo: “Yun, ¿qué debo hacer para ser salvo?”.

Los otros prisioneros también se arrodillaron, incluyendo al musulmán. También preguntaron: “¿Qué debemos hacer para ser salvos? ¿Cómo podemos recibir el perdón de Dios?”. Cada uno de estos hombres tan endurecidos por el pecado recibió al Señor Jesucristo, arrepintiéndose de sus pecados con muchas lágrimas.

También se sintieron culpables por la forma en que me trataron. Les perdoné de la misma manera que José perdonó a sus hermanos. Les animé diciéndoles: “*Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente*”. Génesis 50:20.

Debido a que no teníamos a nuestra disposición mucho agua para bautizarlos, use una pocas gotas para bautizar a cada uno de ellos.

Uno de los guardias de la prisión que estaba afuera en el pasillo oyó la conmoción y corrió a la puerta. Se quedó clavado al suelo por varios minutos sin decir ni una sola palabra, asombrado por completo de lo que veía.

Toda la atmósfera de la celda se transformó de forma drástica. Esos hombres endurecidos por el pecado tenían ahora corazones tiernos. Su lenguaje y comportamiento cambiaron por completo. Antes, reinaban el odio y el egoísmo en la celda número dos. Ahora reinaban el gozo y la paz.

Durante días estos hombres iban de un lado a otro con lágrimas en sus ojos, maravillados de cómo el Señor había derramado su misericordia sobre ellos. Cuando les permitían salir al patio, aprovechaban cada oportunidad que se les presentaba para hablar del evangelio con los prisioneros de otras celdas. ¡De esta manera el evangelio se extendió por toda la prisión y muchos se arrepintieron y creyeron en el Señor!

Por la gracia de Dios, ahora me dio una nueva tarea: ¡Discipular a los nuevos creyentes en la prisión!

* * *

Por este tiempo le llegó al hermano Fu el día de salir libre de la prisión. Escribí un mensaje en un trozo de papel de baño y le pedí que se lo entregara a Deling. La desafíé: “Lo que te está pasando es el camino de la cruz. ¿Dedicaste de verdad tu vida a Jesucristo? ¿Permanecerás fiel al Señor?”. También le escribí un poema:

*Nuestros cuerpos se vuelven cada vez más viejos y débiles,
Nuestros amigos y familiares son cada vez menos,
El camino por el que vamos nos resulta cada vez más difícil,
Pero tú debieras obedecer de todo corazón a la voluntad del Señor,
Porque eres su hija amada.*

Después de nuestra boda, Deling y yo pensamos tener un hijo, pero en ese tiempo la policía pegaba carteles con mi foto y mi nombre por todas partes, así que no tuvimos la oportunidad de pasar mucho tiempo juntos. En una ocasión antes de mi arresto pude ir a casa sin que nadie se diera cuenta y mi esposa concibió durante esa visita.

Poco después me arrestaron.

Una noche en mi celda recibí un mensaje claro del Señor. Vi a mi esposa feliz y sosteniendo en sus brazos a un niño. Se me acercó y me preguntó con amabilidad: “¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo?”.

En mi sueño tomé al bebé en mis brazos y enseguida me vino a la mente un pasaje de las escrituras, cuando Abraham le puso a su hijo el nombre de Isaac. En el sueño le dije a mi esposa: “Se llamará Isaac”. Ella sonrió y gozosa se llevó al niño.

Cuando desperté, no pude dormir de nuevo. Seguí pensando en lo que acababa de ver.

A la mañana siguiente, el 19 de abril de 1984, mi familia vino a la prisión para darme la buena noticia. Un guardia me habló con franqueza: “Yun, su esposa a dado a luz a un niño. En unos días su familia va a tener una celebración. Aquí tiene un papel y un bolígrafo. Su esposa quiere que le ponga el nombre al niño”.

Me acordé enseguida del sueño en la noche anterior. Le di las gracias al guardia y escribí: “Se llamará Isaac”. Luego escribí las siguientes palabras para mi hijo:

A mi querido hijo Isaac:

Cuando naciste, tu padre estaba en prisión por causa del nombre de Jesucristo. Hijo, no sé si viviré para conocerte. Los padres desean el éxito de sus hijos, pero tu padre solo desea que tú sigas y ames al Señor Jesús. Isaac, siempre confía y obedece al Señor y crecerás para ser un hombre de Dios.

Tu papá

El guardia de la prisión examinó la nota y dijo: “Aquí no hay nada relacionado con su caso”, así que tomó el papel y el bolígrafo y entregó el mensaje a mi familia.

* * *

Deling: Al poco tiempo de nuestra impresionante visita a Yun en la prisión, di a luz a nuestro hijo.

Esto fue en sí mismo un auténtico milagro. La partera que me ayudó a dar a luz a Isaac dijo que esa era la primera vez que había visto a una mujer dar a luz sin dolor. No miento al decir que no sentí ningún dolor. Fue un don de la gracia de Dios.

Unos días antes del alumbramiento me dijeron que fuera al hospital y tuviera un aborto. Los de la Comisión Estatal de planificación Familiar del gobierno me dijeron: “Su esposo nunca va a salir de la prisión. Piense en usted y no permita que este niño venga a este mundo”. Me ordenaron que regresara al cabo de unos días para que me facilitaran un aborto.

Me quedé horrorizada. No estaba dispuesta a consentir en un aborto, por supuesto, pero si no volvía a la clínica, me buscarían y me obligarían a abortar a mi bebé.

Hablé de lo ocurrido con mi madre y con los hermanos y hermanas cristiano. Ellos oraron con fervor y le pidieron a Dios que me ayudara en mi situación. ¡El Señor respondió sus oraciones! De repente, di a luz dos meses antes de que el gobierno tuviera oportunidad de hacerme abortar. Cuando los de la Comisión Estatal de Planificación Familiar vinieron a verme para saber por qué no había acudido a la cita en la clínica, allí estaba yo, sentada en una silla y sosteniendo en mis brazos a mi hijo. Ya no había nada que pudieran hacer.

Envíe una nota a la prisión notificando a Yun el nacimiento de nuestro hijo. Él me escribió de vuelta: “Se llamará Isaac”. El Señor le había mostrado en un sueño cuál sería el nombre de nuestro bebé.

Este tiempo fue muy difícil. Enfrentábamos una pobreza extrema. La policía vino a nuestra casa y confiscó todo lo que pudiera ser de valor: cazuelas, ollas, sartenes, muebles e

incluso nuestras ropas. A la madre de Yun y a mí no nos quedó otra opción que la de trabajar en los campos, de no hacerlo así nos habríamos muerto de hambre. Ella ya tenía sesenta años,. Pero se conservaba fuerte y con buena salud.

Solo una semana antes de que diera a luz a Isaac, unos bondadoso hermanos y hermanas viajaron más de cien kilómetros para ayudarnos a mi suegra y a mí a trabajar en los campos. En nuestra zona solo unas pocas mujeres mayores trabajaban fuera de la casa. Era tarea propia de los jóvenes y fuertes. Sin embargo, cuando estos ayudantes visitaron mi hogar, vieron a la madre de Yun trabajando en los campos todos los días, soportando la carga.

Esos amigos nos recogieron el trigo y lo ataron en gavillas, luego lo dejaron a los lados del camino en vez de llevarlo a nuestro almacén. Después que se fueron se formó una tormenta, así que la madre de Yun echó a correr para entrar el trigo antes de que llegara la lluvia.

Mientras tronaba, la gran carreta de madera donde ponía el trigo la madre de Yun, se volcó y cayó sobre ella. Uno de sus brazos y una de sus piernas quedaron atrapados bajo el peso de la carga. Quedo allí atrapada en un surco de bajo por bastante tiempo, empapada con la lluvia que caía.

Yo estaba dentro con mi hijo recién nacido sin enterarme de lo sucedido.

A la madre de Yun se le fracturó un brazo y se le magulló bastante un muslo.

Eso fue un completo desastre. Ya no podía con más. Mi esposo estaba en la prisión, la mayoría de nuestros amigos y familiares nos habían olvidado, estaba ocupada con toda la tarea de un hijo recién nacido y ahora la madre de Yun había quedado malherida.

Un día me mareé y me desmayé en el campo por agotamiento excesivo. Después de un largo rato recuperé el sentido y empecé a llorar al darme cuenta de que mi propia familia me había repudiado, y mi cuñada y mis vecinos me habían insultado. Elevé mis ojos al cielo y empecé a cantar el Salmo 123: “Hacia ti dirijo la mirada, hacia ti, cuyo trono está en el cielo (...) así dirigimos la mirada al SEÑOR nuestro Dios, hasta que nos muestre compasión. Compadécenos, SEÑOR, compadécenos, ¡ya estamos hartos de que nos desprecien! Ya son muchas las burlas que hemos sufrido; muchos son los insultos de los altivos, y mucho el menosprecio de los orgullosos”.

* * *

Yun: Durante este tiempo de persecución nos metieron en prisión a nueve colaboradores de nuestra iglesia y a mí. Entraron en las casas de muchas familias cristianas para registrarlas y las multaron por tener Biblias y otros materiales cristianos.

Muchos creyentes estaban atemorizados, pero el Espíritu Santo calmó sus temores y dio nueva dirección a la iglesia. Una fresca brisa de avivamiento sopló bien fuerte. Las reuniones de oración duraban toda la noche y muchas almas somnolientas despertaron. Las señales y los prodigios eran comunes. Muchos llevaban los enfermos a las iglesias en casa y se sanaban. Los que padecían de enfermedades mentales o estaban poseídos de demonios encontraron completa sanidad y liberación en el nombre de Jesús.

Los cristianos que estábamos todavía en prisión descubrimos que el testimonio era más poderoso debido a las fervientes oraciones que muchos hacían por nosotros. Por consiguiente, un sinnúmero de prisioneros conoció al Señor.

Muchos funcionarios del gobierno y miembros del Partido Comunista recibieron a Jesús en ese tiempo. Algunos incluso empezaron a testificar con valor por el Señor.

Muchos funcionarios del gobierno y miembros del Partido Comunista recibieron a Jesús en ese tiempo. Algunos incluso empezaron a testificar con valor por el Señor.

Hay un pueblo llamada el “Templo budista de hierro”, a unos diez kilómetros de nuestra casa. La hermana Zhi vivía en ese lugar. Su esposo, un hombre acaudalado, no era creyente. Es más, adoraba a los ídolos y no estaba dispuesto a oír el consejo de su esposa de olvidarse de los dioses falsos y adorar a Jesús. Su hijo sufría de una enfermedad grave que ningún médico podía tratar. Ese hombre rico, que tenía parientes trabajando en altas posiciones del gobierno, les pidió a los creyentes que fueran a su casa para tener una reunión de oración por su hijo. Docenas de cristianos acudieron. En esa misma noche, el hermano Fong fue en bicicleta a ese pueblo para dar a conocer a los creyentes los resultados de la visita que me hicieron en la prisión.

Los cristianos quedaron muy conmovidos al saber de mi ayuno y sufrimiento. Todos clamaron en oración por mí y se olvidaron de orar por el niño enfermo.

El esposo de la hermana Zhi se quejó: “Hoy les he invitado para que vinieran y oran por mi hijo. ¿Quién es Yun? ¿No comió nada durante setenta y cuatro días y todavía está vivo? ¿Cómo es eso posible? ¿Es un dios?”. Luego les mandó a todos: “¡Dejen de llorar por este Yun! Por favor, oren ahora por mi hijo en el nombre de ese Jesús en el que confía Yun. Si ese Jesús ayuda a mi hijo, usaré los contactos en el gobierno para ayudarle a salir de la prisión.”.

Para su gloria, Dios escuchó las oraciones de esos hermanos. El niño se sanó enseguida esa misma noche. Toda la familia recibió a Jesús. El esposo de la hermana Zhi movilizó a todo el pueblo para que escucharan el evangelio y la mayoría de sus habitantes entregaron sus vidas a Dios. Más tarde, cuando me soltaron de la prisión visité ese pueblo y escuché esta historia de la boca de las personas que lo vivieron.

Un día la hermana Zhi le dijo a su esposo: “Me enteré que la esposa de Yun dio a luz hoy. ¿Por qué no visitas a esa familia? Pero procura llevarles un regalo. Este es el hijo de Yun, cuyo Dios sanó a nuestro hijo y salvó tu alma”.

Ese mismo día llevó muchos regalos para mi familia. Cuando vio por primera vez a mi madre, dijo: “Señora, usted no me conoce, pero le traigo estos regalos como expresión de agradecimiento. Ninguno de ustedes me conoce, pero déjenme que les cuente una experiencia...”. Deling estaba descansando en su cuarto. Cuando oyó a este hombre hablar, se levantó y salió a escucharle.

El contó en detalles todo lo sucedido, cómo el Señor en su misericordia sanó a su hijo y salvó a la mayoría de las familias en el pueblo.

Todos juntos dieron gracias a Dios. Mi familia le suplicó que visitara a sus parientes en el gobierno y consiguiera que yo pudiera recibir noticias del nacimiento de mi hijo.

El esposo de Zhi tenía un primo que trabajaba como guardia armado en la prisión. Era uno de los guardias que había usado la porra eléctrica para torturarme y que me había arrojado al excremento humano.

Este hermano recién convertido fue a ver a su primo u le dijo: “Yun es un familiar mío (se refería a hermano en Cristo). El Jesús en el que cree Yun es el Dios vivo y verdadero. Cúdale y trátalo bien”.

El guardia se sintió avergonzado de lo que me había hecho. Era un hecho bien conocido en toda la prisión y también entre los agentes del BSP que yo había ayunado durante setenta y cuatro días sin comer ni beber nada.

A partir de ese momento, las cosas mejoraron bastante para mí en la prisión. Dejaron de perseguirme e incluso me promovieron a ser el líder de mi celda.

El nacimiento de Isaac trajo esperanza y gozo para mi familia, y trajo la luz del sol a nuestras vida en medio de un año muy oscuro.

CAPÍTULO 13

UN ALMA PRECIOSA DEL SEÑOR

“¡La compasión triunfa en el juicio!”. Santiago 2:13

Todos los días les enseñaba a los nuevos creyentes en nuestra celda. Florecieron la justicia y la verdad. Los hombres crecían cada día en la gracia y el conocimiento. Algunos testificaron que cuando el Espíritu Santo les convenció de sus pecados y se arrepintieron, sus vidas y malos hechos pasaron por delante de ellos como en una pantalla de película.

Una mañana el director de la prisión me llamó a su oficina. Con amabilidad me ofreció una taza de té y me pidió que me sentara en una silla mullida. Me dijo: “Yun, sé que crees en Jesús. Hoy he decidido darte una tarea especial.”

Pensé que me iba a pedir que informara sobre los otros prisioneros, pero el director continuó: “En la celda número nueve hay un asesino llamado Huang. Cada día intenta matarse. Está loco y trata de morder a los otros prisioneros. Hemos decidido enviártelo a tu celda. Desde hoy hasta el día de su ejecución queremos que lo vigiles y te asegure que no se dañe a sí mismo ni a los otros prisioneros. Si no permaneces alerta, y se mata, te responsabilizaremos de lo que suceda”. De inmediato, al escuchar lo que me decía, sentí que Huang era un alma preciosa que el Señor me daba para que la rescatara. Les comuniqué a mis compañeros de celda lo que me pidieron y todos se horrorizaron. No querían que estuviera allí con ellos. Uno dijo: “Ese no es un hombre, es un diablo”. Después que todos expresaran sus sentimientos y temores esperé un momento y luego dije con calma: “Hermanos, antes de que creyéramos en Jesús éramos como él. Nosotros también fuimos como demonios, pero Jesús nos rescató cuando nuestras almas iban hacia la muerte. Tenemos que tener misericordia de este hombre y tratarle como si fuera el mismo Jesús”.

Mis compañeros de celda se dieron cuenta de que mis palabras eran ciertas, y todos cambiaron de actitud. Esperaron la llegada de Huang como las personas esperan la llegada de un amigo extraviado.

Cuando a la mañana siguiente trajeron a Huang a nuestra celda, pensé al verle que era como el hombre poseído por una legión de demonios, en el quinto capítulo del Evangelio de Marcos. Llevaba las manos esposadas a la espalda y una cadena con grillos le sujetaba los tobillos. Era feroz y lleno de odio, y solo tenía veintidós años.

Huang no podía usar sus manos ni piernas, pero si algún prisionero se le acercaba mucho, intentaba morderle en su nariz u orejas. Aunque se encontraba bien maniatado, Huang saltaba de un sitio a otro hasta que se le vio el hueso de sus tobillos a través de la piel.

En la celda número nueve los demás prisioneros le trataron como un animal, dándole patadas y puñetazos. Se negaron a darle de comer por varios días. En su lugar, se burlaban de él y a propósito le tiraban encima el alimento. Sus ropas estaban cubiertas de manchas de comida.

Un día, en su gran desesperación y dolor, Huang esperó a que nadie le mirara y golpeó su cabeza contra la pared con todas sus fuerzas, en un intento de suicidarse. Sobrevivió al intento, pero dejó una señal en la pared. Desde el momento en que Huang entró en nuestra celda, se dio cuenta de que había algo diferente. Todos le mostramos amor y simpatía. Le dimos la bienvenida con los brazos abiertos, poniendo sus posesiones en orden cerca de su cama.

Llevaba muchos días sin afeitarse a causa de las cadenas de forma que olía muy mal. Debido al amor de Dios en nuestros corazones, amamos a Huang. Los compañeros de celda me señalaron y dijeron: “Este es Yun. Es nuestro líder y pastor cristiano”. Le dije: ‘Hermano Huang, todos hemos sido criminales. No tengas temor. Nosotros cuidaremos de ti’.

Le animé a que se sentara y estuviera tranquilo. Les pedía a los demás que dieran a Huang algo de su valiosa agua para beber. Llenamos un recipiente y lo pusimos al lado de Huang. Rompí una parte de su camisa y la empapé de agua. Luego de forma cuidadosa la limpie la suciedad y la sangre seca que tenía en la cara y boca. Después de secarle la cara corté una parte de mi manta y le limpié las heridas que le habían hecho las esposas y los grillos. Usé un poco de pasta de dientes para desinfectar las cortadas que llevaba y luego las vendé con cuidado. Huang no dijo ni una sola palabra. Estaba allí sentado mirando cada cosa con los ojos muy abiertos y examinándonos a todos. Sabía que el Señor estaba ya tocando su corazón.

A la hora de la comida del mediodía cada uno de nosotros le dimos algo de nuestra ración de arroz a nuestro nuevo compañero de celda. Entonces todos repetimos la oración modelo de Jesús y empezamos a comer. Usé una cuchara para darle de comer a Huang. Después de la comida todos cantamos con suavidad un canto que les había enseñado basado en Mateo 6:25-34:

*Nuestro Padre celestial es grande en misericordia
Él nos alimenta y nos viste cada día
Nosotros le adoramos y humildemente aprendemos de Él
Porque nuestro Señor viste la hierba del campo.
No nos afanemos por lo que vayamos a comer hoy
Ni por lo que vayamos a beber mañana,
Con toda seguridad nuestro Padre celestial nos sostendrá.*

*Miren a los pequeños gorriones, volando de acá para allá
Miran a los lirios de los campos, ellos no trabajan ni hila
No obstante, el Señor los viste con todo su esplendor
¿No valemos nosotros mucho más que ellos?*

*Hermano, cambia tu corazón y sigue a Cristo
Porque este mundo no es tu hogar.*

Luego les hablé sobre las palabras de Jesús en Mateo 6, comparando las diferencias entre los padres terrenales y el Padre celestial, y haciendo hincapié en el valor de la vida humana. En la cena de esa noche recibimos nuestro *mantou* semanal. Todos los hermanos me miraban. Sabía que estaban hambrientos. Les dije: “Hoy ya compartimos nuestro arroz y nuestra agua con nuestro nuevo amigo. Huang, así que podemos comer nuestro *mantou* en esa noche, pero confío que mañana compartamos algo de nuestra sopa con él”.

Le di primero de comer a Huang y luego empecé a tomar mi propia cena.

Cuando tomé el primer bocado de mi *mantou*, sentí que me iba a echar a llorar. Escuché una voz tierna dentro de mí que me decía: “Yo morí por ti en la cruz. ¿Cómo me puedes mostrar que tú me amas a mí? Cuando estoy hambriento, sediento y en la cárcel, y haces estas cosas para el menor de mis hermanos, me las estás haciendo a mí”. De inmediato supe que Dios quería que sacrificara lo que me quedaba de mi *mantou* y se lo diera a

Huang. Incliné la cabeza y lloré. Dije: “Yo también tengo hambre. Yo también tengo necesidad”.

Un pasaje de las Escrituras me vino a la mente: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia?*”. Romanos 8:34.

Envolví el resto de mi *mantou* en un pañuelo y lo puse dentro de mis ropas, guardándolo para Huang. Enseguida la paz y el gozo me volvieron a llenar.

A la mañana siguiente, el desayuno consistió de una sopa aguada de fideos, que tenía muy pocos fideos. Todos le dimos algo a Huang, pero él estaba feliz ni siquiera con esa porción mayor, de modo que les gritó a los guardias: “¡Voy a morir! ¿Por qué no me dan un buen plato de comida? ¿Están tratando de matarme de hambre antes de ejecutar-me?”.

En ese mismo instante el Señor me dijo: “¡Corre, saca el *mantou* de dentro de tu camisa y dáselo a Huang”. Dándole la espalda, partí en pedazos el *mantou* y puse los trozos en su tazón de sopa. El corazón de piedra de ese hombre quedó quebrantado. Se levantó de la silla, se arrodilló y se echó a llorar. Dijo: “Hermano mayor, ¿por qué me amas de esta manera? ¿Por qué no te comiste tu pan anoche? Soy un asesino, odiado por todos los hombres. Incluso mis padres y hermanos y mi novia, me rechazan y me olvidan. ¿Por qué me amas tanto? No puedo pagar ahora con nada tu bondad, pero después que muera me convertiré en un espíritu y volveré a tu celda y te serviré por las buenas obras que has hecho conmigo”.

Sabía que este era el momento en que el Señor quería que le hablara del evangelio. Le dije a Huang: “Es porque, Jesús te ama que te tratamos con bondad. Si no creyéramos en Él, te hubiéramos tratado como los demás hombres que conociste en la celda número nueve. Tú deberías dar gracias a Dios por su Hijo, Jesucristo”.

Huang respondió: “Señor, te doy las gracias por amar a un pecador como yo”. Este criminal endurecido aceptó con lágrimas el amor de Cristo en su corazón y quedó liberado de la carga del pecado.

Todos los demás prisioneros mostraron su alegría. Se dieron cuenta de que solo el amor de Dios podía ofrecer esperanza a los esclavizados por el pecado.

Después que Huang recibió la salvación de Dios, la atmósfera en la celda mejoró mucho. Todos empezamos a cantar juntos. Huang se mostró muy deseoso de aprender todo lo que pudiera. Le enseñé acerca de Jesús: Su vida, sus enseñanzas, su sufrimiento, su resurrección y la segunda venida.

Le advertí a Huang: “El suicidio es un pecado”. Cuando escuchó esto, cayó de rodillas y empezó a llorar, confesando su pecado. Me pidió que le levantara el cuello de su camisa donde tenía escondida una pequeña hoja de afeitar que tenía la intención de usar para quitarse la vida en la primera oportunidad.

Quebrantado por completo, Huang me contó la historia de su vida. Su padre era un gerente rico de una gran empresa y un miembro del Partido Comunista. Después del instituto, a Huang le asignaron un puesto de trabajo como técnico en una planta eléctrica.

A sus veinte años ya estaba comprometido para contraer matrimonio. Su prometida le quería mucho, pero él se asoció con una banda local. Muy pronto andaba extraviado. Cada día terminaba embriagado. Robó en las tiendas, mató a gente inocente y violó a mujeres.

A uno de los miembros de la banda lo arrestaron y le interrogaron. Les dijo a los agentes del BSP que Huang estaba involucrado. Le arrestaron también a él. Debido a la intervención de su padre, el juez no fue severo con él. Debido a la intervención de su pa-

dre, el juez no fue severo con él y recibió una sentencia de sólo tres años, aunque lo encontraron culpable de asesinato. El 1 de mayo de 1983, el padre de Huang sobornó a los funcionarios y logró que lo soltaran antes de cumplir la sentencia en un campo de tabajo.

Aunque era “libre” ahora, la vida de Huang no tenía meta. Sentía que no tenía una razón para vivir y entró en una depresión profunda. Se juntó de nuevo con malas compañías. Una noche él y un amigo se fueron a beber. Decían:”La vida no tiene sentido ni significado. Si no podemos vivir juntos, muramos juntos”.

Los dos amigos embriagados hicieron un pacto de suicidarse. Decidieron robar dos bolsas de dinamita, con ocho kilos de explosivos en cada bolsa, del almacén de la planta de electricidad donde Huang había estado trabajando.

Decidieron que pelearían el uno contra el otro hasta que uno de los dos muriera, y entonces el sobreviviente llevaría el cadáver del fallecido a un gran transformador, donde harían que explotara la dinamita. Ambos camaradas morirían juntos.

Los dos empezaron a pelear, usando porras metálicas. Huang quedó herido en un hombro, pero golpeó al otro en la cabeza y lo mató de forma instantánea. La cabeza del amigo se abrió por el golpe y los sesos se desparramaron. Cuando Huang lo vio, se horrorizó y huyó. No regresó a retirar la dinamita.

Huang sabía que las autoridades le buscarían, por lo que decidió viajar por toda China y disfrutar de los placeres de una vida de pecado. Cuando terminara, planeaba regresar a casa para ver a su familia una última vez, antes de matarse.

Huang compró un cuchillo afilado y robó en varios establecimientos para costear sus viajes. Viajó por varias partes y violó a muchas mujeres jóvenes inocentes. Visitó varios templos budistas famosos para adorar a los ídolos, con la esperanza de encontrara paz en su corazón. Sus experiencias en el pecado y la lujuria no le dieron satisfacción y solo le llevaron a sentirse aun pero.

Después de sus viajes, montó en un tren que le llevaría a su hogar para ver a su familia por última vez. Compró una cajas de pastillas para dormir con el fin de tomar una sobredosis. El tren pero antes de su estación de destino, y se bajó. No quería regresar a la casa antes de que oscureciera por lo que se escondió entre unos arbustos.

La policía lo vio y lo arrestó. En su bolsa de viaje encontraron el cuchillo que había usado para matar a otros y también su carta de despedida como suicida, que contenía una confesión de los muchos delitos cometidos.

Esta vez no había manera de que su padre pudiera ayudar. El golpe final que quebrantó el corazón de Huang fue cuando su padre le envió una camisa a la prisión. En la parte posterior la camisa llevaba escrito: “No puedo verte ahora, pero te veré en la ejecución”.

Ahora Huang se había arrepentido de todos sus pecados y Dios le había hecho una nueva criatura en Cristo. Le gustaba mucho cantar un himno que le había enseñando:

Amo a Jesús, amo Jesús

Cada día de mi vida amo a Jesús

Cuando los días son soleados, amo a Jesús

Cuando las nubes de tormenta me rodean, amo a Jesús

Cada día a lo largo de mi camino

Sí, yo amo Jesús

Debido a su cambio de corazón, le pusimos un nuevo nombre. Huang Enguang (Huang “Gracias y luz”).

Aunque sabía que moriría pronto, Huang me hizo muchas preguntas sobre cómo podía vivir el resto de sus días dando gloria a Jesús.

Por lo general, si hacíamos mucho ruido, los guardias nos castigaban con severidad. Nos obligaban a meter la cabeza por un pequeño agujero lo suficientemente grande para que cupiera de sus rifles para pegarnos en la cabeza. Por lo tanto, siempre que no había guardias cerca de nuestra puerta. Huang adoraba a Jesús de una manera tan audible que los guardias a menudo le dijeron que se calmara, pero no le castigaban a causa de su inminente ejecución.

Debido a que el hermano Huang no tenía nada que perder, siempre cantaba a pleno pulmón. ¡La celda número dos se convirtió en un centro de alabanza y adoración! Muchos prisioneros de otras celdas fueron tocados en sus corazones por las palabras que escucharon.

Huang me pidió que tallara una cruz en la pared de nuestra celda. El cemento era muy duro, pero todos trabajamos juntos para bendecir a nuestro hermano. Huang nos dijo que si los guardias se daban cuenta de la cruz, él asumiría toda la responsabilidad. Cada vez que nos dejaban salir el patio buscábamos trozos de vidrio roto o clavos viejos que pudiéramos usar para seguir tallando la cruz en la pared.

Logramos grabar una gran cruz en la pared. También pintamos una imagen del mundo y escribimos las palabras: “De tal manera amó Dios al mundo” de manera horizontal debajo de la cruz. Huang también nos pidió que grabáramos una tumba debajo de la cruz, con una lápida que mostrara su nombre, para mostrar que ahora pertenecía a Jesús.

Cuando terminamos, Huang lloró y gritó con gozo. Nosotros continuamos haciendo dibujos hasta que las cuatro paredes de la celda quedaron cubiertas con numerosos versículos de la Biblia, tales como: “*Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó*” Romanos 3:23-24.

Es curioso, aun cuando los guardias vieron nuestra “obra de arte”, nunca dijeron ni una palabra acerca del asunto. La cruz y los versículos de la Biblia permanecen en esa celda hasta el día de hoy. Cientos de prisioneros han leído esas palabras y muchos se han arrepentido y han puesto su confianza en Cristo.

Usando como agujas los pequeños alfileres de nuestras placas de la prisión, sacamos con cuidado hilos de nuestras toallas uno a uno. Cada hombre bordó una pequeña cruz en la parte superior izquierda de su uniforme de prisión. Hicimos una cruz roja para la camisa de Huang. ¡Los nuevos creyentes estaban bien inspirados! Se sentían ahora tan animados y fortalecidos que llevaban la cruz sobre sus pechos.

En la tarde del 16 de agosto bautizamos al hermano Huang. Cada uno de los prisioneros recibía una ración diaria de una taza de agua de la cocina para su uso personal, pero todos de forma sacrificial dieron la mitad de su taza a fin de tener suficiente agua para derramarla sobre la cabeza de Huang en su bautismo. ¡Este fue el mejor bautismo que podríamos hacer en nuestras circunstancias!

Después de su bautismo, preguntó: “¿Puede Jesús salvar también a mi familia? ¿Pueden mi madre, padre, hermanos, hermanas y ex novia creer y estar conmigo en el cielo?”.

Le dije lo que promete la Biblia: “*Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos*” Hechos 16:31. Huang oró durante toda la noche por su familia para que llegaran a conocer la salvación que es mediante la fe en Jesucristo.

La fecha de la ejecución de Huan se acercaba con rapidez. Él deseaba mucho escribirle una carta a su familia. Sin embargo, esto era imposible para él porque tenía las manos esposadas fuertemente a su espalda.

Después de su conversión, Huang llegó a ser una persona amable y todos en la prisión notaron la diferencia. Hablé con las autoridades, asegurándoles que Huang ya no era una amenaza para nadie y que no intentaría suicidarse. Los guardias le pusieron unas esposas que le permitían mayor movimiento, pero se negaron a quitárselas por completo porque la norma de la prisión era mantener esposados en todo momento a los condenados a muerte.

Con estas nuevas esposas Huang pidió a los guardias que le trajeran un bolígrafo y dos hojas de papel. Se sentó en el suelo y pusimos las hojas de papel. Se sentó en el suelo y pusimos las hojas de papel a su lado. Al mover las manos a ese lado tenía la posibilidad de escribir, pero después de unas pocas palabras se le acabó la tinta a su bolígrafo. En su desesperación, se inclinó y se mordió uno de los dedos de su mano. Al empezar a salir la sangre, Huang continuó escribiendo la carta con su propia sangre como tinta. Escribió:

Queridos papá y mamá:

No podré verlos ya nunca más pero sé que me aman. Su hijo los ha deshonrado. Por favor, no se sientan tristes después de mi muerte. Quiero decirles unas noticias tremendas. ¡No moriré, pues he recibido la vida eterna! Conocí en la prisión a un hombre misericordioso, el respetado hermano Yun. Rescató mi vida y me ayudó a creer en Jesucristo. Él me ama, se interesa por mí y me alimenta cada día.

Papá y mamá, voy rumbo al reino de Dios. Oraré por todos ustedes. ¡Tienen que creer en Jesucristo! Por favor, permítanle a mi hermano Yun que les hable del evangelio. Cuando él los visite, les contará el resto de mi historia. Deseo de todo corazón que reciban la vida eterna. Los veré en el reino de Dios.

Su hijo Huang Enguang.

Hice los arreglos necesarios para que la carta saliera de la prisión y se la entregaran a sus padres.

Huang se bautizó el 16 de agosto, escribió la carta a sus padres el 17 y lo ejecutaron el 18 de agosto. En el último día de la vida de Huang la atmósfera en la prisión era muy tensa. Las autoridades montaron una guardia doble. Cada cinco minutos los guardias pasaban una ronda examinando a los prisioneros, iluminando sus rostros con una luz para asegurarse de que todo estaba bajo control. Todos sabíamos que esto solo sucedía cuando iban a ejecutar a alguien al día siguiente.

En la noche del 17 de agosto, el Señor me dirigió a lavar los pies a Huang, conforme al mandamiento de Jesús. Huang estaba muy tranquilo y sonreía a todos los prisioneros. Les dijo: “Nos volveremos a ver en el reino de los cielos”.

A la mañana siguiente tuvimos un desayuno temprano. A las ocho de la mañana los guardias llegaron con una lista de nombres. Llamaron tres nombres: “¡Yun, Huan y Hong, salgan fuera!”. Sin esperarlo, al hermano Hong y a mí nos iban a enviar a nuestro juicio público en esa misma mañana. Los guardias nos ataron con fuerza desde la cabeza a los pies.

Antes que se llevaran a Huang al patio de las ejecuciones, él se arrojó a mis brazos. Me dijo: “¡Te veré en el cielo!”.

En el patio, un guardia lo pateó las piernas a Huang a fin de que se arrodillara en el suelo. Le quitó las cadenas con los grillos de los tobillos y las esposas de las manos. Le pusieron un sombrero en la cabeza que decía: “Criminal condenado”.

Esta fue la última vez que vi a mi amado y precioso hermano Huang en esta vida. Luego lo llevaron a un lugar en el que le dispararon un tiro en la nuca.

Escuché el disparo que llevó a Huang a los brazos de Jesús. Estaba triste y lleno de gozo a la vez. Di gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de ver a mi hermano encaminarse al reino de Dios. “*Mucho valor tiene a los ojos del SEÑOR la muerte de sus fieles*”. Salmo 116:15.

* * *

Nueve prisioneros de las cárceles de hombres y mujeres de Nanyang se iban a enfrentar a un humillante juicio público en ese día. Yo era uno de ellos. Nos llevaron por todo el pueblo y al mismo tiempo leían con la ayuda de un altavoz los delitos de los que nos acusaban. ¡Sentía gozo por la oportunidad de que me pasearan por las calles delante de las personas por amor del nombre de Jesucristo! Mi corazón estallaba de alegría.

En el camino hacia el juicio no pude contenerme. Ver como el hermano Huang era promovido a la gloria y a la eternidad fue algo muy real para mí. Me puse a cantar a Dios en voz alta. El capitán me amenazó con la porra eléctrica. “¡Cállate! ¡Cómo te atreves a cantar! ¡Si sigues cantando, te voy a desollar vivo!”.

Los nueve prisioneros íbamos encadenados juntos como animales y arrinconados en la parte trasera de una camioneta abierta. Mientras la camioneta circulaba por las calles empezó a caer una fuerte lluvia que nos empapó hasta los huesos. Eso fue para mí como un refrigerio del cielo. Exclamé en voz alta: “¡Señor, tengo sed de tus lluvias de gracias! ¡Derrama en abundancia tus lluvias de gracias sobre tu siervo!”.

Seguí cantando en voz alta. Muchas personas, acurrucadas bajo sus paraguas, se quedaban mirándonos con asombro. Debido a que todos éramos de la localidad, muchos de los otros prisioneros agacharon sus cabezas avergonzados, no querían que sus amigos o familiares los reconocieran.

Había una joven, de unos veinte años de edad, en la parte de atrás de la camioneta conmigo. Se llamaba Siaowei. Se encontraba detenida porque se había peleado con sus vecinos y le había desgarrado sus ropas. Los vecinos conocían a algunos funcionarios del gobierno, de manera que llamaron a la policía para que arrestaran a Xiaowei y a su madre inventando cargos. Xiaowei era cristiana, pero su relación con el Señor no había sido muy fuerte. Xiaowei lloraba mientras yo cantaba. Me preguntó: --¿Cómo es que está tan gozoso en un tiempo como este?

--¿Cómo no voy a estar contento?—le dije-- ¡En este día he sido tenido por digno de sufrir por el nombre de Jesús!

Las mejillas de Xiaowei se sonrojaron. Yo seguí cantando en voz alta.

*Aunque todo el mundo me odie y los amigos me olviden
Aunque este templo de carne lo destruyan por difamación, persecución y palizas
Daré mi vida y derramaré mi sangre para agradar a mi Padre celestial
Entrare en el reino de Dios llevando la corona de la vida.*

Xiaowei no podía contener las lágrimas y sacó un pañuelo de su bolsillo.

--Xiaowei, el Espíritu Santo está tocando a tu corazón – le dije --- El regreso del hijo pródigo es más preciosos que el oro. ¡Regresa, tu Padre celestial te está esperando!

Ella se arrepintió con muchas lágrimas y exclamó:

--¡Oh Señor, ten misericordia de mí, he pecado! Por favor, perdona mis pecados.

Oré por ella y le di gracias a Dios por su misericordia. Ella sintió que su corazón se llenaba de paz y gozo. Entonces se puso de puntillas y con su pañuelo enjugó las lágrimas de mis ojos.

La camioneta continuó rumbo a mi pueblo natal. Xiaowei se volvió a mí y dijo:

--He oído que hay un siervo de Dios muy entusiasta llamado Yun en este Publio. ¿Usted sabe qué es de él?

--¿Te gustaría conocer a ese hombre? – le pregunté sonriendo. –He sabido de él por el testimonio de otros en mi iglesia – me contestó --. ¿Cómo podría conocerlo?

--Yun es el hombre que habla contigo en este momento – le dije.

Xiaowei se echó de nuevo a llorar y dio gracias a Dios por tener la oportunidad de conocernos. Se mantuvo a mi lado todo el tiempo que la camioneta seguía su viaje a través de las calles.

Todos los prisioneros que íbamos en la camioneta estábamos empapados por completo. Aun los agentes de policía, que sostenían sus armas debajo de sus impermeables, tiritaban a causa del viento y la lluvia fría. Debido a la incomodidad que sentían los agentes, nos prestaron muy poca atención y nadie del público acudió para ver nuestros juicios. Cancelaron las actividades. El día terminó siendo un total fracaso para las autoridades.

Cuando llegamos a la comisaría, nos aflojaron las esposas y cadenas. Todos los policías disfrutaron de una buena comida. A nosotros nos permitieron comer la sobras cuando terminaron.

Los agentes le dieron a Xiaowei un trato más especial por ser mujer. Le dieron un *mantou*. Ella se me acercó y me dijo en voz baja: “Hermano Yun, quiero darle mi *mantou*. Por favor, acéptelo”. No quise tomarlo porque sabía que ella estaba pasando hambre. Al ver que no aceptaba su regalo, se echó a llorar. Recordé entonces las palabras del Señor: “*Hay más dicha en dar que en recibir*” *Hechos 20:35*. Por tanto, acepté su regalo de amor con un corazón agradecido. Lo partí y le entregué a Xiaowei la porción mayor.

Comimos juntos, dando gracias a Dios por el rico compañerismo cristiano que disfrutamos en ese día.

CAPÍTULO 14

ESPERANZA FUTURA

El día que mi familia me visitó al final de mis setenta y cuatro días de ayuno fue la primera vez que los había visto desde que estaba en prisión. Mucho después me permitieron ver de nuevo a algunos de ellos. Me hablaron del rápido crecimiento que experimentaba el reino de Dios y de la gran cosecha que se recogía en toda China. Aunque los agentes de la policía lo escuchaban todo, no entendían lo que me decían mi esposa y mis amigos. Me sentí muy animado y fortalecido con su visita.

El buró de Seguridad Pública seguía tratando de recoger evidencias para mi juicio. Viajaban a otros pueblos y ciudades tratando de montar un buen caso en contra mía.

Un día, a las ocho de la mañana, se abrieron las puertas de la prisión. Me sacaron para llevarme a juicio. El juez que presidía era un hombre de baja estatura que andaba en sus treinta años. Tenía unos ojos oscuros llenos de desprecio y disgusto.

Le asistía un hombre alto de unos cincuenta años. Tenía el cabello blanco y parecía sabio y entendido. Su cara daba la impresión de amabilidad, pero en realidad era un hombre astuto y engañoso. Me dijo: “Yun, nuestro gobierno ha sido muy generoso contigo. A causa de tu condición física te dimos unos meses para que te recuperaras y descansaras. Ahora estás más fuerte, y has tenido mucho tiempo para pensar en lo que tienes que decirnos. Esta es tu oportunidad. Te conviene agachar la cabeza y reconocer tus delitos”.

El juez empezó a hacerme preguntas. “¿En cuántos condados estuviste y en cuántas ocasiones? ¿Cuáles son los nombres de las personas que visitaste? ¿Quiénes son tus líderes? ¿Qué clase de propaganda en contra del gobierno distribuiste? ¿Qué palabras usaste para agitar a las personas en contra de la política religiosa del gobierno? ¿Enseñaste en contra de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías, diciendo a tus seguidores que la evitaran porque era una ramera?”.

Mi respuesta a todas las preguntas fue: “No sé de qué me está hablando”.

El juez golpeó furiosamente con el puño su mesa en el estrado, Me gritó: “Veamos cómo te defiendes. ¡Camarada, traiga la grabadora!” Trajeron un grabadora y la colocaron en el banquillo. Se apretó el botón de “tocar” y de inmediato comenzó a hacer público un mensaje que prediqué hacia unos años. El sonido de los creyentes llorando se podía escuchar en el trasfondo. Se escuchó que decía: “Hermanos, no se dejen engañar por la ramera. Permanezcan fieles a Jesús... Sean como Finés que tomó una lanza en su mano y honró el nombre del Señor (véase Número 25:6-18). Sean fieles y no traicionen al Señor como Judas. ¡Acepten el reto y estén dispuestos a morir por Cristo! ¡Proclamen la verdad!”.

Escuché en la cinta a algunos hermanos que oraban. También escuché las voces de los hermanos Xu, Ying y Yu. Me animó mucho escuchar de nuevo sus voces y oír a mis hermanos orar. En la cinta cantaba en voz alta:

*Ten ánimo y sé valiente, ten ánimo y sé valiente
Porque el Señor está contigo, ten ánimo y sé valiente
Aunque hay miles de demonios*

*Aunque hay miles de enemigos
Confía en el Salvador, no tengas temor
Ten ánimo y sé valiente.*

Mi última oración era lo que más enojaba a los del BSP. Oré diciendo: “¡Señor, despeja las nubes que oscurecen a nuestra nación! Destruye el poder de los espíritus malignos que controlan a nuestros gobernantes. Señor Jesús, cambia la dirección de nuestro gobierno. Libera a nuestros hermanos y hermanas que están en la cárcel. Que nuestra nación se gobierne conforme a tu voluntad. ¡Señor, ten misericordia de China! Levanta líderes en tu iglesia en esta generación que defiendan la justicia y la verdad como Daniel y Ester. ¡Ayúdanos a escuchar tu voz y no la voz de los hombres!”.

Muchos creyentes dijeron al unísono: “¡Amén!”.

Con un clic se detuvo la cinta. Abrí los ojos y ví al juez con una sonrisa siniestra en su rostro. Me dijo:

--Yun, ya escuchaste tus propias palabras. También escuchaste la voz de Xu. Sin duda, no puedes negar que te opusiste a nuestro gobierno. Dijiste que los líderes de nuestro gobierno son demonios, y que la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías es una ramera. ¡Te pillamos con las manos en la masa! Ahora dime la verdad, aparte de Xu y de ti, ¿quiénes son las otras dos personas que aparecen orando en la grabación?

Me sentí tan animado al escuchar a mis hermanos en la fe orando y cantando que deseaba escuchar la cinta otra vez. Esperé un segundo y dije:

--No pude identificar bien a los que hablaban. Las voces no eran claras. Por favor, ¿pueden volver a poner la cinta?

El juez se enfureció mucho. Sus ojos se le salían de las órbitas mientras golpeaba la mesa con el puño.

--¿De qué estás hablando? Tenemos la prueba aquí. No puedes negarlo. Las evidencias en tu contra son muchas y claras. Te ordeno que te arrodilles ante este tribunal y repitas la oración que dije y está grabada en la cinta.

Se me acercaron varios agentes con porras, me golpearon en las rodillas y me hicieron arrodillarme. Me gritaron “¡Arrodíllate! ¡Arrodíllate!”. En ese momento me sentí lleno del poder del Señor y escuché una voz en mi corazón: “¡No tengas temor! Sé fuerte en el Señor. Aunque estés rodeado de diez mil enemigos, descansa en Jesús. ¡Sé firme y valiente en el Señor!”.

Mientras los agentes seguían golpeándome y dándome patadas, le grité de repente al juez en voz alta:

---¿Mediante qué autoridad le ordenan a un sirvo de Dios que se arrodille delante de usted? ¡No tiene derecho a hacerlo! Sus preguntas no son razonables ¡Les ordeno en el nombre de Jesucristo de Nazaret que se arrodillen todos! Impondré mis manos sobre ustedes y pediré al Señor que perdone sus pecados.

¡Arrodíllense ahora todos! ¡Arrodíllense! ¡Arrodíllense!

El juez y los otros funcionarios del tribunal estaban estupefactos. Se quedaron mirándome asombrados por unos segundos. Al fin volvieron a la realidad y el juez respondió:

¡Cómo te atreves, criminal u contrarrevolucionario! ¡Esto es traición! ¿Cómo te atreves a decirle a un juez del Buró de Seguridad Pública que se arrodille delante de ti? ¿Eres un desalmado? En mi corazón quería decir: “Soy un hombre celestial. En Jesús soy tan fuerte como un diamante. Usted no puede romperme”.

El funcionario más anciano se levantó y dijo con calma:

--Basta ya. Yun ha predicado tantos sermones que no puede recordar la ocasión cuando habló en esta cinta en particular Yun, puedes regresar a tu celda para pensar en esto. Cuando te llamemos la próxima vez, tienes que responder todas nuestras preguntas con claridad.

Tenemos acumulada muchas pruebas en tu contra. Tu situación es bastante delicada. Harás bien en pensar y respondernos con claridad. Entonces me di cuenta de que planeaban lidia conmigo por largo tiempo. Pensé en las palabras del apóstol Pablo: *“Él nos libró y nos librará de tal peligro de muerte. En él tenemos puesta nuestra esperanza, y él seguirá librándonos”*, 2 Corintios 1:10.

Los jueces locales trataron por todos los medios a su disposición de hacerme confesar mis “crímenes”, pero fracasaron. Usaron las torturas más brutales que la mente humana puede inventar, pero no lograron sacarme ni una sola palabra que me comprometiera. Por consiguiente, enviaron mi caso al tribunal superior. Arreglaron una conferencia antes del juicio. Cuando entré en la sala, ¡descubrí que uno de los jueces era uno de mis primos!

El Señor me mostró que esta era una trampa del diablo. Mi primo dijo:

--Tenemos muchas pruebas en tu contra. Está claro que te opusiste e insultaste a nuestro gobierno. Declaraste que nuestras acciones están rodeadas de misterio y controladas por demonios. No solo atacaste nuestra política religiosa, sino que también escribiste muchos materiales instigando a los creyentes en contra de la Iglesia apoyada por el gobierno y de nuestra nación.

“Las pruebas que tenemos en nuestro poder son suficientes para condenarte a cadena perpetua o a pena de muerte. Dime, estos materiales te pertenecen, ¿sí o no? Hoy te damos una oportunidad para expiar por tus delitos. Dinos en qué actividades has participado tú y tus colaboradores y seremos benignos contigo.

Antes de que terminara de hablar, el Espíritu Santo me dijo en mi corazón: “Yun, tú eres un levita que me perteneces. Tienes que separarte de tus familiares porque me perteneces”.

--Aunque somos primos -- le respondí enseguida --, usted trabaja para el Partido Comunista y yo sirvo a Jesucristo. Insisto en practicar mis creencias. Lo que ha dicho sobre mí es cierto, pero no sé nada acerca de las actividades de otras personas.

Mi primo no sabía cómo responderme y guardó silencio por un momento. Luego dijo:

Yun, acepta mi consejo o te pesará no hacerlo. En tu juicio no podrás comportarte de esta manera ante el juez que dictará sentencia. Tienes que cambiar de actitud o te verás metido en problemas aun mayores.

Me llevaron de nuevo a mi celda.

Pasado un tiempo se celebró mi juicio ante el Tribunal Supremo Popular. Me esposaron y me llevaron en una motocicleta vigilado por guardias armados. Mis compañeros de celda se quedaron orando. Sentía gran gozo en mi corazón.

En la primera vez que estaba en una sala de juicio tan espaciosa. A la cabecera de la sala había un estrado elevado con muchas sillas vacías. No sabía con exactitud dónde me tenía que sentar, así que me senté en una de las sillas. Cuando entró el juez, me dijo con enojo:

-- ¿Cómo te atreves, criminal loco? ¿Cómo te atreves a sentarte en la silla del juez? ¡Levántate de ahí enseguida!

No me sentí avergonzado en lo absoluto.

-- No es mi culpa. Nadie me dijo dónde tenía que sentarme. Sabía en mi corazón que un día me sentaría en un trono junto al Señor para juzgar a las naciones e incluso juzgar a los ángeles.

Empezó el juicio. Me comunicaron que el juez superior y todos los más altos funcionarios provinciales estaban presente para mi juicio. Se sentaron en las sillas preparadas

en el estrado. Otros cuarenta o cincuenta invitados oficiales se sentaron en la sala. Seguridad Pública y directivos de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías.

Todas las pruebas que tenían en mi contra: Biblias, libros espirituales, cintas y mis cuadernos de notas, los pusieron sobre una gran mesa. También estaba allí una carta personal del hermano Xu dirigida a mí nombrándome líder del ministerio en el sur de la provincia de Henan y en toda la provincia de Hubei.

--Yun, ¿todas estas cosas sucias son de tu propiedad? --- me preguntó el juez.

--- Estas no son cosas sucias --- le contesté puesto de pie. Todas son cosas santas santificadas por el Dios Todopoderoso. -- Diga lo que diga que es eso, son de tu propiedad, ¿no es cierto? --- me preguntó el juez sin entender el sentido de mis palabras.

--- Déjeme examinar algunos de estos materiales para estar seguro -- le contesté sin sentir ningún tipo de temor. Uno de los guardias me entregó mi Biblia. La abrí y miré la cara interior de la cubierta. Allí había unas palabras que el hermano Xu escribió: "*Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados*". Mateo 5:6. El hermano Xu había firmado y fechado la página cuando me dedicó esa Biblia. También aparecían allí mi nombre y firma.

--- Sí, esta es mi Biblia de estudio --- le dije al juez.

Entonces me entregaron el libro de lecturas devocionales diarias titulado *Manantiales en el Desierto* para que lo examinara. Cuando lo vé fue como ver a un viejo amigo después de una larga ausencia. Lo sostuve en mi mano cerca de mi corazón, lo abrí y encontré que el pasaje bíblico para ese día era Juan 19:11: "*No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba --- le contestó Jesús ---. Por eso el que me puso en tus manos es culpable de un pecado más grande*".

Me di cuenta que esa era la promesa de Dios para ese mismo momento. Sabía que debía someterme a la voluntad de Dios y estar dispuesto a ir por el camino que Él había determinado para mí. Sin temor señalé todo lo que había sobre la mesa y declaré: --- Señor juez, no necesito ver más de esas cosas. Reconozco que todas son mías.

A todos les agradó mi buena actitud.

-- Voy a poner una cinta grabada -- dijo el juez.

Escuche con atención. Después de escuchar unos minutos dije. -- La voz que se escucha en la cinta es mía.

El juez entonces me presionó para que diera información sobre mis colaboradores y líderes. Contesté de la manera más respetuosa posible:

--- Su señoría, no sé nada acerca de esas otras personas. Antes de que el tribunal tomara un descanso de treinta minutos, me comunicaron que anunciarían la sentencia cuando regresaran. Los del BSP me habían dicho que recibiría una sentencia de cadena perpetua o de pena capital. En lo particular, creía que recibiría un mínimo de ocho años de prisión debido a que mis colaboradores ya habían recibido sentencias de cinco a ocho años.

Los jueces y demás funcionarios entraron de nuevo arrastrando los pies y ocuparon sus asientos. Me quedé asombrado cuando el juez anunció:

--- Yun, le encontramos culpable de las acusaciones presentadas. Le condenamos a cuatro años de prisión en un campo de trabajos forzados.

¡Solo cuatro años! ¡No podía creerlo! Estaba lleno de gozo porque Dios me daba esperanza para mi futuro ministerio por toda China. El Señor todavía tenía trabajo para mí.

Anhelaba ver a mi esposa y jugar con mi precioso pequeño hijo. Ahora tenía esperanza para el futuro. Un día podría orar de nuevo con mis hermanos y hermanas en la igle-

sia. Ahora podía permitirme el lujo de empezar a soñar de nuevo. No tendría que pasar el resto de mi vida dentro de la celda de una prisión.

Mientras me llevaban de vuelta a la prisión sentí que me inundaba un gran gozo y gratitud por la misericordia del Señor. Cuando les di las noticias a mis hermanos en la celda, elevaron sus manos y adoraron a Dios.

Unos días después de mi sentencia en octubre de 1984, en una fría mañana antes del amanecer, me trasladaron de la prisión.

Mientras me llevaban de vuelta a la prisión sentí que me inundaba un gran gozo y gratitud por la misericordia del Señor. Cuando les di las noticias a mis hermanos en la celda, elevaron sus manos y adoraron a Dios.

Unos días después de mi sentencia en octubre de 1984, en una fría mañana antes del amanecer, me trasladaron de la prisión en Nanyang al campo de trabajo forzados de la prisión de Xinyang, donde había determinado que cumpliría el resto de mi sentencia.

* * *

DELING: Los cuatro años de Yun en la prisión fue el tiempo más lleno de estrés que experimentara jamás. Recibí alivio del Señor a través de la oración. Algunos hermanos y hermanas también me ayudaron a superar algo de la presión.

En esos días se deterioró mi relación con el Señor. Antes del nacimiento de Isaac había caminado en íntima comunión con Él. Cada día leía la Palabra de Dios, adoraba a Jesús y me encontraba llena de gozo. Sin embargo, después del nacimiento de Isaac pasé por un tiempo de oscuridad y mi fe se debilitó. Muchas veces me sentía agotada y me costaba mucho pasar por la lucha diaria.

Cuando Isaac tenía dos años de edad, durante el verano, una experiencia clave tuvo lugar en mi vida. A menudo durante los meses de verano hacía tanto calor que sacábamos nuestras camas fuera de la casa dormíamos a la intemperie debajo de un gran árbol. En mi agotamiento, el diablo me había convencido de que ya no necesitaba orar, ¡que era suficiente orar al Señor en mis sueños mientras dormía!

La madre de Yun había ido a una reunión esa noche. Isaac y yo estábamos a punto de quedarnos dormidos cuando ví una oscura figura demoníaca parada al pie de mi cama. Me quedé aterrorizada.

Empecé a orar con fervor y en voz alta. Exclamé: “En el nombre de Jesús lucho contra ti, Satanás. Me opongo a todas las mentiras. Me has llevado a pensar que puedo orar en mis sueños. ¡Te ato en el nombre de Jesús!”

Sentí que una presencia demoníaca pasaba rozándome cuando oré con esas palabras. Mi cinturón de piel que colgaba del pie de la cama llevaba una campanilla que empezó a sonar sola. Entendí enseguida que el diablo quería distraerme con el sonido de la campanilla, por lo que le pasé por alto y seguí orando. Pronto la presencia demoníaca desapareció y una profunda paz cayó sobre mí.

Muchos de nuestros vecinos también dormían fuera de sus casas, por lo que muchos me oyeron orar en voz alta y se preguntaban qué me estaba ocurriendo. La madre de Yun regresaba a casa en ese mismo momento. Cuando todavía se encontraba a más de un kilómetro de nuestro pueblo, oyó lo que pensó eran docenas de cristianos orando en voz alta, de modo que echó a correr para unirse a la reunión de oración. Cuando llegó, ¡se maravilló al descubrir que yo era la única que había estado orando!

Este fue un momento crucial y mi vida espiritual mejoró a partir de ese día. Mientras mi esposo estuvo en la prisión, Dios nos ayudó mucho. Hay dos milagros en especial de este tiempo que me gustaría contarles.

Solo quedamos la madre de Yun y yo para cuidar del campo familiar y las cosas se pusieron muy mal. No teníamos ni idea de lo que hacíamos. Decidimos plantar batatas, pero no sabíamos cómo hacerlo. Nos enteramos después que debíamos haber plantados las raíces con una separación de medio metro; pero nosotras los plantamos separadas solo por unos pocos centímetros.

Nuestros vecinos se enteraron de lo que habíamos hecho y durante todo el verano se burlaron de nosotras. Las noticias corrieron con rapidez y pronto me convertí en el objeto de muchas bromas.

Entonces sucedió en el otoño que nuestros vecinos empezaron a maldecir porque la cosecha les había resultado muy pobre. Sus batatas eran solo del tamaño de botas de tenis.

Cuando sacamos las nuestras, encontramos que eran casi del tamaño de balones del fútbol. Fue un gran milagro y todos supieron que Dios cuidaba de nosotros.

A partir de ese momento nuestros vecinos nos respetaron y nunca más vieron a mi esposo como un delincuente maldito, sino como un hombre encarcelado injustamente. Nuestros vecinos pudieron “distinguir entre los buenos y los malos, entre los que sirven a Dios y los que no le sirven” Malaquías 3:18

El segundo milagro sucedió cuando Isaac tenía tres años. Teníamos que entregar una parte de las cosechas que recogíamos porque carecíamos de animales y abonos. Por lo tanto, era imperativo que recogieramos una buena cosecha o no lograríamos comprar los alimentos ni los otros artículos necesarios para sobrevivir.

Esta vez no sabía cómo sembrar trigo. ¡Lo sembré tan cerca que alfombré nuestra parcela!

Cuando faltaba una semana para la siega del trigo, nos cayó una gran tormenta de granizo. Los granizos eran del tamaño de bolas de tenis. Cuando empezó a granizar, salí corriendo de la casa y pude ver que ya estaban abatidas las espigas de los campos de algunos de nuestros vecinos. La madre de Yun y yo caímos de rodillas y clamamos: “¡Señor, ten misericordia de nosotros!”.

Un gran milagro sucedió. Nuestro campo fue el único protegido por el Señor y no sufrió daño. Todo nuestro trigo estaba todavía en pie, no lo había tocado el granizo. Todos los demás campos quedaron arrasados.

Las personas salieron de sus casas después que pasó la tormenta y vieron como nos protegió el Señor Jesucristo. Ese fue otro testimonio poderoso.

Mientras disfrutamos ese año de una buena cosecha de trigo, nuestros vecinos prácticamente la perdieron y lo que les quedó tuvieron que dedicarlo para alimentar a sus animales.

Al volver la vista atrás, a pesar de los tiempos difíciles, ¡el Señor fue fiel con nosotros!

CAPÍTULO 15

UN CEMENTERIO CUBIERTO DE ESPINOS

Me enviaron al campo de trabajos forzados de la prisión de Xinyang. Este lugar se encuentra al sur de la provincia de Henan, cerca del límite con Hubei. En esa zona hay numerosas plantaciones de té. El clima es gris y deprimente, con pocos días soleados a lo largo del año. La mayoría de los días están marcados con espesa niebla y llovizna. Esa condición húmeda hace que el lugar sea un paraíso para enjambres de mosquitos y numerosas serpientes venenosas. Allí en nuestro campo de prisioneros había más de cinco mil criminales, separados en cuatro unidades de trabajo diferentes. A mí me destinaron a trabajar en la irrigación de los campos de arroz y en la piscifactoría. Solo en mi unidad de trabajo había más de mil prisioneros. Cada mañana teníamos que pasar por una sesión de lavado de cerebro político y por un entrenamiento de tipo militar. Nuestra jornada diaria iba desde el amanecer hasta la puesta del sol, catorce horas de trabajo, siete días a la semana.

Excavábamos los estanques de peces con las manos, y trabajábamos sin parar en los campos de arroz inundados de agua junto con las serpientes y sanguijuelas. En mi segundo día allí me obligaron a llevar pesadas cestas de tierra y piedras a mis espaldas. Todo el día nos lo pasábamos subiendo las escaleras con la carga y arrojando el contenido en una pendiente cercana. Sentía debilidad física. Las pequeñas porciones de alimento que nos daban no eran suficientes para sostenernos. Me desmayé muchas veces cayendo de la escalera al fondo del pozo. Guardias armadas nos vigilaban y hostigaban todo el día. Si nos demorábamos, nos golpeaban con las culatas de sus rifles. Era una existencia miserable. Cuando regresábamos a nuestros cuartos cada tarde, muchos teníamos las piernas y los hombros inflamados a causa de aquel trabajo tan duro. En muchas ocasiones no tenía ya fuerzas para ni siquiera subir a mi litera, de manera que dormía en el suelo al pie de la cama. Mis fuerzas se había evaporado y no los soportaría por mucho tiempo más. No sabía cómo lograría sobrevivir otro día. Para empeorar las cosas, Xinyang se encuentra a casi trescientos kilómetros de mi hogar, así que era muy difícil que me visitara mi familia. Durante los primeros meses allí, no solo me sentí débil en lo físico, sino también en lo espiritual.

Me desanimaba porque no podía ver a mi familia. Me preguntaba cómo sería mi hijo. Aunque en la prisión en Nanyang me habían torturado sin piedad, al menos sabía que mi familia y seres amados no estaban lejos. Ahora me probaban de una manera diferente: una agobiante forma de tortura lenta. Poco después de mi llegada escribí un poema para describir este lugar:

*En la primavera, el verano, el otoño y el invierno
La nieve sigue a la lluvia
Tenemos mucha niebla y pocos días claros.*

*Abundan las serpientes, los mosquitos y las sanguijuelas
Así como los látigos de piel, las cuerdas y las porras eléctricas
Este lugar es como un cementerio cubierto de espinos.*

*El que entra aquí con un demonio sale con siete
Porque las cadenas nunca pueden cambiar el corazón
De un hombre*

*Si uno quiere reformar su vida, tiene que arrepentirse
Y nacer de nuevo
¡Entonces todas las cosas serán nuevas y alabará
Cada día al Señor!*

A finales de 1984, antes de las celebraciones del Año Nuevo Lunar, nos ordenaron a todos escribir un informe anual y bosquejar nuestros planes para el año siguiente.

No sabía qué escribir. Al pensarlo, me vino a la mente un versículo de la Biblia: “*¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacías al principio, Si no te arrepientes, iré y quitaré de su lugar tu candelabro*” Apocalipsis 2:5

Escribí un poema, admitiendo que mi propia vida devocional con el Señor se había debilitado durante la segunda mitad del año. Debido a que estaba tan agotado, comencé a vivir solo por la comida y el sueño.

Para mis planes de año nuevo escribí que me había arrepentido y que el Señor me había perdonado. Me comprometí a que cada día, a las cinco de la mañana y a las nueve de la noche, oraría y meditaría en la Palabra de Dios.

A partir de ese día dediqué un tiempo a la comunión diaria con mi Señor. Él cambió mi debilidad por su fortaleza y de esa manera logré sobrellevar mucho mejor la carga.

Un día el director de la prisión vino a verme y me dijo: “He leído los documentos de su caso. Le acusaron de ser un contrarrevolucionario y enemigo del Estado, pero sé que usted es solo un pastor que quiere que las personas crean en Jesús. No sé por qué nuestro gobierno envía a personas como usted a un campo de trabajo”.

No pude contener mis lágrimas. En lo profundo de mi ser sentí gran indignación por todas las injusticias surgidas. De pronto el Señor me dijo: “No sientas lastima de ti mismo. Esta es mi voluntad para ti. Debes caminar en esta senda”.

Doy gracias a Dios porque Él conocía mis debilidades y limitaciones. El director me había estado observando por bastante tiempo, vigilando si estaba tratando de escapar. Cuando vio que no lo iba a hacer, me cambió el trabajo y me pasó del estanque de peces a los campos. Tenía que llevar cestos de excremento humano a los campos para que sirvieran como fertilizante. Este trabajo era más llevadero que cargar tierra y piedras.

Me dieron también trabajo en la lavandería y para ayudar a los presos analfabetos a escribir cartas a sus familiares. El favor del Señor está sobre mí. Muchos de los presos sabían que era un cristiano sincero y empezaron a respetarme.

Un día un guardia vino y me dijo: “En la unidad de trabajo de la huerta hay un sacerdote católico de setenta años. ¿Se ha encontrado con él? Es un buen cristiano”.

A este hombre también lo clasificaron como contrarrevolucionario debido a que se negó a someterse a la Asociación Católica Patriótica controlada por el gobierno. Se encontraba cumpliendo el último año de su condena.

La primera vez que me encontré con el padre Yu, ya sabía que yo era un cristiano. Debido a que no era católico, se mostró un poco frío y distante y ni siquiera me saludaba. Oré por él y busqué la manera de servirle. Durante la comida del mediodía puse leche en polvo en su taza y le di una parte de mi ración de comida. Más tarde se dio cuenta que aunque no era católico, sí era un verdadero creyente en Jesús. Se había enterado de mis sufrimientos y de mi ayuno durante setenta y cuatro días.

Poco a poco fue cambiando su actitud hacia mí. El padre Yu me mostró su cuaderno de notas que contenía sus devocionales espirituales. No quería meterse en problemas por hablar de la fe con otros presos, de modo que era muy cuidadoso. Para evitar dificultades,

no quería que sus hermanos católicos le llevaran una Biblia, así que durante todos estos años había sobrevivido sin la Palabra de Dios.

Mi familia pudo visitarme algunas veces. Lograron pasarme partes de la Biblia escondidas entre los alimentos y regalos. En una ocasión mi esposa me trajo una barra de pan especialmente horneada. En verdad, este fue un obsequio muy precioso: ¡Había escondido partes de la Biblia dentro del pan! En otra ocasión escondió algunas páginas dentro de un paquete de fideos instantáneos.

Compartí mi Biblia con el sacerdote y floreció nuestra amistad. Era un hombre muy educado y culto que podía leer y hablar bien latín, hebreo, inglés y el chino antiguo.

Después que Yu salió de la prisión fue de visita a mi hogar. Nuestros hermanos allí le dieron muchas Biblias para los creyentes católicos, y luego disfrutaron de un buen compañerismo cristiano. Después de su libertad, al padre Yu lo promovieron a obispo de la Iglesia católica clandestina. Ama de verdad al Señor.

El Señor abría muchas puertas para el testimonio del evangelio. En el campo había un preso llamado Shi Zhou Ba. Cuando era un niño de ocho años, lo enviaron a un gran monasterio budista. Después de la instrucción se convirtió en un monje. Shi era un calígrafo experto y también maestro de kung-fu. Un día mientras caminaba por el mercado un cartista le robó el dinero. Se volvió y , usando sus habilidades de kung-fu, golpeó al ladrón y este cayó muerto.

Conscientes de las habilidades de Shi, varios agentes armados del BSP acudieron, le rodearon y le golpearon sin misericordia. Shi se defendió e hirió a varios de los agentes. Al final, los policías lograron dominarlo al romperle el brazo con el cañón de un arma. Lo golpearon tanto que quedó medio muerto. Como consecuencia, terminó en el campo de trabajo de la prisión de Xinyang.

En la prisión muchos hombres le pidieron a Shi que les enseñara la doctrina budista. Algunos jóvenes trataron incluso de adorarlo y le pidieron que les enseñara el kung-fu. Sentí una profunda carga por hablarle del evangelio. Una noche nos reunimos para conversar. Le hablé de Cristo y esa misma noche Shi Zhou Ba aceptó a Jesús, se arrepintió de sus pecados y nació de nuevo. Me entregó sus libros budistas, amuletos y fetiches y me pidió que los destruyera.

Muchos presos procedían de familias deshechas. Les hablaba del evangelio y algunos dedicaron sus vidas a seguir a Jesús. Bautizamos a estos nuevos creyentes, los hermanos Xi y Sun, llegaron a ser líderes cristianos. Después de salir de la prisión, el hermano Xi se convirtió en pastor de la iglesia.

En el día de Navidad de 1985, el hermano Shen y el hermano An vinieron a visitarme en nombre de las Iglesias en casa. La Navidad era un tiempo difícil para los cristianos en la prisión. Nos obligaban a trabajar y nosotros anhelábamos celebrar el nacimiento del Señor Jesús con nuestros hermanos y hermanas.

Cuando los dos hermanos llegaron a la prisión estaba trabajando en el campo, transportando excremento. Las autoridades les dijeron que se marcharan, pero había venido desde muy lejos para verme, así que decidieron esperar fuera de la puerta. Cuando me enteré de que tenía visitas, eché a correr a la oficina de la prisión. Por lo general, no se les permitía a los presos reunirse con sus visitas fuera de la sala de recepción, pero debido a que tenía buena reputación visité al director de la prisión y le dije: “Dos familiares míos procedentes de mi pueblo natal han venido a visitarme. Los están haciendo esperar fuera, y ellos necesitan usar los baños. Por favor, ¿les podría permitir entrar y usar los baños del patio de la prisión? Si me permite caminar con ellos, podríamos tener una visita corta”.

Fue increíble, el director de la prisión dio su permiso. Mientras caminábamos hablamos con libertad y me contaron todo lo que sucedía. El año de 1985 fue un tiempo de gran progreso para las iglesias en casa en toda china. Un gran avivamiento extendía el evangelio por todas partes y miles de almas se añadían a la iglesia cada día. Hasta hoy los cristianos chinos ven 1985 como un año crucial para la extensión del evangelio. Me animaron mucho todas esas buenas noticias y empecé a llorar de gozo.

Los tres entramos en el edificio de los baños y adoramos a Dios celebrando la Navidad. Me arrodillé en ese suelo sucio y oré: “solo disponemos de este sucio lugar para dorate. Pero tú lo entiendes bien porque dejaste la gloria del cielo para nacer en un establo sucio. Tú estuviste dispuesto a caminar por la senda de la obediencia y el sacrificio. ¡Te adoramos en este día!”.

Mis dos visitantes también se arrodillaron a mi lado, y tomados de las manos oramos al Señor juntos y nos animamos unos a otros.

En ese momento uno de los presos, un hombre llamado Yong, entró y nos vio. Era un hombre malo con un temperamento violento. Debido a que informaba a cada momento sobre los otros presos, le habían promovido a la posición de líder de grupo. Yong dijo: “Yun, ¿cómo te atreves a traer personas de fuera a la prisión para practicar estas actividades supersticiosas? ¡Ahora mismo voy a informarles a los jefes lo que estás haciendo!”.

El Espíritu Santo me llenó y le ordené: “En el nombre de Jesús, ¿cómo te atreves a hablar así en contra del Dios vivo? Te mando que te arrodilles y te arrepientas de tus pecados, ¡Recibe al Señor y quizá Él te perdone!”.

De inmediato, como si lo hubiera tocado un rayo, Yong cayó de rodillas y nosotros tres le impusimos las manos y oramos por él. Aprendí que si obedecemos a Dios, los milagros siempre van a suceder, sin importar en qué circunstancias nos veamos. Después que Yong se entregara a Cristo se hizo buen amigo mío. Su corazón anhelaba la Palabra de Dios. A causa de que había sido tan alborotador tenía muchos enemigos entre los presos. Para vengarse, muchos prisioneros levantaron acusaciones falsas en su contra después de hacerse cristiano.

Un día, durante el descanso de la comida. Yong estaba acostado en su cama leyendo en privado mi Biblia, que yo había escondido con cuidado en nuestra celda. A Yong le descubrieron. Los guardias le quitaron mi Biblia. Yong perdió el control y empezó a pelearse con ellos. Casi le corta un dedo a uno de los guardias con sus dientes. Al final lograron dominarlo y se lo llevaron.

Dos hermanos corrieron a avisarme lo ocurrido. Les dije: “Oramos para que Dios ayude a Yong”. Visité a los guardias para tratar de mediar en la situación pero estaban tan enojados que no quisieron escucharme.

En ese momento vi a uno de los jefes de la prisión. Corría a la puerta y hablé con él: “Capitán Wong, lo que Yong estaba leyendo era mi Biblia. Sé que esto es un asunto serio, ¿pero me puede ayudar a recuperar mi Biblia?”.

Wong era unote los jefes que me habían tratado con amabilidad. Sufría de una terrible infección en su garganta que hacía que tosiera con frecuencia día y noche.

El capitán Wong fue a la oficina y habló con Yong. “¿Quién crees que eres para pelear con nosotros? Ahora te ajustaré las cuentas. Pero primero entrégame la Biblia de Yun”.

Unos días después, cuando se calmó la situación, el capitán Wong me llamó para que fuera a su oficina. Se me acercó y dijo: --Yun, he estado leyendo su Biblia, pero no le entiendo. En ese momento supe que esa era una oportunidad de Dios.

Si usted quiere entender la Biblia, es muy sencillo --- le dije ---. Lo primero que necesita hacer es aceptar a Jesús en su corazón. Confíe en Él y le ayudará a conocer y entender todas las enseñanzas de este libro. Capitán Wong, esta Biblia no solo le dice cómo puede recibir la salvación, sino que Jesús también le sanará de la infección en su garganta.

Vi que el Espíritu Santo le estaba tocando. Cerré la puerta de su oficina y le dije: -- Capitán Wong, por favor, arrodílese. Jesús está viniendo para bendecirle.

Él se arrodilló y oró diciendo:

Señor Jesucristo, creo que tú eres Dios. Por favor, sáname. Le impuse mis manos y se arrepintió de sus pecados y recibió al Señor. Dios lo sanó de su aflicción y su salud se restauró del todo de forma gradual. A partir de ese momento el hermano Wong se convirtió en un discípulo de Jesús. Dios le promovió y le dio una posición de mayor autoridad, pero siempre se acordó de mí. Me transfirió de llevar excrementos a trabajar en un taller de herrería.

También me dieron la tarea de cuidar un rebaño de ovejas en el campo, y alimentar a los peces en el estanque. Aprendí algunas lecciones de esto. Aprendí que no debemos golpear a las ovejas, sino que tenemos que alimentarlas si queremos que nos sigan. Mientras alimentaba a los peces aprovechaba las oportunidades que se presentaban para hablarles del evangelio a los presos que trabajaban cerca del estanque. Algunos llegaron a creer en Jesús.

El tiempo pasaba de prisa en el campo de trabajo. Los días se hicieron semana, y las semanas se volvieron meses. Pasó el año 1986 y también 1987. Durante todo este tiempo los presos iban escuchando el evangelio y muchos creyeron. Me encontraba siempre ocupado enseñando a los nuevos creyentes. Era un placer verlos crecer en la gracia de Dios y hablarles a otros del evangelio. Por fin llegó 1988. Faltaban solo tres meses para salir en libertad. Eso me entusiasmaba y soñaba con el momento en que podría abrazar a mi esposa Deling. Mi hijo Isaac tenía ahora cuatro años, pero no le conocía. Me había perdido sus primeros pasos y sus primeras palabras. Confiaba en que le agradara, ¿pero cómo iba a entender un niño tan pequeño lo que le sucedió a su padre?

Una noche, sin previo aviso, la prisión recibió una orden del gobierno central. “Tenían que reunir a todos los presos políticos. Anunciaron que todo el incidente me involucraba a mí y que esta metido en una gran dificultad.

Los funcionarios del gobierno fueron a mi casa y confiscaron Biblias impresas fuera de China, así como cartas recibidas de pastores chinos que vivían fuera del país. Una de las cartas escritas por el hermano Xu causó gran alarma entre los agentes del BSP.

La carta del hermano Xu decía: “El americano Billy Graham va a viajar a China y se va a entrevistar con nuestro presidente y con el primer ministro. Quiero reunirme con él y hablarle de su caso. Quizá pueda ayudar y le den la libertad antes de lo previsto. Así que, por favor, escriba cuanto antes acerca de cómo le han tratado en la prisión y todas sus experiencias”.

Esta carta me llegó a escondidas y la respondí enseguida. Sin embargo, antes de que mi respuesta pudiera llegar al hermano Xu, los agentes de seguridad descubrieron ambas cartas. En parte de mi carta el hermano Xu había escrito: “He aprendido mucho a través del sufrimiento. No estoy enojado porque me hayan encarcelado, pues Dios es el verdadero juez. Él hace que todo obre para bien. El campo de trabajo donde estoy encerrado es como un cementerio gigantesco, Los presos sufren mucho. Nos sujetan con esposas y grillos, y tenemos que soportar un trabajo muy pesado desde el amanecer hasta la puesta del sol.

“Me arrestaron porque amo a Dios y deseo alcanzar las almas de todos los hombres. Aunque la cruz que tengo que cargar es pesada, la gracia del Señor es suficiente. Mi corazón está lleno de gozo y canto nuevas canciones a mi Señor. ¡Aleluya! ¡Gloria a mi Dios y Rey!”.

Cuando encontraron estas cartas, la policía se desplazó de inmediato al campo de trabajo. Llegaron a media noche y empezaron a interrogar a todos los otros presos en mi celda acerca de mí. En cuanto a mí, me ataron al mástil de la bandera en el centro del patio de la prisión.

Me metieron en una camioneta y me llevaron a otro lugar, me pasaron por varias puertas de hierro diferentes y me encerraron en una pequeña y oscura celda con puerta de hierro. La celda no era mayor que una caja. Solo tenía poco más de un metro de alto por uno de largo y uno de ancho. Era tan pequeña que no podía estar parado ni tampoco me podía estirar por completo. Las manos las tenía esposadas a mi espalda.

Esa celda llevaba sin usarse bastante tiempo, por lo que tenía un terrible olor a moho. Me sentí mareado y con náuseas. El suelo estaba siempre húmedo, lo que hacía que me sintiera con frío, sobre todo de noche. Cuando recuerdo ese cuarto, a mi mente no viene la imagen de una celda, ¡sino el de un ataúd refrigerado!

Por encima de la puerta había una pequeña ventana protegida por tres barrotes de hierro. Ese era el único lugar por el que penetraba luz.

A la mañana siguiente me arrastré a la ventana y miré al exterior. Vi pájaros gorjeando y saltando de rama en rama. Me sentí abatido y empecé a cantar un nuevo himno. Era como un pájaro que deseaba la libertad, pero ahora me encontraba encerrado en una jaula. Estaba lejos de las bellas montañas, los bosques y las praderas. Anhelé ser como un pájaro que volaba libre. Me quedan solo unos meses para quedar en libertad, pero ahora parecía que estaba metido en mayores dificultades. Le pregunté al Señor: “¿Cuándo volveré a ser libre? ¿Cuándo podré dar testimonio de ti a las personas y hablarles de tus maravillosos hechos?”.

Elevé mis manos todo lo alto que pude y clamé: “Señor, estoy dispuesto a obedecer tu voluntad. Oh Dios, dime, ¿dónde se encuentra este lugar? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí?”.

La palabra de Dios vino a mí a través de Apocalipsis 1:9: *“Yo Juan, hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento, en el reino y en la perseverancia que tenemos en unión con Jesús, estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús”.*

De repente, desaparecieron las nubes oscuras que envolvían mi corazón. En esa pequeña celda mi corazón rebotó de gozo y dije: “Señor, te alabo y te bendigo. Cuando tenía dieciséis años tenía un intenso deseo por memorizar tu Palabra y atesorarla en mi corazón. Te doy gracias por tu Biblia preciosa. Ahora, Señor, te pido una cosa. Por favor, dame de nuevo una Biblia para que pueda recitar tus palabras”.

De pronto escuché que alguien abría la puerta exterior y luego la puerta de mi celda. Los guardias me sacaron y me llevaron a un cuarto de interrogatorios. Cuando llegamos, ví allí esperándome al jefe del BSP, a los jefes provinciales y al director del campo de trabajo de la prisión. Todos tenían un aspecto muy severo. Traté de encontrar una silla para sentarme. El jefe del BSP me dijo en tono muy duro: --- Arrodíllate, maldito criminal! ¿Es que no te das cuenta de los delitos que has cometido?

No sabía que después de sufrirlas por varios años ya me había acostumbrado a esa clase de amenazas e intimidación. Por tanto, no me arrodillé, sino que contesté:

Desde el día que me arrestaron he obedecido todas las normas de las prisiones. Me he sometido a las autoridades, he realizado mi trabajo sin quejarme y he ayudado a mis compañeros de prisión. Dos veces me eligieron como el mejor de los presos y no he hecho nada malo en el campo de trabajo.

¡Cállate, mentiroso! Tenemos tu expediente. Hace cuatro años fingiste locura. Luego montaste una huelga de hambre en contra de nuestro gobierno. Cuando te sentenciamos, pensamos que tu actitud había mejorado y por eso te impusimos solo cuatro años. Sin embargo, después de llegar al campo de trabajo has ido de mal en peor y has continuado con tus actividades religiosas. Tememos que si te seguimos teniendo encerrado vas a contagiar a todos los presos.

“Primero, has tenido contacto con extranjeros y has recibido literatura supersticiosa del extranjero. Ahora, meses antes de que llegara a China una delegación de los Estados Unidos, ya sabía que venían. Además esto te lo notificó un tal Xu Yongze, que es uno de los delincuentes más buscados de toda China.

“Segundo, siempre te has opuesto a nuestro gobierno y a nuestra política religiosa. No has parado de atacar a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías y has dicho que es una ramera. Nada parece indicar que durante los pasados cuatro años hayas cambiado en tu forma de pensar, ni de que estés apenado por tus delitos.

“Tercero, te hemos cuidado en la prisión como padres amorosos, pero has tenido la audacia de escribir un poema declarando que este lugar es como un gran cementerio, ¡un lugar de espinos! Nuestro gobierno ha hecho todo lo posible para hacer que fueras un ciudadano útil y productivo para nuestra nación, pero te has resistido a todos los esfuerzos.

Mientras más hablaba, más enojado se veía.

--- ¡Hoy te vamos a dar la lección más severa que recibirás jamás! – gritó—Quizá eso te ayude a despertar y enmendarte. Llamó luego varios guardias y les dijo:

-- ¡Llévense a este hombre y atiéndalo como es debido!

Me llevaron a un cuarto de tortura. Me esposaron y usaron contra mí porras eléctricas y látigos para torturarme. Me arrancaron pedazos de piel con los golpes y mi cuerpo quedó cubierto de heridas. Antes de quedar inconsciente, escuché la voz de Dios que me decía: “Este es tu llamamiento. Debería soportarlo con paciencia por amor a la Palabra de Dios y al testimonio de Jesús”.

Después de recuperar el conocimiento todavía estaba sobre el suelo como un hombre muerto. Los guardias me llevaron de vuelta a la pequeña celda. Mis manos y pies estaban sujetos con esposas y grillos.

Esa misma noche el Señor me dio un sueño bien vívido. En él, ¡mis esposas se abrían de pronto y yo quedaba libre! En el sueño leía la Biblia. Les predicaba a algunos de los hermanos que se encontraban en la prisión y los animaba a dar testimonio del Señor. El padre católico Yu vino a mí y con gozo me dijo: “¡Jesús es vencedor en todo! ¡Jesús es vencedor en todo!”. Yo le respondí: “Cuando al principio me encerraron en esta celda oré a Dios pidiéndole una Biblia para estudiar”. Luego en mi sueño los dos dábamos gracias al Señor en el cielo.

Cuando me desperté de mi sueño, me di cuenta que las esposas estaban todavía en mis muñecas, pero el Espíritu Santo me dijo: “Relaja tus manos”. En cuanto lo hice, las esposas cayeron abiertas. Oré al Señor conforme a lo que había visto en el sueño. Dije: “Señor Jesús, te amo. Gracias por permitirme cantar. Por favor, dame una Biblia”.

A eso de las ocho de la mañana del día siguiente sucedió algo muy notable. El director de la prisión abrió la puerta de hierro y entró en mi celda. Me llamó por mi nombre: “Yun, aunque has cometido muchos delitos, todavía respetamos tu fe. Ayer tuvimos una reunión y decidimos darte una Biblia, ¡Aquí está, tómalala!”.

Me puse enseguida las esposas sobre mis muñecas. Me levanté, recogí la Biblia y le di las gracias al director. Él me dijo: ¡Yun, por favor, estudia tu Biblia bien y arrepiéntete de tus delitos a fin de que puedas ser un hombre útil”. Salió y cerró la puerta.

Me arrodillé y lloré dándole gracias al Señor por este gran regalo. ¡Me costaba creer que mi sueño se hubiera hecho realidad! A ningún preso le permitían jamás tener una Biblia y otra literatura cristiana. No obstante, a pesar de todo, Dios me proveyó una Biblia. Mediante este incidente el Señor me mostró que a pesar de los planes diabólicos de los hombres en contra mía. Él no se había olvidado de mí y tenía el control de mi vida. ¡No hay gobierno ni poder humano que le pueda impedir al Dios Todopoderoso llevar a cabo su voluntad! Eso me recordó la vez, cuando tenía dieciséis años, en la que Dios me proveyó mi primera Biblia de forma milagrosa. Aquí estaba, ahora con treinta años de edad, solo por completo en una diminuta, oscura y sucia celda, ¡pero la provisión y el poder de Dios no había disminuido!

Me temblaban las manos. Abrí poco a poco mi Biblia por la última página: “*El que da testimonio de estas cosas, dice: “Sí, vengo pronto”, Amén . ¡Ven Señor Jesús! Que las gracias del Señor Jesús sea con todos. Amén”*. Apocalipsis 22:20-21

Durante los tres meses siguientes permanecí aislado en esa pequeña celda. Solo entraba un poco de luz por la ventana, pero era suficiente para que pudiera leer. En los diez primeros días me leí toda la Biblia. Usé este tiempo para memorizar un total de cincuenta y cinco capítulos de la Biblia, desde Hebreos hasta Apocalipsis.

Dios me ayudó a entender su Palabra y a amarle de manera más entrañable. Este fue un tiempo precioso de comunión con Jesús. Me mostró visiones del futuro de la iglesia china, y cómo llevaremos el evangelio a todo el mundo que no le conoce y de regreso a Jerusalén antes de la segunda venida del Señor.

Un mes antes de cumplir mi sentencia de cuatro años tuve un sueño maravilloso. Ví a una anciana con cabello blanco. Llevaba una luz en sus manos. Caminaba hacia mí sonriendo. Entonces me di cuenta que era mi propia madre. Corrí hacia ella y me arrojé en sus brazos. Me miró con sus ojos amorosos y me dijo: “Hijo mío, no temas”.

Me desperté y me sentí lleno de gozo en mi espíritu. Pensé que había sido una lástima que fuera solo un sueño, pero oré pidiendo que el sueño se hiciera realidad para que pudiera ver a mi madre de nuevo.

Tres días más tarde, alrededor de las once de la mañana, un guardia entró en mi celda y me llevó a la oficina principal. Cuando entré, vi a mi madre que corría hacia mí. Me sujetó y lloró. Me vio esposado, delgado como un lápiz y con la piel amarillenta por la falta de contacto con la luz solar. No pudo evitar echarse a llorar. Le dije:

Mamá, consuélate, por favor – le dije ---. Todo esto es por amor a Jesús.

Mi madre me interrumpió y dijo:

Mamá lo sabe. Tu esposa y tu familia piensan en ti día y noche, anhelando tu pronto regreso a casa. Hijo, recuerda las palabras de tu madre: “Escucha las palabras del cielo y obedece la voz de Dios. No temas”..

Acaricié mis manos y notó cuán apretadas estaban las esposas. Se le rompió el corazón. El guardia que nos observaba dijo: -- ¡Dense prisa! ¡Hablen con rapidez! A ti no se te permite tener visitas, pero sabemos que tu madre ha venido desde muy lejos para verte.

Dense prisa y terminen antes de que nos pillen. – Hijo, viene a verte y tuve que buscarte durante tres días – dijo mamá ---. Nadie sabía dónde estabas. Entonces, anoche el ángel del Señor me habló en un sueño. Me dijo: “No temas. Verás a tu hijo”. Esta mañana este guardia me vio esperando a la puerta de la prisión. Es un creyente. Sabía que yo andaba buscándote. Me dijo: “No temas. Verás a tu hijo”. Esta mañana este guardia me vio esperando a la puerta de la prisión. Es un creyente. Sabía que yo andaba buscándote. Me dijo que tú estabas encerrado en una celda pequeña incomunicado. Aun así, este hombre de buen corazón me ha permitido verte.

Mi madre se volvió hacia el guardia y le dijo:
Dios sin duda bendecirá su bondadosa acción.

Le pregunté al guardia si podía escribir una carta para mi esposa e hijo. Él me dio papel y bolígrafo y me quitó la esposa de la mano derecha. Mi mano temblaba al escribir a mi amada familia, exhortándoles a permanecer fieles al Señor y a que predicaran el evangelio a los perdidos.

Al regresar a mi celda me volví para mirar a los ojos de amor de mi madre. Ella levantó su mano y me saludó.

El hermano Xu se dio cuenta enseguida de que las autoridades interceptaron su carta para mí, pero de todas maneras siguió adelante e intentó visitar a Billy Grham durante su viaje a Beijing. Pensó que valía la pena arriesgarse para decir la verdad de lo que pasaba en china en realidad. La preocupación de Xu es que la Iglesia de Dios en China la representaba el Movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías, y no por las iglesia en casas.

El predicador estadounidense tenía programado reunirse con los líderes de la Iglesia Patriótica el 17 de abril de 1988. Por medio de un amigo mutuo, el hermano Xu hizo los arreglos para reunirse con Graham más tarde ese mismo día.

La reunión nunca se celebró. Los agentes del Ministerio de Seguridad Estatal, vestidos de paisanos, arrestaron al hermano Xu mientras visitaba un parque alrededor de las cuatro de la tarde del 16 de abril. Debido a nuestra correspondencia, las autoridades estaban enteradas de sus intenciones y lanzaron una operación masiva de búsqueda con la intención de detenerlo antes de que tuviera la oportunidad de reunirse con Billy Graham.

Al extenderse la noticia del arresto de Xu por todo el mundo, un escritor cristiano extranjero dijo con sarcasmo: “En cuanto a la naturaleza y al impacto de su trabajo, es justo que a Xu se le considere el “Billy Graham de China”, así que de algún modo es irónico que lo arrestaran mientras intentaba ver a Billy Graham”.

El hermano Xu pasó tres años en prisión por su valeroso intento, liberándolo por fin en 1991. Lo mantuvieron encerrado, sin que le acusaran, en una prisión en el condado de Zhenping en la provincia de Henan.

CAPÍTULO 16

DIOS DERRAMA SU ASOMBROSO PODER

“Tú, OH Dios, nos has puesto a prueba; nos has purificado como a la plata. Nos has hecho caer en una red; ¡pesada carga nos has echado auestas! Las caballerías nos han aplastado la cabeza; hemos pasado por el fuego y por el agua, pero al fin nos has dado un respiro (...) Vengan ustedes, temerosos de Dios, escuchen, que voy a contarles todo lo que él ha hecho por mí”. Salmo 66:10-12,16

Antes de cumplir mis cuatro años de condena me vi involucrado en otras serias dificultades y ahora me encontraba encerrado en una diminuta celda. Pensaba que de seguro me condenarían a la pena de muerte.

Una mañana un guardia vino para llevarme a una sesión de interrogatorio abierta que planeaban que durara todo el día.

Acababa de termina un tiempo de oración con el Señor y le había estado adorando con todo mi corazón.

Cuando el guardia vio el gozo reflejado en mi rostro me preguntó: “¿Qué sueño tuviste anoche que te hace estar feliz?”. Yo seguí cantando.

El guardia me interrumpió: “No estés tan feliz. Hoy vas a tener que lidiar con la dura realidad de tu situación. No creo que sigas cantando al final del día”.

Verifiqué que tenía puestas las esposas y me empujó hacia la sala de interrogatorios. Ya estaban allí ocho funcionarios sentados. Sobre la mesa tenían una colección de diferentes instrumentos de tortura. Dios ya había quitado de mi corazón todo temor, de manera que examiné estos objetos con la vista sin sentir ninguna angustia.

Me senté en una silla.

Yun, esta es tu última oportunidad --- me dijo un juez --- Tengo autoridad para sentenciarte a otros quince o veinte años si te niegas a cooperar y admitir tus delitos.

Le miré y no dije nada.

--- Yun, según la información que tenemos en tu expediente, has tenido bastantes contactos con el criminal Xu Yongze --- me dijo el delegado del BSP del condado ---. Te has relacionado con extranjeros para conspirar contra nuestro gobierno. Estos hechos bastan para condenarte a muerte si así lo consideramos. Lo que esperamos es que reconozcas la veracidad de estos cargos. Dinos quiénes son los principales colaboradores de Xu. Si nos dices sus nombres, seremos benignos contigo. De no hacerlo, lo vas a lamentar mucho.

De repente, me enojé por dentro. Me paré y levanté mis manos atadas. En voz alta declaré:

--- ¡No digan nada más! ¡Estoy completamente preparado para enfrentar la pena de muerte! No les voy a responder. ¡Hagan lo que quieran conmigo!

Después me senté de nuevo.

En lo profundo de mi corazón dije: “Señor Jesús, aun si me matan, siempre te amaré”.

Todos en la sala estaban asombrados.

--- Está bien Yun, sabemos que eres un cristiano sincero – dijo un experimentado juez del gobierno provincial---. Pero nuestro gobierno está dispuesto a ayudarte. No tenemos la intención de matarte, así que no te agites. Solo escucha las preguntas que

queremos hacerte. Regresa ahora a tu celda. Te llamaremos en unos días para que nos des tus respuestas.

Cuando estaba solo sentado sobre el sucio suelo de mi celda, empecé a cantar un himno:

*Oh Señor, no sé lo que me espera mañana
Pero preferiría morir por ti
Porque sé que tú me has escogido
Y me has llamado a obedecerte y amarte.*

Unos días más tarde, alrededor de las nueve de la mañana, el director de la prisión vino en persona a buscarme. Me quedé sorprendido cuando me dijo:

--Yun, recoge tus cosas y prepárate para marchar de aquí.

-- ¿Por qué? --- le pregunté.

-- Te vamos a enviar de nuevo a la prisión original de tu zona -- me respondió---.Allí enfrentarás otro juicio.

Me llevaron de vuelta a Nanyang en un auto de la policía. Me llevé mi manta, la ropa, mi Biblia y todo lo que poseía en este mundo. Me esposaron y me metieron en el asiento trasero del auto, en medio de dos guardias armados.

Llegamos a Nanyang al anochecer. Habían pasado casi cuatro años desde que salí la última vez de mi pueblo natal. En vez de ir directo a la prisión me llevaron a un patio grande. Me di cuenta de que el nombre del lugar era “Prefectura del Buró de Seguridad Pública”.

Los guardias me quitaron las esposas y me permitieron lavarme las manos y la cara. Luego me llevaron a una lujosa sala de reuniones. Una docena de personas ya esperaba por mí. Estaban presente el jefe del BSP, el director de la Administración Estatal de Asuntos Religiosos, representantes del Partido Comunista local y unos líderes de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías.

El jefe del BSP dijo: “Yun, creemos que ya sabes cuán sería es tu situación, así que no tenemos que repetirte los cargos de nuevo. De acuerdo con nuestra ley, debemos darte una sentencia más larga, pero pensamos que eres demasiado terco para cambiar tu comportamiento. Después de discusiones entre nuestros diferentes departamentos, hemos decidido permitirte que te vayas a tu casa”.

El Espíritu Santo me recordó sus Palabras: “*No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba*” Juan 19:11

El funcionario continuó: “Tenemos varias condiciones que tienes que aceptar antes de que te liberemos...”

1. Durante dos años quedarás privado de todos tus derechos políticos. No hay manera de poder evitar la deshonra de haber sido un preso político.
2. durante dos años estarás sometido a la vigilancia de la policía.
3. Tienes que reportarte cada mes al BSP y decirles lo que has hecho durante el mes.
4. No estás autorizado a viajar fuera de tu pueblo. No puedes ir a ningún lugar a predicar. Si alguien va a verte a tu casa, tienes que informarlo a las autoridades locales. Si no lo haces, te castigaremos con severidad.

5. Tienes que unirte a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías que reconoce y avala nuestro gobierno”.

Después que se leyeron estos cinco puntos, me pidieron que firmara un papel aceptando estas condiciones.

Les respondí con amabilidad: “Honorables líderes, hay una condición que no puedo obedecer. Es la número cinco. No me uniré, ni puedo hacerlo, a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías. Es una organización política nacional. Me privaron de todos los derechos políticos, así que debo también estar descalificado para unirme a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías”.

Les pareció que había algo de razón en lo que les decía. No supieron cómo contestar, así que me advirtieron con dureza: “Yun, sabemos que eres como un perro que no puedes para de comer desperdicios humanos. Sabemos que no te resulta fácil cambiar de manera de actuar. Sin importar cuán listo pienses que eres, si continúas incitando a tus seguidores en contra de la política religiosa de nuestra nación sufrirás las consecuencias por el resto de tu vida”.

Me enteré que ya había comprado un billete de autobús para que regresara a mi pueblo natal. Era el último de esa noche. Proveyeron un auto para que me llevara a la estación de ómnibus. Mi corazón estallaba de gozo y gratitud.

Era el 25 de enero de 1988, a los cuatro años desde que me llevaran de regreso a Nanyang en una furgoneta de la policía, esposado dolorosamente a una barra metálica y todo manchado con mi propia sangre. Se cumplí también cuatro años desde el día que empecé mi ayuno de setenta y cuatro días.

¡Por fin salía libre de la prisión!

Poco antes de la medianoche me dejaron a las afueras de mi pueblo. Caminé en la oscuridad, sobre el hielo, para llegar a mi casa. Estaba emocionado y a la vez nervioso. Sabía que mi familia había sufrido mucho durante mi ausencia.

Apreté el paso siguiendo el angosto camino, pasé una hilera de casas y puede apreciar que salía humo por sus chimeneas, el fuego dentro permitía proteger las casas del frío del invierno.

Vi mi casa. Me detuve, captando el momento. Era como un sueño.

Experimenté muchísimo en esos cuatro años, pero Dios fue fiel. Sufrí terribles torturas, pero Dios fue fiel. Me arrastraron a la presencia de jueces y tribunales, pero Dios fue fiel. Pasé hambre, sed y desmayos por el agotamiento, pero Dios fue fiel.

A través de todas esas situaciones, Dios fue siempre fiel y amoroso conmigo. Nunca me dejó ni me desamparó. Su gracias fue siempre suficiente y Él proveyó para mis necesidades.

No sufrí por Jesús en la prisión. ¡No! Cada día estaba con Jesús y experimenté la realidad de su presencia, de su gozo y paz. Los que sufren en la prisión son los que no están allí por causa del evangelio. La persona que sufre es la que nunca experimenta la presencia íntima de Dios.

En cierto sentido, aunque ahora estaba en libertad, encontraba difícil dejar la prisión. En su interior, el compañerismo espiritual con mis hermanos cristianos fue muy dulce y profundo. Los lazos que nos unían eran muy fuertes. Nos servíamos unos a otros en amor, y compartimos toda nuestra vida unos con otros.

En el mundo exterior las personas están muy ocupadas y tienen muchas cosas que hacer. La mayoría de nuestras relaciones son poco más que superficiales.

Mi familia no me esperaba. Sabían más o menos cuándo me tenían que soltar de la prisión, pero no habían recibido ninguna notificación de las autoridades. Encontré cerrada la puerta principal de mi casa. Toqué, y mi preciosa esposa Deling con una expresión de total asombro, abrió la puerta y me dio la bienvenida. Mi pequeño hijo Isaac estaba dormido. Deling lo despertó y los dos se quedaron mirándome con los ojos muy abiertos como platos, tratando de creer que en realidad era yo, y no un sueño o visión.

Isaac ya tenía cuatro años, pero nunca antes nos habíamos visto. Se abrazaba a su madre y preguntaba: “¿Quién es él? ¡No es mi padre! ¿Quién es él?”. Eso me rompió el corazón, pero en los siguientes días mi hijo poco a poco se fue acostumbrando y acercándose a mí.

Todos nos arrodillamos y le dimos gracias a Dios por reunirnos de nuevo. Después Deling y yo nos abrazamos, reímos y lloramos durante el resto de la noche, mientras nos contábamos las experiencias vividas de nuestras luchas y de la bondad de Dios en nuestras vidas.

Mi madre no estaba en casa cuando llegué. Había ido a Nanyang con la esperanza de enterarse cuándo saldría de prisión. Las autoridades la obviaron por completo y no respondieron a ninguna de sus preguntas. A la tarde siguiente de mi libertad llegó a casa, venía desalentada y con el corazón roto. ¡Se imagina el gozo indescriptible que sintió cuando vio que ya estaba en casa! Una noche, a los tres días de mi libertad, recibí un sueño extraño, pero supe enseguida que era del Señor.

En mi sueño me perseguía una multitud de cristianos. Llevaba una luz brillante del tamaño de un huevo. Las personas trataban de arrebatarle la luz, así que procuraba esconderla, pero seguía brillando a través de mis ropas. No importaba lo que hiciera, las personas seguían persiguiéndome.

Me desperté y tenía la camisa empapada de sudor. Desperté a mi esposa y le dije: “necesitamos orar. He tenido un sueño que me asustó”. Cuando le conté a Deling los detalles, me dijo: “El Señor te está diciendo que es muy difícil que te escondas de los creyentes. Cuando se enteren de que estás aquí, vendrán a verte. Entonces las autoridades te arrestarán. Es por eso que te soltaron de la prisión. Te están usando como una luz para atraer mariposas. Cuando los creyentes acudan, la policía caerá sobre ellos”.

El sueño empezó a hacerse realidad. A las dos semanas de mi llegada se celebró una gran reunión del BSP y del Congreso Popular. En dicha reunión declararon que China tenía completa libertad religiosa. Criticaron las iglesias en casa. Anunciaron que yo me encontraba bajo estricta vigilancia del gobierno local y notificaron a los delegados los cinco puntos que me impusieron antes de darme la libertad. Trataron de ponerme en una situación embarazosa durante la reunión.

Un día varios compañeros importantes de ministerio vinieron a mi casa antes del amanecer. Me llevaron a una reunión especial de líderes. Mi corazón ardía con el Espíritu Santo. Oramos juntos pidiendo avivamiento. Muchos jóvenes estaban allí llorando delante del Señor. Todos volvimos a dedicar nuestras vidas a los propósitos del Señor.

El fuego del Señor descendió en Nanyang, mi provincia de origen. Sucedieron muchos milagros y miles de conversiones en poco tiempo. El fuego entonces se extendió a otros lugares. Me vigilaban muy de cerca, así que no podía ir a donde quisiera. Tenía que pedir permiso si quería salir de mi pueblo. Cada mes tenía que visitar la oficina local del Buró de Seguridad Pública y hacer un informe de mis actividades. Para mí esto era una espina en la carne.

Un día oré: “Señor, tú le dijiste a Pedro que debía obedecer a Dios y no a los hombres, así que a partir de ahora ya no informaré más a las autoridades. Te obedeceré solo a ti”.

El Señor enseguida me habló al corazón: *“Sométanse por causa del Señor a toda autoridad humana (...) Porque esta es la voluntad de Dios: que, practicando el bien, hagan callar la ignorancia de los insensatos”*. 1 Pedro 2:13,15.

Por lo tanto, durante los dos primeros años hice todo lo que me pidieron y hacía un informe al BSP cada mes. Aproveché todas las oportunidades para dar a conocer la Palabra de Dios a los funcionarios. En mi informe nunca les decía a dónde había ido a predicar el evangelio. Mi informe consistía en la revelación que Dios me había dado en ese mes de su Palabra.

En marzo de 1988 nos enteramos de que había Biblias disponibles en el sur de China, en la ciudad de Guangzhou. Cristianos de otros países habían pasado las Biblias por la frontera de que vivía en Hong Kong. También me hablaron de un pastor estadounidense que vivía en Hong Kong, que amaba a China con todo su corazón. Él podía hablar y predicar con fluidez en chino.

Cuando mi esposa se enteró de este pastor estadounidense, me animó a que fuera a Guangzhou a visitarle y a recoger algunas Biblias para nuestra iglesia. Me dijo que no me preocupara por las autoridades locales. Buscaría una excusa que explicara mi ausencia del pueblo.

Me puse en camino e hice el recorrido de treinta horas en tren a Guangzhou para reunirme con este hermano estadounidense. Me habló de cómo amaba a China y estaba dispuesto a sacrificar su vida por el pueblo chino. Mi corazón quedó muy animado. Este fue el primer contacto que tuve con creyentes occidentales. Ellos empezaron a traernos muchas bolsas de Biblias. Las que eran muy necesarias en las casas iglesias.

A partir de esta fecha comenzamos a recibir un pequeño número de extranjeros en nuestro medio. Disfrutemos de su compañía y les estamos agradecidos por las Biblias y otros materiales que nos proporcionaban, pero a veces teníamos dificultades para hospedarlos. Por ejemplo, en ese tiempo nos levantábamos siempre a las cinco de la mañana para nuestras reuniones de oración. Después de la oración y del desayuno trabajábamos con diligencia para el Señor hasta la medianoche.

A los creyentes en las iglesias en casa les gustaba escuchar largos mensajes de la Palabra de Dios. Muchos predicadores chinos podían hablar con poder, sin pausa, durante varias horas. Entonces, después del descanso de la comida, continuaban durante varias horas más. Esta actividad seguía días tras día. Nosotros encontramos que algunos de nuestros visitantes extranjeros solo podía hablar cuarenta y cinco minutos y se les acababa lo que tenían que decir. De manera que solicitamos que solo nos visitaran los que fueran capaces de enseñar durante al menos dos horas seguidas.

El año de 1989 fue crucial para las iglesias en casa. Nos empezamos a unir para recoger la cosecha. El 4 de junio, la masacre de la Plaza de Tiananmen cambió el corazón de muchas personas. Desacreditó al comunismo ante los ojos de millones de personas y fue lo que los llevó a la búsqueda de la verdad espiritual.

En 1989 el poder del Espíritu Santo estalló en toda China en muchas formas diferentes. Cada vez había menos personas dispuestas a unirse al Partido Comunista, mientras que muchos querían unirse a la iglesia cristiana.

De 1978 a 1989 la mayoría de los creyentes en ancianos campesinos, pero para 1989 muchos estudiantes y obreros educados del gobierno empezaron a seguir a Cristo.

Incluso un buen número de comunistas experimentados se alejaron de la ideología marxista vacía y decidieron aceptar a Jesús. Aun en mi propio pueblo el evangelio prosperó mucho. Varios miembros del Partido Comunista cancelaron su membresía, creyeron en Jesús, se bautizaron y empezaron a predicar el evangelio. Muchos pecadores se salvaron y los enfermos se sanaron. El poder del evangelio se convirtió en tema de conversación entre los habitantes del lugar. Parecería como en el poder sobrenatural y la realidad de Dios captarán la atención de casi todos. Aun los vecinos que se burlaron de mi esposa durante los años que estuve en prisión se arrepintieron y se hicieron cristianos consagrados. Se avergonzaron de la manera en que persiguieron a mi familia.

En la noche de mi arresto en 1983, había gritado: “¡Soy un hombre celestial! Mi hogar es la villa del evangelio”. ¡Esto se hizo realidad! Por la gracia de Dios nuestro pueblo se había convertido en una villa del evangelio.

Las autoridades sabían que muchas personas creían y se salvaban y que grandes milagros ocurrían en este tiempo, pero decidieron quedarse tranquilos en sus comisarías en vez de perseguir a las iglesias en casas. Temían tocarnos porque sabían que un gran poder actuaba entre nosotros. Sabían que sería torpe y peligroso oponerse al pueblo de Dios. Nuestros compañeros de ministerio nunca habían recibido preparación formal de seminario, pero estaban de verdad llenos del Espíritu Santo. Cada vez que predicaban el evangelio las personas se asombraban de sus enseñanzas y el nombre de Jesús se extendía. *“Los gobernantes, al ver la osadía con que hablaban (...) y al darse cuenta de que eran gente sin estudios ni preparación quedaron asombrados y reconocieron que había estado con Jesús” Hechos 4:13.*

Todos los líderes cristianos estábamos tan ocupados que no teníamos tiempo para comer como es debido, ni para reunirnos con nuestras familias. Por todas partes había un llamamiento del macedonio de ir y predicar el evangelio. Fue un tiempo asombroso cuando solo tratábamos de mantener el paso de Dios y de sembrar y cosechar mientras quedaba luz del día.

En una ocasión me invitaron a dirigir una reuniones especiales en Wenzhou, en la provincia de Zhejiang. Ocurrieron grandes milagros. Los ciegos podía ver, los sordos oír y los cojos andar. Nos rodeaban las personas que necesitaban con desesperación al Señor. Tocaban incluso mis ropas con la esperanza de recibir sanidad del Señor. Por último hizo falta la ayuda de seis o siete colaboradores fuertes para sacarme de la multitud y de la reunión.

En la provincia de Anhui más de dos mil personas se congregaron para una reunión. A cuatro personas, que todos consideraban como poseídas por demonios, las llevaron al frente de la reunión mientras hablaba. Por años nadie había sido capaz de controlarlos. Los médicos y los especialistas habían tratado de sanarlos, pero solo habían empeorado.

Uno de os hombres era un terrible azote para la iglesia. Trató con frecuencia de matar al pastor y exigía que el pastor se inclinara y adorara a los demonios que él llevaba dentro. Lo tenían por peligroso, así que la policía le esposaba durante sus peores momentos. Los creyentes habían orado por este hombre por un tiempo, pero no mejoraba.

Cuando oramos por estas cuatro personas afligidas en el nombre de Jesús, tres de ellas se liberaron al instante. El hombre con el espíritu maligno, sin embargo, presentó una gran lucha. Seguimos orando con fervor por su liberación hasta las cuatro de la mañana, pero él seguía profiriendo maldiciones y amenazas.

Quería matarme a mí en especial. Los poderes de las tinieblas dentro de ese hombre me provocaban diciendo: “¡Tú dices que tienes poder sobre los demonios, pero no me puedes expulsar a mí! ¡Este es mi hogar y de aquí no me voy!”.

Por muchas horas usamos todos los recursos que pudimos imaginar. Oramos de muchas maneras diferentes, pero nada resultaba. Por último, frustrados por completo, lo dejamos. Nos sentamos y dijimos: “Señor, no podemos hacer nada”. De repente, mientras estábamos sentados y derrotados, el Espíritu de Dios vino sobre nosotros y el hombre poseído por el demonio empezó a estremecerse de manera descontrolada. Nos pusimos de pie y le impusimos las manos. De inmediato los demonios salieron de él y quedó liberado.

Aprendimos una lección esa mañana. No estamos derrotados cuando llegamos al final de nuestros propios recursos, sino que empieza el acometimiento de los recursos inmensurables de Dios. Es cuando somos débiles que somos fuertes en Dios.

Durante este tiempo el hambre de la gente por Dios era de una intensidad increíble. A menos que se haya visto en una situación similar es difícil explicar a qué se parece. En algunas zonas el poder de Dios se había derramado con una intensidad tal que las personas caían bajo la convicción del Espíritu Santo en su camino hacia el lugar de reunión. Se arrodillaban al lado del camino y se arrepentían de sus pecados.

Las necesidades eran tan grandes que no sabíamos que hacer a continuación. El hermano Zhang Rongliang y sus colaboradores preguntaron: “¿Qué podemos hacer? De todos los sitios nos invitan a dirigir reuniones de salvación y sanidad. Nos hemos convertido en velas que arden por ambos extremos”.

Un día escuché una voz clara que me decía: “Vete al desierto y ora. Debes orar y después predicar. Ora primero y luego predica”.

En ese tiempo muchos líderes sintieron la carga de empezar a preparar a los nuevos convertidos. Nos habíamos enfocado en la evangelización pero ahora decidimos que no solo era necesario ganar almas, sino también alimentarlas y ayudarlas a crecer como discípulos del Señor.

En abril de 1989 empezamos unos programas intensivos de preparación. Muchas de estas escuelas bíblicas se llevaban a cabo dentro de cuevas que se excavaban en las laderas de las colinas.

Cuando Dios empieza a moverse, lo mejor que podemos hacer es caminar a su lado y tratar de mantener el paso. Todos los planes concebidos por el hombre son inútiles y sin valor, y quedan barridos como un paraguas ante un poderoso huracán.

* * *

Poco tiempo después de mi salida de la prisión cumplí la promesa que le había hecho al Huang y visité a sus padres. Habían pasado tres años y medio desde la conversión y ejecución de Huang en la prisión. Todavía conservaban la carta de su hijo escrita con sangre.

Les dije: “Aunque el cuerpo de su hijo está muerto, su espíritu está vivo y está con Jesús en el cielo. Las palabras que les dirigió en su carta también están vivas. Hoy he venido para hablarles de la última petición de su hijo. ¡Él dijo que ustedes deben creer en Jesús!”.

Ambos padres de Huang eran miembros del partido comunista y personas de alta posición social. Pude ver cómo el Espíritu Santo tocaba sus corazones pero sabían que tendrían que pagar un gran precio si se hacían cristianos.

Después de hablarles por varias horas, metieron una buena cantidad de dinero en mi bolsillo y me dieron las gracias por haber ido a visitarles. Saqué el dinero del bolsillo, lo puse sobre la bandeja del té y les dije: “no quiero su dinero, lo que quiero son sus almas. ¡Les ordeno en el nombre de Jesucristo de Nazaret que se arrodillen y acepten a Jesús como su Salvador!”.

Los padres de Huang se arrodillaron enseguida y con lágrimas confesaron sus pecados delante del Señor.

Hasta la fecha siguen cerca al Señor.

CAPÍTULO 17

EN LA CARCEL POR SEGUNDA VEZ

“Pero aun en la cárcel el SEÑOR estaba con él y no dejó de mostrarle su amor. Hizo que se ganara la confianza del guardia de la cárcel, el cual puso a José a cargo de todos los prisioneros y de todo lo que allí se hacía. Como el SEÑOR estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía, el guardia de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que dejaba en sus manos”. Génesis 39:21-23.

Desde que salí en libertad de la prisión en enero de 1988 hasta mediados de 1991, las iglesias por toda China nos invitaban a predicar el evangelio. El Señor me usó para proclamar su Palabra en muchas zonas remotas, y muchos pecadores se entregaron a Cristo. Desde la mañana hasta la noche estábamos tan ocupados que apenas comíamos. Nos levantábamos temprano para pasar tiempo con el Señor, y después trabajábamos con diligencia todo el día predicando, enseñando y viajando antes de caernos rendidos en la cama alrededor de la medianoche. Antes del amanecer del día siguiente estábamos en pie, preparándonos para repetir todo el proceso de nuevo.

En las pocas ocasiones que regresábamos a casa teníamos que trabajar bastante en los campos, y esforzarnos por llevar a cabo las muchas tareas que había quedado pendientes durante nuestra ausencia.

A principios de 1991 el Señor me advirtió mediante Apocalipsis 2:3-5: *“Has perseverado y sufrido por mi nombre, sin desanimarte. Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor.. ¡Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y vuelve a practicar las obras que hacía al principio. Si no te arrepientes iré y quitaré de su lugar tu candelabro”*.

Me encontraba agotado en el ministerio.

En Mayo de 1991 se desató otra ola de persecución en contra de las iglesias en casa. Una noche mientras dormíamos, mi esposa se despertó de repente de un sueño. Su corazón latía acelerado y estaba asustada por lo que había visto.

¡Debemos agarrar nuestra Biblias y marcharnos ahora mismo! --- exclamó.

La tranquilicé y le pedí que me contara el sueño.

Hacía viento y llovía afuera y me sentí muy sola en mi corazón –me dijo--, Iba empuñando una bicicleta por un camino enlodado. Llevaba sobre la bicicleta dos bolsas de tus libros cristianos favorito, lo que hacía que fuera casi imposible avanzar cuesta arriba hacia la colina.

“Empujaba con todas mi fuerzas, pero no avanzaba. Cuando me quedé agotada y a punto del desmayo, llegué a un pequeño camino. Dejé las bolsas a un lado del camino y descansé.

“Yun, el Señor me ha mostrado que si tú no obedeces su dirección te van a llevar a un lugar al que no quieres ir. Dios te está avisando. Vámonos ahora mientras está oscuro, ¡así podemos huir de los que quieren hacernos daño!

--Escucha, estamos muy cerca del tiempo de la cosecha del trigo – le dije a mi esposa--. Esperemos unos días y luego nos marchamos.

Me pareció lógico lo que le decía y traté de que Deling viera mi punto de vista, pero me respondió:

Si no me escuchas, de seguro te meterás en problemas. Te has vuelto un hombre muy obstinado y siempre tratas de ser un héroe. Ya no escuchas el consejo de los demás. Tienes que arrepentirte y orar para que Dios purifique tu corazón.

En ese momento, incluso el Espíritu Santo me habló mediante Mateo 2:13: "*Levántate, toma la niño y a su madres, y huye*". Me dijo que me marchara de inmediato, pero no escuché su advertencia.

Debido a que llevaba meses actuando basado en mis propias fuerzas, tenía agotamiento físico, emocional y espiritual. Mi visión espiritual se había debilitado y mi oído endurecido. El orgullo se había apoderado de mi corazón y me ahogaba. En vez de obedecer la voz de Dios, razonaba con la lógica humana y basaba mis decisiones en mi propia sabiduría.

Mis compañeros de ministerio me había advertido que me quedara en casa, pero no prestaba atención a su consejo. No esperaba en el Señor con un corazón puro. Estaba cansando, extenuado y reincidía en mi corazón.

El ministerio se había convertido en un ídolo. El trabajo por Dios había sustituido el amor a Dios. Ocultaba mi condición a los que oraban por mí y seguía adelante impulsado por mis propias habilidades, hasta que Dios decidió intervenir en su amor y misericordia.

Me levantaba cada día a las cinco en punto de la mañana y oraba con otros líderes de la iglesia, y todavía leía la Biblia cada día, pero hacía estas cosas por hábito y obligación no por un espíritu dispuesto que fluía de mi comunión con Jesús.

A principios de año el gobierno central había anunciado planes de arrestar a los líderes de las iglesias en casa que se negaran a unirse al movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías. Aprobaron una ley que declaraba ilegales las reuniones de las iglesias en casa. Esto permitía a las autoridades procesarnos con todo el peso de la ley.

Cuatro días después del sueño de Deling, agentes vestidos de paisano me tendieron una emboscada fuera de mi casa. Me arrestaron y me esposaron. Cada tres o cuatro días habían estado llegando a mi casa buscándome, pero no me habían encontrado porque siempre estaba yendo o viniendo a reuniones en alguna parte.

Debido a mi desobediencia y falta de respeto por el Señor, mi esposa y compañeros de ministerio, me vi encarcelado por segunda vez. El Señor vio que estaba agotado, así que en su gracia me permitió descansar detrás de las rejas de la cárcel por un tiempo para que aprendiera de la vida espiritual interna.

Si es un siervo del Señor, le animo a que vigile con humildad su forma de actuar a fin de que no caiga en el mismo error. El Señor Dios es celoso y desea que seamos suyos por completo. Es el amante de nuestras almas. Si nos atrevemos a interponer alguna cosa en nuestra relación con Jesús, aunque sea el trabajo por el Señor, nos veremos atrapados. Si se siente agotado, ¡pare! ¡Descanse! Su lámpara necesita llenarse a cada momento con el aceite del Señor o su luz se apagará. Recuerde que "*En el arrepentimiento y la calma está su salvación en la serenidad y la confianza está su fuerza, ¡Pero ustedes no lo quieren reconocer! (...) Por eso el SEÑOR los espera, para tenerles piedad,; por eso levanta para mostrarles compasión. Porque el SEÑOR es un Dios de justicia. ¡Dichosos todos los que en él esperan!*" Isaías 30:15,18.

En mi juicio me acusaron de "graves perturbaciones del orden social". El juez me advirtió muy en serio: "Hoy le sentenciamos a la prisión y campo de trabajo de Da'an. Nos han llegado noticias de que puede trastornar el mundo a su alrededor. Sabemos que predica

el cristianismo por todas partes y que en pocos días logra convencer a mucho para que sigan sus enseñanzas. Si hace eso en Da'an, nos veremos obligados a enseñarle una dolorosa lección que nunca la olvidará.”.

A mi colaborador, el hermano Chuan, y a mí nos sentenciaron a tres años de trabajos forzados. Los guardias nos esposaron y nos hicieron sentar entre dos criminales. Nos metieron en un vehículo y nos enviaron a un centro de detención para tenernos encerrados allí por varios meses antes de enviarnos de forma oficial al campo de trabajo.

Ya era consciente de que había en esa situación por culpa de mi pecado y orgullo. Después de llegar al centro de detención me arrepentí con muchas lágrimas y me entregué a la gracias y misericordia divinas. Él me perdonó y aumentó mi fe.

Cuando entré en la prisión, el Espíritu Santo me habló al corazón mediante el siguiente pasaje: *“¿Quién les va a hacer daño si se esfuerzan por hacer el bien? ¡Dichosos si sufren por causa de la justicia! “No teman lo que ellos temen, ni se dejen asustar”, Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto, manteniendo la conciencia limpia, para que los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo, se avergüencen de sus de sus calumnias”. 1 Pedro 3:13-16.*

A todos los nuevos presos, al menos durante los primeros días, se les da la “bienvenida” a la cárcel con severas palizas y torturas. Esto lo hacen sobre todo con los que ya han estado antes en prisión. Los guardias no son los que llevan a cabo la mayoría de estas palizas sino los líderes de las celdas en la prisión. Es la manera que tienen estos hombres brutales de hacer sentir su autoridad y de mostrar a los recién llegados quién es el jefe. Los guardias se mantienen al margen y no hacen nada para evitarlo. Ya estaba preparado para recibir una paliza, pero uno de los oficiales de la prisión se había enterado del ingreso de un pastor cristiano en la prisión, y planeó la manera de librarme del castigo.

Así que vino y me preguntó:

--- ¿Eres el que cree en Cristo Jesús?

--- ¡Sí! --- le contesté---. ¿Y usted cree en Jesús?

--- Toda mi familia cree, pero yo no --- respondió.

-- Usted es la cabeza de su familia --- le dije ---. ¿Por qué cree personalmente en Él?

Sonrió, negándose a responder mi pregunta, dijo:

---Habla de esto más tarde. Así que, ahora, dime en qué puedo ayudarte.

--- Si es posible, afloje un poco las esposas --- le dije a aquel amable oficial con el corazón lleno de agradecimiento---, Ya están cortando en las muñecas.

---¿Quieres enviarle un mensaje a tu familia? -- me preguntó después---. Me gustaría ayudarte.

A los pocos días llegaron mi familia y unos colaboradores y les permitieron visitarme, gracias a la ayuda divina y a la buena actitud de ese oficial de prisiones. Le di gracias a Dios. Esta fue una bienvenida a la prisión muy diferente de la de mi primera experiencia en 1984.

En octubre de 1991, a los cinco meses de mi arresto, los del BSP enviaron un equipo especial de guardias armados para llevarnos a mí y a otros presos desde el centro de detención hasta el campo de trabajo de Da'an, que está ubicado en el condado de Ruyang, al noroeste de la provincia de Henan.

Cuando llegamos, el jefe de los guardias dijo:

--- Este es el líder Yun, el gran agitador y contrarrevolucionario.

Los oficiales de la prisión se reunieron a mi alrededor y me preguntaron:

---¿Conoce a Xu Yongze, el cabecilla de los contrarrevolucionarios? ¿Conoces al pastor llamado la Gallina Fiel?

Esos hombres creen en Jesús – les contesté.

---No trates de engañarnos—dijeron los oficiales sacando mi expediente ---. Sabemos que eres socio de crímenes de esos hombres.

En los primeros días en el campo de trabajo no permitían hablar con nadie, y a nadie le permitían que hablara conmigo.

Los demás presos pensaban que debía ser un individuo muy malo, quizá un asesino o violador. Me golpearon con severidad.

Los hombres de ese lugar necesitaban de verdad el evangelio. En el campo había muchos presos enfermos y desnutridos.

Algunos se encontraban tan enfermos que se quedaban acostados todo el día, esperando morir.

Durante los primeros meses los guardias me vigilaban muy de cerca, pero nunca discutí de política. El Señor me permitió ver a los demás hombres a través de sus ojos de compasión. Cada vez que tenía la oportunidad, oraba por los enfermos y les hablaba del evangelio a mi compañeros de prisión.

Lograba hacer esto al hacer que los guardias pensarán que era un hábil masajista. Mientras les daba masajes a los enfermos, les hablaba en secreto del evangelio a mis compañeros de prisión.

Lograba hacer esto al hacer que los guardias pensarán que era un hábil masajista. Mientras les daba masajes a los enfermos, les hablaba en secreto del evangelio y oraba por ellos. De esta manera muchos recibieron al Señor Jesús con lágrimas en sus ojos y se sanaron de sus males. Muy pronto cada preso y guardia sabía que era un creyente en Cristo y que su poder para salvar y sanar estaba a su disposición.

Un día les hablaba del evangelio a un grupo de presos. El gozo del Señor estaba en sus corazones. Varios guardias comentaron: “miren, este criminal es incluso más feliz que nosotros, ¿y nosotros estamos libres! Vamos a pedirle que nos cante algo”. Le canté mi himno favorito: “Que el mundo sepa que tengo un Salvador. Su nombre es Jesús”.

Cada vez que los presos regresaban a sus celdas, les enseñaban a sus compañeros las canciones que aprendían y lo que me escuchaban hablar. Estos hombres estaban dispuestos a aferrarse a cualquier luz espiritual que les llegara, debido a la dura realidad de sus vidas y a su situación tan carente de esperanza. Sentían que no tenían esperanza ni gozo futuros, así que recibían la Palabra de Dios como una perla preciosa.

Un día el director de la prisión sufrió de un fuerte tortícolis, por lo que me pidió que le diera un masaje. Le hablé, y pronto se dio cuenta de que no era el tipo de persona que indicaba mi expediente. Me dijo: “Tú no actúas como la personas de la que el BSP nos advirtió. Te hemos estado observando con detenimiento durante meses. Todos los guardias y presos tiene una buena impresión de ti, así que he decidido que seas el líder de tu celda.

Tendrás la responsabilidad de la moral y el comportamiento de los otros presos, y de asegurarte que hagan su trabajo como es debido”.

La actitud de los jefes de la prisión hacia mi cambió para bien. Me transfirieron a la oficina principal del campo de trabajo y me dieron allí varias tareas. Algunas de mis nuevas labores incluían organizar los programas educacionales para los presos, y seleccionar la música que se transmitiría por los altavoces de la prisión. Me hicieron bibliotecario de la prisión, e incluso ayudé a editar los informes que se enviaban al gobierno sobre cómo cambiaba y mejoraba la vida de los presos.

Casi nunca asistía al instituto. La enfermedad de mi padre significó que tuve que quedarme en casa y trabajar, pero ahora el Señor me promovía. Estuve trabajando en cuatro departamentos diferentes. ¿dirección , educación, administración y sanidad! Había algunos graduados universitarios entre los demás presos, pero el favor del Señor estuvo conmigo y eso hizo que me promovieran.

Mis primeras dos temporadas en prisión me trajeron experiencias muy diferentes, no obstante, parecía que encajaban bien en los planes de Dios para mi vida. Toda la experiencia fue como un seminario en Biblia muy necesario para mí. Aprendí mucho sobre el carácter de Dios y me enseñó cómo ser un testigo viviente de Él. No me persiguieron ni me torturaron como sucedió en mi primer encarcelamiento.

Mis primeros cuatro años fueron como José cuando lo metieron en la cárcel, le difamaron y persiguieron. Entonces, mi segunda vez fue como cuando exaltaron a José y lo colocaron en una posición de influencia y autoridad. Aprendí el verdadero significado de la Escritura: *“La exaltación no viene del oriente, ni del occidente ni del sur, sino que es Dios el que juzga: a unos humilla y a otros exalta”*. Salmo 75:6-7.

Déjeme aclarar que, sin embargo, no era del todo libre para hacer lo que quisiera. No permitía que mis compañeros de ministerio me visitaran. Solo las personas que contaban con un permiso oficial escrito de las autoridades podían entrar en el campo de trabajo. A muchos de mis hermanos en la fe los perseguían las autoridades en ese tiempo, por lo que no podían arriesgarse a visitarme.

Recibía muy pocas noticias del mundo exterior. Tampoco me permitían enviar ni recibir ni recibir cartas. A pesa de estas limitaciones, ¡el Señor hizo cosas maravillosas para ayudarme!

A lo largo del muro de la prisión había una hilera de pequeñas tiendas. Estas tiendas tenían una diminutas ventanas que daban al muro y que les permitían enviar ni recibir cartas. A pesar de estas limitaciones, ¡el Señor hizo cosas maravillosas para ayudarme!

Alo largo del muro de la prisión había una hilera de pequeñas tiendas. Estas tiendas tenían unas diminutas ventanas que daban al muro y que les permitía a los presos comprar alimentos y otros artículos menores.

Un día me di cuenta que la dueña de una de esas tiendas tenía un himnario de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías en el mostrador que tenía detrás.

Por favor, puedo ver ese libro – le pregunté.

--No, usted no necesita ver mi libro—me contestó con brusquedad--. No es asunto suyo.

Lo ocultó en el interior del mostrador.

La mujer era una creyente que asistía a la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías. Pensaba que todos los presos eran gente mala, de modo que no creía que pudieran encontrar interesante su himnario.

-- Me he dado cuenta que ese libro en un himnario – le dije --. Me gustaría mucho poder verlo porque hay varios himnos que puedo cantar.

--- No hay ningún hombre bueno ahí dentro --- me dijo en tono de burla---. ¿De qué les sirve?

--Tía , ¡soy un verdadero cristiano! Estoy en la prisión por causa del evangelio y del testimonio de Jesús. Por favor, déjeme cantarle un himno del libro.

Ella se sintió avergonzada por la manera en que me había hablado. Abrió el libro por una página determinada en la que había cierto himno que conocía. Con lágrimas en mis ojos canté:

*Alaba a Dios sin cesar
Den gracias a mi Salvador desde ahora y para siempre.*

*¡Miren! El hijo de Dios fue crucificado
Clavado en la cruz del Calvario por ti y por mí.*

*El amor de Dios está sobre nuestra familia y nuestros amigos
Pecadores, ¡reciban la gracia de Dios hoy!
Diablo, fuera de nuestra presencia.
¡Miren! El hijo de Dios fue crucificado
Clavado en la cruz del Calvario por ti y por mí.*

Esa hermana anciana lloró de gozo. Sacó su mano por la ventana, agarró mi brazo con fuerza y me dijo: “¡Que el Señor consuele tu corazón! Toma el libro y quédate con él”.

Dos días más tarde regresé a la tienda. Ella me dijo que cuando llegó a su casa, el Señor le dijo: “Les aseguro que todo lo hicieron por uno de mis hermanos aún por el más pequeño, lo hicieron por mí”. Mateo 25:40.

No sabía qué hacer para bendecirme, así que cocinó algunos platos y le pidió a otra hermana que me llevara a escondidas la deliciosa comida, a fin de bendecirme en el nombre de Jesús.

Me pidió que de vez en cuando fuera a la ventana de su tienda, así podía hablarles de la Palabra de Dios a ella y a sus amigos. Ellos entraron a formar parte de un profundo compañerismo con el Señor.

Esta amada hermana se ofreció a ser la mensajera para pasar cartas entre mi familia, colaboradores y yo.

Dios la usó para traermé gran consuelo, a través de la bendición de la pequeña ventana en el muro.

CAPÍTULO 18

UNA VISITA FAMILIAR DOLOROSA

Un día estaba trabajando en el cuarto de programa de radio de la prisión transmitiendo CANTOS EVANGÉLICOS POR LOS ALTAVOCES. De pronto escuché que alguien me llamaba por mi nombre desde abajo en el patio. El director de educación de la prisión y una dama que era la directora de la clínica médica, estaban mirándome. Pensé que me había metido en problemas por tocar música cristiana. Me ordenaron que bajara enseguida, así que bajé las escaleras corriendo.

El director de educación le dijo a la doctora:

Yun es un buen hombre. Él nunca desobedece lo que le mando. Usted vio que bajó con rapidez.

-- Señor, ¿en qué puedo servirle? – le pregunté.

--Escucha, te voy a presentar a la doctora que está al frente de la clínica de la prisión – me contestó el director --. Ella necesita ayuda.

-- Me he enterado por los otros presos y guardias que tiene habilidad como masajista – me dijo la doctora--. Quisiera saber dónde estudió.

Me relajé al darme cuenta de que no me iban a regañar por tocar música cristiana.

-- Nunca he tenido estudios formales como masajista – le contesté--. Soy un cristiano que quiere ayudar a las personas aliviándolas de los dolores de sus cuerpos.

--Mi padre ha sufrido un derrame cerebral debido a problemas de circulación sanguínea – me dijo la doctora abriendo su corazón--. Tiene una parte de su cuerpo paralizado. Lo hemos llevado a muchos médicos en varias ciudades.

Un especialista nos dijo que una terapia de masaje a largo plazo puede ayudarle a aliviarse de sus dolores.

“Me enteré de su reputación como masajista, hemos solicitado a la dirección de la prisión que le den permiso para salir y venir a mi casa para darle masajes a mi padre. ¿Podría usted, por favor, venir e intentarlo? Puede comer con nosotros y le trataremos como uno más de la familia. Si mi padre se recupera, le prometo que le ayudaré a que le den la libertad lo más pronto posible para que se reúna con su familia. Antes que terminara de hablar, el Espíritu Santo me habló y me dijo:

“Esta es una oportunidad para que glorifiques mi nombre. Ve con ella”.

--Sí, iré con usted—le respondí enseguida a la doctora --.

También les doy mi palabra de que no me aprovecharé de la oportunidad para intentar escapar. No tienen que preocuparse de eso.

Regresé corriendo a mi celda y se lo conté todo al hermano Chuan. Él oró por mí y dijo: “Alabemos a Dios porque su gracias es suficiente para ti”. Volví con la doctora y ella me llevó a la casa de sus padres.

Era una casa hermosa con sillas cómodas y fruteros llenos de fruta fresca. La doctora me pidió que me sentara y comiera, pero le dije:

-- Muchas gracias, pero estoy ayunando y orando por su padre. Confío que eso no le moleste. Estoy orando para que reciba una gran bendición de parte del Señor.

La madre de la doctora se conmovió y lloró al oír mis palabras. La doctora tenía que regresar al hospital. Me incliné para saludarla y la aseguré:

--Vaya en paz. No haré ningún intento de escapar. Necesito un poco de tiempo para conocer a su padre y después le daré masajes.

Le hablé al querido anciano de cómo Jesús había llevado sus pecados y enfermedades en la cruz. Le insté: "Usted ahora tiene que abrir su boca e invitar a Jesús a que entre en su corazón y así recibirá sanidad". Le animé a que lo hiciera sin demora porque "este es el momento propicio de Dios: ¡hoy es el día de salvación!". 2 Corintios 6:2.

Oré por este hombre y su esposa, y les consolé con palabras de gozo y esperanza. Con lágrimas se arrepintieron de sus pecados e invitaron a Jesús a que fuera el Señor de sus vidas. Aunque el esposo no se sintió al principio mejor de sus males, sabía que el Señor había captado sus corazones y que pronto le sanaría al hombre su cuerpo.

Regresé a la prisión al oscurecer y le conté lo ocurrido al hermano Chun. Oramos juntos de nuevo.

Cuando esa noche la doctora regresó de la clínica a casa, su padre le dijo."El hombre que trajiste a casa esta mañana, el doctor Yun, es una buena persona. Ama de verdad a Dios. Mañana debes invitarle a que nos acompañe para desayunar juntos".

Los padres de la doctora no se habían dado cuenta de que era un preso. Pensaban que era un médico del hospital.

A la mañana siguiente antes del amanecer, el anciano de pronto notó que se encontraba mejor de su cuello y espalda. Por primera vez en meses podía mover su cabeza con facilidad. Exclamó: "¡Me siento como si una cuerda a mi alrededor se hubiera roto!". Se pudo poner de pie y podía mover su cuello y espalda. La esposa estaba tan contenta que tenía ganas de saltar. Los familiares acudieron y dieron gracias a Dios por su bondad para con ellos.

Esa mañana la doctora vino a verme a la prisión y me contó lo sucedido. Me invitó a desayunar con ellos en la casa, porque el padre quería testificar acerca de lo que Dios había hecho por él. El anciano recuperó la salud y pronto empezó a subir y bajar las escaleras. Esto era algo notable para un hombre que había quedado paralizado por causa de un derrame cerebral. Dios testimonio de sus experiencias a todos sus viejos amigos y pidió perdón a todos los que había ofendido o lastimado en el pasado.

El nombre de Jesús se estaba extendiendo dentro y fuera del campo de trabajo de la prisión. Aprovechamos todas las oportunidades para llevar a las personas a los pies de Jesús. El hermano Chuan y yo nos convertimos en los pastores no oficiales de la prisión.

Debido al buen testimonio del anciano que sanó de las consecuencias de un derrame cerebral, las noticias llegaron hasta el secretario del Comité Político del campo de trabajo de la prisión. Cuando la doctora les informó lo ocurrido, él dijo: "Si esto es cierto, sería bueno enviar a Yun a la Escuela de Masajistas de Luoyang para recibir una preparación más completa. Así cuando regrese podrá ayudar a más personas".

Debido a que carecía de dinero, la prisión incluso decidió pagar mis gastos para que asistiera a la escuela. Tres mañana a la semana me llevaban en un

vehículo de la policía desde la prisión hasta la ciudad de Luoyang, a unos setenta kilómetros. Me asignaron unos guardias de prisiones para que me acompañaran y aseguraran que no me escapara. Aprendí de los profesores todo lo que pueda acerca de la técnica de masajes. Al final del día me llevaban de regreso a la prisión junto con un montón de lecciones que tenía que estudiar.

No tardaron en promoverme para trabajar junto con la doctora en la clínica de la prisión. Pude ayudar con los masajes a cientos de personas y siempre le hablaba del evangelio, incluso con algunos altos jefes del Partido Comunista.

Muchos de mis pacientes me invitaron a sus casa para que les hablara a sus familiares y amigos acerca del evangelio de Cristo. Las personas tenían hambre de saber acerca de Jesús debido al vacío que sentían en sus corazones.

* * *

La primera vez que me encarcelaron, mi esposa estaba embarazada con Isaac . La segunda vez que me encarcelaron, mi pequeña hija Yilin tenía solo siete meses de nacida.

Un día en marzo de 1992, Deling y nuestros dos hijos vinieron a la prisión para visitarme.

Al llegar, ya era oscuro. Cuando Isaac me vio, echó a correr y quiso meter su cuerpecito entre los barrotes de la puerta para abrazarme. Los guardias le retiraron de allí. Entonces Isaac se puso a llorar y gritaba histéricamente. “Mamá, ¿por qué no me dejan ver a mi papá?”.

Eso me rompió el corazón y me eché a llorar. Cada vez que mi familia me visitaba, los guardias los humillaban y ofendían. Más tarde Deling me dijo: “Si no fuera por el amor de Jesús, nunca hubiera vuelto otra vez a ese lugar”.

Mi familia solo podía verme treinta minutos cada vez que venía a visitarme. Teníamos muchas cosas que decirnos, pero debido a la intensa vigilancia de los guardias no podíamos hablar mucho.

Hubo momentos cuando apenas sentía que mi amada Deling y yo fuéramos marido y mujer. Habíamos estado separados mucho tiempo por causa del evangelio. El tiempo breve que pasamos juntos fue a menudo bajo tensión debido al estrés que sufríamos. No fueron momentos apropiados para expresiones románticas ni emociones del corazón. Nos dedicábamos a transmitir mensajes para la iglesia o de ellos para mí.

Durante una de las visitas, mis dos hijos corrieron a mis brazos antes de que los guardia pudieran detenerlos. Los sostuve en mis brazos y los acaricié. Me dijeron: “Papá, te queremos mucho. Les respondí: “Yo también los amo mucho”.

El guardia los arrancó de mis brazos y me dijo: “Yun, si de verdad amaras a tus hijos, no estaría aquí en la prisión”.

Me di cuenta de que mi hijo llevaba las mismas ropas cada vez que me visitaba, las mismas prendas de vestir que tenía cuando me arrestaron.

Aunque había creció bastante, todavía tenía que ponerse la misma camisa y los mismos pantalones. Sus zapatos ya tenían grandes agujeros. A Deling, Isaac y Yilin se les veía muy delgados. Me di cuenta de que no tenían dinero y que luchaban por sobrevivir.

--¿Hechas de menos a tu papá?—le pregunté a Isaac.

-- Mamá dijo que no teníamos dinero para visitarte, y tampoco tenemos dinero para comprar ropas y zapatos nuevos – me dijo Isaac--. Pero nosotros siempre oramos por ti en casa. --¿Cómo te va en la escuela?—le pregunté varias veces. Sin embargo, Isaac se quedaba mirando al suelo sin responder. Al final, se secó las lágrimas de los ojos y dijo:

--Papá, yo quiero ir a la escuela, pero tú no estás en casa con nosotros. La maestra no me quiere allí. Le dijo a los otros niños: “Isaac y su familia son de esos tontos que creen en Jesús”. Mis compañeros de clase se ríen de mí y dicen:”Tu padre es un sucio criminal que merece estar en prisión”. Eso me dolió mucho y no sabía qué decir. Traté de mostrarme sereno y valiente y le dije a Isaac:

--Hijo, tu papá te dedicó al Señor cuando eras un bebé. Por favor, estudia tu Biblia y ora con diligencia ahora que eres joven a fin de que puedas servir mejor al Señor en el futuro. Debiéramos ser felices cuando los demás nos atacan y dicen cosas malas de nosotros, porque eso es por el amor de Jesús.

Aunque traté de consolar a mi familia y animarlos, al ver la inocencia de mi amada esposa e hijos me sentí muy mal. Me arrodillé, me cubrí el rostro con las manos y lloré.

Había sufrido muchas torturas y tormentos en mi vida. Me habían metido porras eléctricas en la boca. Me habían golpeado hasta el punto de desear la muerte. Había ayunado setenta y cuatro días sin comer ni beber agua. Aun así, les digo de todo corazón que la experiencia más difícil fue ver la condición de mi familia cuando me visitaba en esa época. Eran un montón de piel y huesos por falta de alimento iban vestidos con ropas viejas y gastadas, y pude ver que todos luchaban de manera terrible. Deling puso su mejor cara, pero sabía que estaba muy desesperada.

Mi instinto clamaba dentro de mí para ser un buen padre para mis preciosos hijos y un buen esposo para mi amada esposa. Sin embargo, no podía hacer nada excepto orar por ellos. A menudo me culpaba y me sentía avergonzado porque no podía ser el padre y el esposo para mi familia que quería ser.

Nada de lo que antes experimenté me había producido tanto dolor como esas visitas.

Aunque hasta hoy no tengo ninguna casa ni posesiones que dejarles a mis hijos, ellos aman al Señor Jesús y tienen un corazón compasivo hacia los demás.

Un día, mientras estaba en prisión un líder de las iglesias en casa visitó a mi familia y le pregunto a mi hijo: “Isaac, ¿quién te ama a ti más que nadie?”, Isaac contestó: “Mi Padre celestial me ama más que nadie. Jesús nos ama a todos más que nadie”.

Cuando me enteré de esto, me conmoví mucho.

Mientras estaba todavía en prisión hice el compromiso con el Señor de que nunca permitiría que otras familias de cristianos encarcelados en China sufrieran de semejantes privaciones. Desde entonces he hecho todo lo que ha estado en mi alcance para proveer de ayuda a las familias de creyentes encarcelados.

Algunas personas me han preguntado: “¿Por qué los cristianos locales no pueden cuidar de sus propios hermanos en la fe?”.

Lo hacen, por supuesto, en todo lo que pueden. Sin embargo, en algunos momentos la demanda ha sido demasiado grande para que pudieran aliviarla. Por ejemplo, en una ocasión, en el sur de Henan, arrestaron trescientos cristianos de

un solo pueblo, de unos mil habitantes en total. De pronto cada familia en ese lugar estaba afectada. Los que ganaban el pan desaparecieron en un solo día. No había ayuda suficiente para atender a tantas personas y todos sufrieron juntos.

Muchas personas oran por los cristianos que están en prisión, pero necesitamos entender que a menudo sus familiares sufren todavía más. Con frecuencia las autoridades llegaban y confiscaban todo lo que había de valor en los hogares de los presos, aun las ollas y sartenes, ropas y muebles. A veces se llevaban los animales para trabajar en el campo y las semillas para sembrar.

En una de esas redadas, las autoridades confiscaron en nuestra casa todas nuestras pertenencias personales, se llevaron hasta las fotografías en blanco y negro que conservaba de mi padre. Hasta la fecha los únicos recuerdos que me quedan de mi padre son los que conservo en mi memoria.

Hay miles de testimonios de cristianos en China que han pagado un gran precio por su fe. Me gustaría hablarles de uno de ellos.

La hermana Yuen Meng provenía de una de las familias más ricas de Shanghai. Era viuda con dos hijos jóvenes, un hijo de once años y una hija de nueve, cuando la encarcelaron en 1967. Después de un año en prisión, los del BSP pensaron que tendrían “compasión” de ella. El director de la prisión le dijo: “Este último año ha mostrado una conducta excelente, así que queremos recompensarla. Todo lo que tiene que hacer es escribir una confesión de sus crímenes y la dejaremos libre para que vaya a su casa y cuide de sus hijos. Sin duda, a tu Dios le gustaría que cuidaras de tu propia carne y sangre”.

Las autoridades le preguntaron: “¿Qué prefieres, a tu Jesús o a tus hijos? Si quieres a Jesús, te vas a quedar en la prisión. Si quieres a tus hijos, te puedes ir a casa”. Le entregaron una hoja de papel y un bolígrafo y le pidieron que pusiera por escrito su decisión.

Cuando leyeron lo que había escrito, se quedaron asombrados de que había declarado con letras grandes: “Nada puede ocupar el lugar de Jesús. Ni siquiera mis propios hijos pueden sustituirlo”. La hermana Yuen escogió permanecer en prisión. El director dijo en voz alta: “¡Escuchen, jovencitos! ¡Su madre los rechaza! ¡No les ama!”.

A la hermana Yuen la sentenciaron a veintitrés años más de prisión.

Cuando la liberaron en 1981, su hijo tenía treinta y cuatro años y trabajaba como empleado del gobierno en el Tibet. La hermana Yuen no vio a sus hijos siquiera una vez en todo ese tiempo. El estado tomó a su hijo, lo educó en escuelas ateas y le lavó el cerebro con la idea de que su propia madre renegó de ellos. Muchos cristianos le visitaron y le hablaron del evangelio, pero él siempre respondía: “Si Jesús me arrebató a mi madre, ¿Por qué tengo que creer en Él?”.

La hermana viajó hasta el Tibet para buscar a su hijo. Él la rechazó, le gritó que no tenía madre y la sacó de su hogar.

Nunca ha vuelto a ver a su hijo.

La senda para seguir al Señor Jesucristo no es nada fácil. A lo largo del camino hay sufrimiento y dificultades, pero nada que experimentemos es comparable con los sufrimientos que Jesús soportó por nosotros en la cruz.

Tengo un problema con la enseñanza sobre la “prosperidad” que prevalece hoy, que nos dice que seguir al Señor va a ser algo seguro y cómodo. Esto contradice por completo las Escrituras, así como nuestras experiencias en China.

Además de pasar siete años en prisión me han arrestado unas treinta veces por causa del evangelio de Jesucristo.

Seguir a Dios es un llamamiento no solo a vivir por Él, sino también a morir por Él. “si vivimos, para el Señor vivimos y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos”. Romanos 14:8.

* * *

DELING: Ser un siervo del Señor en China ocasiona muchas dificultades. Una de estas dificultades ha sido que mi esposo y yo hemos pasado poco tiempo juntos.

A decir verdad, tuvimos problemas cuando Yun fue a la prisión por segunda vez. En cierta manera, estaba un poco resentida con él porque siempre contaba historias maravillosas de cómo Dios le bendecía usándole para ganar a muchas almas para Cristo. Le dieron incluso un pase para que entrara y saliera de la prisión cada vez que quería.

Yo me encontraba atrapada en la casa con dos hijos y sin esposo. Apenas teníamos para comer. A mi hijo no le permitían asistir a la escuela y no teníamos dinero para nada. La presión sobre nosotros era tan grande que casi estuve a punto de rendirme.

Algunos funcionarios del gobierno vinieron a la casa y me dijeron que habíamos violado la normativa de un solo hijo. Me ordenaron que fuera a la comisaría de la policía local. Dejé a los dos hijos en casa del cuidado de unos familiares.

Me interrogaron y me multaron con cuatro mil yuanes por haber tenido un segundo hijo. Debido a que no teníamos manera de pagar esa multa, los del BSP vinieron y destruyeron la puerta principal de nuestra casa como castigo. También se llevaron a la madre de Yun y la encerraron sin alimento. En China, cuando alguien quebranta la ley, toda la familia es responsable del delito. Los de la Comisión estatal de Población y Planificación Familiar me obligaron a someterme a una operación para evitar que tuviera más hijos.

Cuando regresé a casa, pasé por un tiempo difícil de verdad. Me sentía como si me hubieran violado de manera física, emocional y espiritual. Caí en depresión y lloraba sin control.

Cuando Yun no estaba en prisión andaba viajando y predicando todo el tiempo. A menudo con el hermano Xu. Eran dos bolsillos vacíos sin nada que dar. Una vez que vino a casa me dio cinco yuanes (unos setenta centavos de dólar). Eso era todo lo que tenía.

Por favor, no me malentiendan, mi esposo no es un tacaño. En realidad, es la persona más generosa que conociera jamás. No podía proveer para nosotros solo porque nunca tenía dinero.

A veces me resultaba muy difícil debido a su generoso corazón. Tenía dos pequeñas cruces que me habían dado como un regalo sentimental. Eran muy valiosas para mí. Sin embargo, un día no las podía encontrar y descubrí que él se las había dado a otro creyente. Yun no ve ningún valor en las posesiones materiales. Quiere darlo todo para bendecir a otras personas. A mí me ha resultado a veces difícil aceptar su generoso corazón.

Lo que más admiro de mi esposo es su íntima comunión con Dios y su amor por otras personas. Ve lo mejor en otros cuando nadie les cree en lo absoluto.

CAPÍTULO 19

LA ESTACIÓN DE ACEITE DE DIOS

Permanecí en el campo. De trabajo de la prisión de Da'an durante diecinueve meses, además de los cinco meses que pasé en el centro de detención después de mi arresto. Me sentenciaron a tres años, pero gracias a mi buen comportamiento me soltaron a los dos años. Estos años pasaron volando.

A Deling le informaron de mi liberación. De inmediato, fue a la prisión a recogerme. Después que se terminaron todos los procedimientos y que estábamos a punto de abandonar la oficina de administración, llegó una llamada telefónica. Me ordenaban tener una entrevista con el presidente del Comité Político.

Estábamos sorprendidos y nos preguntábamos que significaría el repentino cambio. Pensé que algo había sucedido en la iglesia y que tenía aun más problemas. Le dije a mi esposa que se fuera enseguida y que se llevara mis pertenencias, incluyendo las notas que había hecho durante mis tiempos devocionales en los dos últimos años.

Cuando entré en la oficina del presidente del Comité Político, vi que me esperaban varios altos Jefes del BSP. Me pidieron que me sentara.

--Yun, hace unos días cuando visité el Buró Provisional me preguntaron de forma específica por tu caso – me dijo el presidente --- querían saber si habías cambiado de conducta. Les dije que te habías portado muy bien en estos dos años, y que habías sido un preso modelo. Ellos se alegraron mucho de esas buenas noticias.

--- Quiero darles las gracias a ustedes y a toda la administración de la prisión por tener cuidado de mí durante estos dos años – les dije.

-- Muy bien, Yun, ¿ahora eres libre para marcharte!—me dijeron y me entregaron mis documentos de libertad.

Salí de la prisión el 25 de mayo de 1993. Deling me esperaba todavía a la puerta de la prisión. Durante todo el viaje de regreso a casa mi esposa y yo no cesamos de dar gracias a Dios por su misericordia.

Cuando llegamos a casa, lo primero que hicimos fue dar gracias al Señor con mi madre. Entendía la gran preocupación que mi madre tenía por mí, y las cargas que había soportado durante años de sufrimiento. Cada día oraba sin cesar por mí. Cantamos un himno, luego mi amada esposa y yo oramos juntos,.

Nuestros dos hijos estaban profundamente dormidos y no quisimos despertarlos. Entré a su cuarto y me puse a mirar sus bellos rostros. Me hacía muy feliz pensar que ahora podría sentarlos en mis rodillas y acariciarlos, en lugar de verlos a través de barrotes de hierro con un guardia escuchando cada palabra.

Fuera en los campos era el tiempo de la cosecha, pero en nuestros corazones queríamos recoger una cosecha aun más copioso y eterna para el Señor, una cosecha de almas. Nos fuimos a la cama a descansar en el consuelo y gozo del Señor. Al día siguiente me enfrentaba a un nuevo reto. El Señor nos dijo a Deling y a mí que lo dejáramos todo, que subiéramos a un monte cercano a nuestro pueblo y buscáramos la dirección de Dios para nuestras vidas. Mi esposa sugirió que la preparación de líderes y jóvenes era la necesidad más apremiante de la iglesia en China. Estaba de acuerdo con ella. Aun así, también sabía que

había mucho trabajo esperando mi ayuda. A los pocos días de mi salida de prisión, el de un iglesia en casa ya me había planeado algunas reuniones. Otro hermano me invitaba a viajar con él a varias provincias, a fin de preparar y fortalecer a las iglesias. Y otro hermano estaba empezando una escuela de discipulado cristiano y quería que fuera a ayudarlo.

No obstante, había aprendido una lección del error que cometí antes. Dije que no a estas solicitudes y esperé con mi esposa a recibir una palabra del Señor para nosotros.

Al cabo de una semana de ayunar y orar, escuché de pronto al Espíritu Santo decir estas palabras: Estación de Aceite. Cuando el Señor devuelva sus seguidores, deben tener aceite disponible para que ardan sus lámparas. Me mostró que el aceite del Espíritu Santo es la mayor necesidad de esta generación. Necesitábamos preparar obreros que fueran capaces de llevar la presencia del Señor con ellos a cualquier parte que fueran.

El Señor Jesús nos aclaró esto. Había muchos vasos vacíos en China, pero no suficientes portadores del aceite divino para llenarlos. No quería que nos cargásemos con demasiadas tareas de nuevo, sino quería usarnos para encender las llamas de otros muchos siervos de Dios, de modo que sirvieran con fidelidad al cuerpo de Cristo. Nos reunimos con los ancianos y líderes de nuestra iglesia. Habían estado orando al Señor para que me diera dirección para la iglesia.

Todavía no había hablado con los líderes sobre la visión de la Estación de Aceite, cuando el hermano Fu me dijo: “Oro por la iglesia de tres a cuatro horas al día, pero tengo muy poco conocimiento sobre la verdad bíblica. Debido a que no sé leer, solo puedo recordar pocos pasajes. Conozco a muchos pastores que ellos y sus hijos han perdido el primer amor por Jesús y han vuelto al mundo. El hermano Fu lloraba mientras me seguía diciendo:

-- Hermano Yun, ahora que has vuelto a nosotros, ¿podrías reunir a la nueva generación y enseñarles a seguir al Señor?

--Mientras que tú y el hermano Chuan estaban en prisión durante estos dos años, nuestra iglesia se quedó como huérfanos sin dirección – agregó la hermana Sheng--. Solo una pocas personas han seguido asistiendo a nuestras reuniones. Los predicadores no saben qué enseñar. Algunos de nuestros colaboradores se han visto obligados a dejar el ministerio a fin de encontrar trabajo y pagar las multas que les impuso la policía. Todos llorábamos. Me di cuenta de que en verdad Dios nos llamaba a empezar una Estación de Aceite. Sin buena preparación la luz de Dios se iría extinguiendo poco a poco en nuestro medio. Me paré y les hablé de la visión que el Señor me había dado sobre una Estación de aceite. La mayoría de nuestros colaboradores son sencillos hombre y mujeres con un transfondo agrícola. No entendieron. Después de unos minutos de silencio el hermano Fu dijo:

--¡Una Estación de Aceite! ¿Es que vamos a abrir un negocio? Entre todos, nuestra iglesia entera tiene muy poco dinero.

Ahora es el tiempo de la cosecha. Debemos dedicar nuestro dinero a ayudar a las familias necesitadas, a los huérfanos y a las viudas. ¿Cómo vamos a poder abrir una Estación de Aceite? ¿Podrían explicarlo un poco, por favor?

--¡Lo que quiero hacer es comenzar una Estación de Aceite del Espíritu Santo!—les dije con una sonrisa. Al final comprendieron lo que quería decir.

Después de orar, elegimos a treinta creyentes jóvenes para recibir dos meses de capacitación en la primera Estación de Aceite. Lo llevamos a cabo en el interior de una cueva en la cima de una montaña.

Hasta ese momento nuestra iglesia había experimentado el gran poder de Dios en nuestro medio, y habíamos visto muchos milagros y a muchas personas entregándose al Señor. Sin embargo, esta era la primera vez que implementábamos un programa serio de capacitación para enviar nuevos obreros a los campos de trabajo.

A nuestra Estación de Aceite la llamamos “Centro de Capacitación Profeta Samuel”.

Durante este tiempo de estudios, a cada estudiante se le pedía que leyera todo el Nuevo Testamento y que memorizara un capítulo al día. Al mes de empezar las clases, la mayoría de los estudiantes podían recitar todo el Evangelio de Mateo de memoria. Todos vivíamos juntos en la cueva. Antes de este momento había habido muchos diferentes choques de personalidades, actitudes impropias y celos entre nosotros. No obstante, ahora que todos estábamos juntos en la Estación de Aceite, aprendimos a orar juntos y a amarnos de verdad unos a otros.

Ochenta por ciento de los estudiantes no sabían al principio cómo orar en público, pero al cabo de unas semanas todos podrían hacerlo y tenían en el corazón una carga por las almas perdidas.

Cada mañana nos despertábamos a las cuatro y media y nos lavábamos. A las cinco en punto estábamos adorando al Señor. Entonces orábamos por todos nuestros colaboradores en el campo por las siguientes dos horas. A las ocho empezábamos la primera clase. Cada día teníamos dos comidas diarias, a las diez de la mañana y a las cinco de la tarde. Establecimos turnos para cocinar y para las tareas de limpieza y otras. Durante la tarde todos teníamos cosas que hacer.

Este fue un tiempo especial. Cada día resultaba inolvidable al ver cómo Dios derramaba sus bendiciones sobre nosotros.

El 5 de enero de 1994 me correspondía dar gracias por el desayuno. Me di cuenta de que la comida era la mitad de la porción que teníamos casi siempre. Mi esposa me dijo: “No nos quedan más fideos ni verduras”. Deling y la hermana Ana propusieron que diéramos por terminada la capacitación en ese día y dejáramos que los estudiantes regresaran a casa para poner en práctica su capacitación.

¡No estuve de acuerdo! Propuse que siguiéramos llenándonos del Espíritu Santo, aunque eso significara tener los estómagos vacíos. Dije: “Si terminamos la clase solo porque no tenemos nada para comer, estos soldados no estarán bien equipados cuando tengan que entrar en batalla. Tenemos que orar con fe y esperar en el Señor de que Él proveerá”.

Esa noche, después que todos los estudiantes se fueron a descansar, algunos de los líderes y yo nos arrodillamos en el suelo de la cueva y oramos. El Señor nos mostró que nuestra prioridad debiera ser la de enviar los obreros a las zonas más pobres y necesitadas, en donde las personas no habían oído acerca del nombre de Jesús.

Cuando se lo dijimos a los estudiantes, todos se dedicaron a esta tarea, consagrando sus cuerpos como sacrificio vivo para el servicio del Señor. Poco después de esa tarde, comenzó a llegarnos cartas de todas partes del país. Los

creyentes en los lugares más remotos de China como Guizhou, Guangxi, Hunan, Tíbet, Gansu y Qinghai nos rogaban que fuéramos allá para ayudarlos.

Estos jóvenes obreros, llenos del aceite de Dios, fueron bien recibidos y apreciados en toda China. Se convirtieron en guerreros del evangelio. El 16 de enero los ancianos de nuestra iglesia impusieron las manos sobre estos obreros jóvenes y los enviaron a los campos. Se extendieron desde nuestra iglesia a todas partes de China.

Nuestro gran reto era que no disponíamos de dinero para sostener a los nuevos obreros. Cuando Regresé a casa después de la capacitación, me esperaba una carta certificada de un hermano, diciéndome que quería comunicarse conmigo cuanto antes. No contábamos con servicio telefónico en nuestro pueblo, así que viajé al pueblo más cercano para hacer una llamada desde una tienda. ¡Me sorprendió escuchar a un estadounidense responder! ¡Estaba muy entusiasmado por saber de mí!

Su chino no era muy bueno, pero entendí bien que quería venir y verme. Planeamos encontrarnos en la ciudad de Zhengzhou a la tarde siguiente, pero algo pasó que se cortó la comunicación. Telefónica y no pudimos terminar. Visité varios hoteles buscándolo, pero no estaba en ninguno. Regresé a casa desilusionada. Más tarde me enteré que se había hospedado en un pequeño hotel y lamentó todo el día haberse perdido la oportunidad de encontrarse conmigo. Sin embargo, no se dio por vencido y de nuevo envió una carta a mi dirección. Hice una vez más el largo viaje a Zhengzhou y esta vez sí nos vimos.

Después de saludarnos, me dijo: "El Señor me dijo con claridad que me entrevistara con usted y que le entregara una ofrenda para sostener a sus obreros". Me entregó un sobre lleno de dinero.

Esta vez regresé a casa con el corazón estallando de alegría. Les conté a los hermanos lo que había sucedido y nos llenamos de gozo al ver cómo el Señor había provisto para las necesidades de nuestros obreros. Todos nos arrodillamos y le dimos gracias al Señor por la provisión. Aunque este dinero terminaría acabándose, este incidente fortaleció nuestra fe para confiar en Él para el futuro.

Muchas iglesias en casa en el sur de Henan y Anhui empezaron a despertar para el Señor en este tiempo. El grupo de Zhng Rongliang empezó el movimiento del "Mes del Evangelio". Entre Navidad y el Año Nuevo Lunar, cada miembro de la iglesia debía guiar al menos tres personas a Cristo. El nivel se elevaba para los líderes de la iglesia, pues tenían que llevar el Señor al menos cinco personas en el mismo período.

De esta manera el evangelio se extendió con rapidez y las iglesias en casa experimentaron un tremendo crecimiento. Después de la primera iniciativa del "Mes del Evangelio", ¡se bautizaron trece mil nuevos creyentes!

Entonces a estos nuevos cristianos se les capacitaba y desafiaba a participar en el programa del Mes del Evangelio del año siguiente. Al final, solo a los dos años de que empezara la iniciativa se bautizaron ciento veintitrés mil personas. El año siguiente y los posteriores trajeron consigo un nuevo crecimiento espectacular, pues *"fue tanto lo que recogió que dejó de contabilizarlo. ¡Ya no había forma de mantener el control!"*. Génesis 41:49.

El Mes del Evangelio continúa hasta la fecha, y ha contribuido a la gran multiplicación experimentada por las iglesias en casa en toda China. Cada vez es

mayor el número de obreros que desean venir y formarse en el Centro de Capacitación Profeta Samuel, lo que resulta en nuevos equipos de obreros que se envían a los campos.

Muchos de los obreros de las primeras promociones regresaron a la cueva en el monte para dar testimonio de cómo Dios le había ayudado en sus ministerios. Esto nos anima y fortalece a todos todavía más.

También en este tiempo Deling y yo nos esforzamos por unir a las iglesias en casa de China para el trabajo misionero. Viajábamos por toda China, capacitando a las iglesias para que enviaran obreros como evangelistas y misioneros pioneros. Los animamos en cada lugar a comenzar centros de capacitación. La visión para la capacitación se extendió enseguida al ver el crecimiento tan tremendo que traía para la obra del reino de Dios. Pronto se enviaron cientos de obreros.

En uno de nuestros viajes visitamos a una hermana anciana en Guangzhou, que tuvo un mensaje especial solo para mí. Me advirtió: “Yun, no deberías amar solo al Señor, sino que a partir de ahora debieras amar y estar con tu esposa también”.

Esta amonestación me caló hondo. Reconocí: “Desde que nos casamos no he podido pasar mucho tiempo con mi esposa. He estado en la cárcel o huyendo durante diez años. A partir de este momento voy a cambiar de forma de pensar. Pondré a Dios primero y a mi familia en segundo lugar. Viajaremos juntos a los campos de trabajo, creciendo juntos en el ministerio para el Señor”.

Creo que mi segundo encarcelamiento fue un momento crucial para mi matrimonio. El Señor me advirtió que si no me arrepentía y cambiara mis prioridades, perdería a mi familia. Cambié, y nunca lo he lamentado, aun cuando muchos de los otros líderes de las iglesias en casa no estuvieron de acuerdo con mi postura. Algunos creen que la obra del Señor debiera ser una prioridad por encima de la familia. Empecé a poner mi amor por Dios lo primero en mi vida, mi amor por mi familia lo segundo y mi amor por el ministerio en tercer lugar. Una vez, poco después de mi salida de la prisión, me invitaron a hablar a un grupo de líderes de las iglesias en casa. Les hablé de la importancia de poner a nuestras familias por encima de nuestro ministerio. Al hablarles con el corazón abierto, vi las lágrimas que brotaban de los ojos de muchos líderes. Necesitaban escuchar un mensaje así. Cuando terminé, todos aplaudieron y siguieron llorando. Les conté mis propias experiencias, y también de los testimonios de muchos hermanos y hermanas en China que perdieron sus familias porque prestaron más atención a viajar y predicar que a su propia carne y sangre.

Les enseñé que la iglesia no debiera caer en la trampa del faraón, cuando trató de convencer a Moisés y Aarón que dejaran a sus mujeres e hijos en Egipto mientras los hombres iban a adorar al Señor (véase Éxodo 10:10-11). Animé a los líderes a incluir a sus familias en su ministerio por el Señor, e incluso llevar a sus esposas e hijos con ellos si eso era posible. Les señalé que aun los apóstoles se enfrentaron a un dilema parecido, . Lo que motivó que Pablo preguntara: “¿No tenemos derecho a viajar acompañados por una esposa creyente, como hacen los demás apóstoles y Cefas y los hermanos del Señor?” 1 Corintios 9:5.

Sin embargo, el líder de esa asociación de iglesias en casa no estuvo de acuerdo conmigo. Cuando terminé de hablar, me reprendió en privado: “Yun, no

puedo creer que hayas usado esta oportunidad para enseñar un mensaje así. ¿Estás tratando de destruir a mis líderes?”.

No me sorprende que tantos matrimonios y familias de los líderes de ese grupo estén en completa confusión. Parece ser que muchos tienen “éxito” en sus ministerios, mientras que sus familias se deshacen. El movimiento de las iglesias en casa en China ha mostrado muchas esferas de gran fortaleza, pero esta es una de sus débiles.

A continuación recibimos una invitación para visitar la pintoresca ciudad de Guilin. Después de hablar sobre nuestra visión con los líderes allí, me presentaron a un hermano escandinavo, que estaba de visita en Guilin al mismo tiempo. Cuando supo de nuestra visión, dijo repetidas veces: “Amén, amén, amén”. Luego me preguntó:

--¿Qué puedo hacer para ayudarles?

-- Podría cooperar con la visión de las iglesias en casa e invertir su fe con nosotros --le respondí--. Debido a que es un hombre blanco, sobresale en China. Con todo, si está dispuesto a tener el corazón de un siervo, contar el costo y no tener miedo, le llevaré a que capacite a nuestros colaboradores en Henan. Además, necesitamos con urgencia que nos ayude con Biblias y otros materiales. Nunca tenemos suficientes Biblias porque nuestras iglesias crecen muy rápido.

Mi nuevo amigo me preguntó cuántas Biblias se necesitaban. Sin pensarlo mucho contesté:

--Treinta o cuarenta mil no serían demasiadas.

--¿Qué le parecen cien mil Biblias ahora mismo? --me contestó...Las tenemos disponibles en este momento.

Mis colaboradores y yo hablamos sobre cómo recibir y distribuir todas las Biblias de forma segura por muchas diferentes partes de China.

--El Señor me ha enviado para ayudarles en la visión de unir a las iglesias en casa -- me dijo más tarde--. No hemos venido a China para dominarles en su trabajo, ni controlarlos. No hemos venido a imponerles nuestra agenda, ni para construir bellos templos. Nosotros nos sometemos a la visión que Dios le ha dado para las iglesias en casa y queremos servirles en cualquier forma que crean conveniente.

Poco sabía en este tiempo de qué manera tan profunda me uniría Dios en el ministerio con ese hermano escandinavo en los años siguientes. El Señor le ha usado para ser una bendición tanto a la iglesia en China como a mi propia familia.

El Señor Jesús nos empezaba a llevar a todos a una posición de influencia mediante la cual millones de creyentes se pudieran capacitar para el ministerio. Muchos creyentes del extranjero, tanto chinos como occidentales, vinieron para ayudar a preparar nuestros obreros y enviarles como guerreros por el Señor. A algunos los movió para ayudar a proveer para las necesidades prácticas de los obreros. Nosotros apreciamos esto, pero siempre recordábamos que la ayuda era del Señor. Fuimos cuidadosos en no mirar nunca al hombre como proveedor para nuestras necesidades.

Cuando viajábamos por toda China, solo teníamos suficiente dinero para nuestros billetes en el tren. No disponíamos de dinero para comer ni para ninguna

otra cosa, pero el Señor proveía tanto que siempre teníamos lo suficiente para cada viaje.

Mi familia vivía en una casa vieja muy destartada que se hacía pedazos. Vestíamos ropas viejas y mis hijos calzaban zapatos con agujeros. Siempre creímos que lo mejor de nuestras posesiones, tiempo y dinero debía ir a la capacitación de los obreros de forma que pudieran ir a las zonas más pobres y necesitadas. Todos practicábamos el diezmo. Si solo teníamos diez patos, dedicábamos el mejor pato y sus huevos al Señor.

Mientras estaba en prisión cada hombre solo recibía dos yuanes y cincuenta jiaos (unos treinta centavos de dólar) al mes, a fin de que pudiéramos comprar pequeños artículos como papel y pasta de dientes. Aun así los creyentes apartábamos el diezmo de ese escaso ingreso y lo dábamos al Señor cuando nos liberaban.

Un día, de regreso a la Estación de Aceite, íbamos a imponer las manos sobre un equipo que enviábamos a la provincia de Sicuani. El hermano Wei preguntó a los hombres y mujeres jóvenes: "Ustedes no tienen dinero y se marchan muy lejos de su casa. ¿Cuál es la cosa que más temen que podría ocurrirles?".

Los nuevos obreros respondieron a una voz: "No tenemos temor de pasar hambre ni de que nos golpeen. ¡Estamos dispuestos a morir por el evangelio! Solo tenemos temor a no ir con la presencia de Dios. Por favor, oren para que su presencia vaya con nosotros cada día".

Estos misioneros sufrieron mucho por el evangelio. Tuvieron que aceptar trabajos muy duros con el fin de poder comer y predicar el evangelio. Algunos alimentaron cerdos, otros cortaron leña y otros cargaron con cubos de estiércol para abono. Muchos que vieron la calidad de sus vidas y el poder de su testimonio creyeron en Jesús.

Sin embargo, ¡no todas nuestras reuniones tuvieron resultados gloriosos! A veces no todo va sobre ruedas en las iglesias en casas, ni todos se alegran de recibir nuestras enseñanzas. En una de esas ocasiones estábamos en la provincia de Shandong.

El líder principal había preparado una serie de reuniones para siete días. En la tarde del sexto día, mientras el hermano Juan hablaba, algunos de los creyentes de Shandong empezaron a señalar faltas en nuestro mensaje. Le lanzaron a Juan algunas preguntas difíciles sobre versículos controversiales del libro de Apocalipsis. Juan contestó: "Lo siento mucho, hay muchos tesoros escondidos en la Biblia. Hasta los grandes maestros de la Biblia no están seguros del significado de estos versículos".

Un hombre mayor, anciano de la iglesia, y otros dos hombres se pararon y dijeron: "¡Cállense maestros de Henan! Son muy jóvenes e inexpertos. Son unos pobres ignorantes. ¿Cómo pueden enseñarnos cuando ni siquiera conocen el significado de estas Escrituras!".

Los tres ancianos se levantaron, recogieron sus cosas y se dispusieron a marcharse de la reunión. Mandaron a los otros miembros de la iglesia que se fueran con ellos. Salí enseguida detrás de ellos al patio y oí en voz alta: "Oh Señor, gracias por mis honorables hermanos. Por favor, ayúdalos a que no se enojen por causa de nuestra ignorancia de las Escrituras".

Dos de esos líderes contrariados se rieron de mí y me dijeron: “Yun, toma a tus soldados y llévatelos a donde les corresponde. Recoge tus cachivaches y regresa a Henan”.

Sabía que este incidente era una interrupción del diablo. Con lágrimas sinceras en mis ojos les supliqué que volvieran a la reunión para que pudiéramos orar y buscar la voluntad del Señor. Sus corazones se conmovieron, así que regresaron a sus asientos en silencio. Les pedí a todos en la reunión que se arrodillaran y buscaran al Señor. Les rogué a todos, hombres y mujeres, que se arrepintieran de sus pecados. El amor de Dios se derramó sobre todos nosotros. Hubo mucho gemidos y corazones quebrantados. Me paré y confesé mis pecados, y después me siguieron muchos de los otros hombres y mujeres presentes.

Estos tres hermanos ancianos vinieron al frente y se arrodillaron antes los hermanos. Inclinaron sus cabezas y dijeron: “Hermano Yun, por favor, perdónanos por haber sido tan groseros y ofensivos”. Todos en la congregación, cuando vieron los corazones contritos de los tres ancianos, se arrodillaron también y oraron con muchas lágrimas. Los ancianos nos pidieron que nos quedáramos y que siguiéramos enseñando durante varios días más en otros lugares alrededor de Shandong.

* * * *

Aunque viajábamos bastante y estábamos muy ocupados, nuestra vida de hogar también experimentaba muchos retos. Al viajar por toda china me encontré con muchas familias cristianas que enfrentaban tremendas dificultades debido a la normativa de un hijo por familia.

El gobierno trataba de obligar a muchas madres cristianas a que abortaran en su segundo embarazo. A algunas hermanas las hacía estériles a la fuerza a fin de asegurar que no quedaran embarazadas de nuevo. A las familias que las encontraban con más de un hijo las multaban con severidad y perdían ciertos beneficios del gobierno, como el cuidado médico y la educación.

Cuando me enteré de lo que les había pasado a tantas cristianas embarazadas, se me rompió el corazón. No sabían qué hacer. ¡Oré y me vino una idea de la mente! Les dije: “Es un pecado terrible abortar, por tanto, no es una opción. Si están de acuerdo en tener su hijo sin que nadie lo sepa, me comprometo a hacerme cargo del bebé y criarlo en un hogar cristiano”.

Esto les agradó a las familias y muy pronto me empecé a sentir como Abraham, ¡un padre de muchos!

Había situaciones terribles detrás de algunos de los bebés que adoptamos. Dos cristianas solteras procedentes de una zona en la provincia de Sicuani decidieron unirse a nuestro ministerio. Mientras viajaban hacia Henan, una banda de hombres malvados las raptaron y se las llevaron a una región montañosa a doscientos kilómetros de la ciudad de Chongqing.

A estas dos bellas jóvenes las encadenaron literalmente y las usaron como esclavas sexuales por más de un año. Nadie se enteró de lo que les había sucedido. Al fin lograron escapar y llegar a sus casas, destruidas en su ser interior por esta terrible experiencia.

Viajé hasta Sicuani y me entrevisté con las dos jóvenes y sus familias. Una de ellas quedó embarazada poco antes de escapar. Sus padres querían que

abortara al bebé, pero les rogué que no lo hicieran. Se resistían hasta que les dije: “Si su hija da a luz, prometo asumir toda la responsabilidad por el bebé”.

Nació una niña y le pusimos el nombre de Yang Mu Ai (“El amor del pastor”). Cuidamos de ella hasta que encontramos una familia cristiana que estuvo de acuerdo en criarla.

* * * *

DELING: Debido a que teníamos dos hijos, el gobierno local nos acosó y nos multó. Entonces, sin previo aviso, ¡Yun llegó un día a casa con una niña en brazos! Había estado en una reunión donde un líder de iglesia le habló de sus preocupaciones. Ya tenía dos hijos y ahora su esposa había quedado embarazada de un tercer hijo.

Las autoridades fueron a su casa y les dijeron que debido a la normativa de un hijo por familia, o bien tenían que estar de acuerdo en abortar al bebé, o si se negaban a someterse al aborto, la madre quedaría detenida hasta que diera a luz, y entonces le quitarían el bebé y lo matarían.

Cuando Yun escuchó esto, su amoroso corazón empezó a sangrar. Le dijo al hermano: “No aborten al bebé. La Biblia dice: “Los hijos son una herencia del Señor, los frutos del vientre son una recompensa”. Salmo 127:3. Lleva a tu esposa a un lugar que no la encuentren y después que nazca el bebé, yo asumiré la responsabilidad total por su bienestar”.

Así fue que Yun comenzó a traer a casa nuevos bebés. ¡Adoptamos en total diez y once hijos! Ni siquiera estoy segura del número porque no trajo a casa a todos para que los conociera. Me enteré por medio de otros acerca de más niños de los que se responsabilizó Yun.

Algunos niños procedían de familias de pastores que los había encarcelado y torturado. La familia ya no podía soportar más cargas y no estaban en condiciones de criar a otro hijo. Nos entregaron otro bebé después que a una joven cristiana le engañaron con un trabajo en la ciudad, donde la violaron y quedo embarazada.

Yun les encontró hogares cristianos, aunque muchas de las familias que se hacían cargo de ellos eran tan pobres que tuvimos que seguir dándoles ayuda económica. Nosotros también éramos muy pobres, pero Yun tenía fe de que Dios proveería y, de alguna manera, siempre lo hizo.

Al principio, cuando mi esposo empezó a traer a casa todos estos bebés, me enojaba. Le pregunté: “¿Qué pasa conmigo? Si es que estás tan desesperado por tener más hijos, ¿por qué no me lo dices?”. Sin embargo, con el tiempo, y después de saber la historia detrás de cada bebé, aprendí poco a poco a tener misericordia y paciencia con mi esposo.

Aprendí y crecí en el conocimiento del corazón compasivo de Dios. Debido al ejemplo amoroso de mi esposo, muchas iglesias empezaron a cuidar de los niños huérfanos y abandonados.

CAPÍTULO 20

EL CAMINO A LA UNIDAD

Durante EL Tiempo especial de capacitación por toda China en 1992 y 1993 disfrutamos de maravillosos y fructíferos tiempos con el Señor. Cuando Dios nos bendice, el diablo está siempre activo, haciendo todo lo posible para detener el avance del reino de Dios Satanás trató de extinguir el fuego del Señor mediante la persecución y las dificultades, pero Dios derramaba sin cesar su aceite en nuestras lámparas. ¡Haciendo que nuestras llamas fueran cada vez mayores y brillantes!

Al principio de 1994, Dios comenzó a mostrarme que las diferentes asociaciones de las iglesias en casa debían unirse antes de que Él derramara en verdad su poder en China.

En el transcurso de los años de 1970, solo había un movimiento de iglesias en casa en China. No había asociaciones ni organizaciones, solo grupos de creyentes apasionados que se reunían para adorar a Dios y estudiar su Palabra. Todos los líderes se conocían unos a otros. Dios los había unido durante tiempos de dificultades. Habían aprendido a tener compañerismo cristiano y a confiar los unos en los otros mientras estaban encadenados en las prisiones. Después de salir en libertad trabajaron juntos por el avance del evangelio. En esos primeros días estábamos unidos de verdad. El sufrimiento había derribado todas las barreras denominacionales de la iglesia en China

Cuando las fronteras de china comenzaron a abrirse a principios de los años de 1980, muchos cristianos extranjeros querían saber cómo podían ayudar a la iglesia en china. Lo primero que hicieron fue pasar Biblias de contrabando desde Hong Kong. ¡Estos regalos los apreciamos muchísimo y los necesitábamos con urgencia!

Una vez tomé un tren con varios líderes de iglesias en casa hacia la ciudad de Guangzhou en el sur, a fin de recibir Biblias de nuestros amigos occidentales. Después de un día o dos de compañerismo cristiano, nos montamos de nuevo en el tren para regresar a casa con nuestro precioso cargamento. Nos sentíamos felices y llenos de amor los unos por los otros.

Sin embargo, después de unos años, estas mismas organizaciones empezaron a poner otros libros dentro de sus cajas de Biblias. Estos libros eran sobre una teología de una denominación en particular, o enseñanza que se enfocaba en ciertos aspectos de la Palabra de Dios.

Esto, creo yo, fue lo que comenzó la desunión entre muchas de las casas iglesias de China.

Estos folletos nos decían que debíamos adorar en cierta forma determinada, o que debíamos hablar en lenguas para ser un verdadero creyente, o que podíamos ser salvos solo si nos bautizaban en el nombre de Jesús (en lugar de hacerlo en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo). Otras enseñanzas se enfocaban en una fe extrema, incluso otras debatían a favor o en contra del papel de la mujer en la iglesia.

¡Leíamos todos estos folletos y pronto estábamos confundidos! Las iglesias empezaron a dividirse en grupos que creían una cosa en contra de grupos que

creían otra cosa. En vez de hablar solo acerca de Jesús, también empezamos a hablar en contra de otros creyentes que no se ajustaban a nuestros puntos de vista. Pasado un tiempo nuestros amigos extranjeros empezaron a darnos aun más cosas. Nos dinero dinero, cámaras y otras cosas que consideraban necesarias para ayudarnos a servir al Señor con más eficiencia. Recuerdo con claridad cómo esto causó división entre los líderes. En nuestros pecaminosos corazones preguntábamos: “¿Quién recibió más libros?” o “¿Porqué a aquel hermano le dieron más dinero que a mí?” Fue un verdadero caso. En solo un año o dos, las iglesias en casa en China se había dividido en diez o doce fragmentos. Así es que llegaron a existir tantas asociaciones diferentes de iglesias en casa.

Era fácil para las iglesias en casa dividirse. A veces alguien de fuera nos visitaba y pasaba un poco de tiempo con líderes de segundo o tercer nivel. Les daban dinero para “apoyar” la obra y sus tarjetas personales de contacto. En muy poco tiempo se podía establecer otro nuevo movimiento. En su celo por ayudar, nuestros hermanos extranjeros causaban en realidad división y debilitamiento en las iglesias en casa. *“Puedo declara a favor de ellos que muestran celo por Dios, pero su celo no se basa en el conocimiento”. Romanos 10:2.*

No me refiero a que los únicos culpables fueran nuestros hermanos extranjeros. Nuestros propios corazones también estaban en el error y sucumbimos con facilidad a la tentación. Tampoco digo que no necesitemos ni deseemos la ayuda de los cristianos alrededor del mundo. ¡La necesitamos y la queremos!

Tenemos tremendas necesidades y oramos para que Dios provea de la forma que decida incluyendo a los hermanos cristianos extranjeros. No obstante, el motivo para dar y recibir debe ser puro, y estas ofrendas solo se deben dar a través del liderazgo establecido y existente en la iglesia, a fin de que los líderes más jóvenes no se vean tentados a usar estos donativos para usurpar la autoridad de los líderes que están por encima de ellos. Los líderes ya no podían caminar juntos en unidad delante del Señor. Sentíamos que hacer eso implicaba comprometer nuestras nuevas creencias.

Esta situación empeoró cada vez más a lo largo de quince años, hasta el punto de que algunas asociaciones de iglesias en casa creían que eran los único que poseían la verdad, y empezaron a menospreciar a los otros grupos y verlos como sectas que tenían que evitar a toda costa. Los líderes ya no se hablaban ni se amaban unos a otros.

Mientras viajábamos alrededor de China nos reuníamos con creyentes de muchos grupos diferentes y asociaciones, y notamos un descontrolado espíritu de denominaciones. El Señor puso en mi corazón la carga de buscar la unidad entre las iglesias en casa así que empecé a buscar líderes con ideas y actitudes semejantes que tuvieran la misma visión. Me reuní con Zhang Rongliang, el líder de una de las asociaciones más numerosas. Zhang era el hermano con el que me había escondido toda una noche junto a un estaque helado hacía muchos años, cuando nos enfrentamos a una ola de persecución que amenazaba con barrernos a todos. Era también el hermano que me dio la bufanda la noche que me arrestaron y enviaron a prisión en 1983. cuando le hablé de mi visión para la unidad, se echó a reír. Dijo: “¡Esto es imposible! Los diferentes grupos que quieres que se reúnan son solo sectas. ¡No tendremos nada que hacer con ellos!”.

Me sentí tan enojado que quería darle un puñetazo, pero sabía que otros líderes habían herido a Zahnasta lo más profundo. En años pasados, Zhang había respetado mucho al hermano Xu, el líder de la asociación de iglesias en casa llamada Nacidos de Nuevo. Un día Zhang se enteró que el hermano Xu dirigía unas reuniones en un pueblo a unos veinte kilómetros de distancia.

Puesto que no había visto al hermano Xu por varios años, Zhang decidió montarse en su bicicleta para ir a verle y hablar con él. Cuando Zhang llegó a la entrada del pueblo, los colaboradores del hermano Xu, que estaban allí para cuidar de que no hubiera dificultades, pararon a Zhang y se negaron a dejarle pasar. No conocía al hermano Zhang. En su celo, se negaron a ir y verificar con Xu, y le ordenaron a Zhang que se marchara. La verdad es que si le hubieran informado al hermano Xu que Zhang estaba afuera, hubiera salido y le hubiera abrazado con gran cariño. A causa de muchos lamentable incidentes y malentendidos como este, la desconfianza y la amargura aparecieron de repente en los corazones de varios líderes de la iglesias en casa unos en contra de otros.

También viajé a las ciudades de Sahngai y Wenzhou al este, donde me reuní con algunos ancianos líderes de la iglesia. No fueron capaces de aceptar mi visión para la unidad. Me dijeron que no había manera de que fueran a trabajar alguna vez con los otros grupos. Salí de allí muy desalentado y entristecido. Me sentí a punto de rendirme. La visión para la unidad parecía algo imposible, pero el Espíritu Santo me dijo: “No llores. Tú no eres el primero que escogía para crear esta unidad entre mi pueblo . Llamé a otros, pero no perseveraron en la visión”.

Me volví a consagrar a Dios y a la visión que me había dado. Dios me consoló y animó con las palabras de Mateo 19:26: “Para los hombres es imposible (...) mas para Dios todo es posible”.

El primer gran avance vino cuando me reuní con el hermano Xu y con su hermana Débora en 1994. Les hablé de la visión para la iglesia china de llevar el evangelio fuera de China como misioneros, pero les dije que eso nunca sucedería mientras que las iglesias en casa permanecieran divididas y llenas de odio una contra otras. El siervo de Dios, el hermano Xu, me dijo: “A partir de hoy viviremos para la misma visión. Nos amaremos el uno al otro como Jonatán y David”. El hermano Xu y su grupo fueron los primeros en unirse al movimiento de la unidad.

Hicimos arreglos con el hermano Zhang Rongliang y con los líderes de su Iglesia Fangcheng para que se reunieran con nosotros. Este era un gran paso de avance debido a la tensión que había existido entre este grupo y el grupo del hermano Xu por muchos años. El día antes que el hermano Zhang llegara tuvimos un tiempo de oración. El hermano Fan dijo: “Hermano Xu, creo que el Señor me ha dado una palabra para usted, pero no estoy seguro de que pueda aceptarla.

“Siento que cuando el hermano Zhang Rongliang y sus líderes lleguen, no debería sentarse con ellos y ponerse a hablar al instante”, siguió diciendo: “Ni aun debiera orar con ellos al principio. Cuando lleguen, debiera ponerse enseguida de rodillas y lavarles los pies uno a uno”.

El hermano Xu, que dirige a millones de creyentes en toda China, respondió de inmediato: “Acepto esto como una palabra del Señor. De seguro que les lavaré los pies”.

Al día siguiente llegaron el hermano Zhang Rongliang y sus colaboradores. Cada uno nos saludábamos los unos a los otros y nos sentamos para comer.

Entonces todos empezamos a hablar. Durante trece años no había habido contacto entre los dos grupos. Cada parte sentía que tenía la razón y que los del otro grupo eran, en el mejor de los casos, creyentes que se habían apartado del camino angosto y que había adoptado creencias peligrosas.

La atmósfera se deterioró hasta que llegó a parecer una reunión de negocios, con todos hablando a la vez de asuntos diferentes. Muchas viejas heridas reaparecieron y era cada vez más aparente que los dos grupos estaban tan separados como siempre. Parecía que el hermano Xu había perdido su oportunidad de lavarles los pies a los hermanos.

De repente Zhang se dio una palmada en su rodilla y anunció: “Toda esta conversación es una pérdida de tiempo. Vamos a orar y luego nos despediremos”

El hermano Fan presionó al hermano Xu y le dijo: “¡Rápido! ¡Consiga agua y haga lo que el Señor le instruyó que hiciera!”.

Zhang estaba orando con sus ojos cerrados cuando Xu se arrodilló ante él y empezó a quitarle con suavidad los zapatos y los calcetines. Zhang abrió los ojos y se quedó asombrado. No podía creer que el gran Xu Yongze, el líder del movimiento más numeroso de las iglesias en casa de China, se arrodillaría ante él y le lavaría los pies. Zhang empezó a llorar y echó sus brazos alrededor del hermano Xu en un cálido abrazo.

Entonces Débora Xu trajo un cubo de agua tibia y empezó a lavarles los pies a la colaboradora de Zhang, la hermana Ding. Las dos mujeres se arrodillaron en el suelo, se abrazaron y lloraron. Desaparecieron trece años de rumores, de amargura y de celos. Todos en ese lugar buscaron la misericordia y el perdón divinos. Se hicieron muchas confesiones de pecados de unos líderes a otros. Fue un momento poderoso y conmovedor. Las lágrimas corrieron a raudales en el piso de ese bendito lugar.

Cantamos juntos:

*Quando el sol empieza a ponerse
Nuestros corazones anhelan llegar a casa
Somos una familia para siempre.*

*Dejamos la familia cuando éramos jóvenes
Y nos lanzamos por nuestros propios caminos
Cada uno de nosotros ha sufrido solo
Así que ahora podemos entender el dolor unos de otros.*

*Debiéramos aceptarnos como hermanos unos a otros
Caminando juntos por la senda del evangelio
Todos los arroyos y ríos al fin se unen al océano
Somos una familia para siempre.*

Esas dos grandes asociaciones de iglesias en casa se comprometieron a trabajar juntas siempre que fuera posible a partir de ese momento. El amor de Dios conquistó nuestros corazones. El Señor puso en el corazón del hermano Xu un gran deseo de reunirse también con otros líderes del movimiento de las iglesias en casa. Juntos visitamos a muchos más líderes de otros grupos . A todos los

líderes que no estaban dispuestos a relacionarse con el movimiento de la Iglesia Patriótica de las Tres Autonomías les preguntamos si querían vincularse con el movimiento de la unidad, que llamamos el “Compañerismo Sinim”. Nosotros creemos que el “Sinim” que se menciona en Isaías 49:12 (rv-60) se refiere a China: *“He aquí estos vendrán de lejos, y he aquí estos del norte y del occidente, y estos de la tierra de Sinim”*.

Oramos con ellos y les hablamos de la visión de la unidad. Poco a poco el Señor nos fue abriendo puertas y estos líderes empezaron a ver la importancia de estar unidos por amor del Señor.

Muchos líderes nunca antes había tenido ocasión de hablar en persona con el hermano Xu, pero estaban en contra suya debido a lo que les había dicho otros. Cuando escucharon de sus propios labios lo que creía, y vieron cómo su vida y carácter mostraban la integridad y el fruto del Espíritu Santo, se dieron cuenta de que les habían mentado. Aceptaron al hermano Xu como un verdadero hombre de Dios y un creyente genuino en el Señor Jesucristo. Muchas de las barreras cayeron y la unidad fue creciendo cada vez más profundo y fuerte. Los líderes empezaron a predicar unos en las iglesias de otros, a cantar los mismo himnos y a planear juntos la obra del Señor.

Para comienzos de 1996, muchos de los principales líderes estaban de acuerdo con la unificación pero los líderes de segundo y tercer nivel, en especial los hermanos más jóvenes, todavía no podían aceptarse por completo unos a otros. No estaban dispuestos a abandonar sus propios métodos.

Hice un pacto con Dios por el bien de la unidad entre las iglesias en China. Le dije: “Señor, a partir de hoy no voy a comer huevos ni carne hasta que los líderes se acepten de verdad los unos a los otros”. Un día en una reunión de líderes un hermano se dio cuenta de que no comía huevos ni carne. Me preguntó el porqué. Se lo dije y enseguida se paró e hizo este anuncio: “A partir de este momento yo tampoco voy a comer huevos ni carne hasta que el movimiento de las iglesias en casa esté unificado”.

En octubre de 1996, se eligieron cinco hombres para que fueran los primeros ancianos del Compañerismo Sinim. Se trataban de los hermanos Xu Yongze, al que eligieron presidente, Zhang Rongliang, Wang Xincan, Shen Yiping y yo. Cada hombre representaba una asociación diferente de iglesias en casa.

En noviembre de 1996, los líderes de las cinco asociaciones nos reunimos en Shanghai para nuestra primera reunión oficial Sini. Dios de nuevo se movió entre nosotros de una forma renovadora y poderosa, derribando barreras. Algunos líderes confesaron que habían mantenido en el corazón malos sentimientos en contra de los otros grupos por muchos años. Se arrepintieron delante de Dios y pidieron perdón a los presentes. Perdón a los presentes.

El hermano Xu se levantó y dijo: “No queremos seguir nuestras propias doctrinas favoritas por más tiempo. Queremos aprender de las cosas buenas de unos y otros y cambiar en las maneras que Dios nos indique, con el fin de fortalecernos y acercarnos a Jesús”.

Aunque no se superaron todas las diferencias, los líderes de las cinco asociaciones nos reunimos en Shanghai para nuestra primera reunión oficial Sinim. Dios de nuevo se movió entre nosotros de una forma renovadora y poderosa, derribando barreras. Algunos líderes confesaron que habían mantenido en el

corazón malos sentimientos en contra de los otros grupos por muchos años. Se arrepintieron delante de Dios y pidieron perdón a los presentes.

El hermano Xu se levantó y dijo: “No queremos seguir nuestras propias doctrinas favoritas por más tiempo. Queremos aprender de las cosas buenas de unos y otros y cambiar en las maneras que Dios nos indique, con el fin de fortalecernos y acercarnos a Jesús”.

Aunque no se superaron todas las diferencias, los líderes tuvieron por primera vez la oportunidad de conocerse mejor unos a otros, y ver que tenían más cosas en común que razones para permanecer separados. También descubrieron que sus diferencias teológicas se centraban en asuntos que no eran esenciales para la fe.

Cada grupo escuchó con claridad cómo Dios obraba de manera maravillosa entre los otros grupos representados en la reunión, y dieron gloria Dios. Decidimos darnos la oportunidad de hablar en las iglesias de los demás, y compartir las Biblias y los recursos entre nosotros, a fin de que no resultara que uno o dos grupos fueran los más beneficiados de las ayudas de los cristianos de otros países mientras que los demás se quedaban sin nada. En el segundo día, todos los líderes tomamos juntos la Cena del Señor. Es probable que fuera la primera vez en más de cincuenta años que los líderes responsables de la iglesia en China tomaran la Cena del Señor unidos.

El movimiento de la unidad continúa hasta hoy, aunque en el año 2002 los líderes decidieron retirar del nombre la palabra “Sinim” y solo reunirse como hermanos en Cristo sin nombre oficial. En este tiempo se unieron al movimiento otras asociaciones más de iglesias. En una reunión especial en enero de 2000, los líderes estimaron por primera vez el número de los creyentes en sus asociaciones. El total combinado era de cincuenta y ocho millones.

CAPÍTULO 21

EN LA CÁRCEL POR TERCERA VEZ: MI PEOR MOMENTO

En marzo de 1997 once líderes de las iglesias en casa, se iban a reunir en la ciudad de Zhengzhou, la capital de la provincia de Henan, Planeábamos reunirnos en el segundo piso de un edificio de apartamentos. Una hermana anciana chino-americana estaba invitada a asistir, pero sucedió que los agentes del gobierno la siguieron hasta la reunión.

Nosotros no lo sabíamos, pero ya habían detenido la hermano Xu y a otros líderes y se los había llevando antes de que llegáramos al apartamento. Agentes armados de la Seguridad Pública se escondieron entonces en el apartamento y esperaron a que llegáramos los demás.

Era una tarde nublada y lluviosa. Llamé por teléfono al apartamento para preguntar si ya había llegado el hermano Xu. Una voz que no pude reconocer respondió y me dijo: “¡Oh sí, por favor, suban! ¡Por favor, suban!”.

Cuando llegamos, encontramos la puerta del apartamento entreabierta. Entramos y nos vimos frente a una serie de armas que apuntaban directo a nosotros. Los agentes empezaron a quitarnos los cinturones para atarnos las manos a las espaldas. El único pensamiento que tenía en mi mente era escapar. Antes de que ataran mis manos, me acerqué a la ventana. En un instante la abrí y grité “¡Corran!”, y salté con los pies por delante.

Nunca esperé que una docena de agentes del BSP estuviera debajo de la ventana. Caí al suelo de mala manera y, debido a la altura de la caída, me dañé los pies. Los agentes abajo nunca se imaginaron que alguien fuera tan atrevido como para saltar por la ventana, de modo que por un momento los miré, y luego ellos me miraron, y todos gritamos por la gran sorpresa. Los agentes corrieron a sujetarme, me mantuvieron en el suelo y me patearon. Me golpearon en las piernas y en el pecho con sus pesadas botas, me agarraron del cabello y me pegaron en la cara con las pistolas. Quede muy dolorido en mi cuerpo por los golpes tan salvajes que recibí. Entonces sacaron una porra eléctrica y me torturaron. Me maltrataron con tanta severidad que lo único que pude hacer fue encogerme en el suelo y enfocarme en Jesús, tratando de no prestarle atención a los golpes. Terminé perdiendo el conocimiento. Este incidente fue tan salvaje que era un milagro que terminara vivo. Más tarde me acordé de las palabras del salmista: *“Si el SEÑOR no hubiera estado de nuestra parte cuando todo el mundo se levantó contra nosotros, nos habrían tragado vivos al encenderse su furor contra nosotros; nos habrían inundado las aguas, el torrente nos habría arrastrado, ¡nos habrían arrastrado las aguas turbulentas! Bendito sea el SEÑOR, que no dejó que nos despedazaran con sus dientes. Como las aves, hemos escapado de la trampa del cazador; ¡la trampa se rompió, y nosotros escapamos! Nuestra ayuda está en el nombre del SEÑOR, creador del cielo y de la tierra”.* Salmo 124:2-8.

Cuando desperté, estaba en la cárcel de las oficinas centrales del buró de Seguridad Pública, en la ciudad de Zhengzhou. El hermano Xu y los otros líderes se encontraban allí conmigo. Estaba cubierto con el barro de las botas de los

agentes, mis oídos estaban inflamados por causa de los golpes y no podría oír bien.

Supimos que la orden de arrestó se originó en el gobierno central en Beijing. De algún modo se enteraron que planeábamos la unidad. Las iglesias en casa ya eran un agujón en la carne del ateo Estado comunista, y pensar en lo que podríamos llevar a cabo si estábamos unidos causó gran preocupación en las altas esferas del gobierno. La orden de Beijing forzó a las autoridades provinciales de Henan a tratar nuestro caso con extrema seriedad. Al no comprender que el reino de Dios no es un reino de este mundo, temieron que nuestras conversaciones de unidad resultarían en la formación de un partido político de oposición que amenazaría la estabilidad del país.

Las autoridades fotografiaron y tomaron en vídeo el arresto. Las noticias del incidente se filtraron fuera de China y corrieron por todo el mundo.

Nos torturaron brutalidad. Nos esposaron y ataron juntos con cuerdas, y nos golpearon con porras. Esperábamos que nos sacaran al patio en cualquier momento y nos ejecutaran.

Las autoridades trataron de acopiar pruebas en contra nuestra, de modo que los tres días de nuestro arresto viajaron a mi pueblo natal Nanyang. Cuando llegaron, la iglesia celebraba una reunión con una numerosa asistencia, pues ciento veinte creyentes estaban presentes en ese momento, incluyendo a mi esposa Deling. A todos los arrestaron. Identificaron a los líderes principales de la reunión y los enviaron a prisión incluyendo a Deling. A la mayoría de los otros creyentes les ordenaron pagar multas y los soltaron después de interrogarlos y golpearlos. En mi primera comparencia, el juez dijo:

--Yun, estoy harto de ti. Ya llevas muchos años oponiéndote a nuestro gobierno y causando trastornos en nuestra sociedad. Te has escapado de nuestra custodia en numerosas ocasiones. Esta vez saltaste por una ventana y te dañó las piernas. Dime Yun, si tienes la oportunidad de espartar, ¿lo harías?

Lo pensé y contesté con sinceridad:

--Señor juez, esa es una buena pregunta y no quiero mentirle. Si tengo la oportunidad, trataré de hacerlo. Me siento llamado por Dios a predicar las buenas nuevas del evangelio en toda China, y debo hacer todo lo que esté en mi mano para obedecer el llamamiento de Dios.

El juez, los funcionarios del tribunal y los agentes se enfurecieron con mi respuesta. El juez contestó de mala manera:

--¡Cómo te atreves, delincuente! ¡Voy a romperte las piernas para siempre a fin de que no puedas escaparte nunca más! Me llevaron a un cuarto de interrogatorios donde varios guardias me obligaron a sentarme en el suelo con las piernas abiertas. Les supliqué que no me golpearan en mis piernas fracturadas, pero un hombre con un aspecto siniestro endureció su corazón y sacó su porra. Para asegurarse de que nunca más volvería a escaparme, me golpeó repetidas veces entre mis rodillas y tobillos. Dañó mis piernas de tal manera que el dolor era insoportable. Estaba tirado en el suelo gritando como un animal herido. Un dolor horrible corrió por todo mi cuerpo y mente. Todo lo que podía hacer era enfocar mis pensamiento en el Señor Jesús y en sus sufrimientos en la cruz- Pensé que esta vez moriría de seguro, pero el Señor me sostuvo porque Él no había terminado conmigo. Mis piernas por debajo de las rodillas se pusieron negras y no

las sentía en modo alguno. Me dolía todo el cuerpo y lo tenía magullado desde la cabeza a los pies.

Sin embargo, cuando mis torturadores me llevaron de vuelta a la celda, quise mostrarles de forma desafiante que no podrían quebrantar mi espíritu, así que me eché a reír y les dije: “Quiero darle las gracias por el maravilloso masaje que me han dado hoy. Me siento mucho mejor. ¡Gracias!”

Después de mi primera comparencia ante el juez me trasladaron, junto con los otros hermanos, a la cárcel número uno de máxima seguridad de Zhengzhou. Me pusieron en confinamiento solitario. Mi celda estaba cerca de la oficina del oficial de guardia, y una pared me separaba de la celda del hermano Xu. Los guardias pensaban que había perdido la cabeza y me pusieron dos apodos: “loco” y “lisiado”.

Al principio, me golpearon y me interrogaron sin parar desde las ocho de la mañana hasta la tarde del día siguiente. Los Interrogadores se turnaban a fin de mantener la presión sobre mí y seguir golpeándome durante la noche. En todo este tiempo no me dieron nada para comer ni beber.

Cada vez que me golpeaban los guardias, clamaba repetidas veces: “¡Jesús, sálvame!” ¡Ayúdame, Señor Jesús!”. Esta era la única manera que conocía de distanciar mis pensamientos del castigo y del dolor que me infligían. Después de esa experiencia inicial, nos encerraron en nuestras celdas excepto cuando nos llevaban para interrogarnos cada dos días. A pesar de mi condición, todavía seguían atormentándome de forma regular con la esperanza de quebrantar mi espíritu. A veces nos llevaban y nos traían a la comisaría de Dingshui para interrogarnos, y en otras ocasiones a las oficinas centrales número nueve de Seguridad Pública de Zhengzhou, a fin de que disfrutáramos de “dos sabores” de tortura. Nos golpearon sobre todo en nuestras cabezas, manos y piernas.

No tenía una Biblia conmigo, de manera que meditaba en la Palabra de Dios de memoria y oraba con lágrimas por las iglesias. Recitaba en voz alta versículos de la Biblia, aferrándome a las promesas de Dios, tales como las del Salmo 27:1-3: *“El SEÑOR es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? El SEÑOR es el valuarte de mi vida: ¿quién podrá amedrentarme? Cuando los malvados avanzan contra mí para devorar mis carnes, cuando mis enemigos y adversarios me atacan, son ellos los que tropiezan y caen. Aun cuando un ejército me asedie, no temerá mi corazón; aun cuando una guerra estalle contra mí, yo mantendré la confianza”*.

Cantaba en voz alta día y noche. En una ocasión el oficial de guardia se enojó conmigo. Me preguntó: “¿Es que piensas pasarte el resto de la vida aquí criminal profesional?”

Le contesté: “¡No! Cuando llegue el tiempo del Señor, seré libre de inmediato”. Al menos en el exterior actuaba con valor y osadía, aunque por dentro estaba muy triste y con gran dolor. Durante uno de los interrogatorios los oficiales me dijeron que me sentenciarían a cadena perpetua o, si mi actitud cambiaba, quizá recibiera de diez a quince años de prisión.

Enfrentándome a tan oscuro futuro, murmuraba y me quejaba al Señor, y hasta lo acusaba: “Oh Dios, solo quiero servirte y esparcir tu evangelio, pero ahora

estoy atrapado aquí en esta celda y no puedo caminar siquiera. ¡Fallaste y no me protegiste!",

Debido a que no podía caminar, a tres presos cristianos diferente, incluyendo al hermano Xu, les dieron la tarea de llevarme desde la celda al cuarto de torturas o al baño. Estaba en una celda aparte de los otros líderes, así que anhelábamos estos breves momentos de compañerismo.

En cuarto de torturas estaba a tres pisos de distancia de mi celda, lo que nos ofrecía la oportunidad más amplia de conversar. El hermano Xu no quería llevarme a ese cuarto, pero le dije que no se preocupara, pues ya buscarían alguna otra ayuda para hacer la tarea. A menudo esos preciosos minutos que teníamos juntos nos fortalecían para soportar lo castigos y las humillaciones que sufríamos en ese cuarto oscuro.

El hermano Xu tiene una forma de hablar suave y tranquila. No me contaba por lo que pasaba, pero un día le ví cuando regresaba a su celda. Es un hombre fornido y de andar ligero, pero ese día apenas podía caminar por el pasillo. Comprendí que lo había torturado.

Un joven guardia era el que a veces me llevaba de un lado para otro. Vio que tenía mucho dolor y que no había recibido tratamiento médico. Ese joven se mostró compasivo conmigo y me dijo: "Estoy viendo a un hombre que sufre de verdad por el nombre de Jesús".

Sorprendido, le miré a los ojos. Él continuó; "Después de graduarme de la Academia de Policía me enviaron a trabajar aquí, Procedo de una familia cristiana, pero nosotros no somos unos creyentes fuertes como usted. ¿Por qué, va a creer uno en Jesús y predicar por Él cuando esto es lo que recibe en pago?"

Le dije: "Usted quizá no vez ningún beneficio en mi vida en este momento, pero en el futuro recibiré una gran bendición de la mano de Jesús por estos sufrimientos".

Este joven siguió golpeándome de mala gana como requería su tarea, pero siempre lo hizo en partes de mi cuerpo que me causara menos daño.

Metieron un "falso delincuente" en la celda del hermano Xu. Fingía ser cristiano, pero era obvio que estaba en la celda para espiar y recoger el máximo de información posible. A menudo actuaba con simpatía hacia mí ante los demás presos, y le preguntaba al hermano Xu: "¿Cree que Yun intentará escapar?". A pesar de que me encontraba lisiado de las piernas, ¡las autoridades todavía temían que trataría de escaparme en cuanto tuviera la oportunidad!

Un día era la hora para que los presos fueran al baño. El espía se enfermó de gravedad. Se había puesto muy pálido y parecía como si la muerte llamara a su puerta. Le dije al guardia "Tengo cierta experiencia como masajista. Por favor denme cinco minutos con ese hombre enfermo y él se sentirá mejor".

El guardia me tuvo que llevar a la celda. Cuando entré, le hermano Xu me miró con ojos de fuego. Inclino su cabeza y empezó a orar. Oré por el enfermo en el nombre de Jesús y puse mis manos sobre su cabeza. Después de un momento dijo: "¡Siento una brisa caliente dentro de mí!".

A los poco minutos regresó el guardia y preguntó: "¿Cómo va el masaje?".

El enfermo contestó: "Ya me siento mejor. Estoy casi recuperado".

El Señor sanó por completo a ese hombre. Para mostrar su gratitud, usó parte de su dinero y de su influencia para proporcionarme buen alimento. Después

de este incidente, incluso algunos guardias de la prisión me pidieron que les diera masaje en sus cuerpos cuando tenían molestias y dolores, y empezaron a tratarme mejor.

Aunque habían enviado a aquel hombre para espiarnos, Dios le usó para bendecirme en gran manera. Afirmaba ser un creyente y dijo que su esposa se las había apañado para meter a escondidos una Biblia en la prisión para él. Lo más probable es que las autoridades le hubieran dado la Biblia para ayudarlo a aparentar ser un cristino, y así ganar nuestra confianza. Sin embargo, debido a que no tenía ningún interés en leer su Biblia, se la pedí prestada y la estudiaba cada mañana y tarde. Escribía muchos pasajes en pequeños trozos de papel y se los pasaba a los otros hermanos a fin de fortalecerlo con la Palabra de Dios.

Unos días después el hermano Xu grabó un dibujo en la pared del baño para enseñarles a los creyentes que debiéramos ser fieles y no negar al Señor. Luego agregó las palabras “sangre”, “muerte” y “testimonio” debajo del dibujo.

Más tarde, el hermano Xu escribió unos pasajes de las Escrituras y algunas palabras de ánimo en un trozo de papel de baño. Lo enrolló y lo metió dentro de un mantou, después lo arrojó al otro lado del vestíbulo de la prisión. Escribió: “Desde el principio de la iglesia hasta la fecha, todos los que han seguido a Jesús han tenido que tomar su cruz y pagar un alto precio”. El hermano Xu también me insinuó que pensaba que debiera tratar de escapar si tenía la oportunidad de hacerlo.

A medida que las semana pasaban con lentitud, me fui poniendo cada vez más deprimido ante mi situación,. Parecía como si el Señor me hubiera rechazado y me estuviera dejando pudrirme en la prisión para siempre. Tenía las piernas lisiadas y el espíritu destrozado. Cada noche apoyaba mis piernas lisiadas contra la pared para tratar de aliviar el dolor.

Mi amada esposa Deling estaba en la cárcel de mujeres, y yo no tenía ni idea de dónde estaban mis dos hijos, ni cómo se encontraban. Ese fue el pero momento de mi vida.

* * *

DELING: Nuestras vidas anormales daban como resultado momentos muy difíciles para nuestros hijos, pero también experimentaron mucho amor cristiano de hermanos en Cristo que les ayudaron a aliviar su dolor.

Ningún muchacho de la edad de Isaac debiera tener que lidiar con esta clase de presiones que él ha tenido que enfrentar. Su momento más difícil llegó en marzo y abril de 1997, cuando sus padres se encontraban en la cárcel por causa del evangelio. Isaac solo tenía trece años de edad.

Cuando se encarcelan a los padres en China el Estado trata de obtener la custodia de los hijos y llevarlos a un “ambiente de protección”. Lo que significa que les hacen un lavado de cerebro con su enseñanza atea e intentan aislarlos y llevarlos a aborrecer a sus padres.

Cuando Yun y yo estábamos en prisión, los amigos cristianos mudaron a Isaac y Yilin de nuestro pueblo natal a Nanyang, donde intentaron ir a la escuela bajo falsos nombres. No obstante, los agentes de la policía los andaban buscando, así que los llevaron a Zhengzhou, la capital de Henan. Con todo, ni siquiera allí se

encontraban seguros, de manera que enviaron a nuestros hijos a la lejana provincia de Shandong, donde los cuidó una familia cristiana.

Este fue un tiempo de mucho estrés para Isaac y Yilin. En solo unos meses tuvieron que cambiar de escuelas y mudarse tres o cuatro veces. A Isaac le cayó sobre sus jóvenes hombros un montón de responsabilidad. Tenía que cuidar de su hermana menor, y al mismo tiempo tratar de entender todo lo que les sucedía a su madre y a su padre.

Más tarde nos dijeron que en Shandong, Isaac andaba por las calles mirando al suelo todo el tiempo, con la esperanza de encontrar algunas monedas que se les hubieran caído a los demás. La familia que los acogió era muy pobre y apenas podían permitirse el lujo de comprar alimentos.

Después de salir de la prisión, me sacaron a escondidas de Henan y me llevaron a ver a mis hijos. Cuando ví a Isaac por primera vez, me dijo:

--Mamá, ahora tengo grandes cargas en mi vida.

--Isaac, tú eres solo un niño. ¿Cómo puedes soportar grandes cargas a tu edad? – le pregunté.

--Papá está de nuevo en prisión. ¿Cómo vamos a sobrevivir? Estoy preocupado por el futuro .. me contestó mi hijo de trece años.

CAPÍTULO 22

UNA FUGA MILAGROSA

“Ahora, ponte en pie y escúchame”. Hechos 26:16.

Fue en este pero momento de mi vida cuando me quejé con amargura al Señor. Tenía treinta y nueve años de edad, pero ya no veía esperanza ni futuro para mí. Le dije al Señor: “Cuando era joven, me llamaste a predicar tu evangelio al oeste y al sur. ¿Cómo puedo hacer eso ahora? Me encuentro sentado aquí en esta prisión con mis piernas destrozadas y estoy condenado a pudrirme en este lugar hasta el día que me muera. No voy a volver a ver a mi familia nunca más. ¡Me engañaste!”.

Abundaban los rumores sobre lo que nos ocurriría a nosotros. Aun fuera prisión, los creyentes sabían que nuestro arresto era algo muy serio porque la orden vino del gobierno central.

¡Y ahora el hermano Xu me sugería que tratara de escapar!

Sé que Xu es un hombre de Dios que escucha con atención la voz de Dios, de modo que le dije con amabilidad: “Tengo las piernas hechas pedazos y estoy encerraron en mi propia celda con una puerta de hierro. ¡Ni siquiera puedo andar! ¿Cómo me voy a fugar? Sus piernas están bien, ¿por qué no escapa usted?”.

En la tarde del 4 mayo de 1997, como cada tarde durante las seis semana anteriores, extendía las manos y agarré mis débiles piernas. El dolor me corrió por todo el cuerpo al levantarlas y apoyarlas contra la pared. Descubrí que esta era la mejor manera de disminuir la agonía. Al limitar la cantidad de sangre que iba a las piernas se quedaban como dormidas y podría descansar de manera irregular durante la noche.

A la mañana siguiente, en mi deprimente y desesperanzada situación, el Señor me animo con la promesa de Hebreos 10:35: “Así que no pierdan la confianza, porque esta será grandemente recompensada”. Me desperté con estas palabras en mi mente.

Mientras que poco a poco la prisión cobraba vida, empecé a leer el libro de Jeremías. El Señor lo relacionó con mis lesiones y mi situación de una forma personal y poderosa, Era como si el Espíritu Santo me hablara directo mediante la Palabra: *“Que corran lágrimas de mis ojos día y noche, sin cesar, porque la virginal hija de mi pueblo ha sufrido una herida terrible, ¡un golpe muy duro!(...) ¿Has rechazado por completo a Judá? ¿Detestas a Sión? ¿Por qué nos ha herido de tal modo que ya no tenemos remedio? Esperábamos tiempos de paz, pero nada bueno recibimos. Esperábamos tiempos de salud, pero solo nos llegó el terror(...) En razón de tu nombre, no nos desprecies; no deshonres tu trono glorioso. ¡Acuérdate de tu pacto con nosotros! ¡No lo quebrantes!”.* Jeremías 14:17,19,21.

Me sentí como Jeremías. Estaba abrumado y parecía como que el Señor me hubiera abandonado para pudrirme en la prisión para siempre. Clamé al Señor, haciéndome eco de las palabras de Jeremías: “Oh Dios, ¿por qué me has herido de tal modo que ya no tengo remedio? Esperaba tiempos de paz, pero nada bueno recibo. Por favor, Señor, no me desprecies”.

Continué leyendo. *“¡Ay de mí, madre mía que me diste a luz como hombre de contiendas y disputas contra toda la nación! No he prestado ni me han prestado, pero todos me maldicen”, Jeremías 15:10.*

Una vez más parecía que las palabras saltaran del papel y entraran en mi espíritu. Fue un momento muy santo, como si el mismo Dios Todopoderoso hubiera descendido a mi celda y me estuviera hablando cara a cara. Tenía mucha tristeza guardada dentro de mí, y era como si todo empezara a salir en la presencia del Señor. Exclamé: “Señor Jesús, como dijo Jeremías, todos contienden contra mí y me maldicen. No puedo aguantar más. He llegado al fin de mis fuerzas”. Derramé tantas lágrimas que mis ojos se hincharon de tanto llorar.

El Señor me consoló como un padre amoroso sosteniendo a su pequeño hijo. Me reafirmó con el siguiente versículo: *“El SEÑOR dijo: “De veras te libraré para bien; haré que el enemigo te suplique en tiempos de calamidad y de angustia”. Jeremías 15:11.*

Desde lo profundo de mi ser clamé al Señor con las palabras de Jeremías 15:16-18: *“Al encontrarme con tus palabras, yo las devoraba; ellas eran mi gozo y la alegría de mi corazón, porque yo llevo tu nombre, SEÑOR, Dios Todopoderoso. No he formado parte de grupos livertinos, ni me he divertido con ellos, he vivido solo, porque tú estás conmigo y me has llenado de indignación. ¿Por qué no cesa mi dolor? ¿Por qué es incurable mi herida? ¿Por qué se resiste a sanar? ¿Serás para mí un torrente engañoso de aguas no confiables?”.*

Muchas veces le preguntaba por qué tenía tanto dolor. No lo podía aguantar más. Mi corazón estaba desanimado y estaba a punto de rendirme. La palabra de Dios vino a mí de nuevo con una advertencia y con una promesa: *“Por eso, así dice el SEÑOR: “Si te arrepientes, yo te restauraré y podrás servirme. Si evitas hablar en vano, y hablas lo que en verdad vale, tú serás mi portavoz. Que ellos se vuelvan hacia ti, pero tú no te vuelvas hacia ellos. Haré que seas para este pueblo como invencible muro de bronce; pelearon contra ti, pero no te podrán vencer, porque yo estoy contigo para salvarte y librarte ---afirma el SEÑOR ---. Te libraré del poder de los malvados; ¡te rescataré de las garras de los violentos!” Jeremías 15:19-21.*

En cuanto leí estas palabras, me vino de pronto una visión poderosa a pesar de que estaba despierto por completo.

Ví a mi esposa Deling sentada a mi lado. Acababa de salir libre de la prisión y preparaba algunas medicinas. Curó mis heridas con amor. Me sentí muy alentado y le pregunté: “¿Saliste ya de la prisión?”.

Me contestó: “¿Por qué no abres tú la puerta de hierro”. Antes de que pudiera responder salió del cuarto y terminó la visión.

El Señor habló y me dijo: “Esta es la hora de tu salvación”. Supe enseguida que era una visión del Señor y que debía procurar escapar.

Mi celda incomunicada tenía una pared común con la celda donde estaba el hermano Xu y algunos otros creyentes. Teníamos una señal preestablecida que si alguno de nosotros se encontraba en dificultades y necesitaba oración urgente golpearíamos dos veces en la pared.

El hermano Xu oyó mis golpes.

Llamé al guardia. Él vino a mi puerta y me preguntó lo que quería. Le dije: “Necesito ir al baño ahora mismo”.

Debido a que el hermano Xu era la persona encargada de llevarme de un sitio a otro, el guardia abrió la puerta y le ordenó que me llevara al baño. Siempre que se daba permiso a los presos para salir de sus celdas, cerraban la puerta de hierro del pasillo a fin de que no tuvieran oportunidad de escapar. La escalera que llevaba a los pisos inferiores y superiores se encontraba al otro lado de la puerta. Aun así, nosotros seguíamos bien encerrados, pues la puerta se abría para personas que regresaban del exterior, pero no se podía abrir desde el interior.

Cada piso de la prisión lo protegía una puerta de hierro. Por lo general, había dos guardias vigilando en cualquier lado de la puerta, de manera que para llegar al patio de la prisión tendría que pasar las tres puertas de los tres pisos, y pasar seis guardias armados.

El hermano Xu vino a mi puerta. En cuanto me vio, me ordenó: “¡Debes escapar!”. Regresó a su propia celda y recogió su cepillo de dientes y la toalla con el fin de que los guardias pensarán que tenía que usar el baño.

Cuando el hermano Xu regresó, me ordenó otra vez con gran seriedad: “¡Yun, debes escaparte!”.

Solo llevaba puesto mis calzoncillos, así que con toda la rapidez posible me puse los pantalones. Había escrito pasajes de las Escrituras del Evangelio de Juan y de 1 Pedro en una larga tira de papel de baño. Le di la forma de un cinturón de la verdad, atando la Palabra de Dios alrededor de mi cintura. Oré: “Señor, tú me has mostrado que debo intentar salir de la prisión. Entonces, cuando los guardias me disparen, por favor, recibe mi alma en tus moradas celestiales”.

Ya hacía más de seis semanas desde que mis piernas estaban destrozadas. Incluso ponerles un poco de peso encima me causaba tremenda agonía. Sin embargo, creí que Dios me dijo de tres maneras diferentes que tratara de escapar: a través de su Palabra, a través de la visión que recibí esa mañana y por medio del hermano Xu.

Había aprendido que cuando el Señor nos dice que hagamos algo no ha tiempo para discutir ni razonar, sin importar la situación en que nos veamos. Cuando estamos seguros de que Dios nos ha dicho que actuemos, como era en esta ocasión, solo corresponde la obediencia total. No obedecerle implica que creemos que somos más sabios que Él, y que sabemos mejor que Él cómo manejar nuestra vida.

Era justo antes de las ocho de la mañana del día 5 de mayo de 1997. ¡Para la mente natural, este era el peor momento del día para escapar! Casi siempre había mucha actividad en la prisión, con todos los guardias en sus puestos.

Salí de mi celda arrastrando los pies y me encaminé hacia la puerta de hierro cerrada del pasillo. Tenía mi mente enfocada por completo en obedecer a Dios. Miraba al frente y oraba para mí a cada paso que daba.

El guardia que apretaba el botón cada vez que quería abrir la puerta, estaba sentado cerca del final de la escalera del tercer piso. Era imposible ver el otro lado porque la puerta era de hierro y las pequeñas ventanas estaban cubiertas con telas negras.

En el momento exacto que llegaba a la puerta, otro siervo de Dios, el hermano Musheng, regresaba a su celda y abrieron la puerta para que pasara. Esa mañana le había ordenado que barriera el patio de la prisión. Al tiempo que

Musheng pasaba, le dije: “¡Espera! No cierres la puerta”. Pasé por la puerta sin aminorar el paso. ¡El momento oportuno del Señor era perfecto!

Al cruzarnos, Musheng me preguntó en un susurro: “¿Se marcha, hermano Yun? ¿No teme morir?”. Entonces, con una expresión de asombro en su rostro, regresó a su celda.

Un guardia acompañaba a Musheng de regreso a su celda, pero en el momento exacto que le abrió la puerta Musheng, sonó un teléfono en la oficina debajo de la escalera y el guardia se volvió y corrió a responder al teléfono.

Me di cuenta de que había una escoba apoyada en la escalera, la recogí y seguí caminando bajando las escaleras al segundo piso. Un guardia armado vigilaba desde el mostrador que daba a la segunda puerta de hierro. Algunas veces dejaban abierta esa puerta. Debido a que siempre había, de día y de noche un guardia de vigilancia, no consideraban que fuera arriesgado dejar esa puerta abierta. En ese momento el Espíritu Santo me habló y me dijo: “¡Pasa ahora! ¡El Dios de Pedro es tu Dios!”.

Parecía que de algún modo el Señor cegó a ese guardia. Me clavó los ojos, pero no se dio cuenta de mi presencia en lo absoluto. Esperaba que me dijera algo, ¡pero miró a través de mí como si fuera invisible! No me dijo ni una sola palabra.

Seguí adelante y no miré hacia atrás. Sabía que me podían disparar por la espalda en cualquier momento. Continué en silencio pidiéndole al Señor que recibiera mi espíritu, pensando que esos momentos eran los últimos de mi vida en este mundo.

Seguí bajando las escaleras, pero nadie me paró y ninguno de los guardias me dirigió la palabra.

Cuando llegué a la puerta principal de hierro que llevaba al patio de la prisión, descubrí que ya estaba abierta. Esto era extraño, pues casi siempre era la puerta más protegida de todas. Por lo general, allí había dos guardias vigilando, uno a cada lado de la puerta, ¡pero por alguna razón no estaban en su lugar y la puerta se encontraba abierta!

Dejé a un lado la escoba que había llevado conmigo desde el tercer piso y pasé al patio. La brillante luz de la mañana me sobresaltó. Pasé cerca de varios guardias en el patio, pero nadie me dijo una sola palabra. Entonces crucé la puerta principal de la prisión, ¡la cual por alguna razón estaba también entornada!

¡El corazón me latía con fuerza! ¡Ahora estaba parado en la calle fuera de la cárcel de máxima seguridad de Zhengzhou! Más tarde me dijeron que nadie se había escapado jamás de esa prisión.

De inmediato, un taxi amarillo se detuvo cerca de mí, y el chofer, un hombre de veintitantos años, abrió la puerta del pasajero. Preguntó: “¿Adónde se dirige?”.

Entré y le contesté: “Necesito ir a mi oficina tan pronto como sea posible, así que, por favor, conduzca rápido”. Le di al taxista la dirección de una familia cristiana que conocía en Zhengzhou y nos alejamos de la prisión. Le dije que si llegábamos a un atasco de tránsito, que diera una vuelta por otras calles, pero que no paráramos por ninguna razón.

Todos estos hechos parecían que sucedían en solo unos momentos. Era como soñar despierto. No estaba seguro si todo eso sucedía en realidad o si era un sueño. No sé como el Señor lo hizo y por qué todas esas puertas de hierro, que

por lo general estaban bien cerradas, ahora estaban abiertas para mí. Todo lo que sabía es que estaba sentado en un taxi y me dirigía a la casa de unos amigos.

Cuando llegamos, le pedí al taxista que esperara mientras conseguía prestado algún dinero para pagarle.

Subí las escaleras aun apartamento en el tercer piso y toqué el timbre de la puerta dos veces. Una de las hijas de la familia miró por la mirilla de seguridad de la puerta y enseguida me reconoció. Emocionada dijo:

-- Ah hermano Yun, ¡le dieron de alta del hospital (refiriéndose a la prisión)!

-- Sí, acabo de salir del hospital – le dije--, pero no lo hice de la manera normal. Por favor, ¿me puede prestar algún dinero para pagar al taxista?

¡La pobre estaba tan emocionada de verme que olvidó abrirme la puerta! Al fin regresó y me dio el dinero. Bajé enseguida a la calle para pagarle al taxista que me esperaba.

Esa preciosa familia cristiana me abrió la puerta de su casa con afecto. – Toda la iglesia ha estado ayunando y orando por usted y sus compañeros de ministerio por más de una semana – me dijo una de las hijas--. Ayer el Espíritu Santo le dijo a mi madre: “Yun va a salir de la prisión y nuestra casa es el primer lugar al que va a venir. Estará con ustedes un poco de tiempo y orará con ustedes”.

“Mis padres nos dijeron que esperaríamos su llegada y tenemos preparado un lugar secreto para que se esconda. Nadie conoce este lugar excepto nosotros. Mi madre ya le ha preparado algunos alimentos y algunas ropas. Venga, cámbiese de ropa y le llevaremos a ese lugar.

-- Después de orar juntos, me dieron una bicicleta y uno de la familia montó conmigo en el asiento de atrás, para dirigirme a mi escondite, yendo con sabiduría por pequeños callejones a fin de evitar el control de carreteras que se levantaban en las calles principales debido a mi huida.

¡Desde el momento que empecé a pedalear en la bicicleta me di cuenta por primera vez que el Señor había sanado mis pies y piernas! Mi mente había estado tan enfocada en obedecer al Señor y preparándome por si me disparaban que no me había percatado que Dios me había sanado. Nunca sentí el poder sanador. Desde el momento que me golpearon en las piernas con una porra hasta el día que me escapé, mis piernas permanecieron negras y sin uso. No me podía parar, mucho menos caminar. Lo más que podía hacer era arrastrarme una pequeña distancia agarrándome a la pared.

El hermano Musheng me dijo tiempo después que cuando nos cruzamos en el tercer piso yo caminaba con normalidad, como si el Señor me hubiera curado mis piernas cuando todavía me hallaba encerrado en mi celda de la prisión. Mientras iba en la bicicleta el Señor me recordó mediante su Palabra: *“Hagan sendas derechas para sus pies”, para que la pierna coja no se disloque sino que se sane” Hebreos 12:13.*

En cuanto llegué al lugar secreto, se abrieron los cielos. Una abundante lluvia torrencial cayó sobre la ciudad de Zhengzhou y el viento fuerte rompió ventanas y tumbo bicicletas. Fue una gran tormenta. Aunque todavía era por la mañana, el cielo se oscureció mucho.

Entré en el escondite y allí me dejaron solo. Esta amada familia me trató como un ángel del cielo. Uno de la familia estaba de día y de noche fuera de la puerta para guardarme.

Más tarde, amigos cristianos me dijeron que escucharon la noticia de mi fuga en el programa de televisión en la noche. Movilizaron a la Policía de Seguridad, el Buró de Seguridad Pública y a los soldados del Ejército Popular de Liberación a fin de encontrarme. Buscaron casa por casa en Zhengzhou. Establecieron puestos de control en todas las intersecciones importantes, y detuvieron y registraron todos los vehículos. Enviaron agentes a todas las estaciones de ómnibus y de trenes y al aeropuerto.

Me dijeron que recurrieron a perros entrenados para buscar personas con el intento de seguirme el rastro, pero todos sus esfuerzos resultaron en vano. Me encontraba a salvo en el lugar secreto del Señor. La tormenta había dificultado la búsqueda de la policía y había eliminado todo rastro de mí.

Dios me recordó cómo hacia treinta años, durante mis setenta y cuatro días de ayuno en la prisión, me había dado una visión de una serie de puertas de hierro que se abrían, una detrás de la otra.

Ahora, después de todos estos años, se cumplía su promesa. Me maravillé de la bondad y la fidelidad de Dios para conmigo. Hasta la fecha considero mi fuga de la prisión como la experiencia más asombrosa de mi vida.

Esa noche dormí como un bebé recién nacido bien satisfecho y contento en los brazos del Señor.

* * *

HERMANO XU: El hermano Yun trató de escapar saltando por una ventan y se lesionó los pies. Luego los agentes de seguridad le golpearon con brutalidad en el barro, destrozándole las piernas más aun de modo que le era imposible caminar.

Cuando vi el cuerpo inconsciente de Yun que lo llevaban de vuelta a la celda, tenía toda la cara cubierta de barro. Le había golpeado en la cabeza hasta el punto de perder el oído por un tiempo.

Después que los transfirieron a la prisión de Zhengzhou, y debido a que estaba imposibilitado de las piernas y tenía mucho dolor, me dieron la tarea de transportarlo al baño y a la sala de interrogatorios. Por esta causa tuvimos la oportunidad de tener momentos breves de contacto que aprovechábamos para animarnos el uno al otro en el Señor y fortalecernos en la fe. Aunque no podíamos hablarnos, con sólo mirarnos a los ojos nos daba fortaleza y compañerismo. Hace mucho tiempo que Yun y yo nos conocemos y hemos experimentado juntos mucho de la gracias de Dios.

Le dije a Yun que el Señor quería que se escapara. No me cabe duda que el Señor me dirigió a hablarle en ese sentido. Sentía que Dios quería que Yun se fugara, pero que Él quería que yo me quedara.

Una mañana el Señor le mostró sin ambages a Yun que era el momento de escaparse. Al ir bajando por las escaleras de la prisión hacia el patio, se cruzó en el camino con otro hermano cristiano que regresaba a la celda. ¡La puerta de seguridad estaba abierta para él justo al mismo tiempo que Yun salía!

Ese hermano entonces corrió a nuestra celda y nos contó que había visto a Yun saliendo hacia la puerta de la prisión. Los presos nos subimos para mirar por la ventana de la celda al patio de la prisión. Pudimos ver como Yun pasaba por la puerta principal y salía en libertad a la calle.

Este acto de la misericordia y del poder de Dios nos alentó mucho a todos. Vimos una vez más que nada es imposible para Dios, absolutamente nada. Él sostiene nuestras vidas en sus manos y nada les va a suceder a los hijos de Dios a menos que sea parte de su plan y voluntad para nuestras vidas.

Creo que una de las razones por las que Dios decidió que Yun saliera libre de esa manera es porque las autoridades de la prisión se habían burlado del Señor y de Yun cuando la destrozaron sus piernas. Dijeron: “¡Nos gustaría verte escapar ahora!”. ¡El Señor siempre esta listo para responder a un desafío!

A los pocos minutos de que Yun se escapara los guardias descubrieron que no estaba en su celda y se lanzaron de inmediato en su búsqueda. Las autoridades emprendieron una investigación exhaustiva para averiguar cómo se había podido escapar y desaparecer un preso lisiado de las piernas y encerrado solo en una celda de máxima seguridad.

Fue interesante saber que las autoridades concluyeron que Yun no ha recibido ninguna ayuda humana de ninguno de los otros presos ni de los guardia que le facilitara su huida.

Testifico que esto es del todo cierto.

Fue por obra de la mano soberana de nuestro Dios Todopoderoso.

* * *

HERMANO MUSHENG. Tuve el privilegio de ser testigo de la fuga del hermano Yun de la prisión en 1997, por medio de la mano del Señor.

A las siete de la mañana me llamaron para que trabajara ese día en el patio de la prisión. Cuando regresaba a mi celda, escoltado por un guardia, paramos para pasar por una puerta de seguridad de hierro. No podía creerlo cuando vi salir al hermano Yun. Todos sabíamos que estaba lisiado de las piernas de manera que decir que estaba muy sorprendido al verle caminar es quedarme muy corto. Pasó caminando a mi lado, pero pareció que el guardia que iba conmigo no lo vio en absoluto.

No fue hasta que regresé a mi celda que me di cuenta que no había visto a Yun caminar desde que le rompieran las piernas. Era uno de los tres hombres encargados de llevarle a diferentes partes de la prisión. Hasta los guardias le llamaban “*lisiado*”. Tenía las piernas negras por completo de la cantidad de golpes que le propinaron en ellas. No podía hacer nada solo a causa de esa penosa condición. Incluso teníamos que lavarle la ropa.

Me dí cuenta de que Yun trataba de escapar. Enseguida me puse de rodillas y le supliqué a Dios que protegiera su vida al pensar que los guardias le habían dejado salir a propósito para tener oportunidad de dispararle y matarle en el patio. Me subí a la ventana de la celda y le ví cruzar el patio y desaparecer por la puerta.

Había quizá unos treinta guardias en el patio en ese momento, pero ninguno se dio cuenta de que Yun se escapaba. Él incluso pasó muy cerca de varios de ellos.

Poco tiempo después se desató un gran aguacero. A los pocos minutos de que Yun saliera, el guardia del tercer piso de la prisión se dio cuenta de que no estaba en su celda. Buscaron por todas partes, gritando: "Lisiado, ¿dónde estás?". Al principio, el guardia se le veía bastante tranquilo, pero a medida que se agotaban los lugares en los que Yun podía estar escondido, se ponía cada vez más nervioso. Al cabo de cinco minutos hizo sonar la alarma y toda la prisión se alborotó a causa de la huida de Yun.

Las autoridades de la prisión nos interrogaron y nosotros pudimos decirles en honor a la verdad que no habíamos ayudado a Yun en ninguna manera. Dos de los guardias perdieron su empleo.